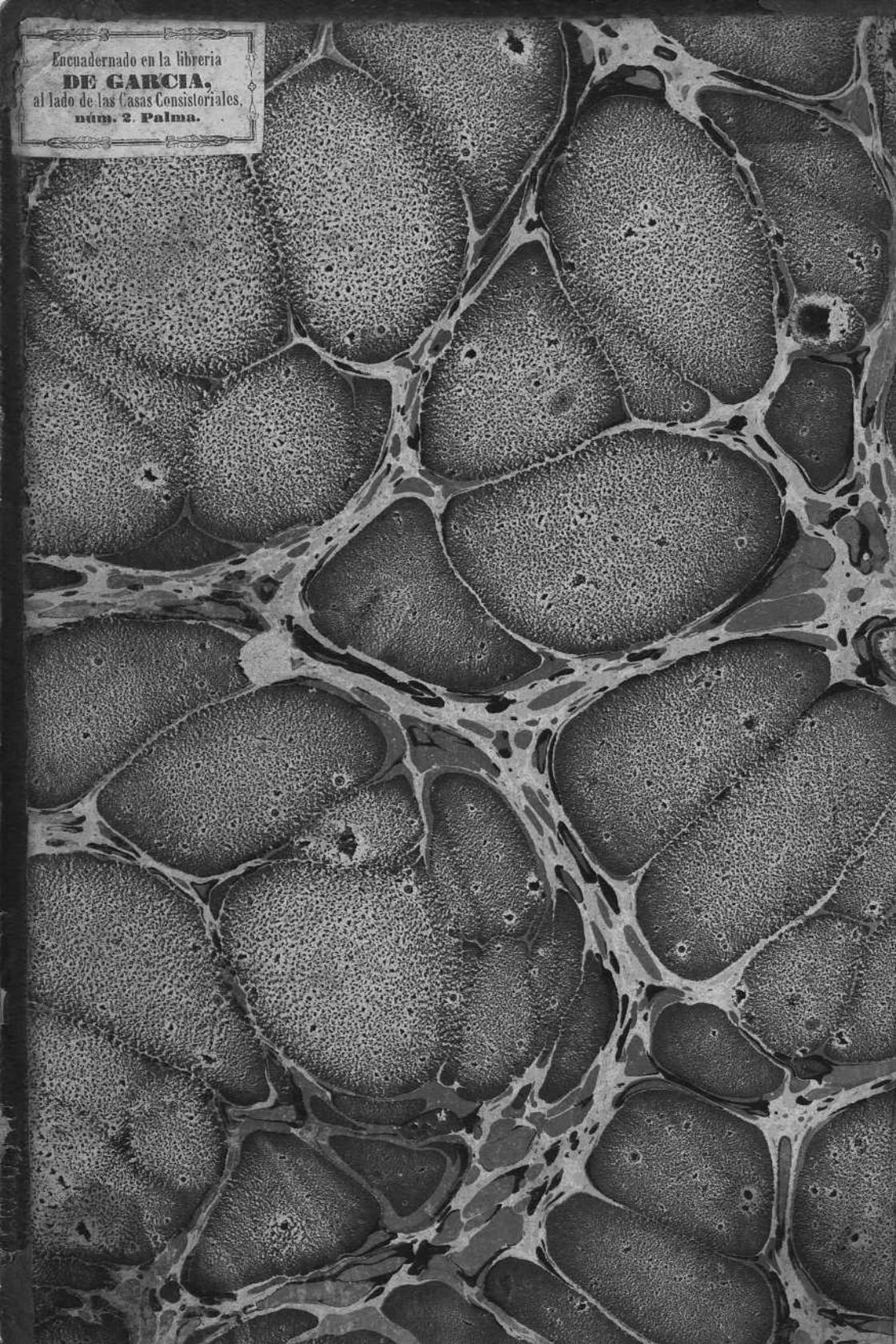




Encuadernado en la librería
DE GARCIA,
al lado de las Casas Consistoriales,
núm. 2. Palma.





145.

BIBLIOTECA
Hnos REINES

CARLOS I DE ESPAÑA

+ . 1368231
C.



CARLOS I DE ESPAÑA,

Quinto de Alemania.

BIBLIOTECA
Hnos REINES

Censura de novelas.—Madrid 15
de enero de 1853.—El cesor D. Jo-
sé Antonio Muratori.—Es copia.

UNOS DE NES B
HISTORIA NOVELESCA

CARLOS V.

VENGANZAS REALES

NOVELA HISTORICA ORIGINAL

de

D. J. VELAZQUEZ Y SANCHEZ

RUIZ EDITOR

MADRID 1854.



THE UNIVERSITY OF CHICAGO

LIBRARY

VERBA VINCUNT

ADULT & YOUTH SERVICES

D. J. VERBAUGH YOUNG

MILK EDITION

NUMBER 11

R.174913

Historia novelesca española.



CARLOS I DE ESPAÑA,

QUINTO DE ALEMANIA.

ó

VENGANZAS REALES,

novela histórica original

DE

D. José Velazquez y Sanchez.



Publicada por D. J. Ruiz de Morales.

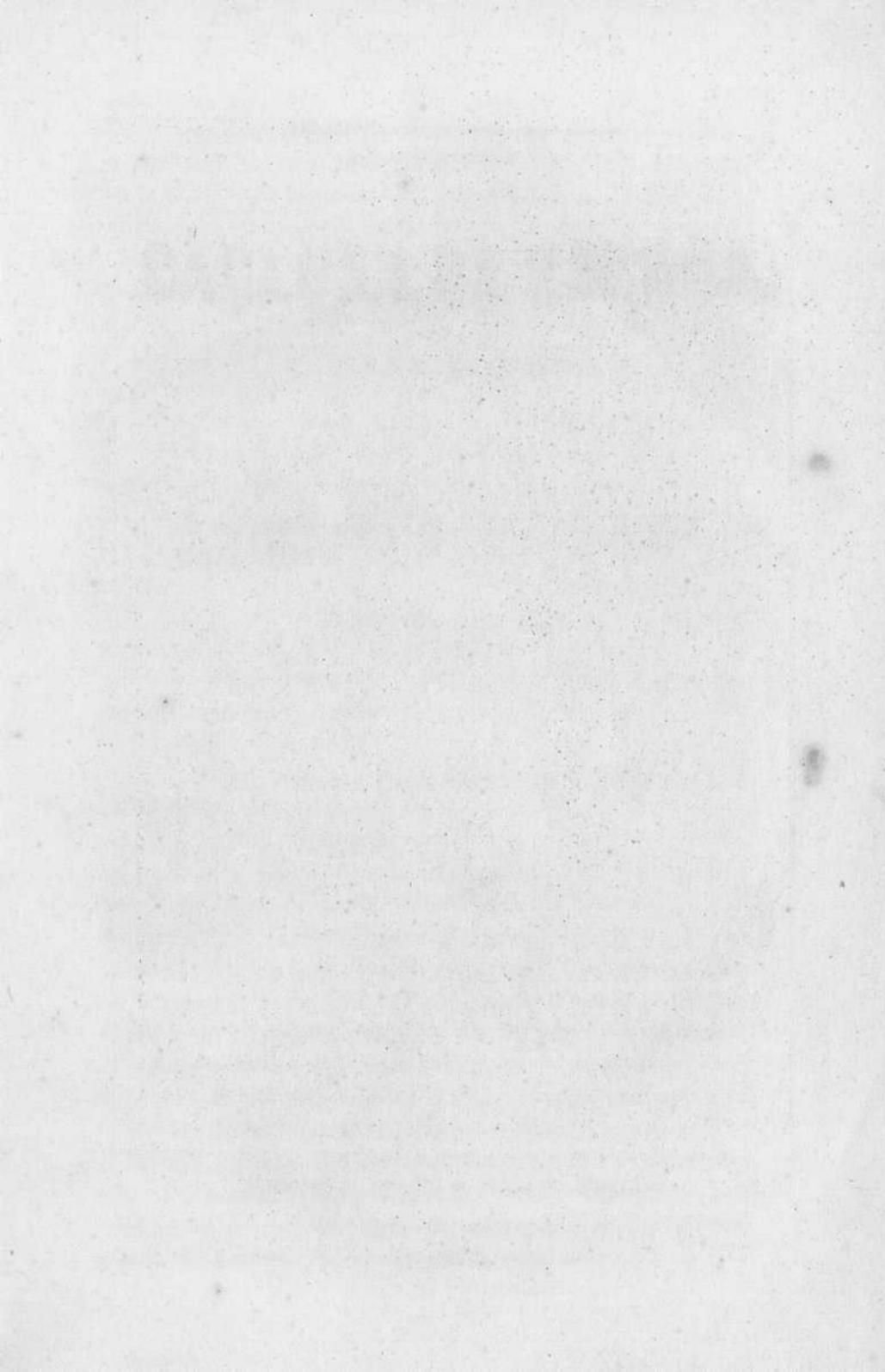
—
OLMO 8, PRINCIPAL.
MADRID, 1854

Al Sr. D. José de Ecala y Zubira,

En prueba de sincera amistad y respetuoso afecto

El autor.





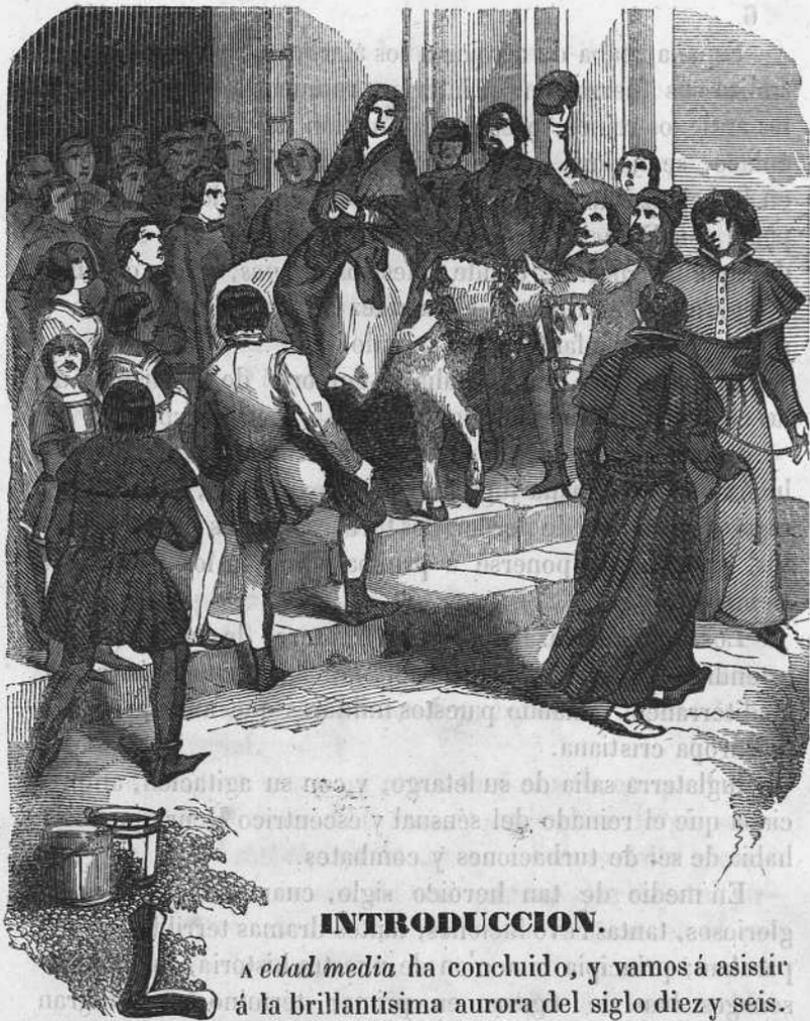
HISTORIA NOVELESCA.



Bande h.

13. de Aragón

CARLOS 5^o ó 1^o.



INTRODUCCION.

La *edad media* ha concluido, y vamos á asistir á la brillantísima aurora del siglo diez y seis.

La imprenta comienza á difundir los conocimientos humanos y se rompen los vínculos del principio de autoridad.

Los portugueses han descubierto un camino mas corto y fácil para las Indias Orientales; y Venecia y las ciudades comerciales de Italia temen por su porvenir.

Colon, ayudado por la Reina Católica, aborda á las playas del Nuevo-Mundo, y se abre un campo inmenso, virgen y riquísimo á la religion católica, á la civilizacion y al comercio de Europa.

España acaba de arrojar á los alarbes de Granada, centraliza sus fuerzas en el interior, reuniendo en una cabeza los antiguos reinos, prepara la anexion del Portugal con un enlace, se dispone á llevar la guerra al Africa, y echando en la balanza de los destinos europeos su poderosa espada, parte con Francia el reino de Nápoles y pone así el cimiento de aquellas guerras, donde nuestros *tercios*, á las órdenes del gran capitán Gonzalo Fernandez de Córdoba, llegaron á ser la primera infantería del mundo.

El papa hace de la Italia el emporio de las artes y de las ciencias.—Florecen Miguel Angel y Rafael Urbino.

Cunde la heregía en Alemania y fermenta aquella gran lucha en que España jugará el principal papel, y en que el catolicismo habia de perder dos terceras partes de sus adeptos, y habia de ponerse á prueba como en los primitivos tiempos.

Los turcos avanzaban por las fronteras de la Hungría y estendian á sangre y fuego su dominacion en las islas del Mediterráneo, tomando puestos militares que amenazaban á la Europa cristiana.

Inglaterra salia de su letargo, y con su agitacion, anunciaba que el reinado del sénsual y escéntrico Henrique VIII, habia de ser de turbaciones y combates.

En medio de tan heróico siglo, cuando tantos hechos gloriosos, tantas revoluciones, tantos dramas terribles se preparaban; principia la accion de nuestra historia, cuyos personajes han de figurar en primer término en este gran cuadro.

Estamos en Bruselas, y las doce de la noche han sonado en el *carillon* de la catedral. Una espesa niebla, al través de la cual pasan grandes copos de nieve, envolvía las agujas góticas de los campanarios, y tal es y tan profunda la oscuridad, que aun los más prácticos vecinos se perderian en el laberinto de calles enredadas y fangosas de sus barrios,

El silencio de los sepulcros reinaba por todas partes. Hasta el murmullo que sale de las grandes poblaciones ha—

bia cesado y las rondas se habian retirado á sus cuarteles, confiadas en la honradez de los buenos flamencos y en lo crudo de aquella terrible noche de enero.

Un hombre, sin embargo, envuelto en una capa española y con el birrete calado hasta los ojos, sufría impávido la nieve y el cierzo que penetraba hasta los huesos, ocultándose, mas que guareciéndose, bajo el dintel de un porton.

Parecía una sombra fatídica, con su mirada sombría.

Oyó con impaciencia la sonata pausada que precede en los *carillones* de Flandes á las campanadas de la hora, contó con gran cuidado las doce y con los atentados y traidores pasos del tigre, seguro en su marcha á pesar de la oscuridad, se dirigió á una casa aislada que ocupaba una encrucijada y se veía separada de las demas por las tapias de un jardin.

Palpó la puerta, y siguiendo los resaltos de los sillares, llegó al bardal del huerto y arrojó una escala de seda con garfios de acero. Dos veces erró el golpe; mas al tercero, sintiéndola afianzada, trepó con gran ligereza y montó la albardilla del tapial.

Arrastrándose como un reptil tocó el sitio en que la tapia ligaba con el muro de la casa, y poniéndose de pie sobre su capa para no resbalar en la nieve, estiró su talla gigantesca, se asió de la meseta de una ventana que daba al jardin, y elevándose sobre los brazos, logró sentarse en el resalto de piedra de la moldura.

Al ver la precision con que en medio de las tinieblas habia hecho su peligrosa ascension, fácil era pensar que tenia muy bien calculado su plan. Sin embargo, rayos tenues de luz se escapaban por las rendijas de la ventana, y esto parecia contrariarle, pues se detuvo ensimismado por un rato.

Al fin saliendo de su arrobamiento, sacó del pecho un afiladísimo puñal de Albacete y levantó el plomo que sujetaba el cristal con la destreza de un vidriero. El desconocido separó el vidrio y entreabrió suavemente el postigo, proyectándose en la nieve del jardin estrecha ráfaga de luz pá-

lida.—Por la rendija introdujo su nerviosa mano, desechó la aldavilla, y despues de escuchar, por si dentro de la casa ó en la calle se notaba algun ruido, abrió las maderas, y encorbándose penetró en la estancia silenciosamente, cuidando de cerrar con prontitud la ventana.

En la sala donde se encontró no habia nadie.—La luz venia de un gabinete cuya puerta cubrian á medias dos grandes cortinas de damasco de Utrech.—Reconoció entonces la habitacion donde se hallaba, que al parecer no le era extraña.

El escalador luego que hubo abarcado todo el aposento con una mirada sombría, pero perspicaç como la del águila, se adelantó hácia el gabinete iluminado.

Al levantar la cortina dióle al desconocido un rayo de luz de lleno, y pudo conocerse que era un hombre de formas hercúleas con traje de montero, con esas facciones pronunciadas y esa mirada pasiva y firme que distingue á los fanáticos y á los que han sido ciegos instrumentos de grandes crímenes.

Empuñando el machete que pendia de su cinto de cuero entró.

Deslumbrado quedó al principio como acostumbrado hacia ocho horas á la oscuridad, y estático despues con el cuadro que á sus ojos se ofreció.

El gabinete era pequeño y estaba alfombrado de pieles de armiño; ocupaba el testero una cama suntuosamente colgada, pero tan baja como los sofás orientales de los venecianos. En el lecho, entre sábanas de Cambray guarnecidas de riquísimo encaje de Malinas, dormia una niña de pocos meses con el sueño tranquilo de la inocencia: á su lado estaba recostada una dama hermosísima, rendida al parecer por el insomnio y la fatiga, cubierta con rica vestidura y mas parecida al Angel de la Guarda que á humana muger.

Una lamparilla de cristal de roca, alumbraba esta escena que con los brazos cruzados contemplaba el montero, vagando por sus labios infernal sonrisa de satisfaccion.

¿Era este hombre un ladrón?

Nó; sus facciones nada indicaban de vulgar, aunque rudas, y su traje era rico, y costosa la presea de su birrete; además había mirado con desprecio las joyas de gran valor que brillaban sobre un reclinatorio.

¿Era un amante atrevido?

Tampoco: la dama tenía descompuestas las ropas con el abandono del sueño, y su entreabierta gorguera dejaba ver un cuello y un seno voluptuosísimos: su guardapiés encubría mal una pierna torneada y un pie pequeño y carnoso encarcelado en un chapín de seda; y el montero no se había conmovido al recorrer con la vista aquellas mal encubiertas y provocativas gracias. Antes bien, ostentaba desprecio por tanta hermosura, y su atención se fijaba toda en la niña.

Acercóse á la cama, apartó las sábanas y reconoció el pecho de aquel ángel sobre el cual descansaba pendiente de una cinta aljofarada una medalla de oro que decia en un *motte* preciosamente grabado, alrededor del sol entre nubes, *oriam et videbis lucem*. Luego para mas asegurarse, comparó la fisonomía de la niña con la de la dama, y así que hubo reconocido la gran semejanza que había entre ambas, desenvainó el machete, que así podía pasar por espada como por cuchilla de verdugo, se santiguó y encomendándose como los antiguos caballeros á una dama, cuyo nombre parecía ser Juana, levantó el brazo para herir á la niña que dormía.

Sonrióse la inocente entre sueños entreabriendo sus labios rosados, y levantó una de sus manecitas de marfil como para detener el golpe fiero. Un estremecimiento de horror circuló por los miembros del montero, y quedóse con el machete en alto.

Una lucha terrible se agitaba en su corazón, y por la vez primera vaciló. Poco á poco su brazo fue cayendo, su cabeza se inclinó sobre su pecho y un sordo gemido se escapó de su boca.

Miró hácia la puerta del gabinete y dió un paso para salir.
Carlos Primero.

lir; pero entonces descubrió en el seno de la dama un medallón que representaba al parecer un retrato de un hermosísimo caballero de testa coronada, y con un movimiento convulsivo no parecido en verdad á la violenta sacudida de los celos, sino como quien recuerda un deber, volvió al lado del lecho.

Repentinamente envainó el machete, sacó el puñal de bajo del colete, le cogió con los dientes, y arrancando á la niña de la cama, dejó el gabinete aquel ser misterioso.

Al salir descompuso las cortinas de la puerta que se cruzaron, y la sala donde estaba la ventana por donde habia entrado quedó en profunda oscuridad.

No pudiendo ayudarse mas que de una mano, se extravió algo de su estudiada direccion y tropezó con un paje que dormia recostado en un cojin, y que se removió sobresaltado; pero el montero que era de esos hombres que se crecen en el peligro, le puso al azar un pie sobre el cuello, é inclinándose, le asentó una vigorosa puñalada en el corazon, dejándole muerto sin que exhalase un gemido.

Una bocanada de viento entreabrió la ventana, y el asesino se dirigió hácia ella guiado por el ambiente helado, y saltando de costado, se encontró en la calle sumergido en nieve hasta la cintura, pero sano y salvo.

El montero dió á huir como un loco, sin direccion fija, recorrió plazas, calles, volvió, revolvió sin temor á la nieve y al viento que arreciaban.

Con tan agitados movimientos, con el frio mas bien, la niña despertó y empezó á llorar; entonces el raptor se detuvo é hizo un movimiento como para ahogarla con su mano de hierro; mas otra vez vaciló poseido de un horror instintivo, y por el contrario desabrochó su colete y abrigó á la criatura contra su seno.

Estaba en una plaza y el reflejo de una luz le dió en la vista: dirigióse hácia ella, y era el farolillo de un santuario que chisporroteaba al dar sus últimas llamaradas colgado de un pescante de hierro ante la imágen de una virgen que ha-

bia sobre una cisterna ó pozo público.

El montero se aproximó, murmuró una devota oracion á la Virgen, y poseído de su antiguo furor quiso arrojar la niña al pozo; pero el farolillo se estinguió y el asesino no pudo llegar á alcanzar el borde porque se estravió en las tinieblas.—Supersticioso como era aquel hombre, segun habrán podido observar nuestros lectores, tomó aquello por una leccion del cielo, y sus pensamientos cambiaron.—Tenia miedo, y sintiendo pasos cercanos se entró al azar en un ancho portalon, perdiéndose en la oscuridad.

Postrada como ya hemos dicho por el insomnio y la fatiga la hermosa dama que dejamos en el gabinete, no sintió que le robaban su mas querida prenda, la hija de sus entrañas, ni le despertó el golpe que dió al caer en el pavimento un page mortalmente herido. Su sueño no era tranquilo sin embargo: á veces su pecho se agitaba como oprimido por una impresion dolorosa, sus brazos se estendian anhelantes y sus labios murmuraban palabras entrecortadas, entre las que solo se oia distintamente el nombre de *Felipe*.

A poco se sonreia con la inefable dulzura de la muger enamorada, estrechaba contra su pecho el retrato que pendia de su cuello en rica cadena de oro y queria al parecer señalar á su hija. ¡Cómo si la pobre madre la tuviese aun cerca de sí!

Durante uno de estos momentos de feliz ensueño ¡ojalá que nunca despertase! Silbó el viento con fuerza y la dama volvió en sí sobresaltada creyendo que su hija lloraba.

Abrió los ojos y espantada reconoció el lecho désamparado, creyó que soñaba aun y se restregó los párpados con fuerza: era realidad! No estaba allí!

Dió un grito desgarrador: desenvolvió el cambray, reconoció con la lamparilla en la mano toda la estancia,

palpó la cama, la alfombra y se revolvia como una leona herida, como una loca.

Cuando todo lo halló desierto y vacío, quiso andar y no pudo, intentó gritar y llamar á sus servidores y la voz se anudó en su garganta, el corazón se le sobrecogió como si se lo oprimiesen con un guantelete de acero, y cayó de rodillas sobre la alfombra viniendo á dar su cabeza en el sitio, caliente aun, donde habia descansado su hija.

Pero las mugeres cuya sensibilidad es mas esquisita, dispuestas para sentir y no para pensar, tienen concedido por Dios, el don de hacerse superiores á todo lo que las contraría, á la naturaleza misma; tan flacas y débiles siempre. En las grandes situaciones pronto salen de su postracion, si acaso esta las llega á sobrecoger y desplegan una energía, una actividad y un valor que es incomprensible y que aventaja al de los hombres mas constantes, resueltos y esforzados.

La dama asi, luchando con su escitacion nerviosa empezó á gritar con voz ronca:

—Rodrigo! Stolk!

Y salió del gabinete para buscarles.

Aun no habia visto el cadaver de Rodrigo su page y ya sentia el repugnante olor de la sangre y la humedad en sus delicados pies.

Su cabello se erizó de horror al contemplar al page (casi era un niño!) descompuestas sus facciones por la agonía y bañado en un lago de sangre, mas lo primero que dijo fué.

—Dios mio! si habrán matado á mi hija!

Y saltando por cima del cadaver empujó una puerta oculta en la tapicería gritando:

—Stolk! Stolk! Socorro!

Un bizarro y resuelto criado se presentó entonces á su vista con la espada desenvainada.

—Stolk! al asesino! Me han robado á mi hija, han muerto á Rodrigo!...

—Quién señora? Dónde está?—Dejadme el paso franco!

Y pasó el valiente flamenco y entró en la sala midiendo todo el espacio con una mirada ansiosa de venganza y altanería.

Tropezó con el cadáver del page y la pena contrajo su semblante, se inclinó sobre él y vió el puñal que el asesino había dejado en la herida.

—Le conoceis señora? Dijo desesperadamente presentándole á la dama.

Aquella arma homicida tenia una empuñadura riquísima, y por lo delicado y ligero, por los emblemas del pomo y los calados de la hoja parecia haber pertenecido á una dama de altísima alcurnia.

—Sí, le reconozco, exclamó la desconsolada madre, esa muger es mi ángel malo!....

—Ni de prueba puede servirnos, porque los tiros de la humana justicia no llegan tan alto. Diciendo esto Stolk arrojó el puñal con furia.

Nuevamente registraron el gabinete, la casa entera, y solo despues de largos instantes de angustiosa incertidumbre, vieron la ventana abierta, el vidrio arrancado, y asomando la luz, la capa en el bardal de la tapia, la escala de seda, y las anchas huellas de la nieve.

—Me la han robado!...gritó sollozando la dama y arrojándose sobre un sillón. ¡Bien sabian que así me partian el corazón!—Pero qué les ha hecho mi pobre niña!—Yo soy la única culpable!—Dios mio por qué tanta crueldad, tanta ira con migo!—Todo lo he sufrido por ella: la deshonra, la cólera paterna, el sacrificio de mi amor, el destierro; y hubiera sufrido asimismo la pobreza, el hambre las privaciones todas, mi sangre la daría gota á gota por ella.—Virgen santa volvedme á mi hija! y cayó de rodillas mesándose los cabellos.

—Pero el asesino no puede estar lejos, corramos Stolk á buscarle, recorramos la ciudad entera, no dejemos piedra por desenvolver, mis joyas, mi vida, todo para el que me la entregue.—A nadie tengo en el mundo mas que á ella!...

Tu me ayudarás Stolk: eres mi fiel servidor y nunca me has abandonado: vamos!...

Y se levantó con el mismo vértigo de locura que antes le agitaba.

—Señora, respondió con respeto y dolorida amargura el buen caballero: estais casi desnuda, estamos viviendo ocultamente en Bruselas, una imprudencia podria perdernos, sumergirnos en una prision, y entonces ¿quién seguiria las huellas del asesino?

—Pues bien, corre, vuela, y piensa en que llevas mi alma contigo.

Renunciamos á describir el estado de aquella madre desolada.

Stolk ayudado por ella, por mas que le repugnase, se armó con ligereza, y cogiendo una linterna sorda, salió á la calle y empezó á seguir las huellas del montero estampadas en la nieve que era fácil reconocer.

CAPITULO I.

La Circuncision.

Han pasado quince años desde los primeros acontecimientos de nuestra veridica historia.

Las campanas de la buena ciudad de Bruselas se corresponden en agitados revuelos. Es el dia de la Circuncision del año de gracia de 1516. Se celebra la fiesta en la suntuosa catedral del pueblo, residencia de los archiduques austriacos, y á la solemne funcion matutina, sigue por la tarde la *prosa asinaria*, diversion sacro-profana de aquellos tiempos de relajada disciplina.

Ningun honrado vecino de aquella industriosa ciudad puede dispensarse de asistir á tan gran solemnidad. Asi es que hierve la gente por las calles y las plazas, y se charla en todos los grupos con grande animacion.

No todos, sin embargo, se ocupan de la fiesta: fijemos nuestra atencion, en un pleveyo mal encarado y de modales torpes apoyado en un guarda canton de una de las calles

mas retiradas de la ciudad, parecia esperar una cita á juzgar por la impaciencia con que miraba por todos lados.

No obstante, este hombre tenia momentos de honda meditacion, de los cuales salia tan solo por el ruido de los pasos de algunos que en lo general se dirigian hácia la catedral.

En uno de estos momentos, y sin ser sentido por este hombre, se acercó á él un rufian de aspecto repugnante, dejando caer su mano, sobre el absorto pleveyo.



—Aqui estoy Blonderb, dijo con voz ronca y sonrisa siniestra: media hora lo menos antes de lo pactado.

—Bien Mal—alma, (respondió el pleveyo con gesto sombrío). No esperaba menos de tí. Demasiado me consta tu eficacia y deseo de complacerme.

—Hoy por ti, mañana por mí, que dijo el otro: (contestó el perdonavidas) Tu me prestas un escudo cuando me falta el *cumquibus*, y yo te auxilio toda vez que necesitas un brazo fuerte, y que pese al tenderlo.

—La muchacha puede pedir socorro, acudir algún imprudente y quitármela.

—Es cierto.

—Lo mejor es que yo me la lleve, mientras tú das razón del mal aventurado que ose salir á su defensa.

—¡Mal provecho para mí si no recibe una leccion el que venga en su socorro!

—Quedamos en que tu me guardarás la huida.

—Por quedado. Pero dime: ¿qué diantre vas á hacerte con esa chica?

—A vengarme, Mal-alma ¡á vengarme! recalcó Blonderb con reconcentrada y sorda cólera.

—¡Diablo! Ten cuenta no te ahorquen por ladron de objetos sagrados.

—No entiendo.

—¿No vas á robar á la que hace hoy de Virgen Maria?

—Voy á ser el demonio de esa moza sin entrañas, que me abrumba con sus desprecios. Yo era malo, pendenciero, bebedor; jugaba mi existencia; fui el espanto de las mancebias y burdeles; el camarada de los quimeristas...

—Camarada de jaranas, pero no de peligros, interrumpió el mata siete.

—La ví y me enamoré como un loco. Desde entonces naipes, dados, mozas, comilonas concluyeron para Blonderb, el *sin fatiga*, como se me apellidaba. El pensamiento en ella, nada me distraia: todo me dió en rostro, y por último resolví enmendarme para merecer su cariño; porque yo sabia que mi infernal reputacion en el barrio habia llegado á su noticia, escitando su aversion. Hice durante un mes una vida sin tacha: sufrí las rechiflas de mis compañeros de disolucion, las provocaciones á la broma y permanecí firme en mis propósitos. Osé hablarla y la de-

claré mi pasión, soportando la primera desdeñosa repulsa. Volví á la carga; nuevo desaire. Otra súplica; otro menosprecio. Cuarta pretension; cuarto rechace. Perdí la cabeza, y deteniéndola mal de su grado una noche en el dintel de su puerta, usé todos los medios para ablandar su corazón de mármol. ¡Inútiles tentativas! Me confesó que la parecía odioso, un miserable; un hombre desalmado; que la causaba horror: que todo lo prefería á unir su destino á mi destino... todo: hasta el hambre; la desnudez... hasta la muerte...

—¡Alma de Cain! ¡Pues no es franca la niña que digamos!

—¡Condenacion! (rugió Blonderb furioso). ¡Qué mas puede apetecer ella que un hombre de mi estofa! Tengo una famosa armería; ganancias respetables; crédito comercial, y disfruto consideraciones en los gremios...

—Eso sí; tu eres todo un hombre de pró.

—¿Quién es ella para despreciarme? ¡sangre y fuego! una cantadora viandante! una titerera; una farsanta, que divierte los ócios de las personas acomodadas, y al final de sus trovas tiende el platillo de metal para recoger las limosnas de las que ha entretenido.

—Lo cierto es que la Juanilla es una perla.

—¡Oh! hermosa como la Virgen que hoy debe figurar: hermosa hasta el prodigio, por mi desgracia; pero esa hermosura será para mí ó para nadie: viva ó muerta...

—Tambien es capricho.

—Vamos á verla vestida de Virgen, radiante de belleza; cercada de resplandores; espuesta á la adoracion de la multitud; entre el fulgor de las hachas de cera, y el humo del incienso...

—¡Ventre del obispo! no hay mujer que la eclipse en toda Flandes.

—Saldrá concluida la ceremonia: yo la acecharé como el lobo á una presa codiciada, y mientras que la tapo la boca, y la conduzco á mi casa tú, me escoltas, Mal-alma,

y empeñas el lance con él que acuda á sus gritos, si yo no he alcanzado á sofocarlos.

—¿A dónde daremos la carga?

—En las revueltas calles de la *Tisseranderié*. Cerca de su casa y al volver la esquina de la mia. Asi el camino es mas corto para mí que la llevaré en brazos luchando con ella. Mi criado Cristian está en aguardo para abrirme la puerta y aun ayudarme á introducirla á viva fuerza en nuestro domicilio, á mi primer silbido, que ya conoce.

—Perfectamente.

—Vamos ahora á la catedral.

Dentro de una elegante litera, sin escudo, ni emblema noviliario, conversan dos adolescentes, cuya traza y distinguidos modales suplen harto bien la falta de signos heráldicos, que denuncian en el continente el rango superior de los contenidos.

Los portadores de la litera no llevan uniforme, y desde luego se nota que guardan el incógnito por espreso mandato de sus jóvenes dueños.

El uno de los dos bizarros desconocidos, tiene cierto aire de superioridad que pudiera parecer exagerado, si los rasgos de su fisonomía no revelasen al mancebo de estirpe preclara, que representante de altos recuerdos se acostumbra á la dignidad, y ostenta al exterior la grandeza de las acciones, que corresponde á la grandeza de los pensamientos.

El otro demuestra una vivacidad suma, que se contiene por respeto al que acompaña.

—Hénos aquí fuera del dominio de un ayo severo (dijo el segundo de los descritos.) El conde, señor, no puede conformarse con renunciar á tenernos bajo tutela. Inútilmente han cambiado las cosas. Para él somos sus pupilos, y nada mas.

—¿Qué quieres Edgardo! es preciso tolerar sus impertinencias á ese buen conde de Nassan, por otra parte tan leal, tan celoso y amante de nuestro bien.

—Y ¿qué tal el montero Herman Stolk; que tanteado por

mi con objeto de que favoreciera nuestro ingreso á la ma-
drugada sin que nadie se aperciba, me responde con acento
duro: «Yo no soy cómplice de semejantes desarreglos.»

—En el fondo tiene razon, Edgardo. ¿Te parece arreglado
que nos escapemos de esta guisa para ir á correr aventuras
como dos exentos de guardias archiducales?

—¡Bah! ¡bah! (respondió el jovial mozalvete); buena
ocasion de predicaciones cuando ya hemos hecho la cala-
verada de salir como estudiantes fugados del aula. Ademas
reflexionemos que á las nueve nos esperan esas locas, Nan-
tilde y su hermana.

—Dices bien: dos locas.

—¡Deliciosas locas! exclamó Edgardo.

—Dos locas (repitió el mancebo de continente majestuo-
so) que apenas han recibido nuestro primer regalo nos citan
para una noche de amor.

—¡Franqueza! ¡marcialidad! ese es mi sistema.

—Yo habia soñado otra cosa para primera conquista,
Edgardo.

—¿Alguna princesa encantada, señor? ¿Alguna Ondina de
la teología escandinaba? ¿Quizás una hada de los cuentos de
oriente?

—No tanto; pero sí una mujer amante y recatada, una
mujer que luchase entre sus deberes y su pasion; que hu-
biera gloria en vencer; que enorgulleciera el triunfar de su
decoro...

—Perder tiempo para llegar á conseguir lo mismo, inter-
rumpió el alborotado Edgardo encojiéndose de hombros.

—No, (contestó el noble jóven con acento insinuante) no
es perder tiempo trabajar por captarse esa ternura, que
identifica las almas en una aspiracion única. Ya no hay re-
medio. Dado el primer paso daremos los que faltan hasta el
fin de la correria.

—¡Bravo! ¡firme como un esguizaro!

—Ahora nos mezclaremos con la turba en la catedral.

—Allí como dos hidalgüelos de provincia; cuidando sin

embargo de rehurtar las caras cuando pasen los prebostes, el dean, el burgo—maestre mayor, y el alcaide de palacio, no sea que nos conozcan y adios plan de noche feliz.

—No es fácil que nos distingán entre aquel tumulto.

—En todo evento mejor fuera dejar de asistir á la fiesta.

—De ningun modo, Edgardo. Tengo una curiosidad que deseo absolutamente satisfacer.

—Veamos.

—Anhelo examinar á la pleveya que figura la Virgen María, Nuestra Señora.

—Mucho la ensalzan.

—El conde Horu, asegura que es la primer jóven de Flandes; una deidad; un prototipo de virjinal belleza. Yo amo lo bello con pasion: belleza fisica; belleza de sentimientos; belleza de inspiraciones; todo merece mi reverente culto.

—La fiesta concluirá á las seis y media. A las siete volveremos á palacio: el caballero de Harencourt nos abre la comunicacion sijilosa, y á las ocho con el pretesto consabido, recobramos la libertad. Es un tesoro el caballero de Harencourt. Sin él no podiamos conseguir nuestro intento, y Nantilde y Lutecia quedaban sin amantes.

—Preciso es confesarlo.

—¡Harencourt es un benemérito! Nassan y Herman Stolk son dos viejos cócoras.

—Nassan y Stolk; son dos nobles y dignos ancianos que nos aman y por eso nos reprimen. Harencourt es un adulator, que lisonjea nuestros caprichos por atraerse nuestro agrado, que se promete esplotar algun dia. Es menester que seamos justos, por mas que pese á nuestra impetuosidad juvenil.

—Dice bien vuèstra...

—¡Cuidado Edgardo! No olvides que soy Federico, tu compañero de colegio, á quien das un *tú* de alegre camarada.

Un pueblo inmenso se agita y bulle en la suntuosa iglesia metropolitana de Bruselas.

La fiesta vespertina de la Circuncision con sus ritualidades extraordinarias convoca en el magnifico santuario á todas las clases, y condiciones de aquella nobilísima ciudad, blason de los Países Bajos.

Las órdenes del archiduque han sido puntualmente cumplidas. Las primeras comparsas de mimos y bufones disfrazados, fueron detenidas en las puertas del templo, y obligadas á evacuar el pórtico. Cundió la nueva de tal espulsion por el vecindario, y retrocedieron los inobedientes al bando de su alteza, que se dirijian á la catedral enmascarados.

Los cultos de la tarde han dado principio con la conveniente severidad.

Después de las oraciones prescritas para la festividad gloriosa, el reverendo Tlecherfeld, doctoral del cabildo, pronunció un discurso, desatendido por la multitud. Las singularidades de la fiesta, y no sus accidentes comunes, llamaban al concurso, que se hubiera abstenido de venir en gran mayoría, una vez suprimido el alegre final de la función.

Así es, que mientras el reverendo Tlecherfeld, fatigaba sus robustos pulmones, atronando sus ecos al estallar en las profusas bóvedas, una gran parte de los asistentes se colocaban en dos filas á lo largo del camino, que desde la sacristía debiera traer la procesion solemne; escolta de honor de la Virgen, figurada por la célebre hermosura popular, Juanita la Cantadora.

El suspirado momento llegó.

Las campanas fueron echadas á vuelo.

El órgano ruió por todos sus mas ruidosos rejistrós.

El clero anunció el comienzo de la *prosa asinaria* cantando en el tono menor estos dos versos.

Lux hodie, lux laetitia! me judico, tristis / Luz de hoy, luz alegre!
Quisquis erit, removendus solemnibus istis. } A nuestro modo de ver
 } Al que demuestre tristeza
 } Espulsarle será bien.

El pueblo respondió á la escitacion jovial del clero con un murmullo de alborozo, que por un momento apagará todo ruido: el clamoréo del metal, los acordes del órgano, los cantos eclesiásticos.

La procesion salió del coro, compuesta de todo el clero catedral y parroquial, presbíteros, diáconos y subdiáconos de Bruselas con hachas de cera de cuatro mecheros; andas de hombres desnudos de cintura para arriba, que jesticulaban diversamente: ya tomando posturas terribles, ya escitando la hilaridad con mohines juglarescos: el preboste precedido de sus alguaciles: el burgo-maestre, patriarcalmente rodeado de sus concejales; el alcaide de palacio con su escolta de partesaneros, en representacion del archiduque: los dos cantores con capas pluviales, diputados para llevar el asno de la Virgen del cabestro; la capilla del cabildo con su sorchantre, cubierto de una capa de hule, destinada á resbalar los torrentes de agua que debian lanzarse por cima de su cabeza: músicos, clarineros, cantantes y tocadores de timbal: los canónigos tras de sus erguidos maceros, y *clavicularios*, llevando en medio al maestro de ceremonias: las dignidades capitulares: el dean y el obispo, y detrás una brigada de Lansquenets para contener las osadías de la muchedumbre.

Aquella procesion ostentosa dió una doble vuelta al redor del templo. Vista á lo lejos parecia una gigantesca serpiente de fuego, que se plegaba en dos roscas.

—Edgardo, rompe las masas, y coloquémonos siquiera en la segunda fila.

—Señor... ¡ah! se me olvidaba. Federico, empuja y adelante.

—¡Ay! comadre Margarita, estos jóvenes...

—Estos jóvenes son unos groseros, vecina Kenny.

Antes de llegar la vanguardia de la procesion á la puerta de la sacristía de la capilla archiducal, de donde debia salir Juanita la Cantadora, transformada en Virgen-madre, caballera sobre el asno escojido, el sorchantre entonó los dos versos, marcados en la prosa:

Sinthodie prócul invidiae, prócul ómnia maesta,
Laeta volunt, qui colunt asinaria festa.

{ Lejos de aquí envidia y duelo
 solo requiere alegría
 la que á la fiesta del asno
 asiste jovial familia.

Los dos cantores revestidos de capas pluviales se adelantaron, llegando primero que la procesion á la cerrada puerta de la sacristía.

Hiriéronla con la pesada aldaba diciendo: *Circuncisio domini aperite januas.*—(La Circuncision del Señor: abrid las puertas.)

Obedecieron los encargados de mantenerlas cerradas y los ministros entraron, dejando para contener la audaz curiosidad del vulgo dos Lansquenetes, que impidieran su irrupcion en la sacristía.

Apenas la procesion apoyó la cabeza en la entrada de aquel recinto recien franqueado, empezaron á salir en dos hileras niños y niñas con blancas vestiduras, circuidas de rosas sus sienas, llevando velas encendidas.

Las campanas redoblaron sus ruidosos repiques.

El órgano reforzó sus torrentes de brillante armonía.

La muchedumbre mezcló á toda esta ensordecedora confusion un grito de impaciencia, que rodó por las bóvedas del santuario como rueda entre las nubes el pavoroso trueno, y se fué apagando como el oleaje en marejadas; eco de la tempestad que acaba de rujir.

En tanto cantaban los clérigos.

Orientis partibus
Adventavit asinus
Pulcher et fortissimus,
Sarcinis aptissimus.

{ De orientales partes
 el asno nos vino
 bien dispuesto, fuerte,
 para carga aptísimo

¡Aleuya!

¡Alegria!

*Hic, incollibus Sichen,
Enutritus sub Ruben,
Transit per Jordanem,
Saliit in Bethleem.*

¡Aleluya!

El de Sichen siervo,
le nutrió Ruben;
el Jordan vadea;
se ostenta en Belen.

¡Alegría!

El obispo en medio del dean y el majistral del capitulo, llevando delante al maestro de ceremonias, abandonó su lugar en la procesion, adelantándose por entre dos hileras de clérigos hácia la puerta de la sacristía. Los cantores prosiguieron:

*Aurum: thues Arabiae
et myrrham de Saba
tulit in Ecclesia
virtus asinaria.
Ecce magnis auribus
subyugalis filius,
asinus egregius,
asinorum dominus.*

Oro, incienso arábigo,
y mirra de Saba
condujo á la iglesia
sobre sus espaldas.
De orejuda estirpe
preciado blason;
burro nobilísimo
de burros señor.

— En vano continuaron sus cantares los músicos; inútilmente, jesticulaban los fantasmones, llevados en andas; sin éxito se pavoneaban las grandes dignidades del cabildo, con sus capas deslumbradoras: el pueblo no atendia mas que á la puerta por donde debia salir la Virgen sobre el asno; á la puerta á que por fin llegaron el obispo y sus acompañantes.

A una señal del prelado todo enmudeció.

Las campanas cesaron en su atronador clamoreo.

— El órgano dejó de vibrar.

— La capilla suspendió sus cánticos.

— El pueblo noticioso del curso de la ceremonia, reprimió su aliento, alargando ansioso el oido.

Una voz purísima de timbre claro, y de suave insinuación en el alma; una voz de muger que parecia un eco de la voz de un serafin, rompió aquel silencio expectativo, entonando este sencillo canto:

*Haec est clara dies, clararum clara dierum,
Haec est festa dies, festarum festa dierum;
Novile nobilitum, rutilans diadema dierum.*

Dia preclaro entre preclaros,
fiesta insigne entre las fiestas,
eres de los grandes dias
la rutilante diadema.

La Virgen María sobre el asno privilegiado se presentó.

Los dos cantores llevaban enmedio y asido de los ramales de un cabestro de seda el animal cubierto de una riquísima capa de coro.

Sobre sus lomos iba á mujeriegas Juanita, en traje hebreo, llevando oprimido contra su pecho un niño Jesus de pasta.

Una aclamacion universal de pasmo, acoció á la espléndida belleza.

Los que no la conocian admiraban sus sobrehumanos dotes: los que la conocian la encontraban tan realzada en sus encantos por la triunfal trasmutacion, que les era imposible contener la exclamacion de la sorpresa.

—Vecina Kenny, ¿habeis visto jamás unos ojos azules mas dulces y lánguidos?

—Comadre Margarita, ¿y un cabello del rubio, del oro mas ondeado?

—¡Trueno de Dios! capitán Lorkest, mirad qué boca.... ¡cuerpo de Cristo! ¡feliz el que consiga sellar con sus labios esas dos hojas de clavel!

—¡Tempestad de Satanás! teniente Hudsson; y esa frente ¡mil rayos! ¡y ese hoyuelo de la barba!

—Edgardo, así, así, he soñado á la muger de mis amores.

—Señor, efectivamente es una prenda de rey.

—Mírala, Edgardo, mírala: es una ilusion divina; la creacion de una fantasia poética; el reflejo en la tierra de una Virgen del cielo.

—¡Magnifico! os enamorais por letra á la vista.

—Mala ventura me dé Dios, si no es ella misma, la que yo me habia forjado en mis sueños amorosos; deidad de mi corazon, no profanada: tesoro escondido en lo íntimo de mi mente.

—Decidme señor Holboru, mi digno y respetable amigo, querido mio, ¿quién es (perdonad la indiscrecion) esa muchacha (preciosa criatura por vida mia) que?...

—Juanita la Cantadora, la hija del viejo Neuní, el tocador de rabel.

—Señorita Betsy, recordar lo que os decía; ved qué aire tan melancólico tiene esa linda muchacha.

—Es verdad mi buen Wandrillo; pero no me habéis: mi señora no para de volverse hácia nosotros.

—¡Alma de Cain! Blonderb, es un diamante esa muchacha.

—¡Condenacion! todos la devoran con la vista: todos se estasian en contemplarla. ¡Lucifer me confunda! daría de puñaladas ahora á todos esos miserables que fijan en ella sus ojos inflamados de codicia.

—¡Calla! no alborotes en la iglesia, condenado.

—Condenado, es verdad, en los tormentos del Averno. Pero, mira, Mal-alma; ¿no es cierto que esa muger es bellísima?

—Bellísima ¡vientre del obispo!

—No lo repitas tú; déjame decirlo yo solo.

—Pues está bueno.

—Mónstruo con formas de querubin ¡yo te haré mia por la eternidad! angel sin corazon ¡yo forzaré tu soberbio despegó!

—Bien, bien; no lo declares á gritos ¡sangre de tall!

—Mal-alma, si salimos con bien de la empresa, te doy la mitad de mi fortuna: toda si me la pides.

—¡Bah! Ya lo creo que saldremos bien. Nos apostamos en la esquina de tu casa, por donde forzosamente debe pasar la moza. Las callejuelas de la *Tisseranderie* no son muy concurridas, y mucho menos hoy, que los fuegos de artificio atraen la gente á la plaza mayor: cabalmente en direccion opuesta. Acechamos la presa, y tú cargas con ella, mientras yo te guardo las espaldas.

—Yo no soy valiente, Mal-alma....

—De que certifico.

—No soy valiente; mas por el reposo de mis difuntos, que quien osara disputarme esa muger, ó cerrarme el paso cuando yo llegue á ella, esta daga dará razon de sus entrañas.

Juanita se puso en marcha rodeada del cortejo episcopal, siguiéndola á su paso las aclamaciones entusiastas del gentío, segun iba avanzando por entre dos compactas filas.

Ni Alberto Durer, ni Lucas Kranach, encontrarán inspiracion semejante á la que pudiera creerse en el artista que se hubiese limitado á reproducir las facciones de la Cantadora.

Ni Van-dik, ni Rubens, los pintores de la belleza nórdica, ofrecieron en sus lienzos un tipo de la seduccion irresistible de Juana.

Pedro Vischer, no habria concebido mas digno modelo de su cincel, en los mas felices raptos de grandiosa idealidad. El escritor sagrado Klopstock, autor sublime de la *Mesiada*, hubiera ambicionado á Juanita para poética personificación de la madre de Jesus en sus cantos, que rebosan fervida piedad, y arrebatador misticismo.

Los mismos cantores que la conducian en su marcha gloriosa por las crujiás del templo, al verla tan suntuosamente bella, tan virginalmente púdica, esforzaban la voz cantando estos versos de el rito:

*Virgo Dei genitrix,
Formosa inter mulieres
Benedicta in aeternum.
Salve.*

{ Virgen madre de Dios;
Hermosa entre as mugeres;
Bendita por siempre.
Salve.

—Vámonos, Mal-alma, vámonos, exclamó Blonderb desesperado.

—Esperad, aun falta el remojo de los fantasmones y del sorchantre, ceremonia muy divertida.

—Vámonos te digo ¡sangre y fuego!

—¿Y no hemos de ver el baile de los muertos, con que concluye la funcion?

—Si estoy mas tiempo aquí pierdo la cabeza, y entrando en medio de la clerecia, la robo á las adoraciones del pueblo y á las aras de Dios.

—¡Insensato!

—¡Execracion sobre mi! Mal-alma, me consumo contem-

plandola, objeto de todas las miradas: secreto blanco de todos los deseos. ¡Oh! el encierro para ella sin que mas hombre que yo tenga ocasion de recrearse en sus hechizos celestiales.

—Pero ¿dónde iremos ahora? ¡voto á tal!

—La noche cierra; vamos á situarnos en la esquina de mi casa. Allí que no pueda escapársenos, que caiga la paloma en nuestras uñas de gavilanes.

—Pues quedamos frescos; ¡vaya una centinela!

—Anda. Beberemos un trago en la hosteria de la *Estrella de oro* para entretener el tiempo que falta.

—Ya voy, espera unos minutos.

—¡Verdugo! ¿no conoces que aquí me ahogo? ¿no conoces que deseo aspirar la helada atmósfera de las calles, porque el ambiente del santuario me envenena?

—¡Vientre del obispo, en marcha! ¡Malditos los enamorados hasta la millonésima generacion!...

—Edgardo, indudablemente esta divina criatura, concluido el ritual, ha de salir por la puertecilla exterior de la sacristía.

—Es mas que probable.

—De suerte que apostándonos en esa puerta nos será fácil seguirla de cerca, sin que la perdamos de vista.

—¡Ola mi querido Federico! parece que se proyecta el asalto de la moza; ¡bravo por los hidalgos resueltos!

—La seguiremos sin acercarnos, sin hablarla.

—¡Malo! yo creí que íbamos á la carga como estudiantes. ¡*Flor de mayo!* ¡chts! *niña mia ¿no hay en esa botica un cordial para enfermos de amor?*

—Sabremos donde mora esa vasalla del archiduque, y su alteza noticioso de que se haya en suma estrechez la remitirá un socorro.

—Federico, Federico, *cecidisti in rete*, caiste en el garlito; estás rendido al poder de esa beldad.

—Lo confieso, Edgardo, lo confieso, y por tanto hoy no acudiremos á la cita de Nantilde y Lutecia....

—¿De veras, señor?

—¿Qué quieres amigo mio? me fuera imposible mostrarme galante con esas locas, ocupada la imaginacion de esta imágen tan pura, tan melancólicamente bella.

—Cada cosa en su tiempo.

—No; decididamente no. Respeta mis caprichos Edgardo. Soy tiránico exigiéndote el sacrificio de tus recreos á mi resolucion contraria; yo lo conozco: pero seria para mí la mas odiosa profanacion de los sentimientos que esa niña me ha inspirado, engolfar en su voluptuosidad grosera, las nobles aspiraciones del espíritu, que su vista acaba de escitar en mí.

—Pero señor, ¿no iremos á palacio á eso de las siete, como lo teniamos dispuesto? vamos á comprometer al pobre caballero de Harencourt, que nos ha facilitado salida.

—A las siete habrá concluido esto, y despues de averiguado el domicilio de Juanita, regresaremos á palacio para no volver á salir mas por esta noche.

—¡Voto al chápiro!

—Lo mas que puede acontecer, es que Nassan se queje de nuestra ligereza; que Stolk haga algun gesto de disgusto: ¡pobres amigos! nos quisieran perfectos como bien aventurados.

—Pero Nantilde y Lutecia...

—No me habéis de esas mugeres ¡pardiez! lo que dije se hará, y punto concluido,

—Señor, dispense vuestra...

—Déjame, mi buen Edgardo; déjame mis quimeras de soñador apasionado, amigo mio. No me despiertes de mis ilusiones con el recuerdo de sensualidades mezquinas. Hasta el dia no he libado la copa de los placeres; deja que me la brinde una Hébe pudorosa, y no una Venus provocativa.

.....

Las ocho acaban de sonar en el reloj de la torre de la *Tisseranderie* ó registros del gremio fabril de Bruselas.



La noche es en extremo oscura. Sopla un viento glacial, y entre sus ráfagas vienen envueltos vapores húmedos, que denuncian la cargazon de las densas nubes.

En la esquina de una revuelta calleja de aquel barrio de travesías, se ve cierto grosero nicho, alumbrado por un farol, oscilante al soplo del norte, en el que se halla espuesto á la adoracion pública el simbolo de la redencion humana.

Tras del guarda-canton, favorecido por las tinieblas de la medrosa calle, acecha un hombre, alargando con precaucion el cuello por cima del marmolillo.

Mas allá, y embutido en el ángulo de una cerrada puerta, se descubre á otro que bosteza soberanamente hastiado de aquel aguardo penoso.

—¡Cuernos de Satanás! exclamó con voz tonante, estirando sus piernas entumecidas por la inaccion.

El que estaba en acecho se volvió con impaciencia y le dijo con acento imperioso:—¡Calla!

El rufian volvió á cruzarse de brazos, recostando la cabeza en el muro donde apoyaba sus espaldas.

Al poco tiempo un movimiento de el acechador hizo salir de su inmovilidad al Perdonavidas.

—¿Qué es eso? preguntó á su camarada.

—Ella dobla la esquina... viene sola...

El Mata-siete se acercó á su compañero.

—¡Sangre y fuego! (repuso con sorda rabia Blonderb) no es ella, no es ella, ¡mal aventurado de mí!

—No digo que ves visiones, (contestó Mal-alma) vuelta á la garita ¡por vida de los tres magos de Colonial!

Una pobre anciana atravesó por delante del retablo. Se persignó devotamente y siguió su camino, murmurando las palabras primeras del credo, sin apercibir á nuestros emboscados.

—Ganas me estan dando de asustar á esa bruja maldecida. ¿Qué te parece la idea, Blonderb?

El espadero no le respondió.

—¡Hum! (murmuró el innoble espadachin) ya me voy

cansando de estar aquí metido como reliquia en urna.

Blonderb oyó perfectamente la exclamacion, pero no tuvo por conveniente contestar.

Al cabo de un buen rato el enamorado de la Cantadora retrocedió profiriendo furioso una horrenda blasfemia.

—Veamos (dijo Mal-alma con sorna) ¿qué sucede? ¿pasa otra vieja?

—¡Maldicion! la ronda con sus farolillos aparece al principio de la otra calle, si en este tiempo llega Juana todo se ha perdido.

—Mira si la ronda se dirige hácia acá, repuso el maton, que tenia sus razones particulares para evitar el encuentro con los alguaciles y corchetes de patrulla nocturna.

Blonderb tornó al acecho por cima del guarda-canton.

—¡Bien! (esclamó rebosando alegría) se marchan por la boca-calle de la izquierda.

—Me alegro ¡voto á Cristo!

—A tu puesto Mal-alma.

—Vamos al nicho, santo mio.

El espadero siguió acurrucado tras de la esquina, como el perro de un bandido corso en los espesos matorrales donde vela el sueño de su terrible señor.

Su cómplice embozado en la ancha capa, y regañando entre dientes, daba á todos los diablos el amor con todas sus consecuencias.

El Perdona-vidas preferia un buen cuarto de hora de cintarazos y reveses á los treinta minutos y pieo que llevaba de molesta espera.

Un grito ahogado de Blonderb puso á Mal-alma en expectativa.

—¡Oh! ¡rayo de Dios! (esclamó el vigilante!) ahora es ella... sí... ella misma. Prepárate amigo mio.

—¿Saldremos con otra bruja?

—No hay que perder tiempo. ¡Ira del cielo! despacha.

Mal-alma desenvainó su formidable tizona.

—Ahí viene... llega, llega... aquí te espero, orgullosa

hermosura, exclamó Blonderb en el colmo de su alborozo infernal.

—Menos bulla ¡cuerpo de Cristo!

—¡Silencio!

Era un espetáculo interesante la espectacion ansiosa de aquellos dos hombres: el uno dispuesto á lanzarse sobre su víctima como el azor sanguinario sobre la garza: el otro, desnudo el acero, aparejado á proteger á su vil cólega si los gritos de la robada atraian algun defensor.

Y en tanto Juanita se adelantaba con paso rápido, descuidada de todo lance en aquellas travesías, donde rara vez se encontraba gente á tales horas.

Distaria cuatro pasos de la esquina, cuando Mal-alma que la observaba colocado detrás de Blonderb, gritó—¡avanza!—

La hija del viejo Neuní se paró sobrecojida de espanto.

Con la velocidad del relámpago el espadero se avalanzó á ella, cojiéndola violentamente por el cuello.

—¡Favor! ¡socorro! gritó la pobre jóven con voz angustiada.

—¡Silencio! respondió Blonderb oprimiendo el talle de la doncella entre sus nervudos brazos.

—¡Favor! ¡socorro! repitió la pobre criatura con acento desesperado.

—¡Calla ó te arranco la lengua! dijo el raptor frenético.

La lucha empezó, iluminada por la ténue luz del farolillo colgado ante el retablo.

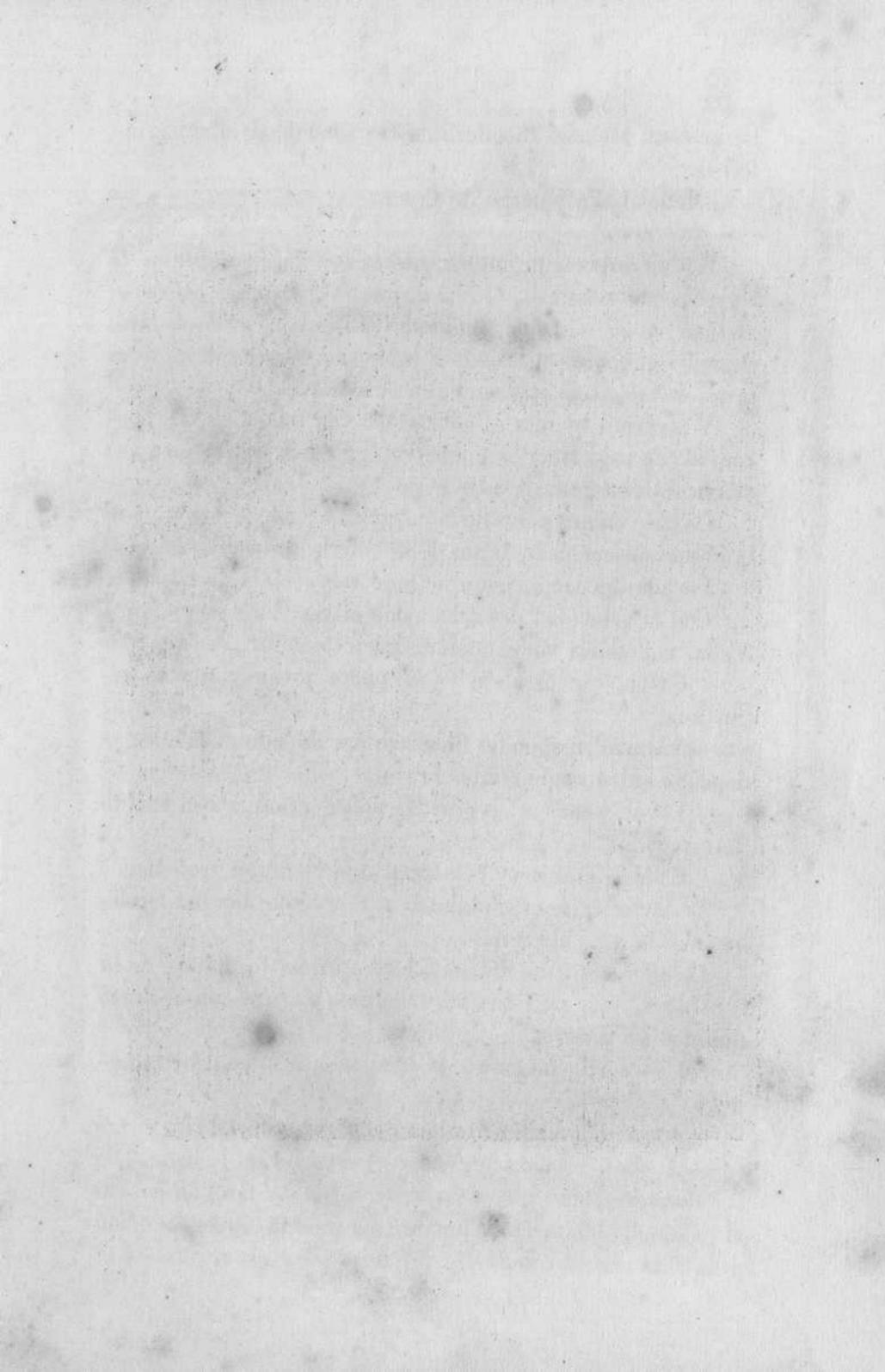
La mano derecha del espadero oprimia los labios de la Cantadora, mientras que pugnaba por abarear con el brazo siniestro su cintura.

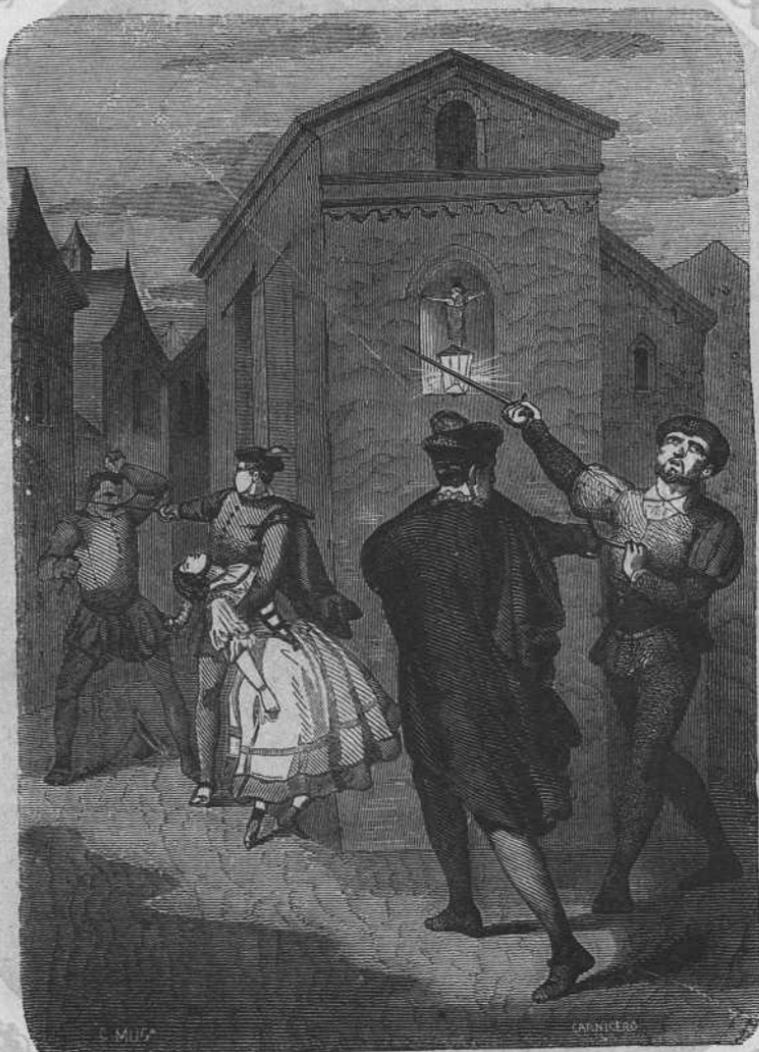
Un esfuerzo poderoso de Juanita la desasió de su enemigo.

—¡Socorro! ¡auxilio! tornó á decir con nuevo brio.

—¡A ellos! exclamaron desde el extremo de la calle.

Dos embozados que á favor de la luz del farolillo habian visto aquella lucha de un hombre contra una muger, acudian á toda su carrera, dando la voz de auxilio á la vejada.





Carlos V,
lám. 1.^ª

—Mal—alma, llegó tu hora, exclamó Blonderb jadeante, estrechando vigorosamente á su perseguida.

El maton salió al paso á los desconocidos, y se plantó fieramente en guardia en medio de la calle, frente de la luz del retablo.

—¡Alto, señores! les dijo al verlos llegar.

—¡Son dos, Edgardo; tu el uno y yo el otro.

El espadero habia logrado apoderarse de Juana, que casi privada de sentido oponia debilísima resistencia.

—Tu al raptor, Edgardo; yo daré cuenta de este, repuso el jóven caballero con súbita resolución.

Ambos se arrojaron al propio tiempo sobre el Mata-siete, que sintió la punta de una de las espadas sobre su ropilla.

Apenas tuvo tiempo de quitarse la estocada.

Mientras paraba el veloz golpe, Edgardo habia pasado cerca de él sin riesgo, y se dirigia á Blonderb gritando:

—¡Ahora lo verás, miserable!

—¡Ventre del obispo! rujió Mal—alma atacando furiosamente á su repentino adversario.

El mancebo se mantuvo firme respondiendo al ataque con tanta habilidad como sangre fria.

—¡Ira de Lucifer! repitió colérico, teniendo que retroceder hostigado por el diestro adolescente.

—Edgardo, (dijo el adversario de Mal—alma con respiración entrecortada por la fatiga) ¡firme, hijo mio!

—Ya está señor, ya está.

En efecto, Edgardo consiguió hacer soltar la presa al espadero, por medio de dos tremendos golpes de plano, que aturdieron al raptor.

Como el pensamiento de veloz, el jóven se apoderó de Juanita, y la sostuvo medio exánime estrechada contra su cuerpo.

—¡Muere, maldito incógnito! exclamó el traidor Blonderb, descargando su brazo armado de un agudo puñal, sobre el corazon de su enemigo.

La punta del arma asesina se quebró contra los finisimos

anillos de la cota, que bajo el túnico ceñía Edgardo.

—¡Cobarde! repuso el adolescente retrocediendo un paso, y levantando su espada en ademán amenazador.

El villano emprendió la fuga; pero al arranque de la carrera el acero de Edgardo azotó su rostro silvando como la trenza de un látigo.

—¡Toma, asesino! repuso el mancebo con orgullosa satisfacción.

—Edgardo (repitió Federico con voz penosamente articulada) ¿has concluido?

—Allá voy á prestaros ayuda, contestó el llamado, tratando de apoyar á la Cantadora contra la esquina, para favorecer á su compañero.

—No es necesario; (tornó á responder Federico) pronto concluyo....

—Lo veremos, interrumpió el rufian en el colmo de la rabia, cerrando ciego de enojo con el jóven.

El choque de los aceros se hizo mas fuerte y redoblado.

—¡Una! gritó el Perdonavidas yéndose á fondo con impetu.

—Parada en tercera, y golpe seguido, respondió su contendiente.

Edgardo llegaba en aquel momento.

El maton atravesado por el *buen sitio* como él solía decir, cayó con los brazos abiertos sobre la espada de Federico, al empavesado fangoso.

¡Ni un gemido, ni un murmullo!

Su cuerpo produjo al caer un golpe seco.

—¡Gracias á Dios! exclamó el bizarro caballero, dando un suspiro de cansancio. Este jayan era duro como mil demonios. ¿Y la jóven?—Alli....

—Corramos á ella.

—Si os parece averiguaré si está muerto el jayan.

—Doy fé de ello, repuso el otro examinando á la luz la hoja de su larga espada, teñida de sangre hasta bien cerca de la empuñadura.

Mientras Federico se dirigía hácia donde se hallaba la Cantadora, Edgardo se aproximó á Mal-alma; dió con el pié al cuerpo tendido en el arroyo, y no hizo, movimiento alguno. Bajóse á mirar su fisonomía, y advirtió en ella la descomposicion de facciones que revela la muerte.

—Dios te haya perdonado, murmuró, alejándose en direccion á la esquina donde habia dejado apoyada á la hija del viejo Nenni.

—¿Vivís muy lejos de este barrio? preguntó Federico á la hermosa.

—Muy cerca, señor caballero.

—Os serviremos de escolta, niña mia.

—Gracias, mis buenos señores; gracias por haberme libertado de mis enemigos....

—¿Les habeis conocido, Juana?

—No señor, respondió la jóven confusa.

—El uno yace allí, dijo Federico con eco sombrío señalando el cadáver de Mal-alma.

—Huyó el otro, añadió Edgardo.

—El Señor os bendiga, mis generosos libertadores.

II.

El moribundo.

Nenni, el tocador de rabel, habia sido por mucho tiempo el trovador de moda en Bruselas.

Discípulo del rabelista Francon, habia heredado sus inspiraciones de *minnesa enger* ó cantor amoroso, y su clientela numerosa y escogida.

El trovador flamenco, no era un tipo semejante al resto de los artistas de su especie en Europa.

Ni era un adolescente de voz feminea, traza delicada y distinguidos modales; favorito agasajado de los grandes señores; primer criado de la seccion hidalga de una pomposa servidumbre, como acontecia en Italia.

Ni un jóven esclavo árabe melancólico, cantor de histo-

rias doloridas, y trovos de lánguido sentimiento, como sucedia en Castilla.

Ni un poeta de imaginación viva, músico de fecunda improvisación, independiente en sus funciones, de todo ceremonial: que siendo perfectamente recibido al mostrarse en los salones y festines con su sonrisa picaresca, y su laud á la espalda, no era motejado cuando dejaba de aparecer siguiendo los impulsos de su capricho, cual se veia en Francia.

Ni por último un consumado maestro, estimado en gran manera por sus señores, que se constituian en sus admiradores primeros, y tratándolos con el respeto mas profundo les asociaban preferentemente á todo festejo cortesano, como se nota en aquel eminente organista, Pablo Hoffaner, que Alberto Durer nos presenta en su grabado, en un carro tirado por un dromedario, en pos de Maximiliano I, formando parte del cortejo triunfal, y llenando los espacios con los ecos de su instrumento armonioso.

El trovador en Flandes, era un verdadero concertista. Acudia donde le llamaban, con su caudal de piezas estudiadas; tristes, alegres, jocosas, marciales, ó místicas.

Ya se le invitaba á una fiesta nupcial; encargándosele entre otras composiciones un canto epitalámico.

Ya se le avisaba para amenizar un banquete, en cuyo caso prevenia una nueva cancion báquica.

Ora se le hacia saber la competencia con otros artistas; advirtiéndosele para que se preparase al concurso, con lo mas florido de su rico repertorio.

Ora se le hacia venir para disipar la negra melancolía de algun prócer con los recursos de ese arte encantador, de quien escribia Juan Huss, que destierra las tribulaciones y malos pensamientos; consuela el espíritu, apoderado de la tristeza; refresca el corazon y le vuelve la paz.

Nenni habia conocido al ciego Conrado Paulmaun, tñedor de clavicordio; espineta, viola *digamba*; dulzaina caramillo; flauta travesera, y trompa.

Conrado habia viajado por el continente, y conocido

otro género que el germano. Al paso que en Francia la música marchaba en rápido progreso, en Alemania estaba reducida al estacionamiento mas deplorable. Mientras que Italia abria la vasta senda del arte teórico, merced á Gaffário, la Germania no comprendia mas que el unisono. Conrado trajo á Flandes los tesoros de inteligencia musical de los paises mas adelantados de Europa; los descubrimientos armónicos y las adquisiciones micrológicas de los maestros de primera clase empleados por el clero catedral y las órdenes religiosas; patronos insignes de las bellas artes.

Uno de los adeptos, con quienes contó el apóstol de la nueva escuela fué Nenni, y en union con otros cuantos talentos filarmónicos inauguró un plantel de profesores célebres, colocando bien pronto á Flandes al glorioso nivel de la Francia y la Italia.

Nenni sin perder el giro original de los aires nacionales les libró de su monotonía; ensanchando la órbita de su desarrollo, y supo hermanar perfectamente la sencillez del carácter de su música con la mayor riqueza de entonaciones.

Así es que fué por mucho tiempo el músico predilecto de los primeros señores de la nobleza; de los mas distinguidos hidalgos, y los mercaderes de mayor consideracion de la ciudad.

Nenni hubiera podido colocarse en una gran posicion para lo futuro; pero á fuer de artista era descuidado del porvenir como las aves del cielo: ganaba el oro con gloria, y le gastaba con una prodigalidad de príncipe, sin reservar un escudo para mañana; sin derrochar en vicios sus ganancias, sino abundando en ese lujo ostentoso, que arruina por lo enorme de su costo, y su ninguna valía para las épocas apuradas y angustiosas.

El trovador no tenia familia, y carecia de propensiones á la vida libertina; de suerte que se le reputaba por rico entre las personas sabedoras de sus pingües productos, y que ignoraban su desarreglado manejo.

Pero Nenni al espirar el día no contaba con medio escudo, aunque tuviese sobre la mesa media docena de billetes, invitándole para conciertos en las principales casas de la corte; billetes que representaban la perspectiva de un lucro respetable, que á su vez debia ser desperdiciado como el anterior.

Aparte de esta inmoderacion en el gasto é imprevision lastimosa, Nenni era el hombre mas cabal del mundo. Se le atribuian escelentes fortunas amorosas, con damas de la suprema clase; pero nunca salió de sus labios, no ya una confesion, sino la menor palabra que sirviera de indicio á los episodios galantes, que se sospechaban de él.

Caritativo hasta rayar en víctima de supercherías é importunidades no hacia un alarde orgulloso de sus filantrópicos sentimientos, ni ponia estudio en representar el favorecedor incógnito. Daba su oro á los menesterosos y necesitados con la naturalidad de las acciones enteramente espontáneas; cuidándose poco de escitar la gratitud del auxiliado, sin el erguimiento del que socorre por vanidad; sin el misterio del caprichoso que con el beneficio oculto procura un goce á su orgullo secreto; sino con esa noble franqueza del que obra por puro instinto benéfico, y sin pretensiones de ninguna clase.

El carácter de Nenni era de una indolencia extraordinaria. No parecia susceptible de ninguna pasion vehemente.—Las insolencias de sus criados merecian cuando mas un—¡Vaya!—su espresion mas violenta de disgusto. Poseyendo conocimientos superiores en su divino arte, debidos á sus estudios y á el método de Paulmaun, maestramente comprendido, escuchaba los disparates de cualquier pedantuelo sin impaciencia, y jamás contradecia las opiniones de tanto defensor de lo vetusto, como derrama su hiel sobre todo lo nuevo que aparece, por bueno que sea. Trataba con una exquisita cortesania á los miserables, que sin talento para rivalizar con él, se vengaban del genio con las imputaciones mas atroces. La extrema animacion de su fisonomía, tanto durante la eje-

cucion de sus piezas favoritas, cuanto al recibir los aplausos de un concurso entusiasta de sus dotes, no provenia de la satisfaccion de su amor propio lisonjeado, sino del sentimiento de profundo cariño que le merecia el arte, y del éxito de aquellos cantos, que le conmovia, cual conmueve á un padre tierno el brillo de sus hijos.

Era imposible tratar á Nenni sin amarle; porque se necesita tener un corazon de fiera para no amar á esas escasisimas criaturas, incapaces de comprender el mal; inaccesible al ódio; dispuestas á todos los sacrificios de una amistad generosa: seres privilegiados, á quienes la esperiencia de lo malo no pervierte; que no saben defenderse de la malignidad, con la malignidad; que no pueden negar sus simpatias á cuantos no se les manifiestan abiertamente hostiles: seres excepcionales, que parecen de otra raza que los demás; raza mas próxima á el ángel, que al hombre concupiscente: seres que Dios exime de esas propensiones malélicas, castigo terrible del primer pecado de la humanidad.

De improviso el trovador albergó en su casa á una niña de algunos cuatro meses, que hizo necesaria la adquisicion de una nodriza.

Nenni anunció á sus amigos y protectores que el cielo le habia concedido una hija preciosa, y que muerta la madre en el parto, se habia hecho cargo del fruto de sus amores, como cumple á toda persona de hidalgo pensar.

La circunstancia de no haberse bautizado la niña proporcionó al artista la honra de aceptar por madrina á la duquesa de Etrheford, la mas alta y digna señora de Flandes.

Nenni estaba loco de alegría con el nuevo vínculo que ligaba á la sociedad su existencia aventurera.

En los últimos instantes de Isabel de Crammer la dió su mano, lejitimando así el nacimiento de Juanita.

—Señora, (decia lleno de alborozo á la duquesa) protesto á vuestra gracia que en lo sucesivo no tendrá que reprenderme mis locos dispendios. Lo que trato es de ahorrar para esta débil criaturita, que la Providencia se digna regalarme...

La de Etrheford se sonreía.

—Porque este es un presente de la Divinidad, señora (continuaba el músico henchido de entusiasmo.) Es como si dijese Nuestra Señora de la Piedad.

—«Ese pobre Nenni pasaba una vida tan solitaria, tan monótona, vamos á enviarle un angelito de mi cielo, el mas pequeño de mis serafines, y que le acompañe en su soledad, y que absorba sus momentos de reposo con todas esas monerías infantiles, que hacen tan dichosos á los padres.»—Mire vuestra gracia á mi Juanita.... ¿No es verdad que promete ser una chica de ojos del azul del éter, boquita de coralina y albura láctea?

La duquesa no podía menos de convenir en que la niña auguraba una belleza prodigiosa, aplaudiendo los planes económicos de su alborozado padre; relativos á labrar una fortuna, que garantizara el porvenir de aquella prenda de sus amores.

Como los hábitos inveterados no se alcanzan á desarraigar por completo, sucedió que los primeros meses, reprimiendo sus deseos, y luchando con sus instintos reunió algunas sumas en su gabeta, principio de los ahorros que se había propuesto.

Pero cierto día en que asistió al festin semanal de su gracia el conde de Aremberg, examinando el conde la cadena de oro que circua el cuello del trovador en seis vueltas, le dijo:

—¿Qué es esto, Nenni? ¿Os habeis hecho avaro?

—¿Por qué lo decís, gracioso señor?

—Porque vos, tan amante de las novedades, tan aficionado á ostentar de los primeros las joyas de moda reciente, no debiais llevar esa cadena, vulgarizado ya su uso, sino un collar de malla de oro, desde la garganta á los hombros, que es el estilo mas en boga en Francia entre las gentes distinguidas.

El primer cuidado de Nenni fué la adquisicion del collar, descrito por su gracia; con lo que no solo gastó la suma guar-

dada, sino que quedó empeñado con el platero en otro tanto mas.

Muy pronto se arrepintió de su falta de constancia [en los buenos propósitos.

—Está bueno, señor Nenni (dijose á sí mismo). Está visto que vuesa merced no tiene pizca de seso; es un chiquillo á quien precisa poner un ayo para evitar que haga mil locuras. ¡Adios dinero, y adios planes de método en el gasto! Es fuerza que dé á guardar mis escudos, si no quiero hallarme al cabo del año con mi rabel por único caudal.

—¡Oh! (continuó el artista cada vez mas descontento de sí) He menester pensar en un fiel depositario, que al paso que multiplique mis fondos, me niegue rotundamente lo que le pida para mis locas espensas: un honrado negociante, que me trate como merezco; que me pida cuenta de lo que gano, y me exija el residuo de lo estrictamente necesario, para engrosar la herencia de esa pobre niña.

—¡Vaya! (añadió el trovador en el último grado de su enojo) Es una vergüenza que mañana Juanita me pregunte con su voz de ángel.—¿Qué te queda de tu gloria, padre mio?—Y yo tenga que responder.—«Recuerdos por el pasado, y escasez por el presente.»—¡Pobre ángel!

Y Nenni fortalecido en su pensamiento por la ternura paternal logró vencer su debilidad característica, y habló á *minheer Blausthof*, judío holandés, para que admitiese en depósito las cantidades que sucesivamente fuese consignado en su caja.

Moisés Blausthof gozaba una reputacion envidiable, y habia manifestado siempre una estimacion vivisima hácia Nenni. Aprobó su idea y se comprometió á secundar las miras del músico, proponiéndole invertir las ganancias del arte en una especulacion lucrativa y lo mas segura posible, el préstamo bajo fianza.

Juanita crecia en gracia al par que en hermosura.

Cuando el trovador, faltando á sus compromisos, la llevaba á dar una vuelta por la ciudad, los transeuntes se desha-

cian en exclamaciones, que sonaban deliciosamente en los oídos del buen padre.

Juana mostraba las mejores disposiciones místicas; lo que constituía el colmo de la exaltación amante de Nenni.

En aquella época la educación consistía en aprender los dogmas religiosos, y aun tanto de lectura en los enormes libros que suministraba el arte reciente de Guttemberg.

Juana recibió esta tintura moral y literaria con aprovechamiento, pero sin pasión, por adelantos sucesivos.

Todo su apego al estudio, toda la actividad de su inteligencia se concentraron en el arte de Orfeo y Apolo; justificando la predicción de Nenni que al verla seguir con el gesto las inspiraciones diversas de sus cantos, sospechó un germen de sensibilidad fecunda, un foco de genio que esperaba una ocasión de revelarse.

Una vez en educación artística la lindísima criatura, desarrolló facultades extraordinarias; facultades tan privilegiadas, que resistieron á los rudos é incesantes ejercicios de aquella instrucción antigua, que agotaba las dos terceras partes de los talentos, sometidos á su áspero cultivo.

Llegó el caso de que Nenni diese conciertos en unión de su hija, y subió de punto la boga del tocador de rabel.

Todo los círculos de Bruselas se disputaban á la pequeña cantadora. Juana era objeto de universales atenciones; y donde quiera que aparecía ninguna notabilidad bastaba á distraer la expectación ansiosa que merecían los encantos de aquella niña singular.

Y ciertamente la hija de Nenni, era acreedora al tributo de admiración que se la pagaba en las reuniones de primer orden, y si la Europa del siglo XVI hubiera sido como la Europa de nuestro siglo, el concertista flamenco hubiese tenido en su hija una emperatriz del arte, que habría recorrido el mundo por un carril de oro, sembrado de coronas de laurel y ramilletes de flores; recibida en las primeras capitales del Continente con pompa triunfal; cantada por los más inspirados poetas; obsequiada

por los mas altos dignatarios de los estados ; viendo circular su retrato y su reseña biográfica por todo el orbe; vertido el menor incidente curioso de su vida en todos los idiomas para su notificacion á todos los paises; poseedora de un inmenso capital, y abandonando la grandiosa escena de sus insignes conquistas para vivir en el retiro, en esa dulce, sabrosa melancolía del genio que ha tocado en los limites de la gloria mundana los desengaños y la vanidad de la codicia terrena.

Pero el siglo XVI no brindaba tan próspero destino á los artistas. La gloria militar le ocupaba todo entero: la gloria militar que debia servir de magnífico escabel á la reconstruccion de los poderes públicos centrales.

El siglo XVI tenia demasiado que hacer con sus héroes coronados, con sus novadores atrevidos, con los trances de la lucha entre la obra que tenia encargada por la Providencia y la resistencia tenaz de los derechos constituidos, rebeldes á la ley del progreso, que los proscribia.

El siglo XVI no podia conceder mas que una atencion pasajera á lo agradable y á lo bello; porque su mision era franquear con el acero y el plomo el camino de una nueva generacion, que admirara sus dignos hechos, y la diese las gracias por el ejemplo y el legado: ejemplo que constituye un tesoro de augustas reminiscencias: legado de unidad y de noble emancipacion, que en lugar de cien pigmeos impotentes entregó á los destinos del mundo potestades robustas, y dominaciones pujantes.

Aquellos grandes señores educados en el campamento; á quienes crecia el cuerpo entre el hierro de las pesadas armaduras; que jugaban á derribarse del caballo á lanzazos; que ceñian una espada, omnipotente símbolo del poder de la época, y ella era quien decidia de su suerte; que se reputaban envilecidos en la paz, harto hacian concediendo á los artistas un lugar preferente en su servidumbre; asociándolos al fausto de sus triunfos, ó abriéndoles sus salones con estimacion obsequiosa.

Aquellas escelsas damas, huérfanas, viudas, y separadas de sus deudos la mitad del año, demasiado hacian con entregarse á la oracion, interponiendo sus preces para que los santos patrones de sus casas egregias protejieran la vida de los objetos de su amor, amenazada en los cruentos azares de la guerra, sin gusto para entregarse á los recreos artísticos, que por otra parte parecieran una profanacion en aquellas mansiones, que todos debian suponer asilos de incesante duelo.

No podia quejarse el arte de aquella clase hidalga, de aquella aristocrática mercantil, tan interesadas en las contiendas belicosas, y que sin embargo aceptaban á los artistas con amable distincion.

El siglo XVI, era guerrero: los artistas eran una escrescencia social por consiguiente.

El cláustro recojia los prodijios de la creacion humana: brindaba su *Santa-Sanctorum* á las maravillas del génio, y se hacia el museo del mundo artistico, para que cuando el siglo pidiese cuenta al talento de sus labores, contemporáneas del predominio de la fuerza, las hallara bajo el manto sagrado de la iglesia, al amparo de los destrozos del huracan bélico, que rujia fuera de su recinto.

La iglesia tenia sus *magistri operum*, monges constructores que en el silencio del asilo de paz concebian esos portentos de que está sembrada la Europa.

Alemania nos muestra la série de sus *operarii* sapientísimos Ratgar, Isembert, y Bonasus, de la orden fuldense: Immowalto de la de San Gale; el obispo de Lieja Narkert y el génio universal, Tutilo. Todos los eminentes arquitectos encontraban cabida en la iglesia, y por cada edificio público que levantaran contaban diez templos suntuosos, alzados ó en arrogante cróquis.

La iglesia marcó en Alemania los primeros ensayos de la pintura, con los delicados exornos de los Santos libros, ejecutados en el recojimiento claustral con una prolijidad asombrosa. Sus pinturas en vidrio cuentan por artifices sobresa-

lientes á San Juan de Alemania, Baker, Kirchhim, Wild, Judman, y otros génios, alentados en su carrera por el favor eclesiástico.

La iglesia alemana guarda en los trabajos de sus antiguos monges la cuna de la escultura. La fundicion en metales fué una especialidad de ciertos monasterios, y apenas la escuela italiana introdujo sus clásicas mejoras en las obras imperfectas del pais, la iglesia llamó á sí los maestros de mayores esperanzas, y sometió sus obras á la adoracion pública, dándolas una soberana esposicion en sus altares cubiertos de oro, y en las andas de fastuosas procesiones.

La iglesia dió el tono á la música profana hasta el siglo XV, porque ella poseia la clave única de los ecos melódicos. Los monasterios de Italia y Francia, dieron á los cláustros alemanes maestros, enseñados segun su nuevo sistema de los doce modos, y la innovacion resistida al principio, se abrió paso, merced al auxilio de su patrona la iglesia.

En resumen, las artes que se recojian al cláustro, ó le enriquecian adscribiéndose á su servicio, gozaban de un presente pingüe y de un porvenir seguro para sus riquezas.

El arte secular apenas encontraba garantías. Lograba brillar alguno de sus prosélitos, y tal vez aprovechando el aura del favor se construia un *asilo de invierno*; juntaba un capital módico para sus últimos años; pero en mayoria inmensa perecian mártires del genio; párias de una sociedad de que eran los braemas los talentos guerreros; mendigos que encubrian entre harapos el esplendor de sus dias pasados; oscuros hijos de la caridad oficial, que morian ignorados en los hospitales.

Conociendo su época solia decir el padre de Juanita:

—Diera la mitad de mi sangre porque esta gentil muchacha pudiese mudar de sexo. Entonces con su voz, sus estudios y brillantes cualidades seria recibida en las catedrales con preferencia, y haria su suerte mejor que en ese picaro mundo, tan revuelto y endiablado. Pero tengamos fé,

y conformidad en la Providencia Divina, y suceda lo que quiera.

Juana llegó á la pubertad y su desarrollo se verificó con un aumento indecible de hechizos.

Al verla vestida pintorescamente al lado de Nenni, y asociando á los acordes del rabel su canto de una dulzura infinita, de una languidez apasionada, no habia corazón que no latiese: alma que no sintiera el torrente magnético de aquel alma de Virgen tan bien indicada en un rostro de arcángel de pureza.

Nenni, conocedor de la sociedad que tan benévolutamente le recibia, demostraba una estrategia escelente para evitar que la audacia profanase el candor de su hija con estas insinuaciones, que despiertan la curiosidad femenil, ó bien con las osadías que manchan la integridad del pudor de las doncellas.

Por ningun motivo se separaba de Juanita en los intervalos del concierto.

Durante la ejecucion de las piezas procuraba apartar del lado de su hija esos mozalvetes casquicavanos, que en todas las eras del mundo rodean en enjambre á las mujeres distinguidas, abrumándolas con su insulsa palabreria.

Si algun mancebo pertinaz, ó galanteador atrevido, con pretexto de atraccion simpática se instalaba cerca de Juana y emprendia hablarla, ó siquiera llamar su atencion con gestos significativos de amante inquietud, Nenni hacia cambiar de puesto á su hija, y en último extremo no vacilaba en emplear toda clase de recursos para alejar las importunidades.

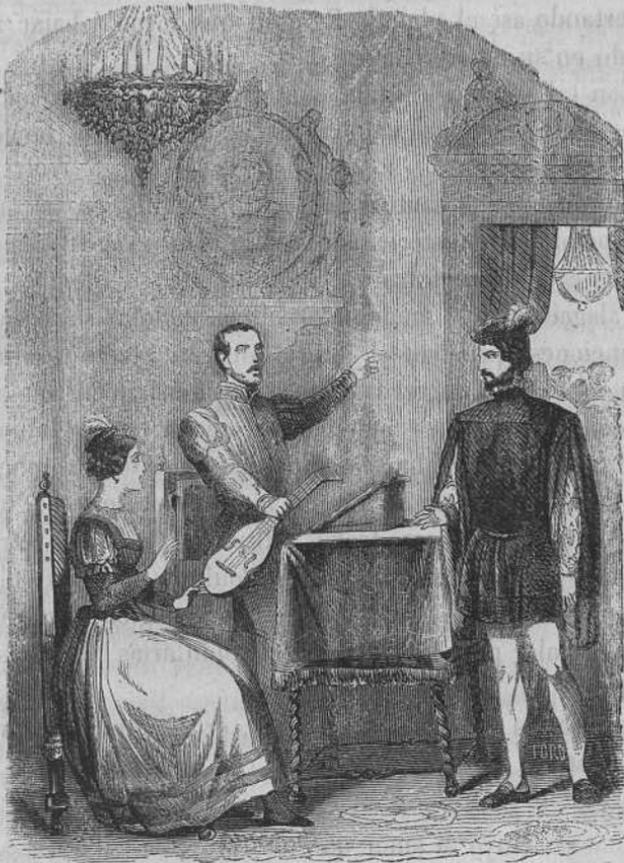
El mismo conde de Aremberg, un dia que próximo á Juana la hizo señas atrevidas, tuvo que retirarse confuso.

—Señor (le dijo Nenni, suspendiendo la tocata y con acento firme). Vuestra gracia hace mal en aproximarse tanto...

—Nenni, exclamó el conde entre turbado y colérico.

—La voz de esta niña suena mas melódica de lejos... allí, por ejemplo... desde allí... cabalmente desde donde la escucha la digra esposa de vuestra gracia.

El primogénito de Egmont, gallardo jóven, pasaba por irresistible entre las damas, manifestando el orgullo de sus victorias con el estudio y amañamiento sentimental de sus modales.



Concibió el pensamiento vanidoso de prender á la Cantadora con sus silenciosos homenajes de admiracion; pero notando que sus obsequiosos testimonios pasaban desapercibidos resolvió dirijirla mas directamente sus holocaustos.

Al efecto en el sarao del conde de Horu subió resueltamente al tablado, donde se hallaban instalados Nenni y su hija, y aprovechando la ocasion de un solo de rabel, intér-

valo de reposo del canto, comenzó á platicar con la bella artista.

El trovador cortó el solo ; corrió la escala , y entrando en las primeras notas del acompañamiento precisó á Juana á suspender el diálogo para seguir la comenzada trova, desconcertando así el plan de Egmont que tornó á bajar mortificado en su amor propio.

Con tal sistema la linda cantatriz pasó por una sociedad de costumbres livianas como la Salamandra por el fuego: sin lesion, sin huella.

Refugiada en el santuario del arte, hallaba en la música correspondencias misteriosas á pensamientos vagos y tiernos, que sus ecos despertaban de lo intimo de su mente.

Halagada por el amor paternal con cuantas solicitudes y prevenciones prueban el delirio de un afecto exclusivo, Juana nó echaba de ver la tristeza de su aislamiento en aquella sociedad, que la acogia con la sonrisa en los labios, y donde nadie se cuidaba mas que de su mérito; sin tener en el mundo mas que un sér que la amase y protejiera; Nenni. Asi es que al cantar una trova, intitulada *Desamor*, letra de un monge fuldense, y música de Poulmau, Juana daba al canto una espresion tan verdadera y enérgica, que Nenni sentia resbalar por sus mejillas involuntarias lágrimas de placer.

Una de las estancias sobre todo, era la que electrizaba al rabelista:

Huyó el amor que abrasa, que devora,
de desengaños turbio manantial,
buscando afecto que mudanza ignora
refugiada en el seno paternal.

Con ese egoismo de los padres, creía que su afecto bastaba á su hija; sin necesidad de ese otro amor que roba á las familias sus miembros, segregándolos de su seno para formar sociedad aparte.

El día de la desgracia llegó para Nenni.

Dos trovadores italianos se establecieron en Bruselas, y su adquisición en todas las fiestas se hizo de gran tono. El rabelista y su hija fueron olvidados, y para colmo de desgracia Nenni cayó enfermo, declarándole los facultativos atacado de asma.

Trató entonces de retirar sus fondos de la caja de Moisés *Blausthof*; mas el imprudente músico había constantemente rehusado los recibos del judío, y muerto este, su hijo y esclusivo heredero Benjamin, negó el depósito que Nenni no podía hacer constar.

Los disgustos agravaron el mal de Nenni hasta el punto de prohibirle los médicos los ejercicios de su arte.

Algunos ahorros restaban al trovador, que reduciéndose á suma estrechez, mudándose á barrio solitario, y vendiendo sus alhajas, se propuso sostenerse hasta la mejoría ó la cura; esperanza que todos le hacian alimentar evitando la exasperacion de conocer su irremediable fin.

En aquel barrio estraviado, la *Tisseranderie*, conoció el espadero Franc Blonderb á la Cantadora.

Los gastos consiguientes á una enfermedad, cuyos rápidos progresos ponian en peligro la vida del anciano, absorbieron los reducidos fondos de la familia, y la miseria, la horrible miseria, se enseñoreó de aquel hogar.

Juana la conjuró con deshacerse de todo lo que conservaba de alguna valía, y cuando hasta el último escudo desapareció entonces recurriendo á sus antiguos clientes sostuvo la lucha con la escasez, sacrificando su carácter tímido en áras de la ternura filial.

Afortunadamente el pobre Nenni, postrado al rigor de su cruel dolencia, no tenía la integridad de facultades, que habria sido su martirio, á meditar sobre la situación angustiosa, en que se hallaba con la única prenda de su cariño.

Cada día se agravaba el estado de Nenni á medida que los medios iban desapareciendo, y subiendo de punto las exigencias de la curacion.

Al fin llegó el caso de faltar el pan á aquella niña de diez y seis años á quien por un beso hubieran llenado de eseuos el delantal, la mitad de los grandes señores de Bruselas.

Y por último, habiendo recurrido á la beneficencia de las autoridades, el preboste, *minher Holdstach*, obtuvo para ella el donativo destinado por el cabildo para la que desempeñara el papel de Virgen en la fiesta del asno.

Despues de la escena con que termina el anterior capítulo, Juana fué respetuosamente escoltada por Federico y Edgardo, quienes no la detuvieron un momento, llegado que hubo al oscuro y húmedo portal de su casa.

Nenni pasó muy mala noche. Una tos seca, que parecía desgarrar sus bronquios, le tuvo despierto toda ella, sin que dejase de decir á cada minuto de reposo que sus accesos le permitian:

—Juana, pobre niña mia, yo me muero.

Apenas amaneció, la Cantadora aprovechando la calma de los sufrimientos del trovador trató de descansar algunos instantes; pero apenas quiso levantarse, el ruido que produjo, despertó al anciano, que estendiendo sus brazos hácia ella, la dijo con pasion:

—Juana, necesito hablarte... necesito decirte que...

Un acceso de tos, no dejó proseguir al enfermo.

—Un médico (decia entre los sucesivos accesos)... Es preciso que yo te hable... mucho y de sumo interés... Es fuerza que me den... que me den alguna bebida para poder hablar sin interrupcion...

El médico vino por fin.

Se le dió parte por Juana de la voluntad de Nenni, y recetó una bebida que permitiera al anciano conversar con su hija, sin que la tos le molestase tanto.

Trájose el medicamento, reconcilió el sueño un poco el mísero doliente, y Juanita tuvo cuidado de despertarle al cuarto de hora, segun las prevenciones del facultativo, deseosa tambien de oír aquella esplicacion urgente, que su progenitor la tenia anunciada.

—Juanita, hija mia, (esclamó el enfermo) voy á ocupar tu atencion de un asunto que te causará necesariamente infinita sorpresa.

—Habla, querido padre.

—Quizá debia yo haberte confiado antes de ahora un importante secreto, que cualquier imprevista circunstancia podia hacerte descubrir: tal vez he obrado mal esponiendo á contingencias repentinas el arcano, que puede ser la clave de una fortuna improvisada: reconozco que he faltado á mi deber halagando una ilusion, espuesta á desvanecerse á cada segundo...

—Esplicáte, padre mio.

—Juana (dijo Nenni con melancólico abandono). Yo he sido toda mi vida un imprudente; un niño descuidado y perezoso, incapaz de escarmiento, y que ha labrado su ruina... y la tuya, mi pobre niña, y la tuya.

—Me harás enfadar con tus recuerdos, Nenni (respondió la jóven entre risueña y enojada), ¿de qué sirve apurarse? No estamos tan mal, amigo mio; tenemos sesenta escudos.

—De limosna, Juana, replicó el trovador con amargo abatimiento.

—De donativo generoso.

—Si yo no hubiese...

—Si continúas en ese tono me voy, contestó enérgicamente la preciosa Cantadora.

El rabelista suspiró: tomó la mano de aquel génio de consuelo, que velaba cuidadoso por sus amenazados dias, y continuó la primera série de su pensamiento.

—Hija mia, no sé como prepararte para recibir un desengaño cruel...

—¡Valor, padre mio! (repuso Juana disimulando su sobrecojimiento). Yo no necesito preámbulos, ni rodeos que me encubran el mal. Le acepto como viene. Habla sin pena.

—¡Bendita seas, hija querida! Tu me alientas en un pre-

pósito que pesaba sobre mi corazón como la memoria de un crimen.

Estremecióse Juana.

—¿Qué fecha tiene el día de hoy?

—El dos de enero.

—Dos de enero de mil quinientos diez y seis (repitió el anciano hablando consigo mismo) hace diez y seis años de esta extraña aventura... tu edad, mi bella Juanita... y sin embargo, nada, nada ha resultado hasta hoy...

—¿Deliras, padre mío? preguntó Juana con extremo sobresalto.

—No deliro, (añadió Nenni moviendo la cabeza dolorosamente) recuerdo el suceso que necesito participarte; suceso que desearia llevar conmigo ignorado al seno de la muerte; que va á producirte una sensacion, que ni alcanzas á sospechar, niña querida; que tiemblo declararte; que la conciencia no me permite callar, acusándome de mi reserva...

—Me tienes en brasas, Nenni.

—La noche pasada he visto al fantasma, hija mía...

—¡Dios mío! exclamó la doncella, creyendo trastornado el juicio de su padre.

—El fantasma de tu madre, de Isabel Crammer, que aparece á mi vista en la obscuridad nocturna, siempre que me amenaza una desventura; presagio de la fatalidad...

—Cálmate, cálmate, interrumpió acongojada la jóven.

—Ese fantasma que me mira como quien espera una resolucion indispensable; que nada me dice; pero que señala hácia ti y vuelve á clavarme los ojos con pertinacia, espresándome con ellos que me explique, que nada te oculte...

—¡Loco! ¡loco! murmuró Juanita con abatimiento.

—Anoche su mirada era mas fija, mas intencionada, mas profunda; sus señas mas insistentes; el lenguaje de sus grandes pupilas negras mas terminante... es que en sus otras apariciones anunciaba la desgracia, y en esta vaticina la muerte; antes apremiaba á la expectativa de la desdicha,

que revuelve los destinos, y hoy se hace mas exigente junto al sepulcro, que va á cerrar su losa sobre mí.

La Cantadora iba á separarse del lado del enfermo para ocultar su llanto; pero él adivinó su idea y la retuvo por la mano, que conservaba entre las suyas.

—No te vayas, Juana, (la dijo con aire de noble autoridad) ni deliro ni sufro alteracion en mis facultades. El resultado de mi conversacion bastará á desengañarte de tales conceptos.

—Empieza, repuso la hermosa adolescente con súbito brio.

—Oyeme sin interrumpirme, hija mia. En 1501 era yo aun la delicia de los saraos y el predilecto entre los artistas de mi época. Ganaba el oro que era una maravilla, mi bien. No tenia cuidados de ninguna especie. Gastaba un lujo de emperador. Me acostaba sin una moneda, y me levantaba para conquistar otra fortuna que lanzar periódicamente por la ventana... me reia á cada consejo de mis favorecedores relativo al ahorro para los días nefastos...

—Adelante.

—¡Oh! entonces no comprendia yo la importancia de trabajar, las enfermedades, la miseria... fuerte, robusto y mimado por la caprichosa fortuna, tuve la soberbia de reputarme al abrigo de los ultrages del tiempo: ¡necio de mí!

—Pero, padre mio...

—Tienes razon, (replicó Nenni con tétrica sonrisa) divago lastimosamente. Perdona ídolo del alma; vuelvo á mi relato.

—¡Que bondadoso eres, amor de mi corazon! replicó Juanita besando las descarnadas manos de su padre.

—Yo gozaba el nombre de caritativo... ya se vé, en una sociedad tan dura, tan insensible, tan indiferente á los sufrimientos ajenos, no es estraño que se preconice al que muestra compasivas entrañas. Mi maestro Francon, solia decir—*entre los que no ven la luz, un tuerto es grande.*

La Cantadora se esforzó para sonreir al apotegma referido por el autor de sus días.

—Esta reputacion de caridad me ha valido un tesoro, hija mia, un verdadero tesoro, y mi revelacion va á probártelo.

—Os escucho padre mio.

—Volvia yo una noche del sarao de monseñor el conde de Aremberg, cuando al llegar á el vestibulo de mi casa, una mano de hierro se apoderó de mi brazo, y una voz de trueno ahogó el grito que ya salia de mis labios diciendo—¡cállate ó mueres!

—¿Y qué te sucedió pobre padre?

—¡Fué el primer dia del mes de enero de mil quinientos!

—Prosigue.

—Yo creí que el desconocido trataba de robarme, y me serené, porque mis riquezas consistian en mi rabel, y en mi génio músico, y el puñado de oro que llevaba en la escarcela no valia el trabajo de comprometer á un hombre pidiendo auxilio: pero con gran sorpresa mia el incógnito me dijo:—No soy lo que te figuras, y lejos de venir por tu dinero estoy dispuesto á brindarte con prodigalidad.—Caballero (respondile yo), quien quiera que seais, os habeis introducido bruscamente.—Me interesa el secreto de nuestra conversacion.—Podiais haberme pedido una entrevista.—No entraba en mi cálculo.—Y bien, ¿en qué me es dable serviros?—Puedes cerrar la puerta.—¡Cerrar la puerta! exclamé admirado.—Hablaremos con mas seguridad en la comunicacion de la calle y de tu casa, en esta especie de campo neutro.—Pero á obscuras...—Traigo luz, me dijo, sonando una como pieza de metal, que supuse seria una linterna sorda.—Me exijis una confianza poco conveniente con vuestro proceder primero, repliqué yo con cierta energía. Es verdad, respondió tranquilamente; pero si te buscara para asesinarle, ya estarias á mis pies; si para robarte aprovechando tu sobrecojimiento, ya tendria tu bolsa, y me pusiera en cobro; si para causarte mal, no te hubiera dejado libre el brazo, que antes tuve asido...—Es cierto, mas ved... —Ea, trovador Nenni, basta de reparos; ¡por Santiago mi patron! tan cierto como el santo Apóstol peleó en Clavijo,

que estás hablando con un montero de Espinosa tan noble como Lain Calvo.

—Cerraste la puerta, interrumpió Juana impaciente.

—Cerró la puerta, y sacando la linterna sorda, y corriendo la plancha que impedía ver la luz, me permitió examinar su fisonomía española, de un moreno atezado, de ojos como el azabache, cabello y barba de un negro luciente.

—Sé que tienes un corazón compasivo.—No lo niego.—Cares de familia.—Es verdad.—Vives con holgura.—Cabalmente.—¿Tienes reparo en amparar á una misera niña, que un poder muy alto me encarga estraviar?—¿Cómo!—El negocio es muy sencillo.—Explicaos.—Hay unos amores adúlteros que han dado su fruto: una dama de la primera estirpe celosa de su marido, que los descubre; teme que la prenda de esas relaciones impuras ligue al augusto señor á su ilustre querida: se le ocurre el pensamiento de separar ese estorbo de su camino...

—¡Infamia! interrumpí yo...

—¡Infamia! repitió Juanita empezando á comprender.

—El desconocido dió un paso hácia mí con aire amenazador, pero se contuvo, contentándose con decirme:—No hablarías así, sabiendo de quién se trata. Pues como te iba diciendo, la poderosa señora habiendo sorprendido una carta en que la duquesa... ¡Ira de Dios!... En fin, sabiendo que su marido tenía una hija, concibió el proyecto de hacer desaparecer el fruto de tan culpables descarríos, y haciéndome llamar, me comunicó su designio.—Acabemos.—Montero, me dijo, parte á Bruselas, y roba á mi rival su hija, cuidando de que mi esposo nunca pueda descubrir su paradero.—¿Y vos?...—Yo he obedecido, amigo Nenni, y solo me falta dejar cumplida la segunda parte de la comision.—Hablad.—Lo mas seguro seria que la niña muriera; pero no tengo corazón para quitar la vida á una inocente, ni para esponerla á los trances del azar.—Y bien...—Y bien, noticioso de tu caritativo corazón me dije, contemos con ese hombre; él me ahorrará un crimen si se hace cargo de la muchacha, ju-

rando no revelar el secreto que le confie... —¿Qué te parece?—Pero esa criatura ¿dónde está?—Allí, me contestó el incógnito girando la luz de su linterna hacia un rincón del portal. Allí estabas tú, hija mía; revuelta entre los dobleces de una sábana; bella como una escultura de niño—Jesus dormido; reposando en inocente sueño; ofrecida á mi caridad por no tener valor para acabar contigo tu propio verdugo.

La Cantadora lloraba mirando con ternura á su generoso protector; Nenni siguió diciendo:

—Verte y aceptar el partido fué todo uno; porque, niña mía, era necesario no tener entrañas para dejar de conmoverse á tu vista. Mira Juana, (continuó el enfermo con entusiasmo) Las escrituras cuentan que hubo un rey del pueblo judío, que mandó degollar todos los infantes de sus vasallos pues entre sus asesinos no habria ninguno bastante feroz para concluir contigo, alma de mi vida... Tan interesante, tan angelical eras, Juana.

La joven ocultó el rostro entre sus manos.

—¡Dios mio! (esclamó el artista tembloroso) ¿Te hago padecer con mis palabras?... Demasiado lo sabia, pero... —

—Tengo valor, (interrumpió Juanita pugnando por tomar un aire resuelto) sigue la historia de la pobre niña espósa.

—El rudo montero se puso á contemplar tu cara de niño-Dios, y un sentimiento de admiración afectuosa desarrugó su torbo semblante, y á pesar suyo humedeciéronse sus ojos. —¿No fuera una lástima (me dijo) privar de la existencia á esta preciosa criatura?—Seguramente.—Pues descubriendo el secreto de su venida á tu poder comprometes su seguridad, Nenni.—Le guardaré, montero.—El cielo te lo recompense buen trovador. Reflexiona que el padre de esta niña la mandará buscar por todo Bruselas tan pronto como su bargana le noticie el rapto. Es un hombre poderoso en estos reinos, y no perdonará diligencia por encontrar al fruto de sus ilícitos tratos. La esposa de ese hombre idólatra á su marido; es un amor que raya en el frenesí; en la adoracion cuando se cree correspondida; en la rabia de una leona

sin sus cachorros al saber que es engañada.... Le espía y en breve se enterará del hallazgo... entonces no habria remedio. El hombre que ha robado á esa niña de la cuna, á seis pasos del lecho de su madre, á riesgo de ser despedazado por viejos mastines de guardia; por dos criados feroces como lobos hambrientos, la hiciera desaparecer aunque su corazon se partiese de pena....—¿Seríais capaz...—Y tu sucumbirias tambien, me contestó el español con aire de terrible amenaza...

—¡Qué hombre! Repuso Juanita con terror.

—¡Tanto puede con vos esa alta Dama! le dije.—¡Pardiez! Si me pidiese toda la sangre de mis venas no vacilaria en dársela, me respondió con fuego.

—Mira (añadió) serás mi juez: ¿No fueras tu el esclavo de quien libertara á tu padre del patibulo?—Su esclavo por toda la vida.—Pues ella consiguió el perdon del mio, condenado á la horca por su fidelidad á un noble señor de Navarra á quien vino en mientes tratar con Juan de Albret, y el rey Luis. Mi padre no era traidor; pero noticioso de la traicion no delató á su amo, y como las leyes son tan atroces en este punto no habia esperanza de salvarle. Yo, criado de la reina doña Isabel, no me atrevia á implorar de su misericordia gracia para el pobre anciano. Me arrojé á las plantas de la dama consabida y la dí parte de mi negra cuita... ¡Santiago Apóstol! Me hizo señas de que la siguiera y entramos en el cuarto de la reina doña Isabel.... La hizo ir en nuestra compañía al retrete de don Fernando, y allí con súplicas reiteradas impetró las régias magnanimidades.—«*Es preciso un escarmiento*»—repetia el inflexible aragonés; y ella, mi escelsa protectora, redoblaba sus ruegos, y llegó hasta derramar ardientes lágrimas; hasta besar los pies de don Fernando Quinto; hasta arrastrarse de hinojos detrás del implacable soberano, que volvia las espaldas cansado de aquel incesante repetir—«¡Perdon!»—.... Pero al fin ablandóse aquel corazon de roca á las instancias de la reina y de mi ángel tutelar, y mi padre fué indultado de la pena, conmutándose en destierro de

Navarra por toda su vida... Ahora bien la existencia de mi padre y la honra de mi nombre, son deudas que no reconocen mas paga que la esclavitud perpétua de mi voluntad á su dominio. Por entrar á su servicio abandoné la servidumbre real. Soy noble, incapaz de un villano pensamiento; inclinado al bien; pero si me manda una mal fetria, una baja-za, un crimen, obedeceré sin reparo; como obedece el siervo á su amo, como el perro á su dueño: juzga si desharé á mi señora de esta criatura, toda vez que por quebrantar el juramento, que voy á exigirte, su padre la encontrára...

La Cantadora besó la mano de Nenni en un transporte de gratitud férvida.

Tras una breve pausa el enfermo siguió su historia de este modo:

—Te prometo un sijilo confesional, le repliqué.—¿Me juras por tu vida callar aunque el muy alto y poderoso archiduque don Felipe, tu amo, tratase de recabar de ti el origen de esta criatura?—Te lo juro por la memoria de mi padre.—Dame un abrazo, exclamó. «El brusco montero me estrechó contra su corazon con fuerza: una lágrima rodó por su mejilla... Juana, interesabas al hombre mismo, encargado de tu desaparicion....»

La jóven ahogó un jemido.

Nenni continuó:

—Escucha. (repuso el montero) Mi señora al enviarme de al enviarme á cumplir su encargo, llenó mi escarcela de escudos. Apenas he gastado la tercera parte: acepta.....—Basta, (le interrumpí) guarda tu oro; esta niña tiene un padre bastante rico para no haber menester limosna.

—Está bien, replicó el español confuso.—¿Está bautizada la criatura?

—No: en la carta sorprendida por mi dueña se consultaban los nombres, que habian de dársela, esperando la resolucion paterna, que aun no recibieron.—Me congratulo de esa circunstancia.—¿Dios te haga venturoso con tu hija y te bendiga por ella y en ella.—Solo te advierto una cosa (le

repliqué). Tu no confías este ser débil y desafortunado á un hombre de tibia caridad, que de lástima le reciba y se proponga tratarle como á un ahijado comun; sino á quien le acepta para hacer de ella su hija, y establecer una absoluta comunidad de destinos. Si algun dia variasen las circunstancias....—No lo creo fácil,... Es mas... imposible.—Sea lo que fuere, ni la señora que la manda robar á las caricias de su padre, ni su madre que la reclamara ante todas las justicias del Orbe, ni su primogénitor que me la pidiese con el puñal sobre mi pecho... nadie me la arrancará.—Dejemos obrar á la Providencia (me contestó el montero sentenciosamente) y adios. Permite que antes de partir dé un beso á la pobre niña, que entrego á tu generoso amparo..

Juana rompió á llorar sin poder contener por mas tiempo el reposo de sus dolorosas sensaciones, con tanto esfuerzo comprimidas.

Nenni dejó que se desahogara.

—Sigue, padre mio, sigue, dijo la garrida hembra sollozando.

—El montero besó tus labios de rosa, que entreabiertos parecían sonreir: recojió su linterna: te puso en mis brazos; estrechó con efusion mi mano, y abriendo la puerta salió con paso rápido del portal. Mi pensamiento primero fué llamar á mis criados el buen *Samoed* y la jóven *Ursulina*; pero hice la reflexion de que necesitarias de alimento bien pronto. Pensé en una nodriza que habia salido de casa del conde de *Aremberg* por contestaciones con su imperiosa señora, y recordando que vivia no muy lejos, me diriji á su casa. Yo tenia la costumbre de volver tarde á mi domicilio, y el tránsito por las calles solitarias y obscuras nunca me causara pavor; pero entonces comprendí por qué causas el hombre mas intrépido pierde su audacia y su impetuosa bravura, una vez rodeado de los cuidados solícitos de familia: la idea de que me pudieran asaltar malhechores, y arrastrar tu vida en el compromiso, de la mia me hizo estremecer, y hubiese dado cien escudos al que se brindara á escoltarme hasta la casa de Ro-

degunda Lintz, el ama de cria, que para ti buscaba. Fui tan dichoso que, logré dar con ella, y á pesar de lo intempestivo de la hora me introduje en su habitacion, y la propuse quedarse contigo hasta la mañana siguiente, que fuese á mi casa instalándose en mi hogar con cuantas garantías exijiera.

—¡Cuánto te debo, Nenni! exclamó Juana.

—Era preciso darte el carácter de hija mia, para que nadie en el mundo pudiera hacerte sospechar de mi cariño, ni... qué sé yo cuantas reflexiones mas que acudian en tropel á mi mente, y aturdian mi cabeza trastornada... Despues de infinitos cálculos, planes y meditaciones acerté con el único medio que mejor lo conciliaba todo, y daba el colorido de la verdad á la fábula que me habia propuesto referir...

Un golpe de tos cortó el relato del enfermo.

Juanita le sostuvo contra su seno, y su hombro sirvió de reclinatorio á la cabeza del doliente, atormentada por los esfuerzos violentos de su naturaleza consumida.

Repuesto al fin de su acceso empezó con voz débil, pero reponiéndose por grados:

—Cuando la robusta nodriza vino por la mañana á presentármeme contigo, te examiné curiosamente rejistrando tus ropas, y entonces vi pendiente de tu cuello y sujeta á un cordon, la medalla que aun conservas...

—Y que yo creia memoria sagrada de mi madre, repuso Juanita con sentimiento, sacando de su seno una medalla de oro en que estaba grabado el sol, y abajo en semicirculo la inscripcion latina, *ORIAM ET VIDEBIS LUCEM*. —(SALDRÉ Y VERÁS LA LUZ).

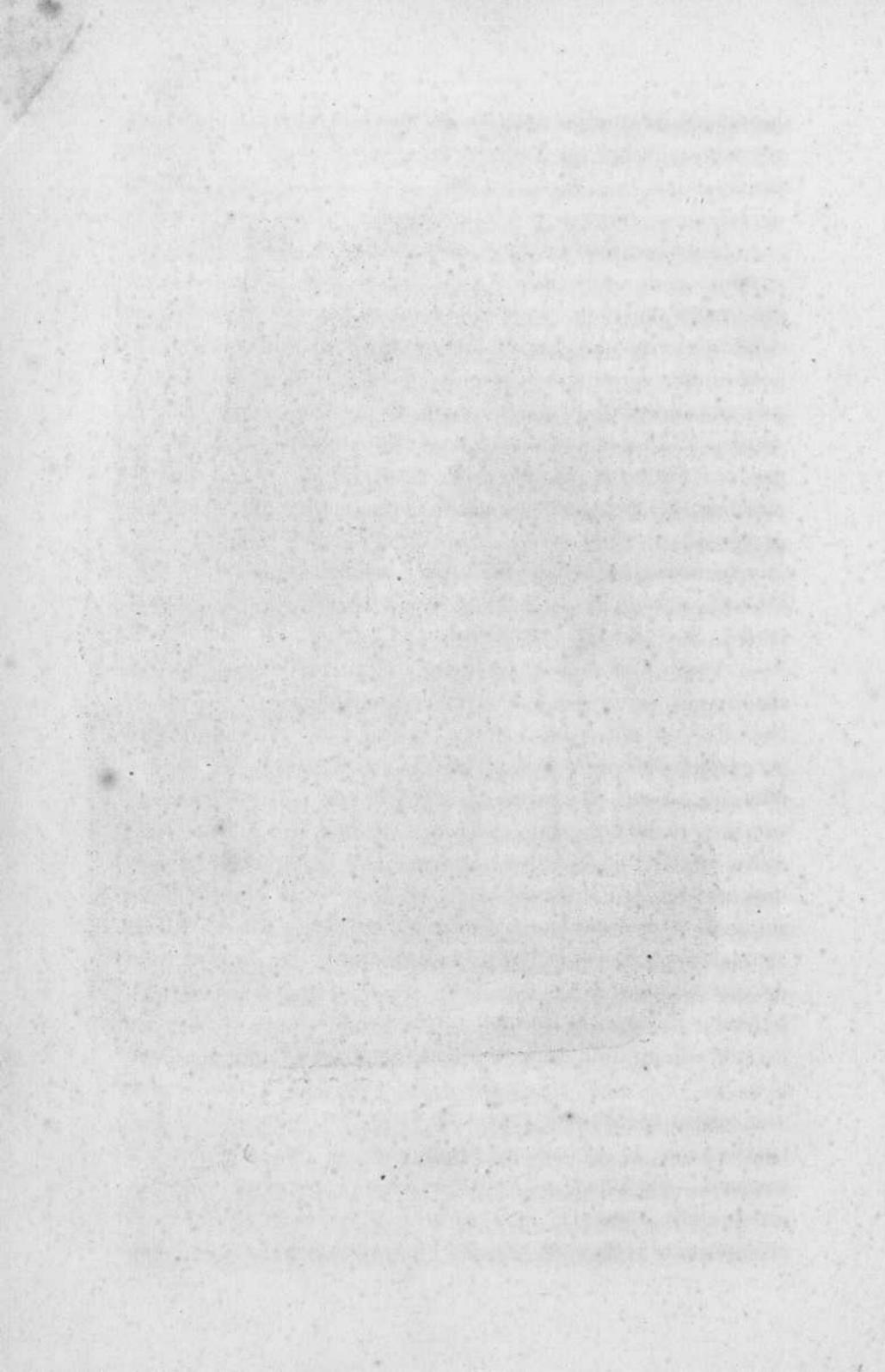
—Despues de llenarte de caricias, y admirar tu belleza, me fui á la morada de Isabel Crammer...

—De mi supuesta madre, interrumpió la Cantadora.

—Isabel habia sido mi cortejo algunos cinco meses. Casada despues con un capitan de esguizaros quedó viuda al poco tiempo. El abuso de sus fuerzas, sus excesos habituales, la hicieron enfermar y la consuncion la tenia al



Carlos V.
Tom. 2.^o



borde de la tumba. Isabel era loca, arrebatada burlona, y coqueta; pero su corazón excelente. Benéfica hasta la prodigalidad, no había en ella intervalo entre la noticia de la penosa estrechez de una familia, y procurarla alivio á costa de privaciones y costosos sacrificios. Yo contaba con su alma siempre accesible á la beneficencia, y con un resto de cariño hácia mí, que había merecido sus favores mas calificados; no abandonándola inconstante, sino renunciado á su amor de mutuo convenio; porque ella sabía mi repugnancia al yugo matrimonial, y prefirió casarse con el suizo *por adquirir la posicion conveniente*, segun decia. La cordura con que me conduje en el asunto, y mi discrecion, merecieron un aumento de simpatías por mí á su alma agradecida...

Nenni fatigado se detuvo para tomar aliento.

—Continúa, padre mio, se apresuró á decir Juana con interés.

—¡Ola! (me dijo la moribunda al verme entrar) No sois segun veo, de la especie de mis otros amantes... ¡Gracias, Nenni! Vos no os desdenais de venir á verme, ahora que no tengo mas que palabras tristes, que cansan, y gemidos que dan pena.—Amiga mia, (repliqué con enternecimiento) yo siempre os he amado.—Ya lo sé, querido mio, ya lo conozco (me contestó.) No os pareceis al arrogante *Savvloy*, que ha sido mi inseparable hasta que la enfermedad me rindiera, y despues me condena al abandono... —¿Os falta alguna cosa? pregunté azorado.—Cuento con mi pension de viuda pagada religiosamente; repuso sonriendo con afebilidad, penetrando el objeto de mi pregunta.—Siempre bueno, y lleno de nobleza (añadió) siempre el mismo.—Isabel, (la dije con brusea resolución) vengo á ofreceros la mano de esposo.—¿Qué decís! ¡A mí! ¡A una muger que batalla con la muerte en lenta agonía! ¡Estais loco por ventura!—Escuchadme Isabel, porque tan cierto como la luz que nos alumbrá, que vuestra negativa hará dos desgraciados, y teneis demasiada generosidad para que ape-

lándose á vos por el remedio de una desventura negueis vuestro socorro.—Hablad, Nenní, me respondió con estrema curiosidad.

—¿La referisteis mi historia...?

—Desfigurada, hija mia, pero dejándola lo sustancial.

—¿Y ella?

—Ella adivinó mi pensamiento antes que concluyera de espresarle. Comprendo perfectamente: (dijo interrumpiendo mis esplicaciones) tratas de lejitimar á esa pobre niña suponiéndola fruto de amoríos subsiguientes á la muerte de mi marido, y enlazándote con la misera moribunda... Muy bien pensado... Por otra parte, la novia no te molestará con sus exigencias de esposa, continuó con un gesto de lúgubre chanza. Amiga mia creed que...—Dispon la ceremonia y su consecuencia, al acta de lejitimacion de esa abandonada criatura, Nenní. Antes de desaparecer de la tierra dejaré un recuerdo de mi gratitud á tu hidalguia... Pero pronto, que sea pronto, porque hoy me siento peor que nunca, y la dilacion mas pequeña pudiera ser fatal á tus fines.—Voy al instante á disponerlo todo.

—Si (dijo Isabel tendiéndome su blanca y desecada mano). No tardes, pero haz venir á la nodriza: quiero ver á la que debo escudar con mi triste boda, y ademas me atrevo á esperar que la dés el nombre de Juana: mi madre, mi pobre madre, se llamaba así.—Serás complacida Isabel, ángel mio.—Ángel (respondió la doliente con melancólica sonrisa). U a m jer de cabeza ligera, pero de buen corazon: eso sí.... Mira, me parece que en la balanza divina este último beneficio ha de inclinarla algun tanto al lado de la misericordia... Pero vete, y vuelve lo mas pronto que fuere dable, y sobre todo quiero ver á Juana.

La jóven miró al cielo como para buscar la mirada de su protectora, fija amorosamente en ella:

—Escúsame, hija mia, de referirte la escena de mi desposorio con un cadáver, que tal parecia la pobre Isabel. Perdona que no te dé cuenta de los extremos que la merecis-

tes... El oro todo lo allanó. En menos de dos horas, un acto de reconocimiento solemne te acreditaba por hija de Isabel Crammer y Eliodore Nenni, y Crammer y Nenni juntaban sus manos, bajando las cabezas á la bendicion sacerdotal.

Los ojos del artista se arrasaron de lágrimas.

Juana le abrazó con estremosa viveza.

—Vivió dos dias aquella mujer singular (prosiguió el trovador) dos dias en los que no quiso que la nodriza te se parase de su lado, en los que ni un instante dejó de hablarme de tu porvenir, dándome consejos sobre tu educacion, y el método de vida que yo debia adoptar para fundarte una fortuna, cesando en mis dispendios. Llegó el momento cruel. ¿Y sabes el último encargo que me hizo? ¿Sabes el postrer acto de su vida?

—Hablad, dijo Juana sollozando.

—Su encargo fué que te hiciera honrada para que fueses feliz. Su postrer acto besar tu boca y buscar tus ojitos de cielo con los suyos desencajados y que desalentados miraban sin ver.

—¿Madre mia!

—Dices bien, Juana: tu madre que no te dió el ser natural, pero que te dió la existencia que el mundo reconoce por lejitima y que al morir dejó garantido tu nombre. Justo es tu sentimiento... llora hija mia y no la olvides en tus preces.

Nenni inclinó la cabeza y recojido en piadosa oracion pagó el debido tributo á la memoria de Isabel Crammer.

—¡Padre! (esclamó Juanita) ¿Por qué has guardado hasta hoy para darme cuenta de los misteriosos sucesos de mi vida?

—Querida niña, (respondió el enfermo con indescriptible espresion afectuosa) ¿de qué hubiera servido la revelacion anterior? ¿Los vinculos que nos unen no hubiesen sufrido una relajacion dolorosa?

—¡Puedes creerlo Nenni!

—Si, niña mia. Esa franqueza que mueve á los hijos á depositar su plena confianza en el seno de un padre que sabe ser su amigo, experimentará penosas restricciones al descubrir lo que acabo de noticiarte... Convéncete, Juana, la idea de ser yo extraño al destino de tu nacimiento, habría perjudicado á nuestras dulces relaciones de intimidad; porque la gratitud de que me hubieses dado pruebas como á protector, jamás equivaldría para mí el cariño que me tributas como á padre.

—¡Oh! Nenni, Nenni, (esclamó Juanita con acerba pena) reconozco que he sido demasiado ingrata contigo...

—¡Ingrata tu, delicia de mi vida!

—Ingrata, pero por ignorar hasta qué punto debía llevar mi amor....

—No te comprendo.

—Yo te amaba tiernamente creyéndote mi padre: debía adorarte como á mi angel tutelar.

—Juana (repuso el anciano) ¿cuantas veces he tenido remordimientos por el sijilo que guardaba respecto á mi misterio de tu existencia? pudieran cesar las circunstancias que motivaron la venida de esa criatura á mi poder, me decia yo en algunas ocasiones. Bien se arrepienta la dama que la hizo robar de la cuna por el determinado montero; ya la encuentre su padre al cabo de averiguaciones obstinadas, ora su madre, la duquesa, titulo escapado al montero en su narracion, la descubra por un evento providencial, y entonces al conocer Juana su verdadera historia me juzgue, un egoista, que sacrificó sus intereses á las satisfacciones de mi ternura; á la suprema felicidad de contar con un afecto puro y solícito en la trabajosa declinacion de mi vida....

—¡Tal pensastes de mí! interrumpió la jóven desolada.

—Por otra parte (continuó el trovador) yo me figuraba el caso de que tus projenitores, personas del rango mas ilustres, al decir del montero, consiguieran desenmarañar el laberinto en que yo envolvía el árbol de tus años: que lograsen remontar sus informes hasta la difícil verdad.... Ven-

drán á brindarla su opulencia, pensaba yo; vendrán á compensar con todos los esplendores del fausto, la oscuridad y el retiro en que ha pasado sus años primeros; la reclamarán para la vida escelsa, para la posición augusta que la corresponde, y yo tendré que ceder, porque no se me acuse de...

—Pero yo nunca hubiese aceptado la corona del reino mas poderoso del mundo—yo era feliz. Cuando imaginaba imposible que hallasen las huellas del raptor, y siguiéndolas diesen contigo.

—Como ha sucedido felizmente: dijo la Cantadora con júbilo.

—Felizmente para mí, replicó el enfermo.

—Y para mí que te prefiero á cuantos tesoros de gloria, riqueza y poder puede encerrar el horóscopo de una reina.

—¡Encanto mio!

—Nenni ¿te acuerdas de aquella trova de tu amigo y maestro Conrado Paulmaum?

—¿Cuál, hija mia?

—La intitulada *Amor*.

—¡Oh! sí, divina, rica de bellas inflexiones; apasionada...

—¿No recuerdas con que instancia me hacian repetirla en donde quiera que la cantaba?

—Es que la interpretacion de aquella canturia requiere un alma como la tuya para la magia de su efecto.

—¿Te acuerdas de aquella estancia?...

Y Juana la entonó á media voz.

Todo es nada para mí
sin ti.

Y por entero el ser mio
tan unido está á tu ser
que fuera de tí el vacío
solo alcanzo á comprender.

—¡Sublime espresion! exclamó el anciano conmovido.

—Pues padre mio, (repuso la jóven con adorable, agasajadora sonrisa) ten por sentido el canto que acaba de salir de mis labios.

—¡Juana, mi bien!...

—¡Grandioso privilegio del arte! interpretar los sentimientos, y dar eco á todas las aspiraciones del alma...

El padre Aldebrando, monge fuldense; ha sido precipitadamente llamado para auxiliar á Nenni en el trance de la agonía.

Despues de la conversacion con Juana un acceso de tós hizo vomitar sangre al pobre artista, y el decaimiento de sus fuerzas se fué marcando en una progresion de mal augurio para su vida.

Esos vagamundos, que como canes sin dueño, recorren las calles de las grandes poblaciones buscando, una comision cualquiera que le produzca un pedazo de pan; prestaron á Juanita el recurso de avisar al facultativo y hacer venir al confesor, cuando el hombre de la ciencia declaró impotentes sus socorros; confiando á los de la religion, los últimos restos de aquella víctima, en vano disputada á la muerte.

El padre Aldebrando, sacerdote dignísimo, en quien Nenni depositaba los secretos de su conciencia acudió presuroso á proporcionar al moribundo, los consuelos inefables que hacen al ministro del Señor angel guardian, cerca del lecho de los postreros dolores.

Mientras el protector de Juana desahogaba en el seno de la sagrada confidencia, el peso de sus culpas, la Cantadora tras-pasado el corazon prevenia lo necesario para recibir á la magestad divina, auxilio santo, final obsequio de la iglesia al viviente en su congregacion, que el religioso demandára apresurado.

El Sacramento de la Eucaristía, conducido en procesion por algunos fieles, que respondieron con su presencia al toque de la campana con que la parroquia invocara su devoto acompañamiento, dejó de administrarse á Nenni, por haberle sobrevenido un segundo vómito mas copioso que

el primero; recibiendo en su lugar la Estrema-uncion. Apenas se percibian las palabras del anciano, y sin el movimiento de sus labios se hubiesen tomado por gemidos de su enfermo pecho que hinchado en gran manera, demarcaba el síntoma peor de la dolencia, que le hundía por momentos en la tumba.

—¡Padre mio! (esclamaba la triste jóven con acento despedazador) ¿no me conoces ya? ¿no me distingues á tu lado?

El moribundo parecia revivir al sonido de aquella voz de tan puro timbre.

Suspiraba con fatiga.

Entreabria sus ojos con dificultad.

Sus labios se agitaban.

Pero volvió á caer en un adormecimiento; cerrábanse sus ojos; su boca quedaba entreabierta. La vida de aquella mísera criatura como la luz de una lámpara, exhausta del óleo que la mantiene, despedia ligeras llamaradas antes de extinguirse.

—¡Nenni! ¡padre mio! (tornaba á esclamar Juanita con desesperacion) ¡vive para tu infeliz hija! ¡vive ó llévame á la eternidad contigo!

—Hija mia, retiraos, la dijo el asceta con imponente autoridad; impedís que le auxilie en sus últimos instantes.

—Ya no vé, ya no escucha.

—El deber del sacerdote es, rodear al que espira de ideas de contricion: nada importa que parezca repetir exclamaciones férvidas cerca de un tronco inerte: nada importa que la inmoralidad absoluta del objeto de sus cuidados indique el agotamiento de la inteligencia... una palabra que escuche entre el aturdimiento de sus facultades... una palabra que repita y que eleve su espíritu á Dios, ya el auxiliante ha llenado sus obligaciones, el Señor está satisfecho en su misericordia, y el penitente salvó su alma.

—¡Padre mio! ¡padre mio! (esclamó la Cantadora dando apasionados ósculos en las manos heladas de Nenni.

—Vamos hija mia, (continuaba el cenobita con amante in-

terés) retiraos; reflexionad que sin conseguir recojer su final mirada ó su palabra postrera impediáis aprovechar el tiempo tan precioso en estas ocasiones...

—Su final mirada, su palabra postrera, repetia la jóven delirante.

—Su final mirada debe ser para el cielo: su última palabra á Dios.

No sin gran trabajo logró el relijioso que Juana consintiera en alejarse del aposento.

Retirada á su habitacion la acometió una especie de vértigo, que trastornando sus sentidos la redujo á esa modalidad en que la vida es un problema entre el reposo de la muerte y las formas del ser.

El padre Aldebrando ya solo, inauguró las funciones de su alto ministerio al lado de los que batallan en los penosos estertores de la estincion vital.

Toda la tarde repitió sin fruto las invocaciones de la agonía: Nenni parecia dormido en los brazos de la muerte, y solo la ascension de su hinchado seno denunciaba el residuo de esencia que aun retenía la materia en su cárcel.

Cercano á desaparecer entre las sombras del astro diurno, el trovador estremeciósese de improviso. Abrió desmesuradamente los ojos. Estendió sus brazos descarnados. Levantó la cabeza con el impulso fatigoso de que siente evaporarse su espíritu, y dijo con voz ronca—Juana—

—¡Tened piedad de mí, Señor! exclamó el sacerdote.

—Señor, repitió Nenni cayendo como herido de un rayo.

El fuldense se inclinó hasta colocar su rostro junto á la boca del agonizante. Ningun hálito percibiera.

Levantó una de sus manos abandonándola asimismo; pero aquella mano cayó pesadamente sobre el lecho.

Puso la diestra sobre su corazon, ni un latido.

—Duerme en paz, (murmuró con acento solemnemente lúgubre.)

El piadoso ministro hizo venir dos vecinas que á sus ins-

tancias se brindaron á preparar la mortaja del protector de la espórita.

Otra vecina se encargó de acompañar á Juanita, que al recibir la triste nueva quedó anonadada.

Aprovechando el estupor de la Cantadora, la compasiva vecina marchó á dejar preparado lo conveniente en su casa, para volver mas tarde á pasar la noche en compañía de la huérfana.

Una voz amiga hizo salir á Juana de su letargo.

—¡Valor, hermosa mia, valor!

—¿Quién es? ¿qué me quereis? repuso la jóven con desaliento.

—Soy yo, Edgardo; uno de los que anoche os salvaron de aquellos canallas. Alumbra tan poco esta luz que no es extraño no me hayais conocido.

—Me salvasteis de una desgracia, caballero; y me hallais victima de otra mil veces mas funesta.

—¡Fé en Dios! ¡resignacion con su voluntad, Juana!

—¡Sola! ¡sola en el mundo! murmuró la desconsolada niña.

—Eso no ¡pardiez! perdeis un padre; pero ganais un alto protector. Federico mi camarada, habló á nuestro gracioso príncipe el archiduque interesándole á favor vuestro, y hoy he recibido la comision de venir á poner en vuestras manos esta cédula de su alteza en que se constituye vuestro patrocinador, y os señala mil escudos de renta anual.

III.

La primera conquista.

El preclaro nieto de los reyes Católicos, y del emperador Maximiliano; el hijo de Juana la *demente*, y Felipe el *hermoso*, archiduque de Austria, fallecido en 1505; el augusto príncipe don Carlos, aclamado rey en conjunta soberanía, puramente nominal, con su madre, acaba de

despedir su consejo, compuesto de veinte y cuatro caballeros, flor y nata de la nobleza europea: seis españoles entre los que se distingue don Luis de Córdoba, primogénito del Conde de Cabra: seis flamencos, señalándose entre ellos Guillermo de Croy, señor de Chievres, ayo del príncipe y su privado: seis austriacos presididos por el anciano conde de Nassau, representante del emperador cerca de su nieto, y seis italianos, partidarios de los españoles, dominantes en Nápoles, Sicilia, Cerdeña, Rosellon y Córcega.

Siempre que salían de la cámara real los consejeros, deteníanse en el hermoso salon de conferencias, donde trababan conversacion; pasando un rato agradable, antes de dirigirse á sus respectivas moradas.

— Tres eran la sverdaderas notabilidades de tan noble reunion.

Don Luis de Córdoba, como dignísimo descendiente en línea colateral de aquel famoso Gonzalo Fernandez de Córdoba, el gran capitán de Castilla, duque de Sesa y Terranova, cuyas hazañas emulan con los mas altos hechos las pasadas y presentes edades.

El bizarro don Luis era el caballeresco tipo de aquella aristocracia militar de España, cuyo aliento, hidalguía y magnificencia, revelaban la fuerza de una sangre generosa; la fidelidad á las augustas tradiciones de su heroica estirpe, y la pingüe fortuna de los altos personajes en un pais feracísimo, industrioso y enriquecido por la explotacion de una tierra virgen, allende los mares, fecunda en inagotables tesoros.

Tan luego como don Luis, ganoso de congraciarse con el rey, se presentó en Bruselas, supo captarse la benevolencia de su soberano; la envidia de los señores flamencos, disfrazada en agasajos cortesés, por el valimiento que alcanzara, y la admiracion del pueblo, que le hizo triunfante en una célebre justa; incontrastable mantenedor del torneo: gentil cabalgador; paladin esforzado; espléndido en arreos, y galan en todo género de ejercicios.

Don Luis era incapaz de intrigas y maquinaciones. De-

testaba la disimulacion; diciendo su parecer con toda la lealtad de una alma ingénuá, siempre que se le pedia su voto. Tan valiente como noble, se impacientaba á la sola oposicion de esos planes políticos en que se aplazan las cuestiones de honra por combinaciones de intereses, y bajo protestas mañosas se esconden los preliminares de contrarios designios. En el consejo escuchaba los dictámenes, decidiéndose por el mas recto, guiado de su instinto á la estricta legalidad; y en los asuntos militares tenia esa prevision que caracteriza á los diestros gefes.

Eran marcadísimas, las simpatías de don Carlos por este cumplido caballero, y aunque demostrara veneracion suma á don Alonso Manrique, obispo de Badajoz, y al maestro Mota, y notable estimacion á los ilustres españoles que rodeaban solícitos su persona escelsa, fácil era conocer su mayor aprecio hácia Córdoba por las lisonjeras predilecciones con que le favorecia constantemente. Guillermo de Croy, señor de Chievres, duque de Sora y Arscot, llevaba la voz en los consejos; mandaba en palacio con los fueros de ayo del principe y su privado, y apoyaba su autoridad en el valimiento, que sin interrupcion le dispensaran el emperador Maximiliano, manteniéndole en el rango de bailio en el condado de Henaut; Felipe el Hermoso, dejándole por rejente de Flándes á su partida para España en 1506, y el emperador designándole para dirigir á su nieto en reemplazo del principe Jimay.

Chievres venia de familia real por Esteban de Ungria, tercer hijo de Bela, sobrino de Coloman, monarca desnaturalizado, que mandó sacar los ojos á su deudo, y desterró á sus míseros descendientes del territorio húngaro. En Francia, Marco, hijo de Esteban, casó con la heredera de Araynés y Croy, de donde provino el apellido de la nueva generacion; que hasta Chievres continuó adquiriendo importancia por sus ventajosos enlaces, y encumbrados puestos á que ascendieran sus miembros en las córtes francesa, flamenca y austriaca.

Guillermo ostentaba escudo con fajas de plata y gules de siete piezas, á uso de infante de Hungría, y esforzabase en aparecer correspondiente á la prez de su alcurnia; sobresaliendo tanto en las disposiciones y dotes del mandar, como en los ejercicios corporales, distintivos de las personas egregias en su época.

La historia de Guillermo de Croy, escrita por los españoles, abunda en sentimientos de profunda aversion, y odio irreconciliable.

Se le atribuyen toda especie de bajezas, venalidades, perfidias y villanias.

Se le acusa de una indecente prostitucion; de una inmoralidad escandalosa; de la rapacidad mas infame.

Estrangero: patrono de una nobleza estraña á estos reinos: influyente en el ánimo de un príncipe, ageno á las costumbres y prácticas de su nueva monarquía, y que por precision habia de chocar con las preeminencias de la grandeza española en paralelo irritante con la sumision de la flamenca: hostil á la ambicion del revoltoso don Juan Manuel; al orgullo intratable de don Diego de Guevara, y á las pretensiones audaces de tanto codicioso señor: exasperado por una animadversion tenaz... ¿Qué estraño es que no se manifestara simpático á los que le aborrecian á titulo de estrangero? ¿Qué maravilla puede causar que se rodeara de parciales compatricios, honrando la adscripcion á su causa, cuando tan cruda, implacable guerra se le hacia por esa turbulenta seccion, por esa casta de altivos infanzones, cuyas soberbias demasías costó tanto reprimir? ¿Qué cosa mas natural que se refriesen á él todos los actos del príncipe, que desde luego empezaron á mirar los elementos anárquicos, aislados en poderes discordantes y émulos; cargando Cárlos con la imputacion de facil á perniciosos consejos; cargando Chievres con la odiosidad de los poderes atacados, en sus privilejios monstruosos? ¿Qué hay de singular en la oposicion de Guillermo á las miras de los grandes señores de España? Eran ellos descendientes de aquellas projenies

feudales en incesante lucha con el poder régio, con toda autoridad centralizadora; que derribaron de su trono á Pedro primero, para sentar en él á un bastardo, sometido á sus voluntades; que hicieron degollar al condestable Luna por los primeros conatos de su mision impuesta á su arrogancia; que destituyeron del mando á Enrique cuarto, profanando su efígie al que entonces aun se creia derivacion de la divinidad; que humillados temporalmente ante la pujanza de los reyes Católicos, tan pronto como falleció doña Isabel, demostraron su rencor al político Fernando; se reunieron satélites obsequiosos en torno del pródigo Felipe; se coligaron contra el eminente Cisneros, y llegaron á lisonjearse de recobrar su antigua preponderancia en el reinado del que juzgaban inesperto mozo; hasta que viendo frustrado su propósito recurrieron á la insurreccion; identificaron hipócritamente sus aspiraciones al predominio con las franquicias y fueros de las ciudades, peleando al grito de libertad; de esa libertad que constituye la emancipacion, que desune y discorda los miembros de un cuerpo entre sí, y conduce á la debilidad, á la confusion y á la ruina de los estados... ¿Qué se encuentra de inconcebible en las medidas que tomara de Croy, blanco de las iras de esa nobleza sediciosa, afiliada á los anhelos impacientes de la clase hidalga, que bullia en notabilidades aventureras, deseando una ocasion de salir á luz; explotadora de su pueblo; terrible palanca á merced del primero que la empuñase para demoler el orden, y los fundamentos de un nuevo ser social?

No haremos el panegírico de el señor de Chievres, ni en nuestro cálculo oscurecer sus defectos y vicios. Convendremos en que su manejo no fué puro, ni sus influencias desinteresadas: en que miró por su enriquecimiento y valia harto ambiciosamente; importando del norte ese tráfico inmoral del poder, que la España afortunadamente ignoraba.

Las impresiones de odio, bajo cuya inspiracion están
Cárlos Quinto.

escritas las crónicas de aquellos tiempos, nos hacen sospechoso el retrato de este hombre público.

La esclavitud de las historias posteriores á la narracion de aquellos documentos, nos mueven á desconfiar de su contenido. El hombre que proporciona al jóven Cárlos una educacion militar y politica tan brillante: que casi desde niño le acostumbra al raciocinio, le aficiona á las árduas tareas del gobierno y le imbuye la máxima de dirigir por sí mismo; que le sirve con tanta fidelidad y prepara la série de obras, que organizaron tan prodijiosamente el grandioso porvenir de su discípulo: ese hombre no es el mónstruo que presentan á la execracion de la posteridad los libelos que él encono hace pasar por crónicas.

El hombre que preside á los primeros pasos de Cárlos, y secunda la felicidad de su estrella con tanto tino, con tanto pulso, tiene demasiado talento, demasiada habilidad, para descender á la evidencia vergonzosa en que le sacan á la ignominia detractores encarnizados, y poco sesudos historiográficos, que copian sin exámen y aceptan tradiciones sin precaucion.

Que Chievres fué granjero, absoluto, y demasiado propenso al favor de sus deudos y clientes, nos lo persuaden las quejas de los pueblos, unánimes en este punto; la invocacion de este pretesto por una nobleza revoltosa, y la confesion de sus escasísimos defensores.

Tal es nuestro humilde concepto de Guillermo de Croy: voto de nuestras leales convicciones, pronunciado despues del estudio detenido de sus hechos; del análisis de su era y el fallo de nuestra conciencia histórica.

Distantes del terreno de la difamacion sañuda, y de los gratuitos patrocinios, con la mano sobre el corazon, y el entendimiento convencido, esponemos nuestro parecer sobre el ayo de Cárlos V. Tenemos el derecho de hacerle respetar por lo que significa, no por lo que vale: porque es una decision basada en trabajos minuciosos y representa los esfuerzos de quien busca la verdad; no porque incluya

las pretensiones de imponer una creencia al criterio público.

Perdónesenos la digresion y volvamos al asunto.

Despues de Chievres y Córdoba entra el conde de Nassan, patricio austriaco, en la estimacion preferente del archiduque.

Astolfo Maximino Nassan es un modelo de aquellos antiguos patriarcas de la sociedad germánica, que figuran en la historia como lejitima representacion de un carácter escéntrico.

Veterano aguerrido, no abandona sus fórmulas militares en el seno de la corte, y es una sátira viviente de las afeminaciones y molicie de la vida cortesana.

Hombre de carácter áspero, no disimula su contrariedad obstinada á cierto género de cosas, y á cierta clase de hombres, y se impone el deber de decir la verdad de sus sentimientos por inconveniente que la verdad sea en palacio y descargada como una maza de fierro sobre las faces enmascaradas de los palaciegos.

Los que juzgan de los hombres por el exterior, tenian á Nassan por un verdadero Lucifer, á causa de su brusco tono, sus frases atroces, y los juramentos con que sazonzaba su conversacion; pero tras de aquella corteza ingrata circulaba una savia generosa; aquellas formas de rabioso energúmeno encubrian un fondo inmejorable de magnanimidad y grandeza. El conde era de esa especie de criaturas que llenan de oro la mano de un necesitado diciéndole con voz de trueno:—*Toma y vete; mil rayos te abrasen.*»

Nassan, hombre de confianza de Maximiliano, fué remitido á Carlos como representante de su ilustre abuelo, y tuvo buen cuidado de llenar honrosamente su papel, imponiendo al principe un respeto casi filial, que mantenia con sus paternas exhortaciones, y sus pruebas constantes de adhesion.

Astolfo Maximino reprendia al archiduque con una libertad estraña, y don Carlos, que tomó infinito cariño al

viejo palatino austriaco por conocer sus altas prendas y notables virtudes temia la reprobacion, tanto como anhelaba sus testimonios de simpatia.

Cuando Nassan frunciendo sus espesas cejas y empuñando su barba como la nieve con mano trémula, murmuraba un juramento colérico, el hijo de Felipe conocia que la accion ó palabra que daban margen al enojo del conde estaban muy lejos de dirigirse al bien.

Cuando Astolfo se quedaba estático mirando á don Carlos, brotaban de sus ojos lágrimas, y exclamaba enternecido:—*¡Dios bendiga á vuestra alteza!* estaba pagado el real mancebo del dicho ó acto que entusiasmaban al camarada militar del augusto emperador.

En resúmen, el conde gozaba en la corte flamenca la posicion mas envidiable para un hombre de su temple; nada tenia que sacrificar á la ambicion, porque nada ambicionaba; y en trueque de su desinterés el archiduque le amaba como á padre, cuyo nombre dábase algunas veces; Guillermo de Croy le profesaba un respeto que rayaba en veneracion: adquirió el derecho de hablar lo que sentia, sin que nadie osara murmurar de su ruda franqueza; sin que ningun codicioso le hostilizara ni le importunase; objeto de universales y merecidas consideraciones.

—Señor de Croy, (exclamó don Luis de Córdoba) permitidme que os dé las gracias en nombre de Castilla por el rey que la dais.

—Yo las devuelvo á la Providencia, señor don Luis.

—Yo las torno á dar al instrumento de la Providencia, señor duque. La educacion de su alteza es vuestra obra, y por cierto que esa educacion es rara al par que admirable. Es cosa que pasma ver á un jóven de diez y seis años fijar las cuestiones con tanta felicidad, oir con tanto discernimiento, y juzgar con semejante tino.

—Su alteza ha recibido de Dios unas disposiciones extraordinarias, dijo Guillermo con el orgullo de un padre.

—Pero cuántas disposiciones no han fracasado en la

inercia de las facultades por defecto de sábia direccion? re-
puso uno de los señores italianos.

—Señor de Chievres, (replicó el ingénuo Córdoba) teneis el insigne honor de presidir á los maravillosos destinos de su alteza, habiendo presidido á conciliar los méritos, que le harán acreedor al imperio del mundo.

El de Croy sonrió con satisfaccion íntima.

—¡Alma de Belcebú! (interrumpió Nassan) no piensan como vos muchos de esos infanzones de Castilla.

Don Luis se volvió con un movimiento iracundo.

—Traslado al almirante don Fadrique Enriquez, al duque de Alba, á don Diego Pacheco, al obispo de Sigüenza y al marqués de Villena, que negaron su voto á nuestro señor para el título de rey.

—Señor conde, (contestó Córdoba reprimiéndose) cada cual es dueño de su conviccion, y árbitro de su conciencia. La serenísima doña Juana vive aun y esos ilustres caballeros opinaron que mientras el derecho es inmediato, excluye al sucesivo. Creyeron y emitieron su fallo: están en su derecho de hacerle acatar.

—Sin duda alguna (respondió el de Chievres con sonrisa maliciosa, y que disimulaba un resentimiento comprimido hasta la ocasion propicia).

—Pero ya que gracias á los esfuerzos del dean de Lovaina es rey, (añadió el incorregible Nassan) conocerán los poco dispuestos en favor de su alteza...

—Señor conde, (repuso el altivo don Juan Manuel) no os hagais ilusiones respecto la poder de Adriano. No ha sido él ciertamente quien venció las oposiciones del consejo, sino la entereza del cardenal-rejente...

—Ademas (apoyó el obispo de Badajoz) que las oposiciones no incluian desvio del pretendiente, sino duda de la pretension. *Non in odio instituendi sed in dubio institutionis*, añadió marcando las diferencias.

—Y agréguese á esto (esforzó Córdoba) que si antes de conceder el título real á su alteza el archiduque, los no—

bles deliberantes estuvieron discordes ; decidida la cuestion no quedan mas que vasallos leales , y defensores del trono y de la fe hasta su postrimer aliento.

—Ya lo veremos, señor don Luis, respondió Nassan con mal humor.

—Lo veremos, y la duda es un insulto, repuso Córdoba con exaltacion.

—Vamos señores , (intercedió el señor de Chievres) ; de qué sirve recordar lo pasado ! concedo que el dignísimo dean de Lovaina no haya conseguido el triunfo de los derechos de su alteza...

—La prez de la jornada pertenece al cardenal Jimenez,



que impuso con su resolucion al consejo (apoyó don Juan Manuel) este tributo de mi parte prueba mucho á favor de su eminencia; porque yo no me he tomado el trabajo de ocultar mis antipatías á un ministro, que no respeta franquicias ni costumbres, y se enreda en innovaciones peligrosas...

—*Laus inimici máxima gloria est*, exclamó don Alonso Manrique con entonación enfática.

—Ya irá su alteza á España, y el eminentísimo Cisneros recibirá su pago, dijo Chievres con la espresion mas afable, y una hipócrita afectación de respeto á las dotes del franciscano.

—Cuando su alteza pise nuestro territorio (añadió el fogoso don Luis) comprenderá la diferencia enorme entre lo que haya podido contársele, y lo que realmente pasa.

—¡Fuego del infierno! murmuró Nassan comprendiendo la alusión del garrido caballero.

—Su alteza no duda un punto de que en España correspondan así mismos los hidalgos vasallos de los serenísimos don Fernando, y doña Isabel, reyes Católicos; sus esclarecidos abuelos.

—Bien dicho, señor de Croy, se apresuró á exclamar el maestro Mota.

—Lo que hayan podido contarle (continuó el hábil Guillermo con intención) no es para fundar prevenciones tenaces: cuando mas para ilustrar su juicio sobre lo pasado, y determinar su conducta para lo futuro...

—Segun lo que se diga á su alteza, objetó don Diego de Guevara.

—Su alteza no es de los príncipes acostumbrados á guiarse por lo que les digan, y harta oportunidad habeis tenido de juzgarlo, señores.

—Pero las noticias que se hagan llegar á su conocimiento...

—Esas noticias, señor de Guevara, producirán impresiones, que ni vos ni yo tendremos la audacia de querer penetrar.

—Ciertamente, repuso don Diego desconcertado.

—Unas entran en la clase de apuntes curiosos, y otras pertenecen á la categoría de advertencias importantes para el porvenir. Supongo inclusa en la primera, por ejemplo, la nueva de que su alteza el infante don Fernando, apenas difunto el que Dios haya, serenísimo rey de Aragon, goberna-

dor de Castilla, escribió á los señores del consejo firmando *el infante*, como acostumbran los reyes de reinos; convocándoles á Guadalupe, su residencia, y dando lugar á que se le contestase por un ministro *non habemus regem nisi Caesarem*.

—Una palabra, señor de Chievres, (replicó don Luis con fuego) su alteza fuera incapaz de abrogarse primacías que no le corresponden. Si procedió de ese modo lo hizo ignorante de la mudanza en el testamento del serenísimo rey de Aragon, y en la creencia de que quedaba gobernador de los reinos, como se lo tenia anunciado su católico abuelo.

—Exactamente, afirmó el maestro Mota.

—Sigo suponiendo, en la clasificacion de apuntes curiosos otra noticia (continuó el de Croy): cazando en el Pardo su alteza fué detenido por un ermitaño de rarísima traza... un santón... un adivinante. Parece que por allá abundan los profetas y se atienden sus profecías...

—¿Por qué lo decis, señor duque? preguntó con no poco alteramiento el orgulloso don Juan Manuel.

—Porque si no me engaño el serenísimo rey de Aragon atacado de la enfermedad que le llevó al sepulcro, resistia los auxilios espirituales fiado en las predicciones de cierta embaucadora...

—La beata del Barco de Avila, acordó el maestro Mota cándidamente.

—La misma; que le anunció de parte de Dios no habia de morir hasta que Segundo Godofre de Bullon ganase á Jerusalem. Volviendo á su alteza el infante don Fernando. El ermitaño singular le paró, profetizándole seria rey de Castilla, y que por ningun titulo resistiera la voluntad del cielo.

—¡Muerte y sangre! (profirió irritado Nassan) cien lanzas contra mi pecho si en lugar de su alteza no hago pernear al villano, colgado de la encina mas alta del monte.

—Su alteza ha tenido la dignacion de referir su aventura á cuantos amigos cuenta en la villa de Madrid, añadió Guillermo con irónico acento.

—Yo no creo semejante noticia, dijo don Diego de Guevara con desdeñosa indiferencia.

—Trabajan por la discordia de entrambos augustos señores don Carlos y don Fernando, reforzó don Juan Manuel con enojo.

—Y tanto como trabajan, señor don Juan Manuel (prosiguió el duque de Sora con un ligero tinte sarcástico.) Figuraos que no se limitan á eso; sino que asedian á la serenísima reina doña Juana, abusando de...

—De su retiro, interrumpió el maestro Mota.

—Eso es, cabalmente; de su retiro para indisponerla con nuestro agosto señor...

—Aquí se calumnia á Castilla, exclamó el animoso don Luis no pudiendo soportar aquel cúmulo de acusaciones.

—¡Rayos y tempestades! aquí no se calumnia á nadie, replicó Nassan perdiendo los estribos.

—*Procedamus in pace*, medió don Alonso Manrique.

—Señores, calma en la discusion, apoyó un patricio italiano.

—Señor don Luis, (dijo el de Chievres con una sangre fría exasperadora) sois ligero en juzgar; os diré el suceso y luego la autoridad que le apoya. Un montero de su alteza serenísima doña Juana al entregarla carta de nuestro señor, el archiduque, la dijo:—Hé aquí letra del rey don Carlos— «En Castilla mando yo (contestó iracunda su alteza,) mi hijo no es mas que príncipe...

—Pero su gracia sabe muy bien (objetó un caballero austriaco saludando rendidamente á Croy) que la serenísima señora no disfruta de un juicio...

—Caballero (interrumpió don Juan Manuel) hablais de la reina de Castilla.

—Pero señor mio, todo el mundo sabe que su alteza serenísima doña Juana padece...

—Amigo Rudolstad (terció el ayo de don Carlos con benevolente gesto) guardaos de concluir la frase. En España el trono es como el sol: nadie puede clavar en él la vista.

—Veamos, señor duque (repuso Córdoba con impaciencia.) Cumplid vuestra palabra de designarnos el conducto de la noticia.

—La noticia (repuso Chievres) forma parte de las razones que aduce, para persuadir al serenísimo don Carlos la urgencia de su viaje á España el cardenal Jimenez de Cisneros.

—¡Acabárais señor duque! (esclamó don Diego de Guevara) ponderaciones de su eminencia, que solicita realzar sus méritos en sujetar rebeldías incesantes, velar sobre conatos de sedicion no interrumpidos, y hacerse el necesario.

—Conducta de los ministros, que tratan de perpetuarse en el poder, agregó un caballero italiano.

—Fray Jimenez de Cisneros no desea el poder, señor Marco de Pietra—Santa, opuso don Juan Manuel con entereza.

—¡Huracan del Diablo! (juró Nassan). Pues bien le defendió de los señores cuando le demandaron poderes.

—El cardenal aceptó el mando por obediencia (prosiguió don Juan Manuel), pero conservando la rijidez claustral en cuanto su destino se lo permite, sufre todas las graves molestias del cargo, sin ninguno de sus esplendores ni comodidades.

—Muy amigo os mostrais del cardenal, señor don Juan Manuel (observó Pietra—Santa con malicia.)

—Cabalmente por no serlo le defiende de las acusaciones injustas. Táchese lo que hay en él de malo; su avidez, su indomable espíritu de preponderancia; el desvio con que trata á los próceres del reino; su obstinacion en las empresas; su manejo absoluto y su agresion osada á los fueros y esenciones de provincias, ciudades y vasallos; pero respétesele lo bueno que no puede serle negado: su integridad; su celo en el servicio; la severidad ascética de sus costumbres, y la elevacion de sus miras.

—Bien hablado, don Juan, aprobó Nassan, simpático á todo sentimiento noble y digno.

—Tenemos repetidas pruebas del celo de su eminencia (dijo el cáustico Chievres), de su afan por las rudas tareas

del gobierno. No ha consentido descargar el peso abrumador de los negocios públicos, en el dean de Lovaina nuestro amigo; ni en el señor de Lajao; ni en el hábil Armesto Tors, y tan avaro se muestra de fatigas para sí solo, que ni el trabajo de firmar las provisiones concede á los colegas, que su alteza nuestro señor se ha dignado enviarle.

—Dicen que el cardenal de España goza poca salud.

—*Improba labor, prematura mors*, repuso su ilustrísima don Alonso Manrique.

—Demasiada tarea, prematura muerte (repitió el de Croy con acento significativo), esto es lo que sucederá, y es de sentir, porque su eminencia es hombre muy apreciable, y su alteza serenísima le profesa una predileccion especial, señores.

—Viéndose hombre de condicion humilde, sobre los de alto glorioso nacimiento, los persigue y avasalla con harta inmoderacion, espresó don Diego de Guevara con amargura.

—El suprime oficios de la casa real; priva de salarios á cumplidos servidores, y suspende las rentas de caballeros principales, dando por razon la conveniencia de la corona, y las necesidades del erario exhausto por las últimas guerras, aumentó don Juan Manuel.

—Y acusa sin piedad á la nobleza, reparó el maestro Mota.

—No él solo sino el consejo (acordó el señor de Chievres). Los escándalos que en Andalucía han promovido el conde de Ureña y su hijo don Pedro Giron, moviendo tropas contra villas y lugares de don Alonso Perez de Guzman, duque de Medina—Sidonia, contienda en que el duque de Arcos le favorece, ha sido referida por el consejo, en carta respetuosa, á su alteza serenísima.

—La mayor culpa del cardenal de España, en mi leal entender (replicó don Luis de Córdoba), es esa estravagante, perniciosa ordenanza, que arma al pueblo; enagena de los nobles la direccion de los asuntos guerreros, y amengua la libertad de las ciudades, suponiendo á sus vecinos un ser-

vicio fatigoso; estimulando á muchos plebeyos discolos á las alharacas militares, y preparando el campo á la sedicion, suministrándola elementos.

—Valladolid protesta con energía (reparó Guevara), y Salamanca, Segovia, Avila y Toledo se adhieren á la resistencia.

—Valladolid ha espuesto sus quejas á don Carlos nuestro señor, dijo el obispo de Badajoz con júbilo, pues aborrecia de muerte al cardenal.

—¿Qué piensa de esto el reverendísimo padre Mota? preguntó socarronamente el de Croy al teólogo.

—*Qui quaerit salutem eam inveniet*, quien busca remedio le hallará, respondió su reverencia.

—Pues antes de ayer firmó su alteza serenísima la confirmacion terminante de la ordenanza del consejo, por respuesta á la carta del consejo, justicia, regidores y caballeros de la noble villa de Valladolid.

—Su alteza serenísima está en su derecho (replicó el bizarro Córdoba con acatamiento profundo). Solamente Dios, de quien recibe el poder, tiene la facultad de juzgarle, y pues manda, obedezca Valladolid mal que le pese.

—Eso es hablar, aprobó el conde de Nassau.

—Basta y sobra acerca del cardenal de Santa Sabina, (concluyó un patricio siciliano, Conrado de Monte-Leone); dejemos á su eminencia gobernando en España, y volvamos la vista á lo que hace Francisco de Francia en Italia.

—Continúa dueño del Milanesado, replicó Pietra-Santa.

—Y mas orgulloso que nunca (añadió Monte-Leone) ahora que acaba de fracasar la empresa de su magestad Cesárea, el emperador Maximiliano.

—¡Sangre y fuego! (esclamó el impetuoso Nassau;) ¡qué lástima de expedicion la de mi señor, tres veces agosto, el invicto Maximiliano primero de Austria; diez mil alemanes, la flor de la caballería germánica por gefes; la nata de los soldados del imperio; cinco mil ginetes bizarros y valientes como desesperados: los desterrados de Milan...

—El cardenal de Sion...

—Yo no cuento al cardenal, señor de Pietra-Santa, (repuso Nassan) trato de guerreros, de guerreros ¡muerte de sataná! y todos estos aprestos belicosos inútiles por veinte-mil suizos de cinco cantones.

—Es fatalidad, señor conde, respondió el de Croy, aficionado á exaltar á Nassan, cuyos raptos de ira le divertian sumamente.

—¡Cuernos de belcebú! ya lo creo que es fatalidad, duque. Esos esguizaros, la execracion de Dios los confunda, resistieron á lo mejor el pelear contra sus hermanos, asoldados en el ejército de Laustrec, y más tarde pidieron su paga, marchándose por la Valterina, y dejando á mi señor el César, sin recursos; en la necesidad de volverse por donde habia venido ¡mil rayos!

—Los venecianos son dueños de Brescia; y á fuer de amigos de Valois explotan el territorio, dijo Monte-Leone.

—¡Qué día de gloria para Europa aquel en que la señora del Adriático reciba el escarmiento que sus dobleces, su falsia y su ambicion están reclamando!

—No digais tal, Pietra-Santa, (contestó Monte-Leone) ¡qué día de gloria aquel en que Francisco primero no posea un palmo en Italia!

—Quizá llegue mas pronto de lo que pensais ¡tempestad de lucifer!

—El cielo parece predestinar á nuestro archiduque para esa gran obra: (dijo Rudolstad con aire de conviccion) poderoso por la dominacion en estos paises, su alteza cinea dos coronas ademas, reunidas en lazo de fortaleza por pingües conquistas, y un mundo nuevo le ofrece sus tesoros: la Alemania huérfana por pase á mejor vida del preclaro Maximiliano, no podria escojer mejor César, y si Francisco se atreve á contrarrestar al elegido de Dios... ¡mal año para las lises de oro, y la salamandra en el fuego, con el mote *nutrisco et estinguo*.

—Señor de Rudolstad, (interrumpió Nassan conmóvido)

sois un digno noble austriaco, igual en todo á vuestro padre, mi escelente compañero de armas... ¡cuerpo de un buitre! buen acero, cabeza dura, y corazon de temple.

—Sin necesidad de que los electores den un imperio al serenísimo don Carlos puede humillar la altivez del rey cristianísimo.

—Sobrados pretestos dará con sus altiveces á cualquier trance.

—Contando con los indisputables derechos de nuestro señor á lo que indebidamente retiene el de Valois, la lucha es segura y próxima.

—Aragon y Sicilia prestan sus quejas antiguas al heredero del rey Católico como precedente de futuras escaramuzas, fecundas en honra y provecho para todos, añadió el belicoso don Luis.

—Para todos, señor de Córdoba, (recalcó Rudolstad) porque allí irá á lucir su brio lo mejor de cada reino.

—¡Plegue á Dios que sea pronto! exclamó el hijo del conde de Cabra. Tengo necesidad de que veais combatir á esos andaluces fogosos; á esos castellanos intrépidos; á esos tenaces aragoneses; á los incontrastables catalanes; á los mañosos murcianos; á los bravos hijos del Turia, á esos navarros indómitos...

—Su fama les abona, contestó galantemente Chievres.

—No basta fama donde la fama halla mas empleo que para su cien leguas, tornó á responder don Luis con orgullo.

—Agregad á esos guerreros pueblos de la Iberia los aguerridos tercios de Germania, (apoyó Rudolstad) los veteranos que conocen palmo á palmo el territorio Itálico...

—Los soldados que suministren Sicilia, Cerdeña, el Rossellon, Nápoles y la Córcega, acordó Pietra-Santa.

—Pero nada de suizos. ¡Condenacion del infierno!

—*Liberanos, Domine*, murmuró el maestro Mota.

—La nobleza de tres paises y lo mejor de sus hijos contra Francisco primero... ¡Gran dia! exclamó Monte-Leone.

—Y á la cabeza de ese ejército formidable un jóven prin-

cipe de alma ardiente, generoso corazón y alientos heróicos, (esclamó Guillermo de Croy participando del entusiasmo de los demas) un soldado de diez y seis años, que se endurezca á la fatiga, como el último peon de los tercios; que coma el rancho de la tropa; ronde como cualquier oficial de las banderas, y se bata en primera línea como un jefe de Coronelia... Un príncipe que admire en el Consejo por su prudencia, su ilustracion y táctica; que se vulgarice con el soldado; se adune al simple oficial; se identifique á los superiores... Un príncipe que infunda orgullo á sus guerreros con esas palabras que encienden el pecho militar en fuego bélico; que inspire á los veteranos una ciega fé con las formas francamente rudas de un valor á toda prueba; que sepa mantener el espíritu entusiasta de sus huestes, valiéndose de esos elementos de popularidad que hacen al caudillo un semi-Dios, y convierten la estimacion de sus campeones en fanatismo.

—Eso ¡pardiez! (aplaudió don Luis de Córdoba) un rey así, señor de Chievres y el mundo es nuestro.

—Un rey así (repitió el bravo Rudolstad) concluyeron las pugnas entre súbditos de diferentes provincias, y no habrá más que soldados que rivalizarán en proezas.

—Señores, por la fé de caballero, que el nieto de los reyes Católicos será tal como os lo he descrito.

—Señor de Croy (repuso Córdoba) yo no soy mas que un humilde capitán de caballos, levantados á mi costa; pero por la cruz de Santiago que llevo al pecho, que el día que su alteza diga—*Al campo!*—no ha de quedar hombre útil en mis estados, que no ponga á sus órdenes.

—Su alteza cuenta con los valientes, añadió el duque de Sora y Arscot, tendiendo la mano al animoso don Luis.

—Su alteza cuenta con los suyos, contestó Córdoba estrechando la diestra de Guillermo de Croy.

—Señor de Chievres (replicó el austriaco) hay dos razones para que el jóven archiduque nuestro señor, sea lo que tan acertadamente acaba de pintar vuestra gracia; la

sangre que circula por sus venas, y la educacion que habeis proporcionado á tan bien dispuesto natural.

—Señores, (dijo el ayo de Carlos con aire de íntima confianza) si como yo pudiérais seguir el curso de las ideas del augusto mancebo y alentar sus raptos expansivos para leer todos y cada uno de los pensamientos que germinan en aquella mente fogosa, comprenderiais hasta qué punto la Providencia cifra en él los brillantes destinos de los pueblos que rije y debe rejir algun dia...

—*Salus populi fortitudo regis*, interrumpió el obispo de Badajoz,

—Comprenderiais que se prepara un meteoro, que debe atravesar radiante el horizonte político; que despunta la aurora de un dia de grandeza, que Dios ha enviado al mundo uno de esos prodijios que demarcan los capítulos en la historia de la humanidad.

—¡Sangre y fuego! (reparó Nassan) ¡Quién comenzase ahora su juventud florida!

—La última palabra, señores, (concluyó Guillermo de Croy con acento conmovido). La fortuna mas espléndida señala el porvenir á ese mozo singular. Traed á la memoria sus favorecimientos extraordinarios... Don Juan y doña Isabel, sus tios, y su primo don Miguel de la Paz, sucumben para que reine... Todos los obstáculos desaparecen á su paso: el rey Católico se casa con Germana de Foix por tener un heredero de su corona, y fugaz relámpago nace y muere Juan de Aragón...

—Cierto, repuso Guevara con interés.

—Señores, no soy profeta, (prosiguió Chievres con eco solemne) pero hay en el hombre instintos que rara vez engañan. Un presentimiento vehemente me persuade que los fines corresponderán al comienzo.

Y acabada la frase de Croy despidió con gesto éspresivo á la asamblea, que obedeció á la indicación del privado, retirándose.

Nassan llamó aparte al duque.

—Su alteza anda en nocturnas aventuras, le dijo apresuradamente.

—¡Ola!

—Harencourt le encubre: sus pages Federico Lammergier y Edgardo Andersong, le incitan...

—¡Calle! repitió sonriendo Guillermo.

—Herman Stolk, el buen montero lo ha descubierto.

—¿Y sospechais la clase de aventuras que?...

—Amorios seguramente.

—Pues opino que debemos...

—Desterrar á Harencourt; encerrar á los pages.

—No. Hacer que guarden las espaldas á su alteza sin que lo note: resguardar su preciosa vida, y dejarle correr. Amigo Nassan, mancebo y calavera son sinónimos. Demos al tiempo lo que es suyo.

—¡Pobre mozo! aproveche los minutos. Muy luego el rey devorará al jóven... Dejemos una hora al corazón que harto queda que hacer á la cabeza.

.....

Parados ante el frontis de una bella casita, situada en el fondo de una calleja sin salida, se divisa á dos jóvenes embozados cautelosamente y absortos en escuchar un canto dulce y melancólico, entonado por una voz femenil de timbre purísimo.

La letra del cantar es lánguida y voluptuosa, y el acompañamiento del laud le presta una armonía arrulladora y suave.

Nuestros desconocidos parecen embebecerse en aquellas tiernas modulaciones.

La incógnita tras una breve pausa tornó á cantar:

Verle á mi lado deseo,
gentil, bizarro, galan:
que cesa cuando le veo

del triste seno el afán.
 Y oír su acento querido,
 impregnado de pasión,
 que vibra dulce en mi oído
 y penetra el corazón.

—Edgardo (esclamó uno de los jóvenes con eco conmovido). ¿La escuchaste?... ¿No es cosa de volverse loco por esa criatura bendecida?

—¡Soberbia moza, señor!

—Y luego... tu no sabes lo que es amar á una muger de su especie... tu no puedes figurártelo, amigo mio; porque yo mismo no podia imaginar lo que es esa alma... No hay nada semejante en el orbe, Edgardo. Desde que gozo de su conversacion me parece vulgar, mezquina y hastiadora la de aquellas damas de mayor estima en la corte por su produccion selecta y elegante: no es rica en espresiones, sino en conceptos; en conceptos que trastornan y hacen delirar de engreimiento y de orgullo...

—Pero, señor Federico, á todo esto ¿sois su amado ó su amante?

—Su amado.

—¿Y cuándo diablos conseguís la graduacion inmediata?

—Déjame, amigo mio; déjame toda la pureza de mis ilusiones; déjame el respeto á su honor, que soy enteramente árbitro de manchar, ó dejar immaculado... Harto tengo que hacer con reprimir los movimientos de un natural fogoso, y acostumbarme á respirar el aroma de la flor sin secarla con mi hálito.

—¡Pardiez, señor Federico! Haceis el enamorado mas raro de la época. Teneis una hermosura angelical...

—¡Angelical! ¡esa es una frase tan profanada! ¡Una hermosura sin paralelo, única...

—Teneis una hermosura sin paralelo, única; que vive vida de violeta escondida entre matas; que resiste obstinadamente salir del precioso asilo que en nombre de su alteza

el archiduque nuestro señor, la destinais; que pasa los dias en el humbroso jardin de su aislada mansion, á solas con la naturaleza, y la imájen de un gallardo mozo á quien ama.

—¡Oh! sí, estoy seguro. Me ama con frenesí; con ese amor que todo lo absorbe en un solo objeto; anhelos, esperanza, ambicion...

—Venís todas las noches y pasais tres horas ó cuatro con la hada de este palacio de amor, y os contentais con estrechar suavemente una de aquellas manecitas de marfil; con pasar un brazo en torno de aquel talle tan esbelto; ó cuando mas, con juntar vuestros labios abrasadores con los corales de sus labios... ¡Vaya un galan!

—Edgardo, sois un diablo tentador...

—La misma jóven hallará singular semejante conducta. Se creerá desairada por vos...

—¡Desairada!

—Sí, por mi fé. No hay cosa como las osadias disculpadas con la provocacion de los hechizos de una beldad. Es un motivo de orgullo para las hijas de Eva trastornar á los descendientes de Adan, y hacerles perder el juicio, la medida...

—¡Libertino!

—¡Caballero! os dicen al primer desman, dispuestas al parecer á mandar á sus criados que os voten por la ventana. Sois audaz y descomedido.—Hermosa dama (contestais con pasion) fuérais vos menos seductora; fuera yo mas respetuoso.

—Ninguna de vuestras tácticas tiene aplicacion al caso presente, señor galanteador. Se trata de una mujer que no se defiende porque no recela; que no rehurta sus gracias á vuestro tacto codicioso porque no desconfia de vuestras intenciones. Muger educada en la ignorancia de los resortes que se emplean para vencer el decoro, y triunfar del pudor. Niña que desconoce la defensa porque no tiene conocimiento del peligro, y no sospecha el camino por

donde se la puede arrastrar al fondo del abismo de la ignorancia...

—Ya; pero...

—Si la seducción de una muger como Juana no es una baja perfidia, el asesinato deja de ser un crimen execrable.

—Llevais las cosas á un extremo que...

—En lo que digo no hay exajeracion. Tan infame seria el abuso de la inocencia de esa criatura escepcional en el mundo, como la muerte alevosa de un inerme; como clavar un puñal por la espalda al que os abrazara cariñoso.

—¡Cuán diferente de vos el héroe de *Rodegunda*!

—¡Libro maldito! (esclamó Federico estremeciéndose) Esos italianos son los escritores heróticos mas perniciosos; prestan á sus poemas libertinos toda la galanura de una rica imaginacion, todo el hechizo de una brillante fantasia, y aunque el asunto repugne á vuestra conciencia; aunque conozeais que su lectura infiltra en vuestros sentidos la ponzoña de la liviandad, no podeis defenderos de la fascinacion, y continuais devorando palpitante aquellas páginas llenas de interés, de fuego, de imágenes incitadoras, de situaciones que exaltan, de pinturas que encandecen vuestra sangre.... Edgardo, sois mi ángel malo: habeis colocado sobre mi mesa de noche el poema de *Gerardi la Rodegunda* para que una sobrescitacion lividinosa se uniese á los impetus de un temperamento comprimido en sus impetuosos deseos, y ahogando mis buenas disposiciones produjese la deshonra de esa pobre niña...

—Señor ¡que horrible trama! (repuso el paje del archiduque sonriendo maliciosamente) ¿Me creeriais capaz?...

—Sois un demonio, y los ángeles malos gozan con la derrota de la virud que aborrecen.

—No señor; yo no aborrezco la virtud de Juana: aborrezco la torpeza del paje Federico que en lugar de ostentarse triunfador é irresistible como el *Spoletto* de la *Rodegunda* aparece tímido como un fuldense, y desairado como el último mandria.

—¡Edgardo!

—Esta es la verdad sin ambaje ni circunloquios. Deshonra, ignominia, oprobio y baldon, vienen á ser anatemas furibundos con que la hipocresia de estos y la sórdida envidia de esotros se vengan de los placeres, que no gozan ó no pueden gozar. Seduccion, abuso, cobarde alevosia, infame sorpresa no son mas que palabrotas muy en boga entre padres y tutores, que rabian cuando sus hijas y pupilas disponen sus asuntos sin su previa autorizacion; entre hidalgos vanos que al primer desliz de sus mugeres juzgan emborronado su escude, y entre algunos fanáticos de la escuela antigua, empeñados en que el mundo se estacione, y en resistir la intransijible ley del progreso...

—¡Escelente progreso!

—Mi tipo es el famoso *Spoletto*; *Spoletto*, conde de *Guicciardi*.

—Es decir, un hombre sin conciencia; un favorito de la fortuna que dotado de belleza y simpáticas dotes va esplotando la credulidad de cuantas infelices halla en su camino. Un demonio disfrazado de ángel bueno, que sacrifica víctimas á sus amor propio, y seco el corazon y sin fé, sin ilusiones, miente y finje por aumentar el catálogo de sus conquistas...

—Un apuesto jóven, que no encuentra fruicion mas que en la novedad; que se cansa pronto de los objetos; espíritu antipático á la monotonia... esto me sucede tambien.

—Ya lo creo.

—Y ¡qué infinidad de emociones no saborea en las diferentes aventuras de su vana existencia, dedicada al amor y á sus diversos episodios! Desde la dama libertina, que le concede sin lucha sus rápidos, pero ardientes favores, hasta la sencilla aldeana que se abandona trémula, presa del miedo y en el vértigo de una exaltacion desconocida á sus trasportes arrebatados. Desde la altiva señora feudal, que le recoge moribundo á las puertas de su morada habitacion; le asiste con el esmero mas esquisito, y cautiva de sus

prendas, mancha con el convaleciente el tálamo de Sijifredo Gotaldo, que ha partido á guerrear en Palestina, hasta la esclava *Zayda*, beldad de ébano, Diosa Venus de negro mármol, que enloquece con sus caricias y le llama *luz de mis ojos...*

—¿Y aquel tipo celestial, aquella gitana Novona...?

—¡Ah sí! *Novona* la ejipticia, aquella ideal bailarina en las plazas públicas; vestida tan pintorescamente, que saltaba como una corza repicando su pandero, y enardeciendo á los congregados en corro con su desenvoltura...

—Aquella muchacha tan cándida de alma; tan provocativa sin embargo; que educada para escitar el entusiasmo del vulgo aprendió los desplantes impudentes y la mímica desvergonzada de las saltimbanquis; pero que conservaba la virjinidad del ánimo como una asceta: aquel carácter tan orijinal, tan poético; conjunto extraordinario de cinismo, y pureza; de procacia y candor.

—Y la seducción de *Novona* por *Spoletto* ¿puede darse pintura mas diestramente ejecutada?

—Cuando ella dice.

*No sé que anhelas;
mas ningun voto de tu amor escluyo;
tu esclava soy; mi corazon es tuyo...*

—Y cuando *Spoletto* ébrio de amor, estrecha á la delirante Ejipticia contra su pecho abrasado y la dice:

Ese de amor fuego interno
te revela de improviso
la dicha del paraiso
tras las penas del infierno,
cede á mi vehemente afan...

—¡Basta Edgardo! (esclamó Federico fuera de sí) esa fatal lectura revela los instintos malos del corazon, y deja una

larga huella en el espíritu; *Rodegunda* es un poema diabólico: el fruto del talento de un hombre maligno, que se goza en encender los deseos, en estragar las costumbres, en arrastrar á las sensualidades con sus cuadros que respiran voluptuosidad, como una danza chipriota.

—Pero, señor, aquel *Spoletto*...

—Aquel *Spoletto* no pasa de ser un mónstruo á quien con un rayo del sol de la belleza, y cierto tinte de locuacidad brillante se convierte en pérfido tipo de la traicion, que dejenara en pasatiempo; de la falacia que rodea de seducciones á un ser débil y oprimido, para abusar de la confianza que deposita en un miserable, indigno de ella...

—¡Profancion! ¡sacrilegio! (esclamó Edgardo herido en su fanatismo por el héroe de la *Rodegunda*) señor, no mereceis la suerte que el cielo os depara.

—¡Cómo!

—Entre esa turba de mugeres vulgares que puebla el orbe, vos habeis encontrado un tipo escéntrico: una singularidad; una idealidad del fantástico *Gerardi*; una *Novona*; una viandante.

—¡Edgardo!

—Y en vez de ser su *Spoletto*, su amo, su rey, la tratais fraternalmente; con una veneracion supersticiosa; con un acatamiento rendido, impropio de tan alto galan como vuestra...

—¡Basta he dicho, Edgardo!

—Perdonad señor; pero insisto en que no corresponde á vuestra categoría ese amor en la esfera en que le habeis colocado. Si Juana fuese vuestra amante en lugar de vuestra amada, nada tendría que decir, mas...

—Entre *Gerardi* con su poema, tu con esos consejos, yo con mis instintos, y Juana con su confiada inocencia, no sé lo que sucederá si Dios no me tiene de su mano.

—Sucederá lo que está en el orden regular de las cosas; que ella garrida y sin recelos; vos enamorado y sin obstáculos; la ocasion fácil; la vieja Uldemar prudente y retirada; y

el diablo en acecho de la feliz coyuntura...

—No acontecerá tal si la razon no me abandona.

—Razon contra pasion derrota cierta ; Guttemberg lo ha dicho.

—Adios pues, Edgardo.

—Hasta las once.

—No, un poco antes: á las diez y media.

—No faltaré, señor *Spoletto*.

—Vuelta con *Spoletto* ¡ah! si cuando volvamos á palacio te olvidas de quitar de sobre mi mesa tu maldecido poema, cuenta con que lo reduzco á cenizas.

—Está bien, señor.

—A las diez y media en punto.

—Si Nantilde quiere sujetarme...

—Eso no es cuenta mia; yo espero.

—Hasta las diez y media.

Edgardo desapareció por las oscuras calles.

Federico dió tres palmadas.

Poco despues sonó el cerrojo de aquella aislada casita descorrido apresuradamente, y una de sus pesadas hojas rechinó al girar sobre sus goznes mohosos.

El galan se encaminó hácia el dintel.

—Buenas noches, Uldemar, dijo con acento cariñoso á la vieja siviente de su amada.

—Felices, mi gracioso señor, contestó la dueña con voz gangosa.

—¿Y mi hermosa Juana?

—Impaciente como la tortolilla cuando tarda su pareja.

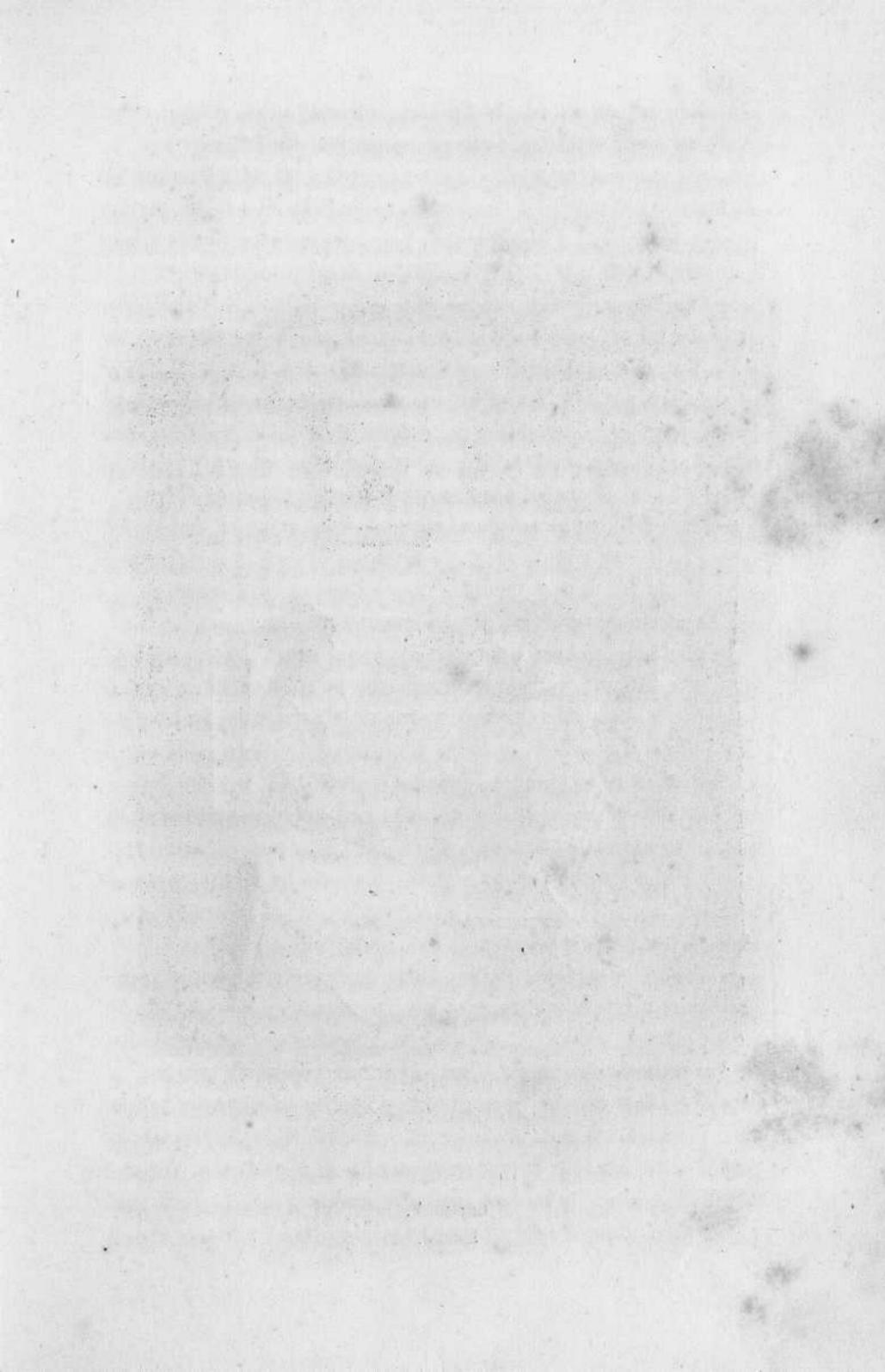
—Cerrad, y subamos.

—Cierro y subo.

La hoja de la puerta tornó á gemir sobre sus goznes, y encajó en la otra que permanecia cerrada; el cerrojo quedó corrido entre las dos.

Dos hombres aparecieron entonces en la esquina, y quedaron mirando á la casa de la Cantadora.

—Entró, dijo el uno.





Cárlos V.
lám. 3.^a

—No hay mas que rondar hasta que salga, y escoltarle sin que se aperciba de ello.

—Tal es la órden del capitan.

—Escolta invisible.

—Unos se divierten, mientras que otros velan. Este es el mundo.

.....

—Adios, mi bien.

—Adios, mi noble mancebo. Creí que faltaría esta noche.

—¿He faltado alguna todavía, Juana?

—No: pero tampoco ninguna has tardado tanto como esta.

—¡Qué quieres ídolo mio! los que dependemos de una voluntad superior somos muy desgraciados: tenemos precision de resignar en ella nuestra voluntad propia...

—¿Y por eso te llamas desgraciado?

—Ya lo creo; el libre albedrio es un bien inapreciable.

—Pero unos no pueden, y otros no quieren tenerle.

—Espícate, tesoro de mi alma.

—Su alteza serenísima, el archiduque, rey de España, mi protector, pájaro encerrado en jaula de oro, daría de buena gana un floron de su corona...

—Por ti...

—¡Lisonjero! por unas horas de libertad tan bien empleadas por su paje Federico Lammergier, en ver á la que tanto le ama, y oírsele repetir mil veces.

—Es verdad, Juana.

—Pero el buen don Cárlos circuido de respetuosos espías, y de personajes que no le abandonan un momento no puede gozar ese albedrio que tu te quejas de no conocer.

—Vaya por los que no pueden. ¿Y los que no quieren disfrutar el libre albedrio de sus acciones?

—Yo por ejemplo.

—¡Tu!

—Yo, gracias á la augusta munificencia de su alteza serenísima, podia pasar una vida independiente; ser dueña de mi tiempo; disponer como me pareciese de mí; ya aislándome, ya rodeándome de un círculo de amigos, que entretuviesen mis ócios...

—Y bien, ¿no está en vuestras facultades todo eso?

—Pero no lo hago, Federico; porque vos ocupais mi corazón todo entero. Huyo el trato porque él os robaria algunos átomos de mi pensamiento, y yo os los dedico exclusivamente. Por la noche me duermo tranquila pensando en que habeis venido y que me amais; durante el dia pienso en que vendreis y en que tornareis á renovar vuestros juramentos, y á resarcirme con vuestras caricias cuantas soledades é impaciencia hayan turbado mis recuerdos deliciosos.

—¡Angel querido!

—Estoy pendiente de vuestras frases para comprender la idea de vuestros gustos, y arreglar á ellos mi sistema. Oigo con ansiedad la esplicacion que me dais de vuestro carácter, porque así voy formando el mio á semejanza del vuestro. Si no os consultara sobre todo lo que me atañe no sabria obrar: el traje que me vistiera no me satisfaria hasta saber que le encontrabais lindo: las flores que en los pintados cestillos coloco no las creyera bien arregladas hasta que vos me dijéseis *¡que bien está todo esto!*

—Juana, contigo no se vive: se sueña en un edem.

—Basta que ayer tuviéseis la bondad de hallar gracioso el vestido de conciertos que guardaba aquel armario, para que hoy me haya ocupado en componerle con el fin de llevarle esta noche.

Y al concluir la frase la pobre huérfana arrojó lejos de sí el roponcillo que la envolvía quedando en traje de trovadora.

—¡Dios mio! (esclamó Federico en un raptó de admiración apasionada) ¡qué bella está!

Y efectivamente la hija del pobre Nenni, aparecia como

esas figuras fantásticas, donde el lápiz del pintor alardea todo su idealismo, y los pinceles toda su brillante variedad.

El vestido azul á media pierna, de anchos paños sujetos á la cintura en profusos pliegues; el justillo color de guinda, pródigamente bordado de oro y seda; la camisola de finísimo holán, cerrándose á la garganta con una gorguera de encajes erizados, espesos; la media de seda de un ajuste tentador á la pantorilla, imitando el tinte rosado de un límpido cutis; la bota de lana escocesa, cerrada sobre el tobillo con un galon forrado de piel de armiño; brazaletes de terciopelo, como la cinta que suspendía sobre el pecho una cruz de oro, en larga trenza á la espalda el dorado cabello, recogidas por un lazo sus puntas; un birretillo con garzota y broche de plata, picarescamente inclinado al lado izquierdo.

La flamenca estaba incomparablemente hermosa; con esa hermosura ante quien los artistas sienten sin poder el arte: el pintor anhelara las imágenes del poeta; el escultor envidia el lenguaje universal del músico; el poeta las formas tangibles de la escultura; el músico el colorido material del pintor.

—¡Oh! ¿por qué te he arrebatado á la admiración del mundo? (esclamó Federico). Soy un egoísta...

—Porque amas. El amor y el egoísmo se incluyen.

—Canta, mi trovadora, el laud está aquí. Canta; pero de pie como aparecias en los saraos de la nobleza, al lado de tu padre. Canta uno de esos romancillos de amor que enardecian á los concurrentes...

Juana no se hizo repetir el ruego.

Tomó el laud que Federico le alargaba; preludeó suavemente; igualó una cuerda laxa, retorciendo la clavija, y con aire inspirado comenzó.

Yo ví su figura
de apuesto doncel
antes de aquel día

en que le admiré:
 yo le ví en un sueño
 de dicha y de amor:
 sueño ó profecía
 de mi corazon.

—Adelante, mi sentida Cantadora, dijo el paje de su alteza con ese entusiasmo, que toca los límites cercanos á la adoracion.

— Juanita prosiguió de este modo:

Una fuerza interna
 me arrastra hácia él:
 es mi ser que busca
 mitad de su ser.
 Amarle es mi sino,
 dispuesto por Dios;
 pues le dá el imperio
 de mi corazon.

Federico hizo un movimiento como para lanzarse á los brazos de la beldad; pero se contuvo, mirándola suspensa, los ojos clavados en sus ojos como explorando si debía interrumpir ó continuar su trova, la dijo lleno de agitacion.

—Sigue hasta concluir.

Juana obedeció sonriendo con voluptuoso abandono.

Yo humilde villana
 y él noble doncel,
 qué suerte me espera
 vislumbrar no sé;
 mas labre mi dicha,
 colme mi dolor...
 yo acato sus leyes
 cual leyes de Dios.

La protegida de su alteza el archiduque se acercó al sofá en que hallábase sentado Federico: dejó su laud en una silla próxima, y tomando entre sus pequeñas manos la cabeza de aquella gallarda adolescente imprimió un ósculo en las ondas de su profusa cabellera.

—Mi valiente defensor (le dijo instalándose cerca de él, y rodeando con su brazo desnudo el cuello del paje), estoy pagada de tu tardanza: me juzgas embellecida por mi antiguo traje de artista de salones; y te recreas en recordar mi vida pasada... ¿Nunca me viste en casa de Aremberg, de Horu, de Egmon, de Friburgo, ni Holsteinbach?

—Nunca, niña mia. Paje favorito de su alteza, no puede estar un momento sin mí; ni permite que asista á saraos á que no concurre.

—Te ama el archiduque... Eso prueba que tiene talento: conoce lo bueno, lo noble y generoso de tu ánimo, y te hace justicia; porque eres digno de que todos te amen, Federico; mi brillante cortesano; mi dulce amigo; mi tierno amante.

—¡Divina criatura!..

—Por supuesto que necesito toda la fé de mi corazón para ahogar las dudas terribles, que de continuo me asaltan.

—¡Dudas!

—Si por cierto, caballero mio. ¿No quereis que dude de vuestra fidelidad, sabiendo que haceis un importante papel en esa córte; donde asisten damas tan galanas y tan peligrosas, cual he oido decir, no recuerdo dónde ni á quién?

—¡Sospechar de mí! ¡único encanto de mi vida!

—Sospechar, no; pero no puedo defenderme de algunos accesos de desconfianza, que me mortifican horriblemente.

—¡Pobre Juana!

—Yo pienso algunas veces que la sonrisa de una de esas altas mugeres debe seducir, que al verte tan bizarro, tan cumplido, te consagrarán una mirada cariñosa, y en la fascinacion del momento, quizá olvides á la retraida muchacha, que pasa los dias embebida en tu memoria y llamando

á la amiga noche que te conduce á su retiro, á favor de la densidad de sus sombras.

—¡Qué locura! ¿Dónde hallára felicidad parecida á la que disfruto á tu lado?

—¿De veras, Federico, de veras? preguntó Juana con ansiosa idquisicion.

—Te lo juro por el cielo compendiado en tus ojos.

La Cantadora puso una mano sobre su corazon palpitante con fuerza tal, que parecia cercano á romper la cárcel del pecho.

—¡Oh Dios mio! ¡Dios mio! (esclamó la jóven adorable en la expresion de su gratitud, en la expansion de su ventura) En estos momentos debia sorprender la muerte á los humanos.

—Juana, (repuso con afan el mancebo) ¿correspondes á mi amor?

—¡Pregunta que si le amo! No, Federico; no es amor lo que siento por tí: es algo mas que amor y poco menos que culto.

—¡Hechizo de mi alma!

—¡Y cómo no amarte, Federico mio! En mis dias de luto y duelo apareces tú como un ángel de la guarda, multiplicando favores y agoviándome con deudas que no reconocen paga con el sacrificio de toda mi sangre...

—Exageras, mi bien.

—No por cierto; yo tengo razon en decir que la Providencia se me ha hecho sensible por tu intermision, bendecida en mis acerbos pesares para trocarlo en plácida alegría.

—Basta, Juana; tus ponderaciones me avergüenzan.

—Déjame que recuerde tus jenerosas acciones porque asi me confirmo en mis propósitos de ciega adscripcion á tu destino.

—En hora buena.

—Una noche se me detiene al volver á mi casa por un feroz apasionado que furioso de mis desdenes recurre al rapto como medio de venganza.

—¿Quién era aquel hombre?

—Un miserable.

—¿Pero le conociste?

—Sí.

—Te pregunté quién fuese, y entonces me aseguraste no le conocías...

—¿Y tenía un extraño el derecho de saber mi secreto?

—Es verdad.

—Un espadachin, el valenton Mal-alma, protege al robador, guardándole de un ataque repentino... El cielo parecia abandonarme al poder de aquellos forajidos... Ya me retenia el infame entre sus brazos casi privada de aliento... cuando apareces tú... Tú y Edgardo tu camarada... al socorro de una muger que pide auxilio; de una muger que podia ser una aventurera, maltratada por gentes de su especie; una... qué sé yo...

—No, hermosa mia (se apresuró á interrumpir el mancebo). Cien veces te he dicho que fui á la catedral, curioso de conocer tu belleza, que tanto me celebraban; que tu vista hizo un efecto extraordinario en mí, y concluida la ceremonia me aposté en compañía de Edgardo á la puerta exterior de la sacristia de la capilla archiducal, con objeto de seguirte y averiguar tu residencia; que á respetuosa distancia fuimos escoltándote; que en la encrucijada te perdimos de vista, y dudosos del camino que habrias tomado, ibamos ya á volvernos sin cumplir nuestras intenciones, cuando tus gritos nos hicieron comprender tu direccion y un peligro que te arrancaba aquellas exclamaciones en demanda de favor.

—Me parece verte aun (replicó la prohijada de Nenni con júbilo). La espada teñida en sangre; pálido de cansancio y emocion; la voz alterada por la fatiga; pero dulcemente acariciadora cuando me dirijas preguntas llenas de interés....

—¡Tesoro mio!

—Yo te miraba aterrada y al mismo tiempo rendida al

encanto de tu fiera belleza. Sí: aterrada porque habias peleado cuerpo á cuerpo con Mal-alma y le habiais hecho morder el polvo...

—¿Tú conocias á Mal-alma?

—De reputacion y de vista. Sabia que era un antiguo maestro de esgrima sumamente versado en el manejo de las armas. Un desalmado duelista, que no habia encontrado rival en sus lances. Un mónstruo que ponía á merced de quien mejor le pagara su brazo diestro y su brutal valor...

—Dios le haya perdonado, repuso Federico con eco solemne.

—Y no podia separar mis ojos de tí en todo el tiempo que duró la escolta hasta mi casa. El respeto que me manifestabas, son tan pocos los hombres de tu clase que le consagran á las plebeyas, que involuntariamente rebotaban de mis párpados lágrimas de enternecimiento.

—Continúa, Juana.

—Tentada estuve de besar tu mano valerosa, que habia castigado al temible cómplice de mi raptor. Hasta me detuve para espresarte mi reconocimiento; pero me impusiste y callé...

—¡Te impuse!

—Es que tienes un aire de altivez real, un continente magestuoso, que inspiran sumision y subyugan como la presencia de un monarca.

—¡Visionaria!

—Te lo aseguro, Federico mio. Al lado del archiduque, y con iguales trajes, te tomarian por su alteza.

—Tu no conoces al archiduque Cárlos...

—Pero es imposible, que tenga un desplante tan garboso, tan bizarra apostura: traza tan señorial como tu.

—¡Loca!

—¡Oh! ¡qué deslumbrador estarias con su corona de piedras sin precio, su manto azul armiñado, su cetro y su armadura de acero y plata.

—¿Me amarias mas aun si yo fuese archiduque?

—No, entonces no te amaría.

—¿Y por qué?

—Porque un soberano está demasiado sobre los demás hombres para creer que se le ama por sí solo...

—Es verdad.

—Tiene mil razones para figurarse que la muger que merece sus solicitudes adora en él la idea de la escelsa supremacía; que satisface la pasión del orgullo, igualándose al idolo de un reino, viendo de hinojos á sus pies al que hace bajar todas las cabezas, y doblar todas las rodillas con presentarse.

—Verdad.

—La que le ama por su persona y no por su rango, nunca debe estar tranquila, porque supondrá en la mente de su augusto amante la sospecha de otro interés que el del corazon, y esto destruirá la confianza, base de las relaciones amorosas. El vulgo profanará con su asquerosa maledicencia, la santidad de una pasión pura y noble; y la calumnia envenenará cuanto hubiese de grato en la amistad de la desigual pareja.

—Es tristemente positivo.

—Y además (prosiguió Juana con melancolía), que un rey paga bien caro los fueros de su esplendente dominación; su persona pertenece á los intereses del estado: su mano es frecuentemente gaje de una necesaria alianza, de una deseada paz; sus relaciones de amor llegan á causar escándalo, y la odiosidad popular carga sobre la favorita, acusándola de cuantos desaciertos se cometen, de cuantos desórdenes suceden, hasta de las catástrofes que reconocen causas extrañas: las inoportunidades gubernativas son obra de la querida real; los rebeldes se dicen enemigos de la hembra artificiosa que embauca y prostituye al soberano: la peste, la guerra, el hambre, son para la multitud azotes divinos descargados sobre el país que tiraniza la torpe manceba de un iluso monarca..

—Juana (esclamó Federico sobrecojido de admiración), ¿quién te ha explicado esa série de ideas?

Carlos Quinto.

—Nadie. Mi corazón siente, mi razón comprende, y mi lengua explica cosas que tal vez carezcan de verdad; cosas que nunca sucedieron, ni quizá puedan acontecer.

—¡Oh! No: al contrario; pero sigue hasta finalizar tu anterior pensamiento.

—¡Ah! sí. Hay otra razón para que los amores de un príncipe no procuren más que acerbos disgustos á la favorita; contando siempre con que sea muger de corazón y de alma recta.

—Por supuesto.

—Un rey se debe á los estados que rije, y cifran en él sus esperanzas, radican en él sus aspiraciones, y refieren á su imperio la tranquilidad, los prósperos adelantos, y el engrandecimiento de la monarquía, y ¿no temerá la dama régia absorber una atención requerida por tantos y tan supremos asuntos?

—Eres incomparable, preciosa criatura.

—Si las duras necesidades del estado traen consigo la guerra, figúrate Federico mio, los cuidados incesantes de aquella muger que se agita en las crueles incertidumbres de dos caros destinos: el de la augusta persona que la dedica sus holocaustos; el de la patria, siempre amada por sus buenos hijos.

El paje de su alteza archiducal no puede contener sus emociones. Rodeó el talle de la Cantadora con sus brazos y estampó un ardiente beso en aquellas rosadas mejillas.

—Sigue, sigue, repitió con avidez.

—Y cuando llegue la hora de que el celibato real sea objeto de las murmuraciones de vasallos que vinculan sus garantías para el porvenir en unas nupcias, que al par fortifiquen los intereses políticos con alianzas de familia poderosa, y den sucesión directa á la corona, aquella hora es la hora del reo de muerte para la desventurada favorita...

—Tienes razón, dijo el mancebo estremeciéndose.

—Porque en aquella hora es de su deber inmórsese á la felicidad de los pueblos, á la grandeza de su egregio galan-

Y ha de resistir los votos imprudentes del príncipe que se rebela contra el destino que el imponen las conveniencias públicas. Y ha de hablar contra sus propios derechos en nombre de la dignidad de la gerarquía; recordando las sagradas obligaciones del rango y los derechos de los súbditos, y ha de mostrarse firme y resoluta para quitar toda esperanza en lo sucesivo; para hacer entender á el enamorado que hay demasiada elevacion en el alma para variar de dictámen, una vez adoptada tan honrosa línea de conducta.

—¡Cuántos tesoros oculta tu inteligencia, bien mio!

—Y una vez ligado el monarca con los sacrosantos vínculos del himeneo, fuera culpable un suspiro escapado al opreso corazón, que le revelara las torturas de una pasión reprimida, porque es un crimen imperdonable robar á la esposa sus lejitimas caricias, y fuera la mas negra indignidad arrastrar al hombre, á cuya grandeza se sacrificaron los sentimientos mas dulces, á los placeres adúlteros.

—Basta, mi encanto. ¡A qué analizar esa tétrica idea! Afortunadamente yo no soy mas que un simple caballero; paje favorito del archiduque nuestro señor.

—Aun demasiado para mí.

—¡Qué dices Juana!

—Aun demasiado para mí, lo repito (continuó la jóven entrelazando sus brazos en torno del cuello de su amante con un movimiento apasionado). Yo pienso algunas veces que si no fueras un gentil-hombre, un hijo de gloriosa estirpe....

—¿Me querrias mas?

—No: te querria lo mismo; pero seria mas franca en demostrarte la inmensidad de mi afecto.

—¡Niña querida!

—Si fueses un huérfano como yo; un artista; un trovador pobre; pero inspirado como era Nenni, mi padre.... si no tuvieses familia á quien sacrificar tus amores y fuésemos libres como lo son las avecillas del cielo...

—¡Oh! entonces...

—Entonces en lugar de unas breves horas durante la noche pasaríamos juntos el día, ocupados en componer sentidas trovas, y arreglarlas á una música suave y lánguida como un arrullo de tórtola... Ganaríamos nuestro pan recorriendo Alemania, Francia, Inglaterra y la Italia; allí donde tanto estiman á los trovadores... Yo y tú adelantariamos mas que ninguno; porque juntos estudiariamos, y en cuanto á la espresion ¿quién cantaria con mas fuego las endechas amorosas que nosotros? nosotros que haríamos de la música un eco del alma, impregnado de abrasadoras emociones.....

—¡Oh! ¿qué vida! el Paraiso, Juana.

—Dices bien, el Paraiso. Jóvenes y de simpática figura llamaríamos la atencion por nuestros dotes artisticos y por nuestro amor exaltado. Yo no miraria á ningun circunstante por no suscitar en tí el menor movimiento celoso, y tú prescindirias de corresponder á las miradas de las damas ilustres por no robar un solo pensamiento á tu enâmorada trovadora.

—Juana (esclamó Federico enardecido). Eres una ilusion del cielo.

—¡Federico mio! Qué bello estarias con el traje de trovador, tal como le llevan en Francia! Porque eres hermoso como pintan á San Juan el Evanjelista; de una hermosura melancólicamente grave...

El favorito de su alteza, cayó á los pies de la Cantadora abarcando con los brazos su breve cintura, y mirándola con inflamadas pupilas.

—Me figuro verte con el birretillo grana ladeado, de cuyo broche sale una garzota de pluma de cisne... con el capote de anchas mangas forrado de fina piel... los lujosos gregüescos, de bufos carmesies sobresaliendo del fondo blanco... el collar de oro, y el laud pendiente de los hombros por una cadenilla de plata.

—¿Por qué no es realizable tan halagüeña ilusion?

—¡Ah! ¿Por qué? repitió Juana suspirando.

—Entonces pudiera llamarte mia á la faz del mundo.

—¡Qué felicidad! (esclamó la trovadora con indecible júbilo). Entonces no pasara yo dias solitarios, vagando por las alamedas del parque sombrío, donde me refugio á pensar en ti en absoluto aislamiento...

—Recorreríamos la Europa en sabrosa compañía...

—Los dias destinados á estudiar, al adelanto en el arte, á la composicion de nuevas cantatas, al ensayo de los aires con que deberíamos escitar el entusiasmo en saraos y conciertos.

—Las noches...

—Las noches, repuso Juana, (con encantadora volubilidad) consagradas á lucir nuestros talentos, el uno al lado del otro, en las primeras casas de cada ciudad y ante lo mas noble y florido de la poblacion...

—Y despues....

—Despues de recojer entre aplausos el fruto de nuestras tareas, el precio de nuestra habilidad, volveríamos al seno de nuestros hogares á la obscuridad y al misterio que sirven de aureola al amor...

—Entonces no rehusarias ningun sacrificio á mi ternura. Juana miró á su amante con estrañeza.

Federico prosiguió con creciente afan:

—No habria prueba de amor que me fuese negada.

—¿Y qué prueba, qué sacrificio te he negado jamás?

—¿Pero si lo exijiese todo...?

—Yo no sé lo que puedes exijir; pero sé que nada puedo rehusarte.

—Nada, Juana. ¡Nada, ídolo de mi corazon!

—Nada, Federico.

El adolescente en el delirio de su pasion, á tanta costa contenida, tomó asiento en el sofá, y apoderándose de la huérfana que no oponia la resistencia mas leve, la colocó sobre sus rodillas, besando sus manos en el transporte de su ardiente cariño, y devorando las gracias de aquella seductora criatura con mirada incandescente.

—¡Juana! (repitió Federico aun luchando con la tentacion poderosa) ¡nada niegas á mi afecto!

—Tu esclava soy, mi corazon es tuyo.

—¡ Oh Dios mio! (esclamó el mancebo sintiendo débil su razon). ¡ Profanar su inocencia!

La Cantadora, poseida de un desvanecimiento de los sentidos, reclinó la cabeza en el hombro del paje.

Federico al salir de la aislada casita encontró á Edgardo que le aguardaba.

—Ola (dijo el travieso pajecillo). Parece que se adelanta, cuando se tarda.

—Edgardo (respondió Federico). El amado ya es amante.

V.

El juramento.

Los hechos de que vamos á dar cuenta en este capítulo se refieren al postrer dia de agosto de 1517, y tienen por teatro la novilissima ciudad de Bruselas, residencia del archiduque, rey de España.

Todos los personajes de la poblacion han concurrido al besamanos de la despedida: pues en el próximo setiembre debe embarcarse don Carlos para ir á tomar posesion de la Península ibérica.

En una antesala, cuyo destino es servir de salon de descanso para la servidumbre archiducal, conversan varias personas de la mayor importancia en la corte, y solo falta Guillermo de Croy, señor de Chievres, para completar el número de los primeros allegados al jóven soberano flamenco: D. Luis de Cordoba; D. Alonso Manrique, obispo de Badajoz ascendido ya á la silla cordobesa; el maestro Mota, electo obispo de Badajoz en la misma fecha que Adriano de Utrech, dean de Lovaina, fué nombrado para el episcopado tortosino: el veterano conde de Nassau; el valiente Rudolstad; Pietra-Santa; Monte-Leone; Juan Salvagio, canceller mayor; Lorenzo

Borrébot, gobernador de Bréssa, elevado á la mayordomía mayor del archiduque; el caballero mayor, Juan de Lanoy; Lajao, y el anciano montero Herman Stolk, criado de íntima confianza de Felipe el Hermoso, y hombre de la mas señalada estimacion de su alteza por la virtud severa, la lealtad y desinterés de su ánimo.

—Lista de los que han recibido la órden de embarque, dijo el canceller mayor Juan Salvagio.

—*Nos Ildefonsus Manriqueus, gratia Dei et Pontificia regiae, auctoritatibus Episcopus Cordubensis*, replicó don Alonso Manrique como pudiera encabezar una pastoral á los fieles de su diócesis.

—*Nos quo que*, es decir yo tambien, añadió su ilustrísima de Badajoz.

—Dós, contó Salvagio.

—Yo.

—Y yo.

—La repuesta es inútil, señores Borrebot y Lanoy: no me dirijo á los empleados de la casa real, sino á los no incluidos en la servidumbre.

—Yo he recibido la órden ayer, replicó Pietra-Santa.

—En la mañana de hoy se me comunicó, repuso Monte-Leone.

—Esta misma tarde se ha dignado su alteza prevenirme disponga lo conveniente para asociarme á la comitiva, respondió Lajao.

—¿Y no favorece el señor Córdoba sirviéndose decirnos si ha recibido igual invitacion de su alteza? preguntó el canceller con acento meloso.

—¡Y para qué! (contestó el castellano) su alteza sabe que yo vine por anticiparme á la honra de conocerle, antes de que pensara visitar sus dominios de España. Ahora que deja los Países-Bajos, es natural que me restituya á mi patria en séguimiento del astro, que me adelanté á admirar.

—Sí; pero vos ignorais tal vez que á las órdenes de embarque acompaña una cédula espresiva del número que á cada

cual corresponde para su alojamiento en los buques; del nombre de la nao en que ha de colocar sus equipajes, y de la clase de servidores que se le permiten á bordo.

—Mi número es el veinte, espresó Pietra-Santa.

—En la urca *Tempestad* se me preceptúa consignar mis equipajes, agregó el caballero Monte-Leone.

—A mí se me permite un capellan, y un ayuda de cámara, manifestó el reciente obispo de Badajoz.

—Con que si no os han dado la orden, señor de Córdoba...

—No os inquieteis, señor Salvagio. Su alteza, harto benevolente conmigo no me dejará sin un hueco en sus naves: prueba de ello que antes de ayer me dijo lleno de afectuosa bondad=Córdoba, ponte bien con Dios, porque segun todos los marinos la estacion es pésima para nuestra expedicion á España.

—*Dómine, salvos, nos fac*, exclamó consternado el nuevo pastor Cordobés.

—Ya veis (prosiguió don Luis) que no entrará en los cálculos de su alteza serenísima dejarme en tierra de Flandes, ni cabe en su atencion soberana precisarme á los gastos de un flete para mí solo.

—Sin duda; pero un olvido de nuestro señor basta para que se os coloque á última hora en lugar inconveniente á vuestro rango y posicion en la corte,

—Me remito á lo que su alteza disponga.

—Francamente, señor don Luis (dijo el mayordomo mayor Borrébot) su alteza ha hecho despachar por la mayordomía de mi cargo las cédulas dirijidas á los señores que deben formar parte del ilustre acompañamiento; esceptuando los oficiales de la casa real, que reciben la orden directamente del serenísimo príncipe...

—Cabal; (apoyó Salvagio) y como quiera que no tengamos el honor de contaros en el número de los oficiales de la real casa, y en el concepto de agregado á la comitiva no figurais en la nómina pasada á la mayordomía, de aqui nuestra inda-

gacion, que podrá pareceros indiscreta, pero que lleva un noble fin.

—Le agradezco, aunque no le conozca, respondió el hijo del conde de Cabra, inclinándose lijeramente y sonriendo con malicia.

—Si conceptuarais útil un recuerdo á su alteza.... estoy pronto á....

—Gracias, señor Borrebot. Soy de esa clase de hombres, que si han de prosperar por favores y patrocinios prefieren la miseria.

—Orgullosa como un castellano. Bien dice el proverbio, repuso el gobernador de Bressa.

—Con mas franqueza aun, señor don Luis, (añadió el canciller) se dice que habeis debido á la generosidad del soberano cierto importante empleo.

—¡Con que se ha dicho así! replicó socarronamente el noble andaluz.

—Nos lo han asegurado, insistió el mayordomo.

—¡Vaya! ¿Y teneis la complacencia de participarnos el destino que su alteza serenísima os confiere?

—Así se preguntan las cosas señor canciller.

—¡Cómo!

—Desde que vuestra gracia comenzó por interrogarme acerca de si se me habia invitado á la espedicion comprendí el móvil de la pregunta; pero tengo la mania de querer que se aborden las cuestiones sin dobleces, ni rodeos, con una entera libertad....

—Creed que nosotros....

—Es un capricho, señores; (interrumpió don Luis) merepugna que se me procure hacer hablar, como se practica con los muchachos y las viejas á quienes basta con insinuar un punto, que se desee saber para que charlen cuanto se quiera, y algo mas....

—Esto humilla...

—No llevamos la intencion de ofenderos en lo mas mínimo.

—Tal lo concibo. Asi pues, hice el reacio á las indicaciones, hasta que el digno señor canciller se ha servido conducir el asunto por sus trámites naturales. Es mas sencillo, mas correspondiente entrar de lleno en toda clase de cuestiones, como su gracia lo ha verificado.—¿Qué empleos concede su alteza, don Luis?—Su camarero mayor.

—Mil veces enhorabuena.

—No pudiera nuestro señor conferir tal gracia á mas digna persona.

—Ya veis, señores (continuó el bizarro Córdoba) que con una sola contestacion queda satisfecho ese cúmulo de inquisitivas indirectas, anteriores á la pregunta del caso: porque claro es que el camarero mayor tiene el número dos en el orden de alojamiento; se le admite el equipo conveniente en el buque principal, y el resto de equipaje en la primera nave de carga, y se le conceden cuatro criados, un escudero, dos pajes y un mozo.

—Gracias por tan corteses instrucciones, replicó Borrebott amostazado.

—¿Y el señor Rudolstad siente mucho la ida á España de su alteza?

—No por cierto (esclamó el austriaco). Me congratulo infinitamente de ella; porque estoy en la creencia de que solo semejante medida puede atajar los males que se empiezan á experimentar en aquellos reinos.

—Continúa la oposicion de Valladolid á la ordenanza del cardenal Jimenez y la resistencia de aquella noble y preciada villa estimula la insurreccion de Avila, Toledo y Segovia.

—Estais mal informado, señor canciller (opuso don Luis). Los vallesolitanos no se encuentran en pugna con su eminencia. Segun se les mandó en carta real han depuesto las armas, suprimido las cuadrillas y rondas, y levantado las sisas ó imposiciones. Todo ha vuelto al ser y estado que tenia antes de la ordenanza, ocasion del descontento, y el cardenal hallándose en Torrelaguna, ha otorgado carta

de privilegio por la que concede á la villa síndicos del comun y procuradores generales, como la espidió á Búrgos don Alonso Onceno, de feliz memoria.

—¿Y sabeis si el pleito sobre el priorato de San Juan se arregló tan pacíficamente? interrogó Borrebot con fingido interés.

—Sí, sí, (añadió Salvagio secundando la intencion maligna) vos que estais tan al corriente de lo que pasa por allá ¿nada podeis noticiarnos acerca de esa famosa contienda entre don Antonio de Zúñiga, hermano del duque de Bejar, y don Diego de Toledo, hijo del duque de Alba?

—Muy poca cosa alcanzo de ese pleito. Con fecha quince de enero de este año de gracia 1517 se remitió despacho del consejo al cardenal previniendo á su eminenca que gestionara para que don Diego y su padre cediesen bien á bien el priorato en cuestion á don Antonio, y en último extremo despachase mandamiento de ejecucion de las sentencias y ejecutorias de la corte romana...

—Eso es lo que todos sabemos, adujo Pietra-Santa.

—Pues nada hay decidido en cuanto á la razon del litijio.

—Explicaos, don Luis.

—El rey nuestro señor y su santidad favorecen á Zúñiga, pero en Rodas se tiene por prior á Toledo, y los San Juanistas solo á él obedecen como á superior inmediato...

—Pero ¿y la obediencia á los decretos de su santidad y alteza?

—Señor Borrebot, (contestó el canciller) la obediencia al papa y al rey de los señores. Toledo, consiste en ponerse en defensa contra el cardenal rejente; y alzar pendon contra los jefes de la Iglesia y del estado.

—¿Qué osadia!

—Asi os lo puedo mostrar en cartas, debidas á la pluma de personas fidedignas.

—¿Y esas personas fidedignas (preguntó con enojo Córdoba) por qué os han dejado de escribir que el capitan An-

drade marchó por órden del cardenal—ministro contra la villa de Consuegra, donde se decian enviados caudillo y tropas del duque de Alba, y entró en la villa sin hallar nada de lo que sin razon se aseguró?

—Porque no será tan cierto lo que decís como lo que yo he dicho.

—Lo que acabo de esponer se me refiere en carta de mi señor padre, el conde de Cabra, y es tan positivo como que hay muchos españoles, hez y escoria de su pais, empuñados en desacreditar á los primeros hombres de aquellas tierras.

—No os incomodeis tanto, señor de Córdoba, (replicó Lajao con su sarcasmo habitual) y sobre todo no lanceis amargas acusaciones que os atraigan odiosidades temibles.

—Yo no agradezco los consejos que no pido, respondió con altivez el fogoso Córdoba.

—*Dar buen consejo al que lo ha de menester*, dice la doctrina, (repuso Lajao) no al que lo demanda.

—Pues yo repito...

—Señores, (esclamó Nassan con voz tonante) estais en palacio. ¡Rayo del cielo!

—*Pax domini semper noviscum*, aumentó el reverendísimo, elevado á la silla de Badajoz.

En esto entraron don Juan Manuel y don Diego de Guevara.

Don Juan Manuel se dirijió á Nassan y Guevara á Rudolstad.

—Señor conde, ¿con que han sido infructuosas las súplicas de su alteza á decidiros á la partida para España?

—Con harto sentimiento me he negado á ellas, señor don Juan; bien lo sabe Dios; pero me es imposible acceder al augusto deseo. Vuelvo al Austria.

—Mi escelente amigo (dijo don Diego á Rudolstad) rehusais ver nuestro hermoso pais...

—¿Qué os ha hecho la España para que repugneis un

viaje á que nuestro serenísimo señor os invitara tan repetidamente?

—Creed señor don Diego, que solo causas poderosas me imposibilitan aceptar las lisonjeras invitaciones del glorioso archiduque; pero es urgente mi presencia en Viena y parto á donde me llama mi principal deber: servir al emperador.

—Respeto las razones que apoyen vuestra sensible negativa; (insistió don Juan Manuel) pero estad seguro de que los señores de España informados de vuestras prendas y condicion tendrán un verdadero sentimiento en no conocer al digno conde de Nassan, representante de su majestad Cesárea cerca de su escelso nieto, á quien su alteza suele dar el titulo de padre tan mercedamente.

—Acato vuestros motivos, señor Rudolstad (terminó Guevara con afectuoso tono) pero debo haceros manifiesto mi disgusto por ver privado á su alteza serenísima de un consejero, que tan cumplidamente llena los deberes de su honroso encargo.

—¡Sangre de un pagano! (esclamó Nassan). Soy un necio, un necio ridiculo; lo conozco. Yo no sé por qué mil lejiones de demonios no podia figurarme que llegase este dia que encierra para mí la mas cruel de las desgracias. Cuando su alteza quedó huérfano de padre, el César invicto, Maximiliano de Austria, mi camarada de combates, mi amigo mas que mi señor, me llamó á su cámara.—«Alfonso (me dijo con las lágrimas corriendo por sus mejillas) mi hermoso hijo; mi Felipe; el mas apuesto príncipe de la cristianidad, ha muerto.—¡Truenos y rayos! (contesté yo) Si la muerte tuviese lo mismo con mi cuerpo que con otro ya estaba yo rescatando á vuestro gentil y malogrado Felipe—Queda mi nieto Cárlos en lugar suyo en mi corazon y en en el trono de Flandes. Quiero presidir á la educacion de ese niño querido; colocar á su lado una persona que le instruya en lo que yo pudiese hacerlo; una persona que me represente; que vele por él; que sea un reflejo de la

especie de providencia , que sobre él me corresponde como su abuelo; que le hable de continuo de mí; le acostumbre á la idea de mi afecto, y sirva de intérprete á la ternura que yo no puedo espresarle. Al efecto te escojo Nassan. Ninguno como tú para mi propósito.—Señor.—Yo te lo exijo como amigo: te lo mando como rey.—Aceptado ; alma de belcebú! Contad conmigo, y ya sabe vuestra imperial majestad que mi palabra vale la fé de un hombre de honor.—Prometí y vine en cumplimiento de mi promesa á instalarme cerca del niño, cuya guarda cariñosa se me habia encomendado. Bastaba que el emperador, mi dueño, me hubiese trazado su plan para que yo no pensara en otra cosa que en secundar sus augustos fines. Soy torpe para todo lo que no sea de mi oficio; mandar tropas y batirme en frente de filas hasta que cejen los contrarios ó hasta que me den] la órden de retroceder; pero no ocupándome mas que en cumplir la sagrada voluntad de mi amo, consagré todas mis horas al estudio de cuantos medios podian captarme el aprecio de su alteza archiducal, y sin vanagloria, señores, me parece haber triunfado en la empresa.

—Cuanto el escelso emperador se prometiera habeis conseguido sobradamente.

—Harto os ha demostrado su majestad imperial la satisfaccion grandisima por vuestros servicios cerca de su nieto en la revista que se dignó hacernos al principio de este año.

—Nada mas lisonjero que lo que de vos dijo á los príncipes electores, que vinieron en su compañía á Bruselas.

—He tenido la necesidad de figurarme que ninguna circunstancia me habia de separar de ese real niño, á quien amo como si fuese hijo mio: porque yo viejo soldado, duro como mi coraza; sin parientes remotos ni próximos; el postrero de mi estirpe; he depositado en él mis dos únicos afectos en la tierra: mi amistad por el intrépido emperador, mi compañero de armas, y mis recuerdos de aquel Carlos de Nassan, mi segundo hermano, que murió en Bohemia á los diez y seis años de edad, defendiendo de los turcos la

bandera del imperio, y cayendo envuelto en sus pliegues.

Dos lágrimas surcaron las rugosas mejillas del anciano conde, que añadió con profundo sentimiento:

—Mil venablos me traspasen si me habia ocurrido jamás la idea de una separacion tan costosa. Y es fuerza ser un avestruz de mi especie para que con tantos motivos de caer en ello, nunca, ¡cuerpo de un buitre! nunca haya imaginado que llegaria un momento en que la jóven águila tendíese sus alas robustas para dejar el nido en que se la crió; y perder de vista la roca donde quedan los que ya no pueden volar, ¡sangre y fuego!

—Pero su alteza os ha rogado con la mas honorífica vehemencia que le acompañáseis á España.

—Es verdad, señor don Diego (respondió Nassan tristemente, pero es el caso que no puedo, aunque quisiera, acompañarle. ¡Esterminio y condenacion!

—Aun sois robusto, señor conde, y capaz de soportar las penalidades de la travesía marina.

—El clima de España es en sumo grado benigno, y vuestra naturaleza se acomodará á él con estrema facilidad.

—Tengo la misma edad que su magestad imperial; setenta y un años; pero me siento con brios, no digo yo para una navegacion á España, sino para las expediciones al Nuevo mundo, poseido por nuestro señor el archiduque. No hay clima que me arredre; ni por frijido ni por caluroso... mas no obstante todo esto, veré partir con el alma despedazada al ilustre adolescente, y tornaré á la corte de mi soberano á lamentar mi soledad; porque ¡fuego de Dios! no hay maldita la diferencia entre mí lejos del jóven monarca, y un perro que ha perdido al dueño que constantemente seguia á todas partes.

—Permitidme que os diga (objetó el canciller Salvagio con la inflexion de voz mas agasajadora) que será muy estrañable para los españoles la falta de los consejeros de Austria al lado de su alteza serenísima.

Nassan que odiaba de muerte al canciller, le fijó por toda

respuesta una mirada en que se traducía todo el encono de los naturales francos y notablemente ingénuos contra los caracteres falaces y pérfidos.

Rudolstad que despreciaba á Salvagio por el tráfico escandaloso que hacia de su influencia, y las torpes venalidades con que desacreditaba la administracion, lastimosamente cometida á su cuidado, se contentó con responder:

—Demasiada comitiva lleva su alteza para que los españoles echen de menos á seis individuos, que convencidos de que cada pais tiene hombres eminentes de sobra que ofrecer al auxilio del gobierno de sus reyes, rehusan sus cargos por no creerse indispensables; por no escitar malquerencias como extranjeros, y por descansar de árduas tareas, sin pensamiento de galardón para lo futuro.

El canciller se mordió los labios en su despecho.

El viejo conde dió las gracias á Rudolstad por su contestacion, con un movimiento aprobatorio de los mas expresivos.

La puerta de la cámara archiducal se abrió súbitamente, y el travieso paje, Edgardo Anderson, salió de ella con semblante melancólico.

—Señor conde de Nassan, el serenísimo señor archiduque me manda llamar á vuestra gracia, dijo con voz que en vano procuraba esforzarse por parecer serena.

—Soy con su alteza al momento.

—Señores, (continuó el entristecido paje en tono oficial) nuestro glorioso señor me previene deciros de su parte que mañana á las siete en punto debe ponerse en camino.

—Dios le haga venturoso y próspero, contestó el obispo de Córdoba.

—Amen, repuso el de Badajoz.

Edgardo saludó, desapareciendo por cierta puertecilla lateral, disimulada por un tapiz de ese mérito que la Europa admiraba; pagando á peso de oro á la industriosa Flandes.

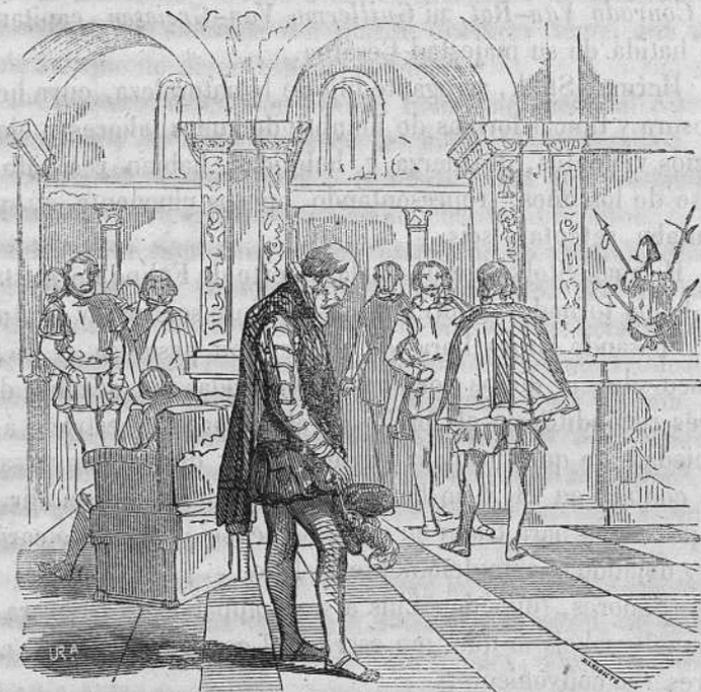
Nassan se dirigió á la cámara archiducal.

Rudolstad hizo un signo amigable de despedida á don

Juan Manuel, Guevara, Córdoba y Lajao, y bajando la cabeza ceremoniosamente á los flamencos, reunidos en el alfeizar de una ventana, salió del salon.

Tras él y al poco tiempo evacuaron la antesala los ilustrisimos en compañía de Lajao, en gran manera afecto á don Alonso Manrique.

Pietra-Santa y Monte-Leone, notando que Borrebot, Salvagio y Lanoy, se habian congregado como queda dicho, y por otra parte don Juan, don Diego y don Luis, se agrupaban al extremo opuesto de la estancia, emprendiendo recatada conversacion, cambiaron un signo de inteligencia y evacuaron el aposento.



Fuera de las dos reuniones, hispana la una, flamenca la otra, solo restaba un personaje aislado en mitad del salon de descanso: Herman Stolk.

Herman Stolk, anciano melancólico, que jamás profesaria una palabra entre los grandes señores de la corte; quie-

Cárlos Quinto.

nes atento al señalado favor que con don Carlos gozaba trátabale al par de Chievres el ayo del príncipe, y de Nassan representante de la providencia paternal de Maximiliano primero cerca del archiduque de Austria, su digno nieto.

Herman Stolk, que fué para el emperador Maximiliano en esos simulacros de la guerra, las monterías, lo que Astolfo Maximino de Nassan en las batallas; un infatigable compañero; un camarada leal; que pasó al servicio del hermoso Felipe, adquiriendo la confianza completa de su nuevo señor, y á la muerte de el esposo de Juana de Castilla fué incorporado á la servidumbre de don Carlos en calidad de jefe de los trenes de caza; empleo en que no podian escederle ni *Conrado Van-Rat*, ni *Guillermo Van-Greissen*, capitanes de batida de su majestad Cesárea.

Herman Stolk, arrogante hijo de la naturaleza, cuya hermosura y típicas formas de hombre de rudas labores y ejercicios violentos, de fuerza y habilidad habian resistido al peso de los años; representando apenas cincuenta el que contaba setenta y seis.

Herman Stolk que desde la muerte de Felipe de Austria no habia tornado á sonreír; mostrándose sombrío y taciturno; pasando largas horas en abstraccion pesarosa, y en el hoscó silencio de las personas preocupadas por acerbos dolores recónditos en el fondo del alma, parecia extraño á la sociedad de que formaba parte; por lo que se conversaba sin contar con él, y no habia inconveniente en prescindir de su presencia para tratar en corrillos negocios de cierto carácter, dejándole completamente aislado.

—Señores, (dijo don Luis á sus compatriotas Guevara y Manuel) ¿sabeis lo que me escribe el conde, mi padre, con la reserva conveniente?

—Veámos.

—El infante y los gobernadores dejan á Madrid para trasladarse á la villa de Aranda de Duero con objeto de esperar aviso de la llegada de su alteza serenísima.

—El cardenal, ¿se ha repuesto de la indisposicion de que

se nos decía atacado en las últimas cartas? preguntó don Juan.

—El cardenal sigue peor cada día.

—¿Y que auguran de esa dolencia?

—La muerte.

—¿Es posible!

—Señores, (añadió Córdoba con imponente misterio) su eminencia está envenenado. Los flamencos acusan á los rebeldes, y á los enemigos del ministro en el consejo de reñencia. Los españoles atribuyen este crimen á los temores de la ambicion flamenca; si don Carlos se avistara con el franciscano, y á la resolucion de esos odiosos estrangeros de dominar sin obstáculo y á toda costa el ánimo del jóven monarca.

—¿Pero los sintomas del mal de Jimenez tienen una índole tal que no dejen espacio á dudas?

—Ninguno, señor don Diego. El mismo cardenal rejente lo conoce y de aquí la prisa; las instancias reiteradas; las incesantes comunicaciones á su alteza para que no pierda momento: para que pase á Castilla cuanto mas antes.... Su eminencia se siente morir, y no abandona un punto la idea de ver al soberano, de enterarle de la verdad de sus intereses segun comprende fray Francisco, de frustrar los propósitos de los consejeros de Flandes, cuya influencia reputa fatalísima, y de funestas trascendencias en los negocios de España.

—¿Qué hombre! (repuso don Juan Manuel con admiracion) bien le conocia el rey Católico. Bien dijo al doctor Carvajal que le propuso para rejente—*pronto sabreis su condicion de hierro.*

—Parece (continuó don Luis) que su médico trató de darle á entender que una causa estra-natural producía su padecimiento; valiéndose de esas indicaciones, que hacen decir al advertido lo que no se atreve á espresar el que avisa. El cardenal comprendió á la primera reticencia embarazosa del doctor Avilés.—Me lo habia sospechado (dijo con inalterable calma) pero ¿podré vivir dos, tres meses?—Tal vez mas (replicó pasmado el facultativo) y quizá sanar, eminencia, si. . Nada de esperanzas infundadas (esclamó firmemente fray

Francisco) los que me juzgan de sobra en el mundo no habrán sido tan estópidos que se contenten con una pócima dudosa. El tósigo debe ser lento para evitar el escándalo; seguro para conseguir el objeto.—Habeis acertado, señor, (confirmó tétricamente Avilés) pero el método puede prolongar vuestros dias.—Eso es lo que pido á la misericordia de Dios, y á vuestra ciencia (contestó el cardenal-ministro con alguna animacion), tres meses para prepararme á un dia, á una hora supremos en que yo alcance á besar la mano del rey, y ocupar su atencion soberana... Despues hágase en mí segun la voluntad de Dios.—

—Infamia (esclamó Guevara) soy enemigo particular de Cisneros; pero reconozco la última vileza en ese cobarde asesinato.

—Dios quiera que no nos pese la enemistad con el arzobispo Toledano, murmuró don Juan Manuel que empezaba á penetrar la ingratitud del señor de Chievres y los planes inicuos de los principales flamencos, constituidos en árbitros de la suerte de Castilla y Aragon.

— El cardenal receloso de toda su servidumbre ha tomado el pretexto de visitar el monasterio de Aguilar; rodeándose de religiosos de su propio instituto para garantizarse de la traicion, que sospecha de los que le asisten en palacio.

—Adriano de Utrech, instrumento del señor de Croy, vivia en Madrid con su eminencia, en las casas de don Pedro Lasso de Castilla....

—Guevara, (replicó don Juan Manuel rechazando la suposicion de su amigo) de todos los flamencos no hay uno menos capaz de cometer accion semejante que el dean de Lovaina... Es hombre de mansa condicion; de hábitos modestos de saber y de virtud. Pongo las manos en el fuego por su inocencia en la villana alevosía.

—Conozco la injusticia de mi sospecha, señor don Juan; (replicó Guevara) pero en estos aciagos dias que atravesamos se ven tales fenómenos, que no hay virtud al abrigo de la suspicacia.

—El infante don Fernando conspira, dijo don Luis con voz apenas perceptible, y haciendo seña á sus paisanos de aproximarse para mayor sijilo de tan peligrosas comunicaciones.

—¡Qué decis! interrumpió Guevara, sobrecojido de asombro.

—Gonzalo Nuñez de Guzman, comendador de Calatrava, ayo de su alteza, sus sobrinos, los hijos de Ramiro Nuñez; el caballero don Suero de Aguila, el aya doña Isabel de Carvajal; su marido Sancho de Aguila y otra gran parte de la servidumbre incitan á don Fernando á seguir correspondencia con algunos grandes del reino, que han menester un nombre que sirva de bandera á sus pretensiones ambiciosas; un nombre que disfrace sus rebeldías; un nombre que suministre pretextos á sus instintos subversivos.

—Pierden miserablemente á su alteza, y comprometen al pais esos mal aconsejadores del infante.

—El marqués de Aguilar (añadió Córdoba) ha puesto á disposicion de Fray Francisco la epistola de su alteza en que se exploraban sus ánimos y harto claramente se le solicitaba para la colaboracion á una empresa próxima, que con toda libertad se le decia encaminada al mejor servicio de Dios y de la patria.

—¿Y su eminencia?

—Su eminencia se personó en la morada del infante pidiéndole una entrevista misteriosa á que el hermano de nuestro señor no tuvo mas recurso que acceder. Largo rato pasaron en secreto diálogo, notando Pevo-Fermonseña, uger del infante que el cardenal pasaba desde el acento del respeto al de la conminacion, y su alteza del tono de la afabilidad al de la acritud...

—¡Con que ya indispuestos los que parecian tan amigos!

Al salir su eminencia se detuvo en el dintel de la puerta hasta donde le acompañaba el infante, diciéndole con voz firme:—¿Se niega vuestra alteza á todas las proposiciones que por su servicio, el del rey nuestro señor, y el de los reinos, acabo de hacerle?—Ninguna puedo aceptar sin men-

gua de mi decoro, respondió el infante con altivez.—Pues señor, (repuso el cardenal con aire decisivo) suceda lo que Dios quiera, sabré hacer lo que me toca; lo que mi conciencia me dicta; lo que repugna mi corazon; pero Dios y el rey antes que todo.—Obrad como gustéis, (replicó el príncipe con despego) Dejadme obrar como crea conveniente.—Señor, (añadió el primado de España con intencion profunda) plegue á Dios no os arrepintais de ese proceder.

—¡Fuerte es la frase!

—¿Y su alteza?..

—Su alteza (siguió diciendo Córdoba con la misma precaucion temerosa) como es un niño de catorce años...

—¡Un púbero que ambiciona impacientemente..!

—¡Querido de los españoles entre quienes se ha criado..!

—Un niño que al enterarse del testamento del rey Católico, y al leersele por Carvajal la cláusula en que su alteza serenísima, que paz haya, dejaba las coronas de Aragon y Sicilia á don Carlos, exclamó dando un suspiro:—*¡Cuatro reinos para uno!*

—Un mancebo que declama contra el derecho de primogenitura...!

—Su alteza como niño sin reserva, al salir de la entrevista con el arzobispo de Toledo se presentó en la cámara donde se hallaba su servidumbre, y sin calcular que si bien una parte de ella le sirve de cómplices...

—Son sus instigadores, señor don Luis.

—Que si cuenta con unos, otros le espian, (continuó Córdoba) y apenas interceptan una palabra sospechosa la comunican al rejente, dijo estrechando la mano de su aya la Carvajal.—El franciscano ha husmado rastro, y queria que os despidiese, mis buenos amigos; pero... descuidad. Acabo de hablarle al alma.

—De suerte que...

—Su eminencia ha remitido al archiduque la carta del infante al marqués de Aguilar, con una queja sentida de

los que componen la servidumbre del segundo gènitro de España.

—Y en esa queja...

—En esa queja el ministro hace figurar al infante como víctima de intrigas, que ignora, y pide por único remedio del mal la separacion de los promovedores de tamaño escándalo.

—Es euanto puede hacer por ese iluso jòven el rejente.

La puerta de la cámara archiducal tornó á abrirse, y el conde Astolfo Maximino de Nassan saliò de ella.

—Herman Stolk, su alteza os necesita, dijo al absorto montero.

Stolk se apresurò á entrar en la estancia de su augusto amo.

—Señores, si gustais aceptar mi franca invitacion (repuso el anciano conde dirijiéndose al grupo de los hispanos) probareis nuestro vino de Hungria, y unas cajas de confituras, confeccion de los monjes fuldenses.

—¡Tanta bondad..!

—Mi posada está próxima, y como quiera que solo nos resta un dia que pasar juntos, me apresuro á demostraros mi buen afecto.

—Aceptado, señor de Nassan.

—Que me place, respondiò el veterano saliendo con los consejero sespañoles mas simpáticos á su carácter, que los disimulados flameneos, y los artificiosos italianos.

—Señores, (esclamó Juan Salvagio continuando el discurso en su voz natural una vez solos en el salon de descanso los ministros de Flandes) nuestro pontifice Leon décimo ha pròmetido el capelo cardenalicio al ilustre dean de Lovaina, tan pronto como arribe el archiduque á las costas de Asturias.

—¿Y es cierto que Guillermo de Croy, sobrino del alte y poderoso señor de Chievres, trata de hacerse eclesiástico, tan luego como cumpla la edad requerida por los cánones?

—Es positivo.

—No faltará alguna pingüe mitra al tal mozo en esa riquísima iglesia española.

—Su tío proveerá la primera vacante episcopal de aquellos reinos con un apóstol rubio: los prelados morenos, de ojos y cabellos de azabache, son demasiado comunes por allá y *la variedad prueba buen gusto*.

—Si el cardenal de Santa Sabina, arzobispo de Toledo, primado de España, Fray Francisco Jimenez de Cisneros, continúa en intercadencia, y llega á morir, no será extraño que el bizarro Guillermo, nuestro amigo, se haga con la primera dignidad eclesiástica de Castilla.

—Cuenta, señor canciller, (repuso Borrebot gravemente) cuenta con esos endiablados españoles, que son celosos de sus franquicias, preeminencias y fueros, tanto como de las consideraciones que creen exigibles á sus señores naturales.

—¡Pardiez! (apoyó Lanoy abundando en las ideas del gobernador de Bressa) Dice muy bien el señor de Borrebot. Cuidado no reciban esos altaneros infanzones, y severos hidalgos como un insulto la designacion de un flamenco para la primer silla patriarcal de su pais.

—El clero en España es un terrible poder político, y tanto por su saber como por su virtud, ejerce un influjo sin medida en todas las demas clases de la sociedad. Si considera escandalosa la promocion de un extraño á la primacia archiepiscopal, posicion tan codiciada, como propia de tantos varones eminentes que cuenta en su seno; si con noticias de algunos lances de la vida libertina del jóven Croy y aprovechando la menor falta canónica del electo se declara contra él, habrá una ruptura temible entre la corte y la Iglesia, y no saldrá bien librado en la contienda nuestro buen amigo.

—Sin contar con que ni nos acomoda poner tan al descubierto nuestras aspiraciones á la supremacia en el mando, que suscitemos una guerra tenaz contra nosotros; ni por un empeño exajerado, por un conato desmedido, debemos arriesgar una lucha con la opinion pública, en que es muy

factible una derrota, que ponga término á nuestros sucesivos planes.

—Por último, señor Salvagio. (dijo Borrebot con acento sentencioso) No fiemos el caudal á un naipe. La primera pérdida en el juego seria de una trascendencia fatal para los proyectos, que llevamos planteados á la Península.

—Señores, (contestó el canceller) teneis la desgracia de abultar de una manera disforme las dificultades, y esto prueba que pasan inútilmente ante vosotros los sucesos.

—¡Cómo!

—Llega Felipe á España, y la flor de Castilla le cerca obsequiosa; se le festeja como á un triunfador; se le rinde culto fanático, y todo por dar en rostro á Fernando Quinto, que tachaban de avaro porque no prodigaba el oro y el poder á la turba sedienta de riquezas y honores. Felipe comienza á repartir las mercedes, como un jefe corsario la presa; con el desprendimiento del que nada pesee, y se halla de pronto rico. Los mas reacios á reconocer la dominacion del príncipe flamenco acuden á la montaña santa, de donde se desprende el maná de la grandeza en abundancia prodijiosa. ¿Y sabeis qué papel hacian los señores de Flandes entre los hidalgos vasallos de doña Juana? El de sacerdotes del idolo: á ellos las primicias; á ellos las ofrendas por obtener de su intercesion unas gotas de aquel rocío de opulencia y orgullosas distinciones. Fallece el archiduque y se revocan alcabalas, rentas, tercias, juros, vasallos y jurisdicciones altas y bajas, y ni el escándalo de los patrocinios, que hicieron alcanzar las dádivas regias, ni la acritud del decreto de revocacion, que las arrancó, escitaron movimiento alguno entre esos altaneros infanzones... No es tan bravo el leon como se dice...

—Sin embargo...

—Llegaremos á Castilla, satélites de un príncipe extranjero, que naturalmente repugnará un tanto desconocido, y unas costumbres diametralmente opuestas á las suyas. Al paso que la arrogancia española y las pretensiones á la

esencion de aquellos poderes en continua lucha, choquen á su ánimo, las simpatias por nuestra afabilidad, y hábiles manejos irán en creces. Los señores de España se convencerán de que el conducto para obtener somos nosotros, y que sin nosotros, no pueden esperar aumento en sus fortunas. La atraccion para los mas discolos se compensará con el rigor para los abiertamente hostiles. Desde que algunos dóciles prosperen, y reclutemos en nuestro partido hombres de significacion en el pais, todo irá á las mil maravillas. Tendremos cuidado de aceptar cierto número de personajes, á quienes se colocará en primer término para estímulo de las demas ambiciones; en ese primer término que significa mucho por lo que se brilla; nada por lo que se puede. Haremos acopio de reclamos para esa banda de pájaros rapaces, que saquean la miés del pueblo, con media docena de apellidos gloriosos, que vestiremos de reyes como un farsante á sus comparsas...

—Bien pensado, apoyó Lanoy.

—Apuesto á que la frase es del secretario del señor canceller.

—Justo, amigo Berrebot: del doctor Juquet, mi familiar.—Pues como iba diciendo, una vez constituidos en dispensadores de todas las gracias y todos los pingües beneficios; nuestra clientela se hará tan numerosa como servicial. Las concesiones mas árduas, como por ejemplo, la del arzobispado para Croy...

—Veamos, dijo Berrebot con sumo interés.

—Esas no se pretenderán, ni serán otorgadas por nosotros declaradamente; no por recelo.

—¡Vive Dios! Sino porque fuera una solemne estupidez arrostrar compromisos, que pueden evitarse... Para eso sirven los amigos... Hé ahí el empleo de esa media docena de nombres históricos, condecorados suntuosamente... Ved lo que nos valdrán esos comparsas vestidos con soberbia magnificencia; figurones de cera cubiertos de oropel.

—¡Escelente pensamiento!

—Nuestros amables prohijados presentarán la petición como espontáneo tributo á los méritos del jóven pariente del de Sora y Arscot. El soberano movido por aquella declaracion de las dotes de un compatriota suyo, dada por los que debieran ser sus mas encarnizados rivales, no podrá menos de asentir, y antes de que la eleccion recaiga nos quedan los derechos de manifestar nuestro disgusto por la propuesta; quejarnos de que se da motivo á sospechar de nuestro desinterés; aconsejar al buen Guillermo que renuncie la primacía en gracia de tanto varon imponderable como la merece en el pais; presentar la renuncia del electo, y resignarnos á que insistan los Villenas, los Laras, los Toledos, Córdoba, Sandoval y Vargas, y á que su alteza serenísima condene á nuestro paisano al honor de la supremacía eclesiástica española, que aceptará por obediencia; virtud muy conocida para los que ambicionando dignidades pactan la insistencia de los electores para el alarde de grandeza rebozado en la modestia de una renuncia....

—¡Qué tal señores!

—¡Magnífico!

—¡Soberbio!

—Por eso decia que vosotros no sabiendo...

Guillermo de Croy, señor de Chievres, salió de la cámara archiducal, y reparando en nuestros interlocutores se acercó á ellos con premura.

—¡Buena nos la habian preparado los del consejo! (dijo con cierta inflexion entre irritada y burlona) Gracias á Dios y á mi estrella que el rey está de humor melancólico y he podido sustraer á su lectura esta esposicion infamante sin que absorto en su pena pudiese notarlo.

Y Chievres apretaba convulsivamente un pliego con el sello de el consejo supremo de Castilla, suscrito por todos los ilustres miembros de aquel cuerpo, á escepcion del cardenal.

—¿Qué contiene ese papel? preguntó con ansia Salvagio.

—Una denuncia de escándalos, tráficos, cohechos, ventas de oficios, redencion de vejaciones; provisiones por precio; sobornos, inmundicias y venalidades en que se mezclan nuestros nombres con el mas inaudito descaro....

—¡Ira de Dios! Esclamó Lanoy furioso.

—Aquí se evoca la memoria de Enrique tercero, á quien se dice sabio conecedor de las buenas prendas, despues de relatar un largo catálogo de culpas que se nos achacan....

—¡Oh! yo les juro...

—Señor Salvagio, (repuso el duque con severidad) abusais de mi tolerancia. Yo no impido á nadie que saque todo el partido posible de su influencia; pero un compromiso de mi nombre.

—Señor, protesto á vuestra gracia que...

—La corte es un mercado secreto; en horabuena; ese es un hecho antiquísimo y que no tiene opcion á sorprender mas que á los bobos de aldea; pero desde el momento en que el mercader sea demasiado insolente, y trafique sin precaucion alguna, se espone á suscitar un escándalo, y ese extremo no le sufro: os lo advierto.

—Señor, sois duro con un amigo que...

—Señor Salvagio, tornó á decir Chievres con irritacion violenta, es que en este papel se dicen cosas que hacen subir la sangre al rostro, es que se acompaña una carta firmada por vos en que acusais un recibo de dos mil escudos por un beneficio eclesiástico que teneis prometido; es que aquí se intercala mi nombre; se me designa á mí, á mi descendiente de reyes, hijo y hermano de los primeros hombres de Francia, Austria y Flandes, y se me pone junto al doctor Zuquet; ese redomado pillo, que os sirve de secretario...

El canciller bajó la cabeza para disimular la cólera que enrojecia su cara, y encendia sus ojos en un furor fosforescente, como el de las pupilas de un lobo.

—De todo lo que hagan los flamencos yo he de ser responsable (añadió el valido de don Carlos); responsable

ante el país y ante la historia. Porque mi nombre absorbe vuestros nombres, y tanto el honor como la mengua, buscan la cabeza: laurel de victoria ó infamia del vencimiento ni distingue ni rebaja á la tropa, sino al jefe, al caudillo, á la figura de resalte en el cuadro. Señores míos, mientras vuestros negocios no estralimiten el círculo de las influencias, sigan los tratos adelante, pero cuando vuestro lucro manecille mi decoro y ponga en evidencia mi honra... ¡Alto allá!...

Borrebót y Lanoy dejaron pasar en silencio la nube amenazadora sobre sus cabezas.

—Y en cuanto á los señores que denuncian (prosiguió e de Croy con sorda rabia) les ha de costar caro su atrevimiento. ¡Oh! la villanía de colocarme entre agentes secundarios de la venalidad ha de tener una espiciación tremenda ¡Ola, señores legistas, que citais la ley Julia de *ámbitus repetundarum*! ¡Ola, señores historiógrafos que poneis por ejemplo el reinado de Enrique el Doliente! ¡Ola, señores moralistas que decis *el quei elijè mal es obligado á todos los daños, y mal ejemplo, que de tal eleccion se sigan*...!

—¡Eso dicen! exclamó el caballero mayor de su alteza.

—Eso dicen (repitió el duque en el colmo de su furia); pero que el martillo del verdugo aplaste uno á uno los cuarteles de mi escudo de nobleza, si los miserables dentro de poco no maldicen la hora en que pusieron sus firmas en este libelo difamatorio.

Y Chievres rasgó el pliego, saliendo del salón de descanso, sin dignarse saludar á los atónitos testigos de sus raptos iracundos.

Herman Stolk fué introducido en el aposento de Astolfo Maximino de Nassan.

—¡Ola, mi buen montero! ¿qué traes? le dijo con amistoso interés el conde.

—Vengo á despedirme de vuestra gracia, supuesto que mañana debo de partir.

—¿Para España, Herman?

—No señor.

—¿Pues para dón-le?

—Su alteza serenísima me acaba de nombrar intendente de cotos con punto fijo en el de *Belle-chase*.

—Es extraño: (replicó el amigo del emperador) Yo juzgaba que por ningun titulo te separaría de sí.

—Ha dispuesto otra cosa y me toca obedecer.

—Pero bien se nota que vas mal de tu grado á ese destino.

—Lo confieso.

—¿Quieres que me interese con el archiduque en...?

—Nada de eso (interrumpió Herman con viveza) sé que le hago falta en el país, y me quedo de todos modos; pero señor, es muy duro para mí tener que renunciar á seguirle, cuando verle, que me hablara y hablarle eran mis únicos gozes... Qué feliz era yo cuando á la hora de audiencia entraba en su cámara entre los dignatarios, y me decía con su voz dulce y suave.—*¡Ola! mi antiguo Stolk ¿te sientes bien, mi viejo amigo?* Ya se acabó, señor conde. Se marcha á España y moriré lejos de él... Dice que volverá; que vendrá á visitar sus estados de Flandes, pero ¡quién sabe!

—¡Pobre Stolk!

—Y lo que mas me aflige es que vaya á España sin vos, que le amais tanto, que le servis casi de padre... Vuestra gracia no ha querido...

—Te comprendo, Herman. Me reputas culpable de indiferencia á la suerte de esa criatura, por quien los dos daríamos nuestras vidas...

—Señor...

—Sé franco. Juzgas que no correspondo á la fé que siempre he demostrado al nieto de nuestro emperador invicto.....

—Juzgo que aunque el señor de Chievres es muy arto

para lo bueno; aunque es un digno ministro de su alteza, y nada que no sea justo pueda aconsejarle, vuestra gracia no estaria demás al lado del príncipe.

—Herman, (contestó Nassan con acento firme) mi honor antes que todo. Con tu señor va á España un bando de aves de rapiña...

—Ya lo sé.

—Van á esplotar el terreno; á repartirse una presa codiciada; á introducir en España la vanidad francesa; á denigrar, aventureros avaros de oro, el pais de que vienen...

—Y bien, vuestra gracia puede contrarrestar esos planes..

—Yo seria la voz que clama en el desierto (réplico el noble anciano). Croy es un hombre de conciencia poco severa, y que conceptúa esos tráficos asuntos de corte en que no debe intervenir la autoridad mientras el escándalo no la haga cómplice de los atentados. En España debe producir mucha sensacion ese impudente comercio de honores y destinos á cambio de dádivas corruptoras.... Yo tengo noticia de un buen número de inmorales tratos entre ambiciosos de allá y agentes de personajes muy bien colocados cerca de nuestro augusto señor.

—¡Infamia! exclamó el honrado montero.

—En Castilla se propalan especies que acreditan la era de impudor y torpeza inaugurada desde acá por indignos ministros, y el Consejo de regencia ha remitido sobre este punto al soberano cierta enérgica comunicacion, que de seguro será interceptada por quien debiera estimar su fama algo mas, y preciar algo menos los mezquinos intereses de fortuna.

—Y bien.

—Y bien; yo preveo los sucesos; me conozco insuficiente para evitar los males que alcanzo á descubrir, porque la verdad que yo dijera al monarca, seria esa verdad áspera que no se sabe insinuar con preparaciones oportunas; esa ruda verdad que lastima; esa verdad brusca que presenta los acontecimientos en toda su luz, ofendiendo la vista co-

mo las empañadas de un espejo herido por el sol....

—Dice bien vuestra gracia.

—¡Mil tempestades! Tras de mí vendria Croy con su lábia cortesana, con su dominio sobre el ánimo del escelso jóven y los fueros de ayo, maestro y amigo celoso. En un instante me presentaria como un visionario, como un viejo cócora que acogia sin exámen las hablillas de una tropa de detractores: su alteza se reiria del retrato, y al insistir yo en mis advertencias, diríame entre risueño y decisivo:—Calla, Nassan; calla, padre. Tu buen deseo te estravia y calumnias cruelmente á mis buenos flamencos, austriaco de mil demonios.—¡Sangre y fuego! Es cosa de perder el juicio. Yo que siempre he desdeñado esos parlanchines pulidos, esos habladores que llaman elocuentes, daria mis doce mejores batallas y mi toison de oro por su cabeza enredadora y su lengua diestra, porque para combatir á la cuadrilla de tunos que rodean á nuestro serenísimo señor, de nada sirve un corazón como el mio, ni toda la autoridad de once heridas y una vida pública y militar sin mancha.... ¡Condenacion!

—Es cierto.

—Sentado el principio de que me reconozco impotente para prevenir los acaecimientos que deploro, ¿qué haria yo en España?

—Siempre vuestros consejos....

—Nada, Stolk, nada. Consumirme en deseos de obrar sin adelantar un paso. Ver triunfante al descaro sin obtener la gloria de cerrarle el camino. ¡Trueno del cielo! Me voy al lado de Maximiliano I de Austria. Allí con el viejo soldado de Flandes, Italia y Borgoña; allí con mi antiguo camarada de proezas; allí á suspirar por aquellos hermosos tiempos en que el príncipe de grandes esperanzas, pero pobre como un franciscano, venia á mi casa á beber mi vino y á pedirme dinero para sus francachelas; aquellos tiempos en que le acompañé á Borgoña á traer la princesa mas bella del continente, Maria la hija de Carlos el Temerario, la pesadilla de Luis Onceno... aquellos tiempos en que ya emperador, organiza-

ba tan famosas monterias donde siempre nos distinguimos guiados por tí, monterò ilustre....

—¡Oh! ¡qué tiempos! ¡Dios mio! dijo Herman deslumbrado por aquel panorama de una juventud activa, y deslizada entre fogosas emociones.

—Eso haré en lugar de ir á envilecer mi nombre con el oprobio de la venalidad flamenca.

—A vuestra gracia no puede llegar el oprobio nunca.

—Te equivocas, Stolk. En Austria y Flandes me conocen sobradamente y el que me disfamara no hallaria quien diera asenso á sus calumnias; pero en España no corre igual paridad, amigo mio, y entre los nombres de extranjeros, tachados de un tráfico ruin pudiera pronunciarse muy bien el mio.... Yo no he prodigado mi sangre en el campo del honor para que al fin de mis dias me esponga á dejar mi apellido presa de la mordacidad del vulgo, y tal vez escrito en una crónica inexácta ¡alma de Belcebú! arcaduz de infamia, que vácie nombre entre los de tantos miserables como se preparan á saquear esos ricos paises, allende los Pirineos.

—Vuestra gracia tiene razon.

—Herman, ¿por qué no renuncias tu nuevo destino y te reunes con nosotros, el emperador y yo; la trinidad venatoria; los *Nemrodes germanos*, como decía el doctor Salberg?

—Bien quisiera hacerlo pero su alteza me necesita.

—¡Bribon! Tu eras el confidente del archiduque Felipe en sus amorios. ¿Sigues en los mismos tratos con don Cárlos?

—D. Cárlos no me dispensa tal confianza, señor.

.....

 Dos aldabadas rigorosas en la puerta han hecho bajar la escalera á la anciana Uldemar con mas precipitación de lo que sus años la permiten.

La vieja sirviente de Juana acercábase á la puerta para franquear el acceso al paje Federico, pues las tres palmas, señal convenida, se lo habian dado á conocer cuando

el impaciente mancebo volvió á herir con el llamador la plancha de bronce, que servia de yunque.

—Allá van, allá van, repitió la senecta.

Uldemar dejó en el suelo la linterna, que alumbraba su marcha; corrió el cerrojo; desechó el picaporte del postigo, y dió entrada al jóven amante de su señora.

—Buenas noches, Uldemar, dijo Federico con tristeza.

—Buenas noches, mi gracioso señor, contestó la criada sollozando.

—¿Y Juana?...

—Oh! señor, señor, por amor de la madre de Cristo, haced que venga una nodriza á dar de mamar á esa pobre criaturita: ¿no piensa vuesa merced que la envenenan?

—Mi Carlos.... ¡mísero niño!

—Está bebiendo ponzoña, gracioso señor, ponzoña. La madre no cesa de llorar un punto. Solo cuando venís se enjugan sus ojos, y cuando os vais su dolor no encuentra límites. Carlitos se está alimentando con una sangre hecha un tósigo, y de seguro se muere; se muere ese ángel de Dios.

—Seria una cruel desgracia, Uldemar, exclamó Federico en el mas penoso abatimiento.

—Hoy estaba pálido como un rayo de luna; él, que tiene por mejillas dos rosas. No ha dormido lo que acostumbra, y lloraba como un desesperado, cuando siempre parece un niño Jesus de pasta de almendra....

—Mañana enviaré una nodriza....es decir, haré que la envíen; porque á las siete estaré de camino.

—No lo olvideis señor.

—¡Olvidarlo cuando se trata de mi hijo!

—Es verdad; pero los hombres.....

—Uldemar escucha. Tu has tenido numerosa sucesion.... esto da esperiencia....

—Catorce y todos varones, señor....

—Eres de un pais de costumbres puras, y en el que las mugeres no sacrifican á la conservacion de sus atractivos el

santo deber de amamantar á sus hijos....que estudian el cumplimiento de este deber....

—En Alsacia despreciarian á la que tal no hiciera, á no ser que la falta de leche....

—Oye, y no me interrumpas: ¿opinas que seria mejor criar á mi hermoso Cárlos con el nutrimento animal, que entregarle á los cuidados de un ama?

—No entiendo.

—¿Qué será mas acertado? ¿Traer á mi hijo una nodriza, ó hacer venir una cabra, ó dos, que le alimenten con abundancia?

—Diré á vuesa merced, yo no me atrevo á....

—Yo he visto criaturas, criadas á los pechos de cabras, ovejas y vacas, robustísimas, y de un desarrollo notable por lo precoz.

—Sin duda: pero, gracioso señor, en mi pais se dice *ni del oso el hombre, ni del hombre el oso*.

—Comprendo.

—La naturaleza busca lo suyo, y cuando se le puede dar es mas justo que proporcionarle lo extraño. La leche hace las entrañas, señor mio. La leche comunica al hombre los instintos de su especie, como dice el señor rector de mi pueblo. Cuando uno es malo y corresponde á los antecedentes de su familia todos repiten *por la teta le vá*: cuando por el contrario uno es bueno como sus antecesores todos esclaman *lo ha mamado*. Tu observacion es muy oportuna, Uldemar.

—Nunca me olvidaré de aquel Franz Dodller criado por una jumenta, que de seis años devoraba los desperdicios de las berzas, y las cáscaras de las frutas. Indudablemente algo se pega, señor. Nada; opto por la nodriza y dejémonos de hembras animales.

—Mañana haré que venga la mejor que sea posible hallar. Tanto la nutricion sana, como la vida campestre devolverán á mi Cárlos su preciosa salud, y ojalá que su madre deseche en la apacible calma de los campos la amar-

gura del trance mas crudo de su vida, y de la mía.

—¡Pobre señora!

—Uldemar, es un ángel....

—Un ángel del cielo, señor; un ángel de dulzura, y bondad.

—Dime ¿te parecè que podrá dominar su pena, y que su vida no ha de comprometerse en una de esas dolencias fatales, que van aflojando lentamente los lazos del ser hasta romperlos?

Uldemar calló.

—Dios mio! (prosiguió el paje archiducal con espresion dolorida) Su existencia por todos los sueños de mi ambicion! yo renuncio á las aspiraciones de mi alma codiciosa porque la deis el aliento necesario, para sobreponerse á su negra melancolia!

La sirvienta con pretexto de correr el cerrojo, volvióse para ocultar sus lágrimas; cuando tornó el rostro Federico se habia apoderado de la linterna, y con un gesto le invitó á subir delante.

Uldemar obedeció.

Ya en el piso alto el mancebo entregó la luz á la vieja, que se retiró á las habitaciones interiores, mientras él se dirigia á la estancia de su amada.

Juana estaba desconocida. ¿Quién hubiera distinguido á la jóven, orgullo de los saráos aristocráticos en aquella muger pálida, demacrada, y que parecia, vestida de blanco, una de esas fantasmas cuya aparicion anuncia un próximo fin en los romances escoceses?

¿Qué grande señor flámenco hubiese reconocido en aquella doliente muger á la hija de Nenni, á la divina Cantadora, por cuyo mas ligero favor habian dado la mitad de sus blasones aquellos personajes ilustres, que se disputaban la satisfaccion de atraerla á sus festejos, como la notabilidad de la naturaleza y el arte?

¿Qué abismo se ha abierto en el destino de aquella criatura desde 1516 á 1517, un año! ¿Qué sucesos han podido

causar el trastorno de aquella vida, y convertir la galanura en desecacion; la lozanía en funesta desmejora; las rosas de la juventud, en los abrojos de la estension gradual!

Porque fácil es conocer que Juana se muere; que se muere con esa lentitud de la consuncion, que va evaporando partículas del alma al cielo. El menos advertido no puede prescindir de notar que aquella organizacion está disolviéndose por una parálisis de las fuerzas destinadas á mantenerla en todo su auge vigoroso. Basta una ojeada sobre aquella pálida sombra para advertir que va entorpeciendo hasta detenerse la circulacion de la sávia vital en aquellas venas que resaltan por su azul cielo sobre el blanco de mármol de cútis ajado, como el cútis de una flor marchita.

Destroza el corazon mirar á la trovadora, cotejando lo que fué con lo que es, y aquella catástrofe ha tenido lugar en muy corto tiempo.

Juana desconocia el horror del principio á donde conduce un desliz, por mas que no ignorase que las mugeres refieren las adversidades de su destino á sus relaciones con los hombres. Pero si bien no se la pudo ocultar el riesgo, nunca llegó á comprender en qué consistiera. Estaba en la situacion del que emprende un camino que se le dice lleno de malos pasos y que no distingue las simas pérfidias, que una capa de verdura iguala al resto de la travesía.

Juana quedó sola en el mundo y creyéndose protegida del archiduque consideró como un ángel de aquella providencia augusta al apuesto Federico. Le amó y se entregó sin reserva al encanto de aquel afecto, que rodeaba su vida de huérfana de una tutela cariñosa. No se ocurrió á la Cantadora oponer el menor obstáculo á las pretensiones de su bizarro galan; porque igualmente no alcanzaba esas garantías del honor, que constituyen las leyes del decoro; parada que la sociedad enseña á las mugeres contra el ataque manso de la seduccion; y esas incitaciones hábiles de la hembra calculadora, que sin comprometer su honra en un azar, irrita las pasiones, provocándolas para que la ilusion au-

mente; conteniéndolas para guiarlas á su objeto; sin trascendencias para su vida moral; la reputacion.

Juana amada y amante era la muger en un estado muy parecido al estado primitivo de la humanidad: la muger que siente, y espresa lo que siente; la muger que no se desvia del objeto de su cariño cuando advierte el peligro de la fascinacion; sino que mariposa incauta gira en torno de la luz en que debe caer ciega y consumirse; la muger que deja hablar á sus instintos, tan alto como la inocencia puede transmitir sus impresiones: la muger, mitad verdadera del linaje humano, que no enardece el apetito con la estrategia de las resistencias estudiadas, sino que una vez participe de las emociones del hombre sigue con él hasta el desenlace de la accion, como una colaboradora de los destinos á que el amor preside.

Llegó un dia que debía llegar; porque el amor es semejante á esos cuchillos de punta aguzada y corte finísimo que es imposible manejarles mucho sin que punquen ó corten alguna vez. Llegó ese dia funesto, y Juana en el febril delirio de una pasion arrebatada, libó el cáliz de los deleites.

Si la naturaleza hubiese permitido una escepcion de las leyes reproductivas que subsiguen á los goces sensuales en favor de la trovadora, ella habria sido feliz en el envilecimiento; realzada en su conciencia por su amor, tanto como hubiera parecido rebajada ante el mundo por su falta. Pero si al sufrir los anatemas no se creia digna de lástima, porque el sacrificio de los intereses mas caros á todo ser en la congregacion social, era la forma mas enérgica de su férvido culto al amado de su corazon; no así cuando el peso de esta falta recayó en el fruto de un trato ilícito, y justamente reprobado; porque no ofrece las garantías necesarias que consolidan los vínculos de familia; garantías que solo prestan esas solemnidades que dan el carácter de legitimidad y sancionan los votos del amor con el compromiso indisoluble que sirve de gaje al órden de las familias, que es el órden de los Estados.

Juana sintió el primer remordimiento cuando sintió la agitación primera de su hijo, y el peso de un ser en sus entrañas descargó otro peso insoportable en su conciencia.

Durante el embarazo pensó en cuanto despues debia pasar; porque para mayor martirio de aquella desgraciada jóven, su imaginacion de privilegio, inerte para la concepcion de las consecuencias de una falta (que no tenia motivos de comprender por la ignorancia en que se la mantuvo del mal y los medios de evitarlo), la reveló súbitamente cuánto bastaba para el aprecio en toda su horrible verdad de su situacion deplorable. Juana concibió la idea de un legado de vergüenza para el hijo sin los precedentes que la sociedad y su código supremo, la religion, demarcan con objeto de fijar el indudable y reconocido origen. Juana se convenció de la precaria suerte de una criatura que no puede gloriarse de su nacimiento, porque el nombre de su padre es la historia de oprobio de su madre. Juana se estremeció al meditar que los errores de la especie del suyo tienen un castigo tanto mas cruel, cuanto que dan como pena el premio de las uniones santificadas, la prole. Tembló pensando que sus caricias maternales tendrian lágrimas de amargura en lugar de lágrimas de placer. Se horrorizó al imaginar las ansiedades angustiosas que debian turbar las alegrías de la maternidad. Los cálculos del porvenir con que las madres entretienen la guardia del inocente sueño de sus hijos, para ella habrian de ser manantial inagotable de conjeturas siniestras. Juana reflexionó que el nombre de *bastardo* es un baldon que hace rugir de cólera al que le escucha, y que envuelve el desprecio de la sociedad, sangrienta venganza del desprecio de sus leyes. Juana sintió helada la sangre en sus venas al figurarse las preguntas de un niño que se vé escepcional frente á las reglas normales de las familias que observa y que interroga curioso, siendo preciso disfrazarle su situacion, mientras sea posible tan triste recurso. Juana experimentó los dolores mas acerbos al alcanzar su inteligencia la reconvencion de un hijo que protesta del ser que recibió envuelto en la des-

honra; reconvencion si no pública, traducida por la vista perspicaz de una madre, en cada contraccion sombría del rostro filial.

Hé aqui esplicada la revolucion de aquella naturaleza tan bien constituida. En vano Federico redobló sus solicitudes; inútilmente la rodeara de afectuosas prevenciones. Juana esforzándose en aparecer contenta, era una contradiccion tan palpable, que causaba pena cuando mas queria manifestar buen humor; porque entre el rayo de alegria que alguna vez iluminaba su mirada, entre la sonrisa que en alguna ocasion animaba su semblante y la desmejora cada vez mas sensible de su organizacion, y el aniquilamiento que iba denunciándose en todo su ser, mediaba una sima que nada podia cubrir.

Juana fué madre y contó los placeres de la maternidad por los sinsabores que halló al fin de cada raptó de ternura. Su hijo era hermoso como esos niños Dios de la escuela flamenca, dormidos sobre la cruz: simbolos del presente des-cuidado de la infancia al borde de la sirté abierta para el porvenir.

Juana al besar el rostro de aquella linda criatura sintió casi simultáneamente un placer inefable y un desconuelo infinito.—«*¡Qué bello es, pero qué desgraciado!*»—esclamó sonriendo y llorando al par.

Nunca se ocurrió á la Cantadora en nombre de aquel hijo exigir una reparacion al que la arrastrara á la ignominia. Sabia muy bien que su amante era noble y opulento y que por tanto conduciéndole á reconocer aquella prenda de su amor aseguraba para lo futuro su destino; mas la hija de Nenni tenia el alma demasiado altiva para reclamar derechos á quien se desentendia de obligaciones. Por otra parte Federico Lammergier era un mancebo de alcurnia escelsa; tenia su madre en España y la Cantadora le habia oido hablar de deudos altamente colocados en la corte imperial; todos aquellos miembros de una estirpe augusta podian muy bien tenerle desposado por palabra de futuro con alguna here-

dera de las genealogias feudales mas preeminentes; el archiduque no teniendo mas que cuatro años habia sido objeto de un pacto de alianza entre Felipe el Hermoso y Luis Doce, quedando ajustada su boda con Claudia, princesa que apenas contaba un lustro, y los grandes dignatarios de Europa, rivales de los soberanos en poder, tambien seguian la costumbre de afirmar por medio de estas ramificaciones familiares el crédito de sus casas.....La pensionista del patrimonio archiducal ponía su suerte y la de Cárlos al arbitrio de la Providencia sin tocar resorte alguno; dejando obrar las causas, esperando, en la apatía del dolor que ni busca consuelo, las resultas.

Un mal nunca viene solo dice el adajo. Para mayor desventura el archiduque impacientemente llamado á España, señaló el dia de partida, y la trovadora supo el 15 de agosto que el 6 de setiembre su amante se embarcaba para la Peínsula. Este golpe adelantó los progresos del mal que atacaba sordamente los gérmenes vitales de la misera Juana, y cuantas protestas, juramentos, y sagrados compromisos pueden testificar la fé de un hombre, fueron en vano prodigados por Federico.

—A nada te obligues, mi amor, (contestaba ella con el decaimiento moral mas temible) á nada te obligues por mí; sino por nuestro hijo. Solo á él encontrarás á tu regreso... Yo no puedo mas. La muerte es un bien que deberé muy pronto á la piedad divina.

Y en efecto; la pobre madre es hoy la antítesis de la hija de Nenni: la desolada amante de Federico es la contraposición de la fresca hermosura, gala de los grandes saraos. Juana por lo que fué y lo que es puede cotejarse con esas banderas fúnebres que flotaban en las iglesias de los siglos catorce y quince, y en cuyo haz estaba pintada la cara de una hermosísima jóven, y en el reverso la figura simbólica de la muerte, *memento mori* que presentaba á la vista de los fieles los polos de una existencia fugaz, poema filosófico de la vida, compendiado en dos geroglíficos.

Tétricas son las reflexiones del paje favorito de su alteza, que entrando con precaucion suma y deteniéndose en la puerta del aposento, ha conseguido no llamar la atencion de Juanita, y observarla á su placer. Vestida de blanco, pálida, hundida en una poltrona, cerrados los ojos, una mano en la cuna donde reposa tranquilo su hijo, la otra apoyada en el brazo de la silla, sumida en una especie de modorra que equivale al mayor grado de insensibilidad, compatible con la existencia, la huérfana interesa á su amante; despe-
dazando su seno el contemplarla tan próxima á un prematuro fin.

Un movimiento involuntario de Federico hizo abrir los ojos á la trovadora.

—Tesoro mio, mi único bien, exclamó el paje acercándose á ella, doblando la rodilla, y tomando una de sus manos de marfil, que llevó á sus labios con apasionada expresion.

Juana retiró su mano de entre las del mancebo, y sacando un papel doblado en forma de billete, que guardaba en el bolsillo de su ancha túnica de linó, entrególe al paje, diciéndole con voz apagada—«leed»

—¿Qué significa esto? preguntó asombrado Federico.

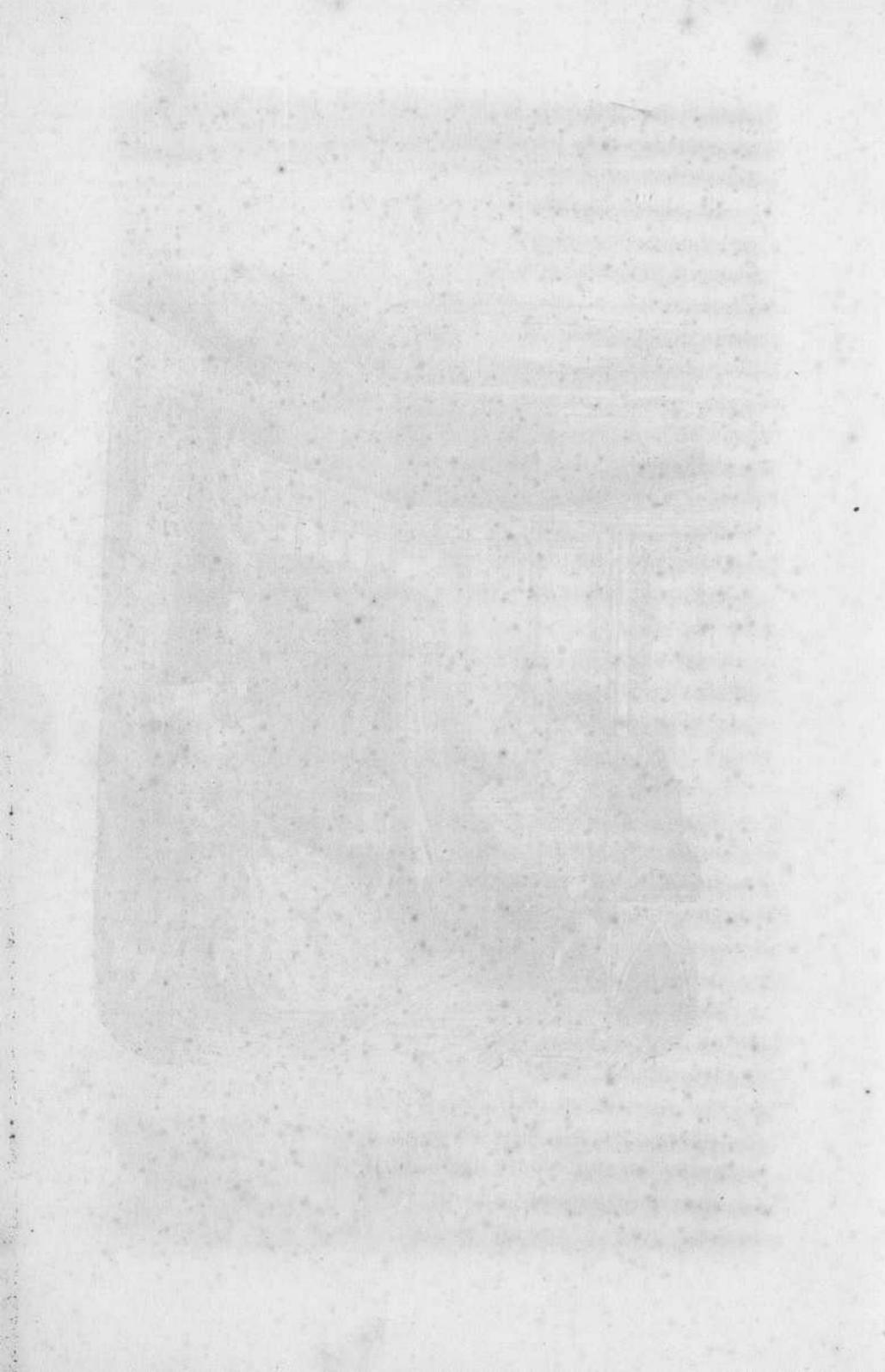
—Leed, replicó la jóven dando un fatigoso suspiro.

El paje de su alteza archiducal se incorporó con prontitud. Acercóse á una mesa inmediata donde ardía una lámpara de alabastro, y abriendo la misiva leyó en alta voz:

«Un dia llegué á ofrecerte con mi mano mi fortuna, y me desdeñaste. Insistí prometiendo la reforma de mis costumbres, y tuviste, mujer sin piedad, la cruel satisfaccion de humillarme, negando oidos á mis ruegos.—Yo era un demonio; una esperanza que de ti proviniese habria podido convertirme al bien; pero nada: Un hombre se interpuso en nuestro camino cuando nos iba á unir el delito... Ese hombre te aisló; se ha hecho amar y ha obtenido la posesion de tu alma como Lucifer la de sus víctimas.



Cárlos V.
lám. 4.^a



—¡Infame! exclamó Federico interrumpiendo su lectura.

—Seguid, repitió Juana con desaliento.

Federico obedeció.

«Yo no he perdido de vista á ese hombre, no para matarle rabioso de celos, no: sino por que él es el instrumento de la venganza debida á las torturas de mi feroz desesperacion... Cuanto concebí se ha verificado. Eres madre y tu hijo no tiene nombre; eres amante y tu galán debe partir sin dilacion... Te he visto el domingo pasado en el templo... Juana, orgullosa Juana, la vergüenza te abrumba; la humillacion te devora; la hiel que has bebido en el fondo de la sabrosa copa del amor te mata. Estoy vengado de tu dureza, pero necesito que sepas que no abandono el derecho de devolvete en una carcajada de escarnio cada maldicion que tu memoria me ha hecho proferir en esas largas noches sin sueño de los amantes despreciados.

«Juana, tu mancebo Federico Lammergier, paje favorito de su alteza serenísima el archiduque de Austria, rey de los países Bajos, y de Castilla y Aragon, es un fantasma. Eres la querida de...

Federico lanzó un grito.

—Eres la querida de don Carlos primero de España, nieto del emperador Maximiliano, concluyó Juana con un supremo esfuerzo, y cayendo postrada á tan violenta emocion con la barba sobre el pecho, las manos juntas y los ojos arrasados en lágrimas.

Federico devoró las líneas que faltaban para concluir el infame escrito.

«Eres la querida de don Carlos primero de España, nieto del emperador Maximiliano; la querida del archiduque, que te ha mentido su nombre para engañarte á mansalva, y que luego no reconocieras al seductor en el glorioso príncipe de mayores esperanzas en la cristiandad... Ni él tendrá ese logro, ni tú ignorarás la indigna conducta de tu amante...estoy yo aquí para desenmas-

«carar al pérfido y hacer la dolorosa revelacion á la altiva hembra que ha labrado mi infortunio.

El paje de su alteza se acercó á Juana.

—¿Quién es este hombre? la preguntó.

La Cantadora guardó silencio.

—¿Quién es este hombre? repitió con imperioso to

—¿Para qué lo quereis saber?

—Para concederle las albricias de la nueva que os da.

—¡Y qué nueva! ¡Dios mio! exclamó la huérfana con una esplosion de dolor profundo.

—Vamos, añadió el adolescente con risa sardónica; ya adivino. El miserable que en la noche de nuestro conocimiento te llevaba asida fuertemente es el autor de esa carta... Todo me lo revela... Su odio por tus desprecios; su anhelo de venganza; su misma frase *cuando nos iba á unir el delito*... ¡El nombre, el nombre de ese villano!

—¿Y para qué? repitió Juana con fatiga.

—Para hacerle ahorcar ¡Ira de Dios!

—Señor, (dijo la Cantadora con toda la resolucion de que podia disponer su debiltado espíritu) ¿Ese hombre dice la verdad en cuanto á vuestro rango?

—Dice la verdad; replicó el régio mancebo con mages- tuosa calma.

—¡Con que sois!...

—Cárlos de Gante, nieto del emperador austriaco, de los reyes Católicos don Fernando y doña Isabel; hijo de Felipe el Hermoso, y Juana de Castilla, por la gracia de Dios, archiduque de Austria, rey de los Paisés-Bajos y de España...

—Señor, balbuceó Juana pugnando por incorporarse.

—Quieta, duquesa de Belle-Chasse (repuso don Cárlos reteniendo á la asombrada jóven en su silla). Quieta la señora de mi corazon, ante el rey, que aqui no es mas que su esclavo. Me alegro de esta circunstancia que me ha dado á conocer hoy, adelantando un dia la noticia que debiais recibir por conducto del montero Herman Stolk, encargado de entregaros la cédula real que os ennoblece y conduciros á

el retiro que os destino, para que en él, en la soledad de las campiñas, consagreis vuestras atenciones á la crianza del futuro infante de España, Carlos de *Gand*.

—Señor, señor....

—Duquesa, alzad la frente con orgullo. Habeis amado al rey por su persona y no por su gerarquía. El titulo de grandeza con que os distingue no es el pago de esas complacencias de dama ambiciosa; sino el premio de un noble y desinteresado amor de que el rey se enorgullece; porque ha merecido por hombre lo que jamás hubiese logrado por monarca; porque sois el episodio de su vida, puesto que solo sus prendas le han valido vuestro afecto, bien que supera á cuantos da derecho una corona.

—Don Carlos, recordad lo que un dia os dije acerca de las reales mancebas.

—Duquesa, vuestras reflexiones no tienen oportunidad en su mayor parte. Los inteseses del Estado podrán hacer que me enlace á una hija de sangre real, pero no por eso perderéis el sagrado derecho á mi cariño....

—Amores adúlteros ¡jamás!

—No amores adúlteros ¡pardiez! sino la parte inmaterial y pura del amor.... todo lo que pertenece á las fruiciones del espíritu, sin nada de lo que toca á la materialidad de los goces.... ¿Quién osaría mancillar este amor casto y digno, que se eleva á la estimacion de una amistad ardiente, sin un solo acto que desvirtúe la santidad de sus relaciones?

—¡Ah! Federico, Federico, exclamó la jóven con transporte.

—¡Vos no me amais por mí solo! Pues bien, Juana; ¿qué os importa el rey de España y Flandes? En horabuena su alteza tenga necesidad de pasar el dia entre los afanes del gobierno y las atenciones de palacio. La parte de noche que Federico Lammergier viene á pasar en vuestra compañía os será dedicada, á vos y á vuestro hijo.... Sí; tan pronto como se fijen los inciertos destinos que voy á preparar; tan pronto como los trabajos para lo futuro, ayudados por cir-

cunstancias inmediatas, den ó no su fruto, vivireis con nuestro Carlos, en Madrid, en Bruselas; en Belsis; en Aislachapelle, segun mis obligaciones me trasladen á Castilla, Flandes, Alemania ó la ciudad señalada por la bula de oro para la coronacion de los emperadores; si es que dán resultado los esfuerzos de Maximiliano de Austria para asegurarme el imperio despues de su muerte, ó le obtengo contra los que se preparan á ser mis competidores en tal pretension.

— Juana pasó la mano por su frente ardorosa.

— Don Carlos tomó asiento á su lado, y estrechándola contra su seno siguió diciéndola, lleno de animacion.

— Escúchame, prenda mia; sin duda preguntarás por qué he mentido mi nombre; por qué no he tenido la nobleza de revelarle, seguro de que era amado por mí, solo por mí.... Alza los ojos, Juana.... No mantengas inclinada la frente... Mirame: así, bendicion de Dios, tesoro de mi alma.

— La Cantadora sonrió con tristeza.

— He tenido una razon para obrar de ese modo (continúo el rey) Federico Lammergier es mi paje predilecto, y su nombre ha sido mi nombre de aventuras. Unas veces Federico, otras Edgardo Andersong me acompañaban á nocturnas escursiones. Cuando era Federico mi compañero le tenia prohibido darme el título de alteza, y le previne me considerara en todo como á Edgardo, llamándome así. Cuando Edgardo era mi camarada debia guardarse de recordarme las preeminencias de mi rango, limitándose á tratarme con cierto respeto como á Federico. Edgardo es de los hombres á quienes deben ponerse justos limites cuando se les exime del yugo pesado de la etiqueta, porque sin trabas fácilmente abusarian de la concesión... ¡Oh! cómo conozco lo que pasa en tu alma, mi dulce encanto! ¡Cómo leo tu pensamiento en las líneas de tu celestial fisonomía!

— Juana tornó á sonreír.

— Piensas que un rey de diez y seis años corriendo lances á favor de las sombras en compañía de sus pages, es una singularidad... ¿No es cierto? Pues bien, yo habia lei-

do la historia de Pedro Primero de Castilla, de ese real mancebo que salía del alcázar de su muy noble corte por una puerta escusada, y abdicaba sus fueros augustos para convertirse en galán caballero, en bravo rondador; que se trabó en disputa en la calle del Candilejo en Sevilla con un jayán, y peleó bizarramente hasta matar á su adversario; que vigilaba las rondas de sus justicias, y descubría como simple particular esos crímenes que encubre la noche en sus espesas nieblas...

Aquella estravagancia chocó infinitamente á mi fantasía, y determiné cerciorarme de si las escursiones aventureras podían incluir tantas emociones como en la crónica resaltan...

—Y bien, Cárlos...

—Y bien, Juana, juzga tú misma. En la noche del primero de año de 1516, siguiéndote á respetuosa distancia, con el fin de averiguar tu mansion, te pierdo de vista en el laberinto de aquellas oscuras calles... De repente tus gritos me advierten la direccion de tus pasos, y que un riesgo te amenaza... Corro allá, y mientras Edgardo se dirige á tu infame raptor, cejo con el feroz Perdonavidas, que le defiende.

La Cantadora dejó caer la cabeza sobre el hombro del archiduque estasiada en contemplarle.

—¿No te parece interesante la situacion mia, mi bien? La punta de la espada de aquel forzudo mata-siete tocó en dos ó tres ocasiones mi ropilla, y si tardo en rechazarla, el señor Mal-alma, deja á España sin el primogénito de su estirpe real; á Flandes sin rey, y al Austria sin archiduque... y sin embargo, aquel rufian me creía un osado mancebillo, engreido por algunos triunfos de asalto en la sala de armas, y rujía de mi resistencia, hasta que cayó... cayó herido de muerte por su señor natural; cayó en igual pelea con un adolescente, que hubiera perecido á sus manos sin pronunciar su nombre en resguardo de su vida; que aprendía á combatir de hombre á hombre, acostumbándose á fiar su defensa en Dios y en su brazo, sin salvaguar-

días que le infundieran aliento; que habia con brio la experiencia de sus ánimos, tocando hasta qué punto podia contar el rey con la bravura del caballero y las fuerzas del hombre.

—Sigue, sigue, mi amor, repuso Juana con languidez dulcísima.

—Con el nombre de Federico probé mi esfuerzo, y merecí tu cariño; ya ves que este nombre debía serme caro sobre todas las cosas; porque como Carlos de Austria, se me respeta y acata por lo que represento; como Federico merecí por lo que era. Un dia traté de confiarte un secreto que pesaba como un remordimiento sobre mi conciencia; aproveché una palabra para suscitar cierta conversacion que abriese camino á mis revelaciones; pero una frase tuya contruvo el arcano dentro de mi pecho—Si yo fuese el archiduque ¿me amarias aun mas? te pregunté —No (me respondiste.) Entonces no te amaria.

—Y sin embargo te amo (respondió la trovadora exaltada.) Te amo mas que á mí misma, pero cuando ese misero niño cumpla un lustro, si aun vivo, iré á sepultarme en un cláustro...

—¿En un cláustro!

—Sí, para entonces serás el esposo de una digna princesa, flor de las damas de Europa. Yo no debo servir de obstáculo á su felicidad, ni robarla el menor de tus pensamientos. Ya nuestro hijo estará en aptitud de entrar en los institutos donde se atiende á la educacion de los jóvenes de su clase, y su madre resignará los derechos que la corresponden en tí, que le prodigarás cuantos cuidados amantes requiera el estímulo de sus labores y el adelanto en el destino que le reserves...

—Hé ahí una de las causas que me hacian rehusar el darme á conocer, Juana; ahorrarme el martirio de los insensatos proyectos con que habias de acibarar nuestras relaciones...

—¿Insensatos!

—Si, Juana, insensatos. Por eso determiné que recibieses por mano del montero Stolk el título de nobleza que servia de testimonio de mi fé; y la órden de pasar á Belle-Chasse donde quiero que te establezcas para recobrar la salud en la vida agreste, y vigilar la nutricion de tu hijo por una buena nodriza; y por último, una comunicacion mia en que todo te lo esplicaba, concluyendo por ordenarte seguir las voluntades del anciano Herman, que al efecto dejo comisionado: voluntades que son las mías, Juana; voluntades que se reducen á que esperes la decision de un asunto de la mayor importancia en la tranquilidad de la existencia campesina, y sin inquietud por el porvenir, porque ¡por Santiago! como juran mis vasallos de Castilla, que cuantos sinsabores temes son visiones de una imaginacion hábil en mortificarse; son fantasmas de un cálculo que se exagera los inconvenientes, y toma las dificultades por barreras que no admiten franqueo.

—Señor, oidme....

—Ya os escucho, duquesa.

—¡Duquesa! repitió con cierta repugnancia la trovadora.

—Duquesa en la vida pública, como yo serenísimo señor: pero aqui Juana: mi Juana: el hechizo de mis sentidos, como yo Cárlos tu amante, el que siempre te rendirá culto; el que te tratará á la faz del universo como á la prenda de su corazon, como á la madre de su hijo.

—¡Cárlos! (esclamó la huérfana delirante de amor y de orgullo) ¡Qué bien me hacen tus promesas! ¡Qué feliz me truecas con tus palabras!

—Así, así quiero verte. Risueña, confiada, abierta el alma al bálsamo del consuelo.

—Pero tus promesas van mas allá de lo que puedes cumplir. Tus palabras son mas bellas que podrán ser positivas.

—¿Por qué?

—Reflexionas bien, Cárlos. Pon de un lado tus atenciones supremas, tus deberes, las necesidades de tu escelsa posicion. Pon del otro una pobre muger, su fama, las disensiones do-

místicas que su trato pueden acarrear....

—Te equivocas, tesoro de mis amores. Hay afectos que se pueden ostentar ante el mundo poniéndolos al abrigo de la maledicencia con la publicidad de las obras que no temen aparecer á la vista de todos....

—¿Y cómo?

—Establecida la duquesa de Belle-Chasse en la córte, recibirá todas las noches al rey que irá á visitar á su hijo el infante don Carlos, que irá acompañado de alguno ó algunos de los palaciegos, cuidando de mudar frecuentemente de acompañantes para que por todos ellos sepa la plebe murmuradora, que Juana de Belle-Chasse; no es la manceba de Carlos I, sino su amada, su amiga; el recuerdo más preciado de su amor de adolescente, de su amor único....

La hija de Nenni estrechó entre las suyas las manos del monarca.

—Tal vez las combinaciones políticas hagan necesario el matrimonio del soberano de España y Flandes, aunque rehusará tal extremo cuanto le sea posible; pero entonces tambien os seguirá amando ante Dios y los hombres, sin dejar de veros un solo dia....

—La reina....

—La reina obtendrá mi mano; la mitad de mi sòlio, y las atenciones debidas. Nada tendrá que ver con la madre de mi hijo, á quien me corresponde visitar, cuando mi visita por ningun concepto es sospechosa, y tiene lugar ante testigos.... ¿En qué puede perjudicarme ni perjudicarte este santo amor?

—En nada; respondió con alegría la huérfana.

—Pues en nombre de ese amor júrame secundar mis intenciones y aguardar tranquila á que se decida el lance, á cuyo final nos reuniremos para siempre en el mismo punto de residencia.

—Por nuestro hijo dormido en la cuna y velado por los ángeles, yo te lo juro.

CAPITULO V.

La enferma.

Una ojeada sobre Europa.

Un paralelo rápido entre la pasada y la era á que nos referimos. El siglo XVI inaugura la revolucion en que hasta hoy batallamos. ¡Ni una tradicion ha de aceptar sin exámen! ¡Ni un instituto ha de recibir para mantenerle íntegro! ¡Ni una forma de existencia, ni una condicion social han de librarse de su análisis atrevido, de sus pretensiones innovadoras, de su ataque resuelto!

Seamos nuevos observadores del asombroso panorama. Limitémonos á ver ola tras ola de ese mar desencadenado que bate todo lo existente, y amenaza resolver en formidable cataclismo los cimientos de la obra de quince generaciones.

Renunciemos á juzgar, bastándonos seguir con mirada ansiosa el cuadro aterrador que la historia presenta á nuestra vista, y lejos del vanidoso pensamiento de presidir á esta imponente subversion de los destinos de la humanidad con esas apreciaciones filosóficas que desvirtuan la grandeza del espectáculo con la autopsia de sus fenómenos; contentémonos con revistar los pasmosos episodios de aquella tremenda lucha, y asistamos á los trances de la descomunal pelea entre lo *antiguo* y lo *nuevo*, sin entretenernos en la discusion de los elementos que chocan con ímpetu entre sí.

Colocados ante el siglo XVI como los afectos á escenas sublimes ante la fragosa tempestad, entreguemos los sentidos á la percepcion de tantas maravillas, y séanos grato sumir el alma en ese arredramiento que anuncia la presencia de lo grandioso, de lo terriblemente bello.

¡Quién es el hombre de ánimo apasionado á la observacion de la naturaleza en sus majestuosas convulsiones, que testigo de la borrasca, recuerde las esplicaciones imperfectas

de la física, en vez de concentrar su atención en los portentos que se desarrollan á sus ojos?

¿No vale más que las esplanaciones teóricas sobre el fluido eléctrico, las capas atmosféricas, la densidad del aire y la disolución acuosa de las absorciones etéreas, deslumbrarse al fulgor del relámpago que serpea en las cenicientas nubes: estremecerse pavorido al zumbir del horrisono trueno, y ver desgajarse á torrentes la lluvia entre el pedrisco asolador que parece menudos fragmentos de una bóveda de cristal quebrado?

Pase ante nosotros el siglo XVI como esas brillantes comitivas cortesanas que atraviesan las pacíficas aldeas en sus giras bulliciosas, y dejan atónitos á sus sencillos vecinos, que con asombro se congregan al paso de aquella caravana de caballeros suntuosamente vestidos, y damas equipadas con soberbia magnificencia; nube de oro y vivos colores que pasa como la tromba arrebatada al escape de los trotones, y al raudito giro de las ruedas de sus carrozas.

Pase ante nosotros el siglo XVI como una fantasmagoría sorprendente, y en la que vayamos reconociendo á los soberanos guerreros: á los profundos políticos: á los generales famosos: á los audaces aventureros: á los novadores atrevidos: á los siniestros representantes de la barbárie desoladora: á los génius que continúan la obra del progreso encargada á sus luces por la Providencia: á los fatales génius que inspiran la ambición, la soberbia ó la avaricia, contrapeso de Satanás á las voluntades de Dios.

No restan vestigios de las razas primitivas de Europa. Roma desnaturalizó cuantos países entraron bajo su dominio, y la Germania y despues el Africa y luego el Oriente, mezclaron sus mil progénies con aquellas castas ya latinas. Quedan tres familias distintas en el territorio europeo: la meridional, de idioma y civilización romanas: los franceses, españoles é italianos; la septentrional, de lengua y costumbres germánicas: alemanes, ingleses y escandinavos; la oriental, en gran mayoría de procedencia eslavona: polacos, húngaros y

rusos. La raza eslavona es la centinela avanzada de las barreras del continente. Los turcos y los mogoles asaltan con ímpetu el baluarte que resguarda la libertad de la primera parte del mundo. Mientras al otro cabo de Europa, la España interna la gente mora en el Africa y conquista en aquellos arenales tierras en que levantar una valla que cierre el paso á las tribus feroces, los de raza oriental prodigan su sangre á la defensa del resto de las razas europeas.

A la espalda de estos infatigables campeones de la emancipacion continental, las familias meridionales y septentrionales adelantan incalculablemente, y cuando ya no haya riesgo de invasion por parte de Turquía: cuando Soliman haya huido ante Carlos V, junto á los muros de Guntz: cuando en las aguas de Lepanto háyase hundido la pujanza naval de los señores del Asia, al volverse hácia sus hermanos los esclavones, se admirarán de su civilizacion.

El feudalismo resplandece un punto antes de estinguirse, con la viva llamarada de la luz que muere, con el esfuerzo supremo del ser que va á espirar. Ha llegado la hora de las supremacías poderosas. La cadena de mil anillos que mantenía en equilibrio la preponderancia europea, caerá deshecha, como el nudo gordiano al corte de la espada del hijo de Filipo de Macedonia. La centralizacion de facultades dará por consecuencia la estincion de jurisdicciones forales altas y bajas. Los reyes empiezan á unirse con vínculos estrechos, y parte por conquista, parte por adquisiciones de familia, los fragmentos del territorio europeo constituido en feudo real, van formando provincias de reinos dilatados y pujantes. Bien pronto los monarcas chocarán con esos duques, landgraves, electores, barones, señores de horca y cuchillo, pendon y caldera, estados y justicia; y entonces se empezará la lucha, pero sin éxito para los dignatarios; una seccion rebelde perecerá en los cadalsos: otra será sojuzgada y aceptará el destino que plegue á la monarquía imponerla. Esa plebe sin derechos que entra en patrimonio de los señores feudales como un rebaño y en el acedamiento de humores

de un tiranuelo, se *enforca* sin mas formas de juicio que las empleadas por un carnicero para degollar la res que elije, comenzará muy pronto á ser una clase social. Desde que la servidumbre alfoje sus hierros, la plebe dará soldados á los tercios reales que ciñan un dia la faja purpúrea; marinos que causen envidia á las demas potencias, ascendidos desde la mas humilde condieion de la armada; nombres ilústres á la galeria de notabilidades de todos géneros; porque faltando los motivos que hacian omnipotentes á los poderes opresores, la opresion se hará imposible, y al influjo del sol de la libertad política y religiosa habrá pueblo que juzgue, que obre y que pueda; y ni las voluntades despóticas formarán perpetua ley, ni se contará con la necesaria inercia de las grandes masas en los proyectos de la ambicion.

Lorenzo Córtes, natural de Harlem en Holanda, inventa en 1432 caracteres de madera, que graven en el *papirus* egipciano los escritos. Guttemberg de Maguncia perfecciona el invento de Córtes en 1449 y la imprenta nace, recibiendo de los sabios contemporáneos la definicion de *mors oblivionis, arsque memoriae* (muerte del olvido y arte de la memoria.)

La fútil ciencia de Pico de la Mirandola, ese fenómeno de la edad media cuyas tésis dan risa y lástima al par: risa por la insulsez de sus proposiciones: lástima por el tiempo perdido en combinarlas y sostenerlas; la metafisica de Aristóteles revuelta en cuestiones sútiles é insolubles: la vanidad escolástica alardeando sus distinciones innúmeras, su lenguaje bárbaro y sus luchas de vana palabreria; la soberbia del gremio científico dueño de los secretos del saber escondidos en manuscritos voluminosos y polvorientos; dragones del templo de las ciencias que vedaban el ingreso á las clases profanas.... la imprenta concluyó con todo esto.

La imprenta devolverá al mundo el saber que monopolizan unos cuantos: el talento tendrá un medio de emision: bajarán los rayos del sol de la inteligencia hasta las condi-

ciones mas humildes, y se arbitrará un recurso para protestar de las vejaciones sociales, de las explotaciones odiosas, del despótico arbitramento que pesa sobre las creencias de toda especie, porque creando la publicidad, se creará ese juicio supremo de la opinion pública: los emplazamientos no se harán ante el tribunal divino como el de los templarios á Felipe de Francia y Clemente V, como el de los Carbajales á Fernando IV: porque antes de tan extrema apelacion, quedará en la tierra el eco de una voz insofocable que trasmite el crimen y le haga objeto de eternas execraciones.

La perfeccion del invento de la pólvora, universalmente atribuida á un monge aleman, viene á trastornar las bases de una situacion caduca. Ese *fuego de Grecia* cuyo autor suponen á Calinico, arquitecto de Heliópolis, y que los sarracenos empleaban contra los cruzados, es el origen de la invencion; pero el fraile germánico le aplica á la estrategia militar, y los ejércitos de Europa adoptan el socorro de la artilleria. El plomo mata al hierro, el bronce concluye con el acero.

En tanto que los combates eran cuerpo á cuerpo y brazo contra brazo, el valor personal fue un seguro medio de distincion. Dad á un hombre de grandes fuerzas y ejercitado en el manejo de las armas un vestido de hierro, un caballo resguardado con su armadura y cien soldados con el mismo equipo, y atravesará las filas de la infanteria que lancea á mansalva, y acuchillará quinientos paisanos armados, mientras el mas furioso golpe no hace mas que abollar su coraza, ó dejar una huella en su casco.

El señor feudal vé crecer á sus hijos entre las piezas de armadura: les coloca sobre el caballo apenas pueden guardar el equilibrio: les hace familiares las armas terribles de la caballeria, la formidable lanza, el pesado tajante, el hacha, la maza: sus juegos son los torneos: sus diversiones las correrias.... Valor, habilidad, fuerza y manejo, hé aqui los componentes de un héroe de aquella edad.

Asi se cuenta de Felipe Augusto, que derribado de su

caballo en la batalla de Bouvines, estuvo circuido por enemigos algun tiempo, sin que todos los golpes que se le asestaron bastaran á quebrantar la férrea cáscara que resguardaba su cuerpo, y en vano intentó un soldado aleman clavarle en la garganta un venablo de dos ganchos.

Cada noble caballero era un Aquiles invulnerable, y para mayor semejanza con el héroe de Grecia, asi como este podia ser muerto por herida en el talon, los guerreros de la alta clase no tenian mas riesgo en la pelea que descubrir el sobaco, indefenso por oponerse el libre juego de sus brazos á la cubierta de armadura.

La pólvora aplicada al lanzamiento de formidables proyectiles, y á vomitar el rayo en armas cada vez mas manuales y de adquisicion mas fácil, termina en esos semi-dioses de la espada, encerrados entre láminas de acero. Concluyendo con el prestigio de las reputaciones militares, establece la igualdad en el campo de batalla, y atravesando la coraza mas doble, nivela al hombre de armadura con el que dispara el arcabuz, al caballero con el villano; de suerte que un escuadron de nobles, vestidos de hierro, no arrollará impunemente á una infantería sin defensa contra adversarios tan bien defendidos; ni se contará en las crónicas que doscientos soldados persiguen y degüellan á cinco mil plebeyos de una banda revoltosa; porque popularizándose las armas de fuego, la mano de un niño dispone de la vida de un Cid, de un Martel, de un Ricardo Corazon de leon, de un Federico Barba-roja.

La forma militar que inaugura la invencion del fraile germano previene un mal de inmensa trascendencia. Estirpa esa barbarie belicosa, esas hordas aventureras que viven de la guerra; que alquilan sus auxilios, y son como los galos, hijos de un mundo salvaje, codiciosos de botin y curiosos de ver tierras, que á millaradas se desparraman por el orbe, imponiendo la ley marcial de aquellos tiempos: el tributo, el vasallaje ó el saqueo y el esterminio.

Castilla sufre el azote de las hermandades de armas. Bel-

tran de Guesclin y Oliveros de Clisson vienen en ayuda del bastardo real, Trastamara, y sojuzgado el reino, Enrique agota sus arcas y el numerario de su pueblo para satisfacer sus empeños con la cohorte auxiliar, ennobleciendo á los caudillos y capitanes.

La Italia se llena de *condottieri*, ó aventureros de todos los paises, que se organizan en huestes y viven del precio de su valor. No haya miedo que una paz de algunos años mantengan tranquilos los paises; los *condottieri* pedirán dinero á los ciudadanos, y estos pagarán el estipendio de su seguridad y la de sus intereses, por evitar contiendas con los bandidos belicosos. Pronto no bastó el oro á los jefes de aquellas falanges devastadoras: ambicionaron feudos; después señoríos, luego soberanías. Los *Piccinino* y los *Sforzia*, obtienen una encumbrada posicion noviliaria en Nápoles, y el *condottiero* Francisco se sienta en el trono de Milan.

Si no se vulgariza el ejercicio de las armas, si no se coloca entre las manos del débil un poder nivelador de su escasa fuerza con la fuerza de los guerreros, la Europa está perdida. Las familias militares devoran al resto de poblacion; una irrupcion bárbara pugna contra el valladar que se la opone; una asolacion no menos bárbara veja el continente.

Los espíritus angustiados preveen una década de crueles infortunios, y eco de aquellos terrores el dominico Savonarola esclama en imitacion de los profetas judios ante Ninive y Babilonia: «¡Oh Roma! ¡Oh Venecia! Milan! Italia, los bárbaros vienen como famélicos leones; os borrarán del catálogo de los demas pueblos... los enterradores gritarán por las vías públicas: ¡QUIEN TIENE GADAVERES!.....»

Pero la artillería se abre paso, y los aventureros pierden con su seguridad su bárbara audacia: los proyectiles diezman sus filas; un globo plomífero derriba sus mas intrépidos soldados; la metralla barre sus pelotones, como la escoba un monton de inmundicias. Al trueno del cañon se estremecen los hombres de hierro, y la preponderancia de los fuertes sucumbe al imperio del invento germano.

Cárlos Quinto.

Los navegantes conocen la brújula y la dirección del imán permiten emprender largos viajes, que dan una nueva parte al mundo, y abren paso á las Indias por el Cabo de Buena-Esperanza. La población aventurera tiene una salida que simultáneamente libra á la sociedad de las escrescencias peligrosas de su generacion, y utiliza la osadía y la bravura de aquellos hombres, entregados al azar, en conquistas pingües, que enriquecen los erarios, y facilitan las empresas monárquicas. El comercio marítimo vá á recibir un ensanche prodigioso, y el amor á la independencia y los medios de acción que suministra el crédito mercantil, destruirán la importancia de la orgullosa reina del Adriático, crearán la república de Holanda, y darán el tridente de Neptuno y cetro del mar, á la culta Inglaterra.

La aristocracia de la fortuna vá colocándose al nivel de la nobleza de espada. Los Médicis, opulentos mercaderes de Florencia, empiezan á ejercer una potestad sin título; impulsan el movimiento científico, artístico, industrial y literario, y desde Cosme, *padre de la patria*, los Médicis ciñen corona, y habitan en suntuoso palacio. Venecia, heredera del poder marítimo de las repúblicas meridionales, reconoce al comercio por sustentador de su pujanza y escoge sus pro-hombres entre las nombradías ilustres por esperiencia en vastos tráfico y sus dotes comerciales.

Guerras sangrientas preceden á la reconstrucción de poderes públicos, que se hace cada vez mas apremiante. Los príncipes luchan contra el hecho y el derecho, y así se titula rey de Francia el monarca inglés; Fernando V, y Luis XII se disputan las coronas y dictados de reyes de Nápoles, condes del Rosellon y Cerdeña. Carlos VIII piensa en la conquista de Constantinopla y Jerusalem; Maximiliano de Austria combate sin tregua por la herencia de Carlos el Temerario, la mano de Ana de Bretaña, y la prepotencia en el territorio itálico.

La religion cristiana vé levantarse á la reforma, rujiente como un mar embravecido; pero cuyas olas deben estrellar-

se contra la peña inaccesible á sus furoros. Pelagio y San Agustín, el libre albedrío, y la divina gracia, libran la primera batalla, y el pelagianismo desaparece ante el asordador clamoreo de la invasión bárbara, que llena de tinieblas al mundo. Berengüer de Tours y Abelardo se encargan de la insensata apoteosis de la razón, entregada á sí misma, y San Bernardo les confunde fulminando la verdadera doctrina de la iglesia, y estirpando aquellas reminiscencias de Pelagio y Celestio. Llega Santo Tomás y ecléctico entre las escuelas de la gracia y el arbitrio humano, fija la regla, llamada *perenne* por Alberto el Grande. La razón humana y la gracia divina cuentan dos escuelas, tenaces en sus pretensiones absolutas, y razonadores y místicos, prosiguen su contienda, refugiados en la universidad de París, rival de Aviñón y Roma; en la escuela legista que lleva su discusión material y analítica á los insondables misterios de la fé, hasta Dubourg y Calvino, discípulo de los jurisconsultos de Orleans y Bourges; sostenidos en Alemania por los franciscanos, por Ruysbrok, y Tauler hasta Martín Lutero.

Así es que la reforma no cojerá los frutos de predominio y magestuoso desarrollo que la unidad produce. Aun no ha levantado su bandera y ya discrepa en las dos profesiones de fé; la jinebrina será democrática; la de Witemberg aristocrática. La una llenará la Suiza de academias, escuelas y sectas en pugna; la otra se encerrará en abstracciones teológicas, que encadenen el vuelo del pensamiento. Zwingli secunda las ideas de Wiclef, y Juan Huss, y rebaja el dogma y el culto á la simplicidad de las costumbres rústicas; esto es, entrega al vulgo la religión desnuda de sus grandiosos símbolos, de sus arcanos y sublimidad, para lisonjear su amor propio vanidoso, que repugna lo que no penetra y se rebela contra los abismos en que se hunde la débil razón del hombre frente á la grandeza de Dios. Lutero explota las flaquezas humanas para combatir la herencia divina; recoje los sarcasmos de los libelitas, y las reprensiones de los varones celosos para deslumbrar con ejemplos

y conducir á los ilusos á la denegacion del dogma poco á poco. Aprovecha las pretensiones ambiciosas de los príncipes y hace pedazos la tiara para repartirla á los reyes y grandes señores. La iglesia es rica, y Lutero, declara bienes de los sumos imperantes el patrimonio eclesiástico. Cada monarca es gefe de la iglesia de su reino; Cesar vuelve á unir la púrpura del imperio, y los signos del sumo pontificado.

No negaremos nosotros que las costumbres eclesiásticas sufrían una relajacion lamentable. No es ya Erasmo, espíritu incisivo, el que representa la disolucion espantosa de las costumbres; sino Budéo, y el piadoso Luis Vives; Hildeberto, obispo de Tours, y el entusiasta Dante lo confirman; y el gusto por las sátiras de Bocaccio y Rabelais indican que el clero comenzaba á perder la aureola de veneracion, que sus antiguas virtudes le captara.

Que la iglesia sufre los males anexos á las opulentas condiciones todo lo justifica. Los cargos eclesiásticos son una posicion culminante bajo el punto de vista positivo. El feudalismo se ha incoado en sus formas disciplinarias, y se conocen dignidades abaciales, que muran los conventos; mantienen tercios mercenarios, y administran justicia en su territorio feudal. Se han visto obispos presidir á la matanza en sangrientos combates; Guerin, recién electo para el episcopado de Senlis, ordena el ejército de Felipe Augusto en Bouvines, y también batalla en aquella jornada el obispo de Beauvais, que aplasta cabezas á diestro y siniestro con su maza, con lo que juzga no queda irregular pues no *derrama sangre*. Desde que la iglesia es rica descuida las ciencias, y renuncia á esa sabiduría que atrayéndola todos los espíritus amantes del saber, la valieron el acatamiento de la santidad y la sumision á la guía del genio. Enorgullecida por el fausto de su riqueza desdeña las ásperas labores, que trae consigo el estudio; y sin embargo no quiere abdicar el cetro del predominio científico y literario; por lo que se crea una ciencia, tan ampulosa como vana, la escolástica; que como

dice Erasmo con tanta oportunidad «*disputa sobre frioleras, y cuanto diserta mas, tanto mas se aleja de lo justo y verdadero.*» Una vez fuera del recto camino; una vez en las sombras de la metafísica; entre *ideas universales, quidditates, y ecceidades*, el adelanto es imposible: las ciencias se hacen legas, y en lugar de buscar su apoyo en la clase eclesiástica, el primer escollo del saber verdadero es la falsa sabiduría de doctores monacales, que opondrán en Salamanca un versículo mal interpretado á las demostraciones de Cristobal Colon, y encerrarán en Italia como heroge al astrónomo Galileo.

Haciéndose feudál la iglesia, el pontificado se constituía en rival del imperio: centro de la feudalidad eclesiástica frente al núcleo de la feudalidad civil. Naturalmente un poder tuvo que competir con su émulo, y hé aqui á Gregorio VII, que ataca la simonía y el adulterio del rey de Francia; la posición cismática de la Inglaterra; los fueros del emperador; que obliga á Enrique IV á solicitar audiencia descalzo, vestido un sayal, y con la soga al cuello en el patio del castillo de Canossa; que muere en el destierro con el orgullo de haber llevado dignamente la tiara, Y á Lotario de Sajonia jura en Worms no velar las elecciones eclesiásticas, y un legado pontificio preside á la dieta, llevando dos obispos el acta de elección á Roma para que Honorio la valide. Federico Barba-roja resiste las pretensiones pontificias y desciende hasta las gradas del solio de Alejandro III, que le coloca un pie sobre el cuello, mientras los cardenales cantan el versículo, *super aspidem et basiliscum ambulabis, et conculcabis leonem et draconem* (andarás sobre el aspid y el basilisco, y hollarás al leon y al dragon).

Bonifacio VIII representa la derrota de la supremacía pontifical. Prisionero en Agnani por orden de Felipe de Francia, es objeto de los ultrajes más impíos, y la mano armada de ferreo guantelete del sacrilego Colonna sujeta por Nogaret cuando dirigia la espada contra el pecho del anciano, se descarga sobre el rostro del sucesor de Pedro. Aqui em-

pieza la *cautividad babilónica*. Durante un siglo el poder supremo de la iglesia gemirá esclavo de las potestades temporales, y el escándalo de las competencias entre anti-papas, anti-Césares, bulas contradictorias, y recíprocas excomuniones, hará estremecer al orbe católico: los rayos de la iglesia entrarán en el arsenal de los reyes, y mientras Josse de Brandeburgo, Sigismundo, y Wenceslao combaten por la púrpura del imperio, Benedicto XIII, Gregorio XII y Juan XXIII; fulminan anatemas á merced de sus protectores: los príncipes temporales se complacen en humillar á los papas que hacen elegir, y la iglesia para salvarse tuvo que proclamar el principio de superioridad del concilio sobre el pontífice.

Terminado en Pisa el cisma occidental, queda la era asquerosamente positiva de la Europa. La sed de oro, una sed insaciable de riquezas, se apodera de las dinastías imperantes. Felipe el Hermoso de Francia y Clemente V sacrifican la orden del Temple á la codicia de confiscar sus cuantiosos bienes. Juan; Eduardo III; el emperador Carlos IV, dan el ejemplo de una avaricia nauseabunda: la silla de San Pedro no se liberta del espíritu atesorador; pasión de la época. Tras la venalidad que proporciona ilegítimas ganancias viene la soberbia de la ostentación, y las prodigalidades de un lujo que devora los tesoros y arrastra á los potentados á excesos de todos géneros. La contraposición entre los preceptos del dogma y los actos, alarma todas las conciencias. Alejandro VI y el belicoso Julio II son la antítesis de su carácter sacrosanto, y ciertos manejos harto inconsiderados dan pretexto á una rebelión impaciente.

Con semejantes desórdenes, la reforma se inaugura en el territorio germánico; simpática á los príncipes del imperio, blanco de las pretensiones antiguas del pontificado; porque venga los agravios pretéritos, y los exime de una dependencia, que choca á sus instintos de absoluto poder; acepta á los ánimos discolos, que no pueden tolerar el reconocimiento de una dirección suprema, que dictando la regla típica de conducta, obstruye el camino á los caprichos dis-

cordantes; considerada como la bandera de emancipacion por los espíritus impetuosos; por esos apóstoles del renacimiento científico, que huyendo de la futilidad escolástica, de las vagas abstracciones aristotélicas, dan en el materialismo de la ciencia pagana y en la vanidad de su erudicion se despeñan por la pendiente de la filosofía escéptica y dene- gadora; recibida con entusiasmo por esa multitud miope, que seduce un tribuno por medio de violentas declamatorias; por- que tan ignorante como malévola se deja persuadir por la palabra del primero que combate la institucion que la im- pone deberes; la potestad que limita su arbitrio; la fuerza que obsta á sus veleidades.

La reforma principia arrastrándose hipócritamente hu- milde á las plantas del vicario de Cristo. En la era á que nos referimos Lutero acaba de escribir: *Yo me humillo á vuestra Santidad, y me pongo á sus pies con cuanto tengo y valgo... Padre Santo, matadme ó dadme vida. Bien po- deis llamarme ó rechazarme; aborrecerme ó devolverme vuestra gracia. Yo siempre reconoceré en vuestra Santidad la voz de Cristo que en vos está y habla por vuestra boca.*

Mas adelante, rechazadas las subterfidoras doctrinas, que procura hacer pasar á favor de estas falaces protestas de sumision, Lutero llamará á Leon X *el Anticristo de Ro- ma*; derramará el virus de su furia en el incendiario folleto *llamamiento á la nobleza cristiana de la nacion germánica*, y tomando el oficio de verdugo quemará por su propia ma- no el diez de diciembre de 1520 el *Decreto; las Decre- tales la Estravagante* y la bula pontificia en que se le de- clara hereje.

Los hombres de sentimientos religiosos deploran el es- travio de tantas ilusas conciencias. Los superficiales polí- ticos que llevan su arrogancia hasta el vaticinio, juzgarán herido de muerte el principio unitario de la Iglesia Cató- lica, los adversarios del Vicariato Apostólico cantarán un himno de triunfo, reputando minada la base de la supre- macia de Pedro, y los infinitos rebeldes secretos al yugo

de la autoridad y al régimen de la disciplina, viendo acudir por Alemania, Inglaterra, Bohemia, Suiza y Francia las Teorías disidentes, recordarán las promesas del Salvador á su Iglesia: *portae inferi non praevalebunt adversus eam*, (las puertas del infierno no prevalecerán contra ella) y preguntarán con ironía qué auxilio espera la esposa de Cristo á quien sus fieles abandonan en tan erecido número...

En 1520 el heresiarca sajón quema públicamente en Witemberg los libros canónicos, y á esta declaracion de guerra á la Iglesia Romana responden los príncipes germánicos emancipándose de la comunión apostólica; el gran maestre de la órden Teutónica abjurando sus votos, y fundando por la traición la dinastía prusiana; la *jóven iglesia* suiza; Muntzer con su cohorte anabaptista; los *hermanos convulsionarios*; Grebel y Mantz con sus *frnéticos*, las guerras en que la reforma alternativamente vencida y vencedora se consolidará en el Norte de Alemania, y por último, el contrapeso político de la dominación espiritual, que ha menester un escarmiento á la vista para contener sus descarríos.

Pero esa artillería recién perfeccionada en la época á que hacemos relación en nuestra revista, y que ha concluido con el sistema de hierro, es el instrumento misterioso de que la Providencia se vale en sus inescrutables designios para dar un defensor á la Iglesia, atacada en la integridad de su doctrina; para fundar un instituto que se contraponga á los adelantos de los innovadores; para parar los golpes que descarga el genio de la discordia al *Santa-Santum* de la fé y del culto.

Una bala de cañon postra en el lecho de los dolores á cierto jóven y bizarro oficial español, en el sitio de Pamplona en 1521. Durante su forzada quietud se distrae con la lectura de dos piadosos libros, y su corazón siéntese tocado de la divina gracia. Hace el voto de consagrar su vida al servicio de la religión del Crucificado, y apenas restablecido, se aplica á cumplir su juramento, y despues de

infinitas contrariedades erije con la pontificia autorizacion su órden. Este jóven fué Ignacio de Loyola: su fundacion la compania de Jesus.



No es el instituto de Ignacio el reflejo de aquella exaltacion férvida de un culto de severa pureza, de ardiente misticismo, que llenó la Tebaida de celdas oscuras; las cavernas de bosques y montañas de penitentes moradores, y consagró las terribles sublimidades de una maceracion, que anonadaba la materia para emancipar el espíritu. No es el desprecio de las cosas terrenas, que creó la vida monacal, como renuncia del mundo y aspiracion á Dios en la soledad, y en las austeridades del ascetismo. No es la fundacion de Francisco de Asis que da el ejemplo de la grandeza de la criatura, que acepta como destino la indigencia, la humil-

dad, y la perpétua sujecion á una voluntad absoluta. No es la fundacion de Buenaventura, que formula las condiciones claustrales. No es la fundacion de Domingo de Guzman, que vincula la esplicacion de los misterios en una órden, destinada á tesoro de las ciencias sacras.

Loyola conoce su siglo: comprende las necesidades de su era, y arregla su instituto á las nuevas exigencias defensivas de la religion de Cristo. No se trata ya de perfeccionar las prácticas religiosas, llevando el culto al idealismo de los sacrificios costosos al último punto de victoria sobre la rebelde carne; sino de contrastar el efecto de los ministros insurgentes, que van predicando la cruzada contra Roma, gritando: (*sublevaos*) de aparecer fuertes con incontrastable fortaleza de la ciencia y la disciplina, para decir á los vacilantes, ¡obediencia!

Loyola no impone ayunos, cilicios, abstracciones, maceracion; ninguna obra que aisle: ninguna regla que alce un muro entre el mundo y el cláustro, ningun sistema de la vida extraordinaria. Los ignacianos necesitan actividad, energía, esperiencia, relaciones sociales. Son hombres de lucha: paladines de la fé cristiana. Deben recorrer de un cabo á otro del globo. Deben reunir á la elocuencia de los hombres eminentes el tacto de los hombres de mundo. Deben insinuarse en todos los ánimos con ayuda de esos resortes, que nunca toca en vano el talento favorecido por la habilidad. El protestantismo, su enemigo, se radica por las predicaciones de sus principios de insubordinacion á las tradiciones eclesiásticas, por sus llamamientos á la congregacion disidente, por los catecismos con que se inocular en la inteligencia de los párvulos. Los Jesuitas combatirán al *dragon del Apocalipsis* con las armas que emplea. Predicarán para confirmacion de las creencias débiles: correrán en misiones celosas las cuatro partes del orbe, y se apoderarán de la educacion para vigilar la insinuacion profana que un dia pudiese conducir á la perniosa teoria de la emancipacion de todo principio mas alto que la razon y la conciencia.

Los reformados y sus próximos, los secretamente hostiles á la autoridad de la Iglesia, podrian preguntar con irónico tono al despuntar el siglo XVI: *¿Qué será de Pedro?* ¡Insensatos! Por cada provincia germánica que ganen sus doctrinas, la compañía de Jesus dará al catolicismo cien territorios, y por cada reino que acepte una de las mil profesiones de fé que dividen y subdividen su escuela, los hijos de Ignacio de Loyola rendirán al dogma puro de nuestra comunión las mas remotas regiones de la tierra.

No se glorien de haber socabado los cimientos de la silla apostólica; de haber fulminado contra el vicario de Cristo la protesta de separacion de los dignatarios alemanes. Cuando quieran estender su dogma cismático hallarán, á los Jesuitas en la Italia septentrional fronteriza á la Germania; en Viena; en los cantones Suizos; en Flandes; en España; en Francia; donde quiera que fijen la vista. ¡Allí, dispuestos á la resistencia! ¡Allí, circunscribiendo por límites á la reforma el círculo de su accion primera!

Y mas allá, en indemnizacion de los países segregados, Francisco Javier y sus misioneros avanzan afiliando á la Iglesia la India, el Africa, la China y el Paraguay. Aprendiendo los mil dialectos de las poblaciones salvajes; sometiendo á su amistad las tribus mas feroces: haciendo comprender la escelencia evangélica á hordas antropófagas; á familias que erigen en ley generacion la venganza del mas minimo agravio, á imperios que divinizan las gerarquías políticas, y creen ocupado el acto por un Dios indolente que en nada se cuida de sus hechuras. El estudio de las costumbres les facilita la introduccion, y aposeñados del terreno, la catequizacion es indudable. Asi aparecen Saturnos del Paraguay llevando las nociones del culto agrícola, y derramando el cuerno de la abundancia sobre aquella tierra virgen; mientras en China, pueblo sensible al lujo y que no comprende la grandeza sino entre los esplendores del fausto, truecan sus sayales y humildad por la magnificencia y el boato de los mandarines; porque para merecer consideracion y adquirir el derecho de

hablar con garantías de éxito, es forzoso el prestigio de la riqueza, y por este medio popularizan en el país con la religión católica las artes europeas. Así debe servir de valla á la rebelion religiosa que el siglo XVI inaugura, ese instituto grandioso que el cardenal de Bausset llama—«*cuero instituido con tan admirable perfeccion, que ni tuvo infancia ni decrepitud.*»

Fijándonos en el centro del poder público europeo: en la supremacia gerárquica occidental; en el sucesor de Cárlo Magno, hallamos vacante el imperio por muerte de Maximiliano I, y provisto el trono Cesáreo por eleccion de los siete electores imperiales en Cárlos I de Austria, rey de España y los Países-Bajos, V en Alemania: héroe de la leyenda que tan laboriosamente confeccionamos con el único voto de propagar la novela histórica española, novela que presenta la historia sin aridez, historia que dé utilidad á las formas novelescas.

Hablemos de Maximiliano, supuesto que en él se representa la época de transicion del siglo XV al XVI; época que hemos querido abrazar en una rápida ojeada, revista que concluye personificando en dos términos de un periodo histórico Maximiliano y su nieto Cárlos, los precedentes de la revolucion social que venimos examinando con el doble interés de historiadores y novelistas.

Maximiliano, hijo de Federico III, subió al trono imperial á los treinta y cuatro años, y recibiendo el archiducado de Austria, los ducados de Estiria, Carintia y Caríola, les añadió en 1496 el Tirol, el Brigau y Sundgan, y el condado de Ferreti, además del ducado de Borgoña, Flándes, Limburgo, Hanonia, Holandía, Artesio, Zelandia y Güeldres que por el matrimonio con Maria de Borgoña le correspondieron. Su padre obtuvo de los electores que le nombraran rey de romanos en 1486, pero no llegó á coronarse, segun la ritualidad de la *Bula de oro*; código supremo que arreglaba las ceremonias de la investidura imperial, debido á Cárlos IV. Su ascension al sόlio Cesáreo rodeó de prestigio al Austria,

porque aun príncipe, Maximiliano contrastó el poder de Luis XI, y le forzó á quemar á Mortaigne que pertenecía á la Francia, para contener la invasion borgoñona-germana en sus Estados. Sujetó las rebeldias flamencas y entró en Gante vencedor. Fue por capitán de ejército de su padre contra Matías, y despues de reconquistar en seis meses lo que el Bohemio conquistó en seis años, estipuló aquella convencion famosa que hizo á la Bohemia tributaria del imperio, y reservó la Hungría para los herederos del rey de romanos.

Maximiliano en su política interior tiende á pacificar sus dominios para emprender, desembarazado de intestinas divisiones, las guerras á que le provocan la ambicion francesa y la audacia de los príncipes sustraídos al respeto del poder imperial en vista de las debilidades de su antecesor en el mando. Al efecto reúne en Worms la Dieta y prohíbe toda agresion de los señores feudales entre sí y todo desafio, bajo pena del *bando del imperio*, multa de dos mil marcos de oro y pérdida de feudos y exenciones señoriales. Erije un tribunal supremo que conozca acerca de las violaciones de la paz pública bajo el nombre de *Cámara imperial*, y fija el poder del *Consejo áutico*.

Respecto á sus guerras, Maximiliano se alió con el Papa, con Luis el Moro, tutor del jóven duque de Milán, con la República de Venecia y Fernando el Católico, á fin de contrapesar la dominacion de Francia en el continente italiano. Vengó los ultrajes que osaron hacerle los Venecianos, tomándoles algunas ciudades del Tirol y de Istria. Cambió con Luis XII sus pretensiones renunciando el Milanésado á favor del francés con la condicion de ayudarle á obtener las coronas de Hungría y Bohemia. Francisco I se abre paso con aquella intrepidez y feliz estrella que le señalaron á la admiracion del mundo á su brillante aparicion de meteoro en el horizonte político, y en la jornada de Marnigau redujo á la impotencia á todos los monarcas coligados contra su predominio en la Península itálica. El tratado de Bruselas renovado en Cambray el 11 de marzo de 1517 in-

cluyendo en sus estipulaciones á Cárlos ya rey de España y Flándes, contenia la renuncia del Milanésado que pasaba por esta cesion á Francisco, estableciéndose una liga defensiva entre el Austria, la Francia, España y los Países-Bajos. Noyon fue el lugar destinado á las conferencias, y Guillermo de Chievres, ayo de don Cárlos, y Boissi, instructor de Francisco, terminaron un pacto de alianza que creyeron indisoluble; pero la esperiencia les hizo ver una tregua momentánea, lo que reputaron trato duradero y difícil de quebrantar.

Maximiliano, que segun Sandoval, *tardó los diez primeros años de su vida en hablar, por lo cual pensó el emperador Federico, su padre, que fuera mudo y bobo*, fue sin disputa uno de los Césares mas dignos de Germania. Se le reprende por los historiadores la inconstancia en sus empresas y la movilidad de su espíritu: pero todos á escepcion del poco concienzudo *Robertson*, están contestes en que no tuvo rival en su éra, ni en valor, ni en perspicacia, talentoy rectas intenciones.

Cuéntase que un caballero francés, famoso por sus proezas y su pujanza, hizo publicar en Worms un cartel de desafio, retó á toda la caballeria alemana emplazando á sus competidores y previniéndoles hora y sitio. Llegado el día, el paladin franco salió á campaña y pasó largo tiempo sin que se presentase rival. Pero al fin entra en la liza un guerrero germánico, y trabándose la pelea, despues de una obstinada lucha, el incógnito derriba muerto de una lanzada al mantenedor. Pide el pueblo que el valiente aleman alce la visera de su casco, y reconoce al emperador Maximiliano en el campeón victorioso.

Comprendió sus intereses antes que ningun príncipe de su tiempo, y adivinando la hora del feudalismo, creó el primer ejército permanente conocido en Europa. Inventó dos lanzas de nueva forma generalizando su uso. La fundicion de la artilleria le reconoce por uno de sus perfeccionadores, y la fabricacion de armas de fuego le es acreedora de preciosos adelantos.

Al comenzar Lutero sus primeras hostilidades, Maximiliano quejoso del Papa y no muy complacido con la prepotencia de las dignidades archiepiscopales y soberanos teocráticos de su imperio, vió sin disgusto levantarse una contraposición vigorosa al escándalo de los abusos y á la irritante venalidad de la curia romana. Si Martin Lutero se hubiese contentado con perfeccionar la obra de Erasmo; si hubiera sido anatema de los vicios de que este era la sátira, y en vez de atacar el dogma se limitara á denunciar los excesos que lastimaban la pureza de la disciplina, Maximiliano hubiera sido su mas declarado patrono; porque ademas de abundar en las ideas de reforma que se hacia necesaria, y por la que exigió de Leon X la convocacion de un concilio general, se resentía de las infidencias con que el Pontífice frustrara sus mejores proyectos en Italia, y de las exacciones ruinosas con que continuos legados y predicadores de indulgencias agotaban los recursos de sus pueblos. Mientras que el monge Agustino no fue mas que el opositor de Tetzal, y se circunscribió á protestar contra la mision del violento dominico, el emperador aplaudió sus brios, y en cierta ocasion dijo á un consejero del elector de Sajonia: *«Me gusta vuestro fraile; habla con entereza y toca en lo vivo las cuestiones. Cuidad de él que podemos necesitarle.»*

Maximiliano era hombre de gran corazon, y familiarizado con los riesgos desde jóven; endurecido en las fatigas del campamento, y acostumbrado á las rudas faenas de montañas y cabalgatas. Alternaba las ocupaciones militares, los afanes políticos, y los ejercicios del cuerpo, con estudios graves y de solaz. Aun conserva Alemania algunos de sus tratados sobre moral, táctica, arquitectura, y derecho público; como tambien acerca de alconería, floricultura, y hasta un arte de cocina.

Maximiliano hacia conducir no solo á sus expediciones belicosas, sino hasta á sus giras de placer, una pesada caja, donde segun el cronista Olivier iba su féretro.

Presidió el mas envidiable destino á el auge de su des-

endencia, debido en gran parte á la inauguracion de política de alianzas, que el primero intentó en Europa; trabajando cuanto no es dable explicar por reunir la Borgoña y las provincias flamencas al imperio que algun día hizo estremecerse de pavor á Cárlos el Temerario.—*Hijo mio* (escribia á su nieto don Cárlos) *Los reyes tenemos el corazon en la cabeza: nada de princesas seductoras: una heredera de grandes feudos que añada un floron á la corona, ó cuando menos, una dama real que procure poderosas coaliciones.* Los consejos del emperador dieron su fruto, y merced á felices alianzas, la prole de Maximiliano reinó en una estension de territorio mas dilatada que la reunida por Cárlo-Magno á costa de tantas, tan largas y azarosas luchas. La prosperidad de la casa de Austria por el método de las alianzas bien calculadas, favorecidas por la Providencia, se explica elocuentemente en un distico latino, que se atribuye á Matías;

Bella gerant aliis, tu, felix Austria, nube;

Nam, quae Mars aliis, dat tibi regna Venus.

*Combatan otros: Austria, consorcios—eslabonas,
y en vez del feroz Marte, Venus te da coronas.*

Sintiendo su fin próximo Maximiliano, encargó á los electores imperiales que nombrasen por César á su nieto Cárlos, espresando en un razonamiento en extremo persuasivo las causas que apoyaban tal pretension de su parte; la naturaleza germánica de su protegido: la consideracion á los méritos de la casa de Habsburgo; la necesidad de un príncipe de por sí poderoso para robustecer el decaido crédito imperial, y finalmente, las grandes esperanzas que podian concebirse de un jóven de diez y nueve años, reputado en el continente por hombre de brillante talento, perspicacia suma y prudencia extraordinaria. La memoria de las exhortaciones de Maximiliano no fué el menor precedente de éxito para Cárlos V, ídolo del buen rey de romanos, que le llamaba mi tesoro.

Cercano á fallecer entró en la cámara Astolfo Maximiliano, conde de Nassau, camarada militar, inseparable compañero del moribundo emperador. El conde lloraba desolado. —Señor y glorioso César, (dijo á su ilustre coetáneo) juntos hemos vivido; juntos debemos morir. —Astolfo, (respondió con voz apagada el abuelo de Carlos) el César no es el que muere, sino el hombre; llámale por su nombre pues: Maximiliano.

—¿Qué deseais, señor? preguntóle su canceller, viéndole revolverse intranquilo en el lecho. —Ser enterrado con doña Leonor de Portugal, mi madre, consecuente con la regla de física: *«el efecto vuelve á su causa.»*

Maximiliano murió en Belsis el miércoles 12 de enero de 1519, de resultas de la disenteria; de edad de 73 años.

Cinco meses estuvo vacante el imperio y las intrigas mas descaradas se pusieron en juego para obtener la supremacía feudal europea. Francisco Primero, al decir de Fleuranges, paseó por toda Alemania cuatrocientos mil escudos de oro, escoltados por cuatrocientos arqueros vestidos de malla de plata. Veinte mil infantes, cuatro mil caballos, y numerosos trenes de artillería al mando del marqués de Brandeburgo y Sickingen, formaron una especie de bloqueo en torno de Francfort sobre el Mein, ciudad destinada por la *Bula de oro* á Congreso electivo. Enrique VIII negociaba, favorecido por Leon X; pero todos sus esfuerzos no bastaron á conquistarles un solo elector de los siete. Fray Tomás de Vio Cayetano, fraile dominico, legado del papa, conspiraba contra Carlos, pugnando por los intereses de Francisco. El arzobispo de Tréveris comprado por el rey francés unia á los conatos del nuncio apostólico las mas activas diligencias en perjuicio del soberano español.

Despues de haber recogido las donaciones de los tres monarcas mas ricos y considerados del Continente, concordaron todos en elegir emperador al duque Federico, elector de Sajonia, principe el mas prudente, esforzado y opulento de su pais; pero el duque, grande amigo de Maximiliano,
Carlos Quinto.

recordó sus deberes y las consideraciones á que le era acreedora la memoria del difunto rey de romanos, y haciendo formal renuncia de la dignidad Cesárea, persuadió en un elocuente discurso á sus cólegas que hiciesen recaer la designacion en Cárlos de Absburgo, nieto de su protector y particular afecto.

Los electores eran el duque renunciante: Alberto, arzobispo de Maguncia: Hertuad, arzobispo de Colonia: Ricardo, arzobispo de Tréveris: Luis, rey de Bohemia y Hungría: Joaquin, marqués de Brandeburgo, y Luis, conde palatino de Rhin.

El arzobispo de Maguncia, el de Colonia, y el rey de Bohemia se declararon constantemente por Cárlos: el arzobispo de Tréveris, el marqués de Brandeburgo, y el conde Palatino sostenian á Francisco. Cuando Federico el Sajon dimitió el alto destino que le confirieran los electores, contentos de perder los intereses de sus respectivos patrocinados con tal de no arriesgarse á que preponderaran los de su rival, la defeccion vergonzosa del conde Palatino, pariente del francés, decidió al marqués de Brandeburgo á votar por emperador al rey Católico, temeroso de la venganza que pudiese tomar un dia de su disidencia, y puso á Ricardo de Tréveris en el duro trance de dar su voto á Cárlos, por no atraerse la nota de singularidad en el acuerdo de la asamblea de Francfort. Entonces fué (dice la crónica) cuando se gritó dentro de la suntuosa catedral ¡*Cárlos, rey Católico, emperador de Occidente!*

Francisco quedaba derrotado, y sus cuatrocientos mil escudos de oro, derramados con tanta prodigalidad no le habian servido mas que de retardar el éxito de la contienda y de rellenar sin fruto las escarcelas de aquellos potentados germánicos, tan codiciosos como ingratos. Cárlos ceñía la corona primera del mundo; pero entre el esplendor de su reciente gloria dedicaria algun pesaroso recuerdo á los ochocientos cincuenta y dos mil, ciento ochenta y nueve florines, empleados en saciar la avaricia de los venales elec-

tores, y tomados en préstamo de los Fugger, banqueros de Ausburgo.

Al oponerse el rey cristianismo al imperio, dijo al Católico con su ordinaria viveza.—«*Entrambos cortejamos á una misma dama: empleemos uno y otro todos nuestros esfuerzos en salir bien; mas luego que la suerte haya escogido al rival afortunado, el deber del otro es resignarse, retirándose en paz.*» Estas protestas eran sin duda inspiradas por la mas esclarecida buena fé; pero entre la resignacion al vencimiento y el orgullo de Francisco mediaba una distancia insuperable. Concibió pues una profunda aversion hácia su favorecido émulo; y al recibir la nueva de la eleccion de Cárlos, exclamó con siniestra sonrisa.—«*Muchos florones cuenta la corona de Carlo-Magno; pero algunos he de hacer yo que venda el nuevo poseedor.*»

El nieto de Maximiliano fué advertido de su fortuna por personas deseosas de ganar las albricias, que en nueve dias atravesaron las trescientas leguas de Francfor á Barcelona para anunciar que el 28 de junio de 1519, habia sido pública y solemnemente proclamado.

Aun todavia tuvo Cárlos que vencer dificultades antes de partir para Alemania; pero llamado con instancias repetidas por los electores, y avisado de ciertos manejos entre Francisco y Enrique para impedirle el tránsito se dió á la vela en la Coruña el 22 de mayo; llegando á Flandes para poner en concierto los ánimos perturbados, y tomando de seguida la ruta de Aix la Chapelle, ciudad destinada por la *Bula de oro* á las consagraciones imperiales, como queda dicho, se hospedó en el palacio episcopal en la fecha á que nos referimos en este capítulo; el 22 de octubre de 1520, dia en que ha firmado la carta de privilegios é inmunidades del cuerpo germánico; capitulacion solemne, que sus embajadores aceptaron en su representacion, y garantiza de su excesivo poder la division politica del imperio.

Cárlos, noticioso de la amenaza de Francisco, traduccion fidelísima de su despecho por la derrota de Francfort

replicó con reconcentrada cólera: — ¡Plegue á Dios que la corona de Cárlo-Magno no le cueste la de San Luis!

— Una litera acababa de detenerse ante la puerta de cierta casa, sita cerca de la Plaza Mayor de Aix la Chapelle; al extremo de una calleja sin salida. La casa está denunciando en el escudo de mármol, sostenido por dos leones en la fachada, en las cuatro torrecillas de su terrado; y en las rejillas laterales del balcon, al estilo de aquellos *nidos de golondrinas* de Luis Onceno, la procedencia feudal de su construcción.

Uno de los conductores se acercó á la portezuela, birrete en mano, y aplicó el oido. Sus signos dieron á entender la comprension de las órdenes que recibiera, y llegándose á la puerta hirió vigorosamente el yunque de fierro con el aldabon en figura de grifo.

Un mendigo cubierto de harapos y andando dificultosamente, merced á una muleta, se llegó á la ventanilla de la silla portátil, implorando misericordia; mas como no le respondiesen llevó la mano al cortinaje de damasco, que obstruía la vista del interior de la litera. Un brazo robusto hizo atrás al pordiosero con viveza, y poco despues una mano cubierta de un guante de ámbar gris perla arrojó una moneda de plata al importuno, que la recojió refunfuñando y retiróse socorrido.

La puerta del caseron feudal fue abierta por un anciano venerable de larga barba y cabellos de una blancura nivea, que traía una lámpara de bronce para alumbrar el ingreso del esperado huesped.

No hizo mas que mostrarse el anciano, y el conductor pronunció con eco misterioso, *Sigilo*.

—Loado sea Dios, exclamó el viejo en el colmo del mas expresivo júbilo.

Un caballero cuidadosamente embozado salió de la lite-

ra, dirijiéndose hácia la casa consabida.

—Cristobal (dijo al sirviente que habia llamado) son las nueve; á las diez volverás.

El criado se inclinó profundamente respetuoso.

—Señor, señor, repuso trémulo de alegría el anciano vestido de riguroso luto... Bendita sea mi estrella pues vuelvo á veros.

—Cierra y subamos, Herman, replicó el incógnito.

Herman obedeció.

Una vez en el vestíbulo libre de la mirada de todo profano, el caballero separó el embozo de su rostro. Era Carlos Primero de España, y Quinto de Alemania.

—¡Dios mio! (dijo Herman levantando las manos al cielo) ¡Gracias mil veces por haber prolongado mis dias hasta abrazar sus rodillas, y darle cuenta de la prenda que se dignó confiar á mis cuidados! Ya puedo morir tranquilo: están cumplidos mis únicos votos en la tierra.

—Mi buen Herman (contestó Cárlos conmovido, levantando cariñosamente al montero cuando este se arrojaba á sus plantas en la efusion de su alborozo) no á mis pies, sino en mis brazos, leal amigo, digno servidor de mi ilustre abuelo; depositario del tesoro mas caro á mi corazon.

—Señor, ¡qué hace Vuestra Magestad! interrumpió el montero esquivando su cuerpo al abrazo del César.

—Ven acá ¡Cuerpo de Cristo! Ven acá, viejo camarada de mi infancia! Quiero besar tu frente tostada por las intemperies; quiero estrechar tus manos ahora temblorosas, que lo mismo han blandido la lanza de los combates que el venerable venatorio.

Herman presentó su frente al ósculo del imperial manco, y tendió su mano al primer monarca de Europa.

—Mi pobre amigo (añadió Cárlos con melancolía) tú solo restas de los tres hombres que puso á mi lado el preclaro emperador, que Dios haya en su reino; tú solo quedas de aquellos bizarros servidores del príncipe mas bondadoso y bravo de su siglo. Mi respetable y franco amigo Nassan ha

muerto tres dias despues de su camarada de armas.

—El perro es el animal mas noble de las razas animales, Señor (observó el montero con tristeza) y no puede sobrevivir á su amo. Yo vivo porque mi vida os hace aun falta.

—Rudostad ha perecido en Viena, oponiéndose á la sedicion de ese populacho vil, pagado por mi capital enemigo, el torpe Valois. Ha perecido batiéndose con la canalla, rodeado de cadáveres, y escarneciendo hasta el último suspiro la horda plebeya que le invitaba á gritar ¡Viva el pueblo! para salvarse de la muerte.

—Si ha muerto en vuestra defensa ha cumplido la obligacion de vasallo y de noble. Su muerte es envidiable. Dios la dé igual á mis hijos.

—¡Oh! (rugió furioso el César) Las circunstancias me obligan á disimular mi cólera, aplazando mi venganza. Mis consejeros me representan harto juiciosamente lo impolitico de inaugurar mi mando con el aparato terrible de la justicia severa; mas tan pronto como me sea dable, yo buscaré entre todos esos Calígulas de la hez de Viena el brazo traidor que descargó la maza sobre su cabeza; la mano alevosa que hundió el puñal de los asesinos en su intrépido corazon.

—Señor, exclamó el anciano deslumbrado por el relámpago de ira que despidieran los ojos del jóven monarca.

—Rudolstad, (concluyó el monarca con súbita y resuelta inspiracion) yo juro á tus manes una venganza terrible.... Venganza aplazada para un dia de suprema justicia. Venganza preferente á la satisfaccion de mis propios agravios.

—La peste affige á Viena, observó Herman pesarosamente.

—La peste affige á Viena (repitió el monarca con amargura) pero esos villanos, esos Nerones de la escoria popular, diezmados por la espada del angel esterminador, aun persisten en acabar con los leales; en sostener los indignos magistrados que tumultuosamente han erigido; en revolverlo todo al gusto de sus caudillos... de sesenta próceres... sesenta legos y eclesiásticos, entre los que figura como princi-

pal agitador de las desmandadas turbas Juan Seider, prior de los cartujos Mauverbacenses...

—¡El prior de cartujos!

—Ese fraile escandaloso que ha salido de su encerramiento como un demonio del antro infernal, y arrastra á los plebeyos con sus discursos rebeldes. Pero el día llegará en que ese Judas de la orden de perpétua clausura salga otra vez á la plaza por mi mandato.

—Tranquilizaos, señor.

—Dices bien, Herman. Mañana debo ceñir la corona de Carlo-Magno, y el que recibe tan alta investidura, necesita acercarse á la grandeza de los semi-dioses: vencer su natural; rebelarse contra las propensiones que los demas seres juzgan irresistibles; someter á su férrea voluntad todos los movimientos del espíritu; sonreír cuando tenga el corazón despedazado; demostrar profunda tristeza cuando rebose la alegría en su alma.

—Es cierto.

—Y bien mirado, Herman ¿de qué sirven los juramentos y protestas de actos futuros que mil incidentes pueden determinar en contrario? ¿De qué sirven resoluciones y amenazas para lo venidero cuando cien motivos pueden trocar las condiciones de la situación mas adversa? Dejemos un vacío en el corazón para archivar el sec eto de los rencores, de las venganzas en cálculo; de los odios que esperan oportunidad de satisfacerse. Sigamos la senda que el destino nos vaya trazando, y sigámosla con fé, con valor; sin volver atrás la cara. Muy desafortunados seríamos si algun momento feliz no pusiera en nuestras manos la ocasion; esa diosa del paganismo, que pintaban calva, y cuyo único mechón en el vértice de la cabeza era forzoso asir á su velocísimo giro... Entonces salgan al exterior los recónditos enconos, y los comprimidos furoros, y sáciase el Leon Real en la presa que la fortuna abate bajo sus garras... Mas hasta entonces nadie lea el despecho en sus ojos; ni adivine la impotencia de la furia que se exhala en estériles conminaciones.

—Vuestra Magestad es digno de su estrella.

—¿Y mi Carlos? ¿y mi pobre hijo? preguntó el emperador con una de esas transiciones rápidas que denunciaban la celeridad pasmosa de su pensamiento.

—Tan hermoso, tan precoz física y moralmente: con el desarrollo de un niño de cuatro años: balbuceando palabras impropias de su edad, y revelando por signos una inteligencia privilegiada.

—¿Y mi Juana?

El montero bajó la cabeza.

—Veamos (repitió la Magestad Cesárea con ansioso interés) ¿Y la duquesa?

—Se muere, señor, (respondió Herman con sombrío tono.) su duracion sobrenatural es debida á la animacion de su espíritu por la expectativa de veros.

—¿Y hace un año me deciais!...

—Hace un año os decia la verdad. Cuando la consuncion pareció mas declarada y todos los síntomas indicaban un fin próximo, hizo crisis la dolencia y una mejoría súbita desconcertó á los doctores que vaticinaron la estincion irremediable de sus decaidos alientos. Pero despues de tres ó cuatro meses de un alivio que sirvió á pronosticar la restitucion de la salud á los mas eminentes profesores, la señora tornó á caer en su habitual melancolía; y antes de recibir la carta en que vuestra Magestad...

—Dispénsate en darme ese titulo, amigo mio.

—Antes de recibir la carta en que nos mandabais trasladarnos á esta ciudad para octubre, temí perderla; porque un abatimiento inesplicable la embargaba sin tregua, y todos mis conatos para que se distrajese con la conversacion, con las gracias del interesante Carlos, con vuestros recuerdos, eran impotentes para arrancarla á la modorra que cerraba sus ojos, y abatía su frente sobre las almohadas de la poltrona, en que reposaba en pesado letargo.

—¡Pobre Juana!

—Recibida vuestra carta todo ha cambiado. Parece que las sombras que ahogaban sus instintos vitales se despejan y

Juana vuelve á recobrar sus sentidos; pero ¡ay! Yo conozco que esa escitacion que la mantiene, esa chispa de fuego que brilla despedida de la llama, van á cesar, á extinguirse.

—Quizá te engañes, Stolk. Quizá una reaccion salutifera salve á nuestra desgraciada Juana, y reproduzca el prodigio, que otra vez la sustrajo á una muerte segura.

—¡Pluguiese al cielo! Mas todas las probabilidades están en contra de semejante esperanza. Si hubieseis visto, señor, el efecto de vuestra carta! ¡Ah! Esa muger os idolatraba: no es amor lo que os profesa, sino esa adoracion casi sacrilega, que hace olvidar al Creador por la criatura!.. esa ceguedad frenética que no ve mas que un objeto; que escluye toda idea que no provenga de él, y que en él no refluya.

—Herman, me traspasas el corazon.

—Yo no he visto mas que otro amor de esa especie, mi noble amo: otro amor sin medida, otro amor por la eternidad. Amor delirante, que mas que una felicidad parece un castigo divino. Ese amor de doña Juana de Castilla, de vuestra madre, á mi escelo y malogrado señor, el archiduque Felipe el Hermoso. Ese amor que hizo de la princesa un ángel en sus éstasis dulces; una furia en sus raptos celosos... Ese amor que disputó un cadáver á la tumba, y paseó los restos de don Felipe por toda España al lado de una viuda sin punto de consuelo, y que la movió á despreciar los honores del rango soberano en la inmensidad de su dolor.

—Basta, interrumpió don Carlos con agitacion suma y casi pavorosa.

—Señor (insistió el montero con acento solememente lúgubre) Amores de esta índole se asemejan mucho á una tremenda maldicion del cielo. Dos he conocido: doña Juana yace demente en Tordesillas; Juana está arriban anonadada, casi espirante.

—Stolk (repuso el César con grave autoridad) conduceme al cuarto de mi bello hijo, y luego al de su hermosa madre.

—Como gustéis, señor.

Y tomando su lámpara el montero, precediendo al nielo

de Maximiliano atravesó el patio sombrío de la casa feudal, y subió por una ancha escalera á las habitaciones del primer piso.

Mientras el César contempla su hijo dormido con ese tranquilo, apacible sueño de la inocencia; sueño que la fantasía de los pintores cristianos figura velado por un ángel, que sonríe junto á la cuna, adelantémonos á penetrar en la sala adonde la Cantadora aguarda impaciente la visita de su augusto amante. Con adelantarnos á las vistas de los héroes de nuestra leyenda conseguimos comprender el estado de Juana, y entrar luego sin interrupción en el interés de su diálogo.

La duquesa de Belle-Chasse nunca ha estado tan hermosa como ahora, si se comprende la hermosura como la comprendemos nosotros; no por la regularidad de las formas; no por lo típicamente bello de los detalles; sino por esa singularidad que conmueve; por ese atractivo que se capta todas las simpatías. ¡Cuántas mugeres de una beldad, rayana del idealismo, encuentran infinitos rebeldes á la seducción de sus encantos, por falta de esa aureola; de esas tintas mágicas; de ese *no sé qué*; sol cuyos rayos todo lo coloran! ¡Cuántas hembras que desdeñarían por modelo la estatuaria, y la pintura, por falta de esa perfección física; de esa correspondencia de proporciones que constituyen la belleza material, ejercen una fascinación irresistible, por ese rayo del alma, que resplandece en la fisonomía, y comunica al ser un prestigio que arrastra á su admiración los ánimos.

Y es que la hermosura no consiste solamente en la obra de la naturaleza; sino que es preciso que el alma, que ese principio inmaterial que vive en nosotros, resplandezca al exterior; iluminando las dotes corpóreas. Es que la idea de la hermosura no está adscrita á ciertas proporciones, á determinada configuración; sino que estriba en el sentimiento apreciarla porque no es la percepción de los ojos el medio transmisivo de su afecto para los seres que no se limitan á las impresiones puramente materiales. Es que siendo el ros-

tro el *espejo del alma* cuando el alma no se refleja en él, no pása de ser una superficie tersa; pero sin color, sin vida.

Así es que Juana á los umbrales del sepulcro, descompuesta la fisonomía, en la dejadez propia de su estado, interesa más; parece mas hermosa que en los días de sus triunfos artísticos; que en los días de sus triunfos de amor. Han desaparecido de su rostro los colores de la salud y una palidez de cera virgen da á su cutis una blancura marmórea. Sus grandes ojos azules son el refugio de sus espíritus vitales y en una faz de santa doncella, dormida entre los pliegues del sudario mortuorio resplandecen aquellas pupilas azul-cielo como entre blanca celajería las porciones del diáfano espacio, que no ha podido ocultar. Sus cabellos de un rubio infantil caen en magnífica profusion de rizos, formando un cuadro á su cara, cortados sobre el cuello al igual, y en sortijándose en menudos anillos. Su boca no ha perdido el sonroseo de los labios; antes bien la intensa calentura que la devora los enciende en el rojo de la guinda. Contemplad el efecto admirable y conmovedor de la juventud y la belleza, destellando sus últimos fulgores, antes de hundirse en los abismos de la nada, con la magestad sombría de una gran bata de terciopelo, que envuelve en elegante holgura las formas, y á cuyo favor resalta la espiritual melancólica belleza de la moribunda, y hundida en una poltrona de damasco verde esmeralda en la posición del mas doliente abandono.

Hay una razón para que la protegida de Neupí seduzca mas ahora en la indolencia del sufrimiento que estermina lentamente, que antes en la brillantez de sus atractivos, en la lozanía de su privilegiada juventud: y es que en las dos épocas de su vida en que nuestros lectores la conocieron, Juana era la tímida trovadora que no osaba separarse de su padre en medio de los saraos, que estaba llamada á amenizar con sus talentos: la tierna amante que jugaba inesperta y audaz con el fuego en que habia de consumirse su honra. Hoy la huérfana presenta diferente aspecto; diversa faz.

Cercana á su fin; conociendo su situación; solemne y reposada en sus discursos; la duquesa arranca el llanto á los ojos mas secos, y mueve el corazon mas empedernido: porque al mirar tanto hechizo entre los frios brazos de la muerte; al contemplarla resignada al borde de la tumba ocupándose de lo pasado como de un horizonte perdido, de lo actual con la sublime decision que hace tan importantes los últimos momentos de la criatura y de lo futuro con esa suprema confianza del ser que remite sus aspiraciones á la elemencia de Dios en los senos de la eternidad, no hay alma que resista tan lúgubres impresiones.

Juana tiene la perfecta conciencia de su estado y se dispone al trance fatal con todo el valor de un ánimo cristiano; con toda la entereza de una fé ardiente, y aceptando los postreros momentos amargos de la existencia, como expiatorios de su falta.

La huérfana, en espectacion de una hora decisiva, siente engrandecido su espíritu y vé los objetos mundanos cada vez mas pequeños á medida que se entreabren á sus ojos los espacios de lo infinito, apercibidas entre las sombras misteriosas en que llega recatada la muerte. Es madre y deplora la horfandad en que pronto quedará su hijo. Un amor inmenso hácia Carlos de Austria ha sido el destino de su ser. Pero Juana en el dintel de la morada de eterna paz eleva á Dios su ánimo, y al par que ofrece en compensacion de su inocencia perdida la conformidad con su suerte pone bajo la salvaguardia de la Providencia los destinos de las prendas de su amor. El rumor de los cerceanos pasos hizo estremecer á la hija de Neuni. Erguió la cabeza que reclinaba en el espaldar de su poltrona y un rayo de alegría iluminó su semblante.

Carlos apareció á su vista y corriendo á postrarse á sus pies, abrazó sus rodillas ocultando el rostro en el seno de aquella pobre jóven tan amada, próxima á dejar este valle de duelo y lágrimas en que la retenia el último eslabón de una cadena de dolores.

—Juana, bien mio, exclamó el César con vehemente ternura, estrechando las formas de su amante contra su oprimido seno.

La Cantadora levantó al cielo una mirada impregnada de inefable gratitud, y que traducía la dirección de todos los sucesos de su agostada existencia á la fuente inagotable de la piedad divina.

El emperador se levantó súbitamente y tomando asiento en una silla colocada cerca de la poltrona, que arrimó hasta tocar con ella, asió las manos de la huérfana que no apartaba sus ojos humedecidos de él, preguntándola con dulzura: ¿Cómo te sientes, tesoro mio?

Juana sonrió con tristeza.

—Ahora bien, Carlos: ahora vivo deseando morir; pues estas aquí para sostener mi cabeza y recibir mi postrimer suspiro.

—Juana, se trata de vivir para la felicidad de nuestro hijo.

—Carlos, nada pierdes perdiéndolo á su madre; le quedan Dios que es grande, y tu que eres poderoso.

—Juana, me hacen daño tus tetricos discursos.

—Pues bien, hablemos de ti que asciendes hoy á la cumbre de la grandeza humana: hablemos de ti ante quien sonríen los destinos mas prósperos; y que á los albores de tu vida toca ya el penúculo de la fortuna. No me preguntes nada de lo que me concierne; yo desciendo á las sombras del olvido, mientras tú fija tu planta en la eminencia gloriosa del poder terreno.....

—Alma mia, no volveremos á separarnos en lo sucesivo....

—Carlos, (replicó la interesante beldad con nueva y mas triste sonrisa) ya te he dicho que hablemos de ti; en cuanto á la madre de tu hijo no se separará de tu lado en lo sucesivo; has pensado bien.

—¿Por qué lo dices?

—Porque Dios permite á los que acoje á su gracia que velen como genios tutelares por dos que merecieron su amor y quedan en la tierra.

—Hablemos de mí; tienes razon, contestó Cárlos estre-
meciéndose.

—Te encuentro una mudanza, una alteracion inesplica-
bles. Estás hermoso, pero con una hermosura que arredra;
con una hermosura que participa de la calma majestuosa del
poderio, y la inspiracion de una mente ocupada por sueños
de ambicion insaciable..... Espera. Hay en medio de tu
frente... aquí cerca del promedio de tus cejas, una
arruga que antes no habia notado. Has sonreido y tu sonrisa
no es la misma, que otras veces... no hay tanta jovial fran-
queza en ella... es... asi... entre benévola y cortesana-
mente ceremoniosa..... Tiene algo de melancólica tambien...
Tu gesto habitual ya no es una prevencion afectuosa, una dul-
zura infinita...

—¡Loca!

—No. Yo descubro cierta contenida amargura en la se-
renidad aparente de tu rostro. Tú has debido sufrir mu-
cho en estos dos años ¡oh! mucho.

—Te equivocas Juana.

—Ciertamente no, Cárlos porque te miró con los ojos de
amante y ya sabes la perspicacia de que tienen renombre.
¡Dios mio! Para cambiar tanto en tan corto tiempo es preciso
haber experimentado contrariedades que agrienen el natural;
reveses que llenen de hiel los dias alegres de la juventud;
guardas en el fondó del corazón pasiones que acibaren la
existencia.

—No he sido feliz....

—¡Ah! Bien lo creo.

—Pero tampoco desgraciado.

—Cuéntame tus pesares, amigo mio.

—No merecen ocupar tu atencion mi vida.

—O mi atencion no merece la honra de su confianza.

—¡Tal piensas!

—Tal pienso; mas sin quejarme de tu reserva. La con-
fianza no se exige; se merece, y yo no he logrado tanto.

—¡Juana!

—Y además que ha sido en mí una presunción vanidosa demandar que franqueases tus secretos de soberano á una muger ignorante y nula por su inesperienza, buena solo para responder á tus triunfos con sus votos de prosperidad, y á tus dolores con los consuelos que su afecto la sujiera.

—Te engañas, prenda de mi corazón. Si he rehusado participarte cuanto me sucede, cuanto padezco y cuanto aguardo, es por ahorrarte las emociones ingratas de mis pesares.

—Y hacías mal, Carlos; pues no obstante que tus cartas nada contenían que no fuese respectivo á nuestro amor, estudiando el estilo, ya he diferenciado las unas de las otras, adivinando las impresiones bajo cuyo imperio escribiste cada cual....

—¡Ángel querido!

—Dos solamente respiran ese aura de bienestar, que se refleja en cuanto rodea al que se siente venturoso: porque hay momentos en que el alma se espacia en la dicha, y en que rebosa la felicidad como el dulce licor de una copa estrecha... momentos en que un avaro sería pródigo en beneficios....

—Es verdad.

—Y momentos por el contrario en que un alma magnánima sería cruel porque una mano feroz de hierro, comprime el corazón, y la desesperación mas negra se enseñoorea de nuestro seno; y en esos instantes en vano fuese pretender revestir nuestro trato de blandura y cortesania, el acibar se infiltra en la falsa dulcedumbre de una forzada jovialidad, y solo se consigue el engaño de los indiferentes.

—Pues bien, hechizo de mi alma, una vez que has adivinado mis ocultos pesares no trataré de guardar reserva contigo, que tanto derecho tienes á mi espontaneidad. En el estado de mi ser es tan dulce depositar sus penas en la confianza de una persona querida!

—Es cierto. Empieza.

—Juana ¡qué diferencia entre lo que pensé acerca de mis reinos, y lo que he visto y tocado! Cuando me embarqué

para Castilla llevaba pocas prevenciones desfavorables; innumerables esperanzas de un fausto porvenir. Las cartas del consejo me indicaban las agresiones de algunos discolos; pero los mismos términos en que se hablaba de estos descarrios bastaban á sujerirme la idea del horror con que miraba al país á los sediciosos. Tenia noticia de ciertos manejos de mi hermano, que deseaban traslucir su impaciente ambicion. Sabia que mi madre se explicara en discursos adversos á mis intereses, y que tanto doña Juana como Fernando estaban sometidos á la instigacion de una turba de aduladores, que creian alcanzar grandes beneficios con escitar en daño mio y de los reinos á una maniaca, y á un púbero engreido en codiciosos pensamientos.

—¡Qué infamia!

—Sabia todo esto, repito; pero juzgué que tan pronto como el soberano apareciese en sus dominios la hidra de la rebellion cayera abatida, y las pretensiones ambiciosas disimularan por no irritar mi cólera. Un hombre solo iba sentenciado en mi mente á desaparecer de la escena política; un fraile franciscano; ascendido por doña Isabel mi abuela, á la silla de Toledo, primacia eclesiástica de España; un plebeyo sobrepuesto á los próceres de Castilla; de un orgullo intratable; absoluto en sus decisiones y terco en sus proyectos; osado en sus advertencias, y que en mas de una ocasion me envió representaciones que hicieron subir la sangre á mi rostro; porque ni el emperador Maximiliano, ni mi abuelo, se hubiera permitido amonestarme con tal aire de autoridad. Despídamos de nuestro servicio al cardenal Jiménez; mudemos la servidumbre de doña Juana; observemos de cerca al infante y completemos las simpatias de nuestros vasallos, dije para mí, y todo concluirá por entrar en su órbita. Mi hermana doña Leonor, jóven de sanas intenciones, no cesaba de disculpar á don Fernando, representándome su corta edad, y el abuso que de sus pocos años hacia la malicia y dañadas miras de algunos intrigantes. Cuando arribamos á Villaviciosa el domingo diez y nueve de setiembre, al apereibir tierra

española, mi corazón palpitó de júbilo, dos lágrimas de placer brotaron de mis ojos, y en aquel momento, Juana, renuncié á todo plan vengativo para mostrarme magnánimo á los que atizaban la discordia contra mí. El cardenal, mi madre, mi hermano..... ¡ni una sombra de resentimiento contra ninguno! A pesar de haberse prendido fuego á un navio de carga de la armada y perecido en él veinte y dos pages, el teniente de caballerizo mayor, y gentes de servicio marino, el obispo Mota quiso entonar el Te-Deum.—No, ilustrisima (le dije) el alborozo público seria una especie de olvido de la catástrofe pasada. Alegrémonos en secreto y bendigamos á Dios del fondo de nuestros corazones.

—Siempre noble y generoso!

—Noble y generoso. Decis perfectamente, Juana. Noble y generoso era el impulso de mi corazón en aquellos instantes, en que todos los pensamientos de odiosidad y desconfianza cedían el campo á la ternura y á la benevolencia. Salieron á recibirme mis nobles y ricos-hombres de Asturias, y todos sus agasajos no pudieron atraer mi atención de tres cosas; la nobleza de aquel país, el orgullo altanero de aquellos hidalgos y la repugnancia insolente con que trataron á la flor de mi nobleza flamenca los rudos habitantes de la mas triste provincia de aquellos reinos....

—¡Es posible!

—¡Pardiez! (continuó el emperador con amargura) tan escasa de recursos es aquella tierra que falto de provisiones mi acompañamiento tuve que ponerme en camino para Santander, y desde allí por travesías infernales pasamos á San Vicente de la Barquera. Allí recibimos la noticia de que agriados por las continuas asperezas del franciscano-ministro, varios señores del consejo con don Antonio de Rojas, arzobispo de Granada, su presidente, venían á elevar á mí las quejas de aquellos procederes insoportables del cardenal, pero esquivando entender todavía en las disidencias de gobierno les hice comunicar la orden de volver donde les llamaban sus cargos. Fray Francisco, remitió á Zapata, Vargas

y Carvajal para poner su descrédito cerca de mí á los querellantes, mas igualmente les ordené volver á ocupar sus destinos. El inflexible franciscano tornó á mandarme otra comision que diese crueles informes de sus enemigos; pero avisado por Chievres de la embajada hice detener á los emisarios del rencoroso prelado. No valió esta segunda negativa de audiencia para que renunciara el imperioso arzobispo á formular sus cargos contra los rebeldes á su tiránico yugo, y aprovechando la ocasion de remitirnos dinero, encargó la conducta de caudales al licenciado Vargas, que apenas insinuó su encargo secreto de prevenir mi ánimo contra los consejeros sustraídos al despotismo de su eminencia recibió la órden de partir al lado de su patrono y dejarnos en paz.

—¡Qué obstinacion!

—Y sabeis, Juana, lo que dijo ese monge atrevido al enterarse de mi firme propósito de no escuchar sus enviados! Chievres, que al momento entabla relaciones y mantiene inteligencias misteriosas, me mostró carta de un consejero, en que se le hacia sabedor de sus descomedidas palabras.—*Un dia vendrá (dijo) en que lllore Cárlos su pertinacia en desoir los avisos de un consejero fiel y desinteresado.*

—Tal vez la malevolencia desfiguró ó supuso...

—No lo creas, Juana, el cardenal Jimenez era el asombro de los españoles por su indomable condicion, su firmeza y su altanería, y para que los Iberos se pasmen de la arrogancia de alguno, es necesario que lleve su dignidad á tal extremo que pareciera intolerable en el mayor soberano de la tierra.

—¡Es increíble!

—Figúrate, luz de mis ojos, un hombre que cifra su ambicion en burlarse de los goces de la ambicion, y vincula su grandeza en esquivar todos los aparatos que trae consigo la grandeza. Figúrate un fraile de la órden austera de S. Francisco, que repugna el cargo de confesor de doña Isabel; que renuncia por dos veces el arzobispado de Toledo; entra en el consejo por mandato apremiante de los reyes católicos, y

al aceptar el nombramiento que en su última disposición hace don Fernando de su persona para la regencia de Castilla, esclama: —«*Faltaba esta espina para mi corona de martirio.*»—

—Era un alma grande, Carlos.

—Sí; pero ferozmente grande; únicamente sublime, como la desprecupacion del estravagante Diógenes. El Franciscano no transigió con las formas de su gerarquía, ni con los miramientos requeridos por la condicion, que aceptara. Puso todo su conato en zaherir el prestigio mundano de su escelsa potestad en el gobierno, con ese desden monacal, que escarnece la opulencia, colocándola en antitesis con la miseria de que hace profesion; prescindió de las contemplaciones que apaciguan las revueltas, y las tácticas prudentes que conducen á preparar el cumplimiento de los fines políticos; importando á la corte el régimen severo del cláustro; exigiendo el sacrificio de voluntad, que basa la disciplina de los observantes, y queriendo sujetar á la *obediencia Franciscana* á cuantos dependian de sus atribuciones. Aquel anciano terrible vivia en un palacio; pero moraba en el aposento mas lóbrego; sin mas cama que una tarima. Le era preciso vestir de pontifical; pero bajo la púrpura llevaba el sayo de su órden, por sus propias manos remendado. En los convites se hacia servir el alimento ordinario de los religiosos de su instituto; legumbres cocidas y pan negro, y sin embargo, de esta humildad esterna, Jimenez incontrastable en sus resoluciones, ataca feudos, señoríos, y privilegios; reprime la turbulencia con mano fuerte, y predomina, pujante, precisando al orgullo castellano á doblegarse al sistema áspero que estableció; no disimulando sus antipatías á la magnificencia y boato cortesanos, y haciendo suceder á la éra caballeresca y galana de mi digna abuela una época triste; de temerosa sumision; de ascético recogimiento.

—¿Qué hombre!

—*Nadie es grande ante el rey*, dice un adagio francés, y aqui se ha cumplido, duquesa; (esclamó la Magestad Cesá-

rea con un desplante poderoso) una carta mia, traducida al español por el obispo Mota, en que mi cólera régia dejaba escapar un relámpago, hizo el efecto del rayo para el cardenal, que sucumbió á su despecho el 8 de diciembre.

—Cárlos, quizá seriais duro con ese buen servidor de vuestros católicos abuelos.

—No, bien mio. En la comunicacion daba gracias por su celoso interes á fray Francisco, anunciándole que me disponia á procurarle el reposo de que tanta necesidad tenian sus cansados años; mandándole acudir á Mojados para despedirle, restituyéndole á su diócesis de Toledo.

—¿Y no os parece que?...

—En paz descanse su eminencia (interrumpió el rey) Castilla quedó libre de un gobernador harto duro; la Majestad de un Consejero solícito hasta la osadía en prodigar sus advertencias. Su órden perdió un escelente relijioso; el colejio de san Ildefonso y la Universidad de Alcalá de Henares un protector dignísimo; la Iglesia de Toledo un Apóstol venerando: sin duda alguna.... Nuestros nobles de España tuvieron un dia de júbilo; no los adversarios declarados, ya por envidia de su poder, ya por despecho de su elevacion, ó ya por las coacciones que les impuso su espíritu dominante, sino los no vejados por sus decretos; hasta los afiliados á su servicio; porque aquel hombre mantenía un pánico terror como elementos de fuerza gubernamental.... Un rasgo solo concluirá de pintaros al difunto rejente, y terminaremos la conversacion á él respectiva. Mi abuelo don Fernando era todo un aragonés; el tipo de la tenacidad; y la personificacion mas completa de la perseverancia en sus propósitos. Tenia por hijo bastardo á don Juan de Aragon, Arzobispo de Zaragoza, y anhelaba ensalzarle á la primacia de España, para lo cual habló repetidamente; pero sin fruto al de Toledo, de vuelta este de su espedicion militar al Africa y tras la toma de Granada, don Fernando prometió á Cisneros hasta los honores de Generalismo de ejércitos y armada, y el feudo señorial mas estenso en Aragon, se concedia en ceder la mitra de Toledo

á su bastardo=No os canseis, serenísimo señor, (respondió con entereza el primado) por ningun título transijo en este punto. En mi convento me estaba: se me brindó y la rehusé: Su Santidad me mandó admitirla: la tengo, y solo Dios, el Papa y mis pecados me la quitarán. «Esto de hoy para siempre.»=

—En paz repose, dijo la duquesa con acatamiento á la memoria de un varon tan singular como le describia don Cárlos.

—Solo el vulgo profesa una especie de veneracion á su recuerdo, como el de un monge edificante, y exento de toda pasion depresiva de su ministerio santo.

—Y aun vos.....

—Yo, como todos sus contemporáneos, reconozco sus altas dotes y sus esclarecidas virtudes.....;Basta del cardenal!

—Continúa, Cárlos, continúa los pormenores de tu viaje.

—En Aguilar del Campo fui recibido por un rey.....

—¡Por un rey!...

—Sí, por el marqués de Aguilar, que en Dios y en mi ánima, mas parecia mi compañero en rango que mi vasallo. Obsequioso hasta la esplendidez, festejador hasta la magnificencia; pero con una majestad, que igualaba á la mia, si no la superaba; como esa entonacion firme y decisiva, propia de los príncipes soberanos. Y no es un orgullo hinchado, un alarde vanidoso de exajerado poder, lo que hace tan irritante la dignidad de esos próceres. Lo ridículo lleva la pena en sus mismas pretensiones descabelladas; mas aquel aire de excel-situd es tan natural; aquellas maneras de emperador son tan fáciles; y la arrogancia de aquellos continentes tan en armonía con sus hábitos y sus menores detalles, que la grandeza mas parece en su natural que en su pasion. Entre las preciosidades de su casa figura una galería de cuadros de marfil en marcos de ébano con nombres de sus antepasados, circuidos de laurel=Señor, (me dijo en aleman, que habla con prodijiosa soltura) cada uno de estos treinta cuadros contiene el nombre de un ascendiente mio, muerto en defensa de su

ley, de su patria, y de su monarca... Aquí están mi bisabuelo, y mi padre, que pereció en Africa, cuatro leguas de Bugia, en la sorpresa de Abderraman y muerto á manos del rey móro, cuando se disponía á cerrarle el paso... ¿Sabeis lo que pido á Dios, alteza?—... ¿Qué? preguntéle yo.—«Qué mis hijos enseñen á los vuestros mi nombre al lado de estos nombres»—

—¡Hidalgo carácter!

—En Aguilar fui visitado por los señores de la cámara, que me ostigaron para que les dejara servir sus destinos; yo, de acuerdo con Chievres, aplacé la cuestion, remitiéndoles á Valladolid, como al contador Fonseca, al obispo su hermano, al comendador mayor de Castilla, y otras dignidades. Aguilar trataba á mis flamencos con despego desdeñoso y cuando le invité á visitarme en Valladolid, para corresponder dignamente á su cumplida hospitalidad, sonrió con cierta malicia, replicando—«Dispénsame vuestra alteza; le sobran cortesanos: yo me reservo para la ocasion de los defensores»—

—¿Y ese tipo es comun en España? preguntó la duquesa con franca admiracion.

—Por desgracia mia, señora, (contestó don Carlos impaciente) Salí de Aguilar y pasé á Becerril, adonde me aguardaba la pura sangre goda: el condestable de Castilla don Inigo Fernandez de Velasco, acompañado de cincuenta caballeros, deudos suyos ¡Qué suntuosidad! ¡Qué fausto! Mis señores de Flandes parecían escuderos de aquellos infanzones. Mis nobles de los Paisés-Bajos apenas podian servir de escolta á los soberbios parientes de don Inigo. Con tan lucido acompañamiento llegué á Palencia y se incorporaron á la comitiva un escuadron de caballeros, compitiendo en bizarría y boato... Todos con esa gravedad señorial, que rinde homenaje sin rebajar un punto de su fuero en obsequio del poder que se halaga.... Todos en una regularidad severa que por ningún título prescinde de sus turnos: el dignatario antes que el prócer; el prócer antes que el señor; el señor antes que el caballero; el caballero antes que el noble; el

noble antes que el hidalgo; el hidalgo antes que el caballero pardo. Nada de apresuramientos que indican la solicitud agasajadora: Nada de ese tumulto, que rompe las leyes de la etiqueta al impulso de una escitacion entusiasta.... Todos en su círculo sin discrepar un ápice de su conducta; ni dando mas acatamiento que el debido á sus superiores; ni permitiendo á sus inferiores un punto menos del rendimiento servicial, á que les dá derecho su categoría.... Todos, viejos y jóvenes, principales y medianos, conspirando á presentar un todo de perfeccion admirable sin duda; pero estrictamente ceremonioso.... Todos instruidos de las atenciones, que deben guardar y las que deben exigir; obrando esclavos de formalidades sin escepcion, y circunscritos á su esfera sin permitirse, ni permitir estralimitaciones de ninguna especie.

ob.—¡Admirable órden! Habeis dicho bien.

ob.—En mis estados de Flandes las gerarquias no encierran á los que distinguen en una órbita insuperable; ni comunican á la corte ese aspecto austero y de monótona irregularidad. En una palabra, hay esa diferencia de buen gusto, esa variedad curiosa de un trato mas abierto; infinitamente menos restringido por opresoras fórmulas. Uno es galan y decididor; otro grave y profundo. Aquel, agrada por la libertad de sus conceptos; es otro, por la delicadeza de sus lisonjas. Tal se distingue por la espontaneidad de sus sentimientos; cual por su hábil disimulo.... En Castilla no gozais del placer de las diferencias: todos parecen iguales, porque todos están preocupados de una propia idea: lo que significan: lo que deben dar á los demas; lo que han de exigir para ellos. En Castilla, el rey conoce á sus nobles á la segunda vez que los vé congregados: el que tiene derecho de cubrirse ante la magestad real, apenas inclina la cabeza; el dignatario la inclina ligeramente y torna á levantar su frente orgullosa: el prócer la inclina por dos veces; tres el señor; los caballeros la tienen inclinada hasta que su alteza pasa ó se sienta; los nobles é hidalgos doblan la rodilla: los caballeros pardos la hincan en tierra.... pero en todos aquellos rostros hay una

espresion reposada y de una tranquila dignidad, que exaspera por que parece que nadie tiene suficiente poder para turbar aquella calma; que no hay grandeza que admire á los españoles; que no hay majestad que perturbe aquellos ánimos.... El griego decia:—«*Roma es el pueblo rey.*» De los reinos que me dan el dictado de católico diria con razon:—«*España es un pueblo de reyes.*»

—¿Y esa galanteria tan ponderada?

—Esa galanteria española está muy lejos de consistir en las tiernas prevenciones, en el gesto acariciador, la afabilidad, ni el apasionado rendimiento. Ninguna de las formas graciosas de la cortesania, ninguna de las afectuosidades lisonjeras que en las córtes de Europa acompañan los tributos caballerescos á la beldad, son conocidas en aquellos países.... Un noble castelleno romperá cien lanzas sustentando la preza en hermosura de la dama que adora, y morirá de amor á los pies de su bella; pero no comprometerá su arrogancia ni rebajará su altiva apostura con osbequiosos halagos, que truecan la fuerza masculina en muelle abandono, en apasionada languidez....

—Cárlas, siento involuntarias simpatías hácia esa nacion que tienes la gloria de regir.

—Doña Leonor, mi hermana, marchaba tras de mí por el camino de Becerril á Palencia, entre Croy y Fernandez de Velasco. De repente cae de sus manos una rosa, y Chievres, veloz como el pensamiento, se arroja de su caballo, la coje, monta con estremada celeridad, se adelanta algunos pasos á la infanta, la presenta la flor rehurtando su brioso corcel para que doña Leonor pasara, y torna á entrar en linea entre los estrepitosos aplausos de los flamencos alborozados de la presteza, gallardia, finura y bizarro alarde de su jefe. Caminando de Palencia á Tordesillas, doña Leonor iba en litera entre dos hermosas mulas de Almagro, por no haber yo permitido cabalgase por travesias tan ásperas y de pasos tan difíciles. La senda que ibamos siguiendo estrechaba, elevándose hasta una especie de cordillera, cuyos costados for-

[The text in this image is extremely faint and illegible. It appears to be a page of a document with multiple lines of text, but the characters are too light to be read. The layout suggests a standard paragraph or list of items.]



C. MA

L. G. P. A.

Carlos V.
lám. 5.^a

maban dos derrumbaderos. De repente tropieza una mula en lo alto de la peligrosa eminencia. Mi hermana lanza un grito de terror. Azómase por la ventanilla, se vé suspendida sobre la pendiente, y retrocede dejando caer su bordado pañuelo. Yo distraído en plática de caza con Borrebot, me vuelvo y miro á un hombre que se arroja con su caballo de la altura á la escabrosa sima....

Juana dejó escapar una esclamacion de viva sorpresa.

—Ginete y caballo parecian el génio de la tempestad arrebatado en los remolinos de una tromba: Perséo que se arrojaba al vacío en el aligero Pegaso... Un alarido general sirvió de intérprete al espanto de la comitiva. Yo mismo exclamé.—«¡Se mata!» y caballo y caballero, como centella desprendida de la nube: como exalacion que atraviesa rauda el firmamento, perdiéronse en el precipicio entre la maleza.... —«¡Es don Iñigo: es el condestable!»— repetian todos. —«¡Se ha desbocado su caballo! ¡pobre Fernandez de Velasco!»— decian algunos. Continuóse el camino en medio del sombrío silencio de tan hórrida preocupacion, despues de dar yo mis órdenes para que cuatro monteros de Espinosa corriesen á explorar lo acontecido al condestable en su caída y á prestarle los auxilios á que hubiese lugar. Descendiamos de una altura por una pendiente mas ancha y suave, cuando esclamaciones de asombro en la cabeza del acompañamiento llamaron mi atencion. Figuraos mi admiracion, Juana, viendo al condestable á pie, pálido pero sereno: descompuestos los vestidos, arañados rostro y manos por los zarzales y abrojos que ercian en el fondo de la sima, sin capacete ni capeta, rasgada la ropilla por la espalda, teniendo el pañuelo de Leonor en actitud de presentarlo; la mirada tranquila; la frente sin una nube de disgusto por el riesgo pasado, sin un erguimiento arrogante por su hazaña. El caballo quedaba espirando fracturadas las piernas en la suerte en que su temerario dueño le precipitara. El brioso animal pudo sostener el equilibrio mientras sus herraduras encontraron una saliente, una piedrezuela en que apoyarse

y rebotar, descendiendo sin volcarse al abismo hasta muy cerca de las malezas; pero allí, haciendo hondonada el terreno en que aunque dificultosamente había logrado apoyar sus cascos, y no siendo posible contener el impetu de su descenso, cayó sobre sus piernas quebrantadas y cayó sin abrumar con su peso al jinete, que sueltos los estribos, asido á las crines, con las rodillas afianzadas á su cuerpo, tuvo serenidad bastante para esquivar el choque saltando del malparado bruto al fondo del precipio. A poca distancia vió el pañuelo: recogióle, y sin atender al capacete y capeta que se dejaba allí, trepó por la falda de la colina paralela á la peligrosa cordillera que atravesábamos, y corrió á situarse al encuentro de la comitiva, pasando por un puentecillo de madera que reunia los caminos separados por el derrumbadero.

— ¡Bien por el condestable!

— Doña Leonor al pasar cerca de don Inigo que le alargaba su pañuelo, le preguntó: — *¿Os habeis lastimado?* — No señora, contestó con la mayor naturalidad. El pobre Almanzor ha pagado por mí: el cielo os bendiga. — Y saludando con profundo respeto, dió dos pasos atrás para dejarme libre la travesía, y á poco tornó á incorporarse al acompañamiento con el sombrero, la capa y el corcel de uno de sus deudos. Los españoles no hicieron demostracion alguna de entusiasmo. Lanoy, mi caballerizo, dijo al marqués de Villena: — «Bravo es el señor condestable.» — «Sabe cumplir con los deberes de un caballero,» respondió el marqués con indiferencia, y cuidado que es su íntimo amigo y no seria por envidia de su arrojo.... ¡Qué orgullo! ¡qué orgullo, querida Juana!....

— ¡Te dejas arrastrar por prevenciones injustas! Eso es mal hecho, Carlos; interrumpió la huérfana en tono de cariñosa reprehension.

— Quizás aciertes, tesoro de mi alma; (contestó el soberano con triste indolencia). Es un defecto de mi organizacion; un legado del seno maternal. Juzgó apasionadamente

como la muger; las primeras impresiones obran en mí con imperio, y amo y odio con vehemente imprudencia. Pero la educacion logrará corregir estas propensiones á términos exagerados....

—Lo conseguirás, amor mio; (replicó la Cantadora con inefable ternura) tienes el primer elemento para alcanzar la perfeccion completa: la modestia de la docilidad.

—Llegué á Castilla, y todo se ha conjurado para formar téticas ideas de los hombres y de las cosas; (añadió el rey católico con fatigoso acento). Hasta el idioma del pais excluye los sentimientos confidentiales; se niega á las satisfacciones de la intimidad; resistese á la espresion amigable....

—Oh! Pues todos convienen en que el español es una hermosa lengua.

—Hermosa; habla sin rival; magnífica como su matriz la latina; elocuente como la arábiga, su aliada....

—Pues entonces....

—Comprendo perfectamente su índole y sus giros; entendiéndola por entero, aunque tenga dificultades en su pronunciacion, y répugne producirme en idioma tan abundante con escaso caudal de palabras. La lengua de Castilla es grave, sentenciosa y está llena de imponente majestad. Abunda en voces de una armonía imitativa sorprendente; vocablos sonoros, y de una significacion tan precisa como determinante. La fraseología es rica y cuando crees espresar una idea, encuentras, merced al genial elevado de la dición, con que sublimaste tu sencillo pensamiento al rango de los *apoteqmas*, ó dichos notables; porque el concepto usual se convirtió, gracias á la elegancia ingénita del idioma en proverbio. Si escuchás á los españoles hablar entre sí juzgarás que repiten las órdenes imperiosas de un dominador; tal es la fuerza, concision y timbre heróico de su habla. El español que te dice—«*Dios le guarde*»—mas parece que te manda, que te saluda.

—Una súplica simula á los oidos del estraño un precepto...

—Siempre la prevencion!

—Oh! Juana: no es la prevencion ahora. Lo digo con toda la buena fé de que es capaz un ánimo franco, y que no desconoce los medios de elevarse de la atmósfera mezquina de preocupaciones, y meros impulsos. El francés se presenta maravillosamente á las hidalguias de las conversaciones amistosas. El italiano responde de una manera divina á la expansion de las emociones amantes. El aleman es el lenguaje mas á propósito para escitar impresiones rudas y violentas. El inglés conviene á las pláticas árduas, y á los asuntos dificultosos.... El español! Debiera ser el idioma de los reyes.... Mas aun; el idioma del hombre para con Dios.

—¡Cárlos!!

—Juana; proposiciones que en otra lengua pasarian desapercibidas; dichas en español, hieren, y os rebelan contra su terminante significado. Yo quisiera que entendiéseis... que pudierais apreciar en todo su valor el testo de una súplica ó voto de las córtes de Valladolid, en que se me pedía concluyera de familiarizarme con el castellano.... Es imposible traducir este período.... No concebireis cuanto encierra desecamente apremiante.... cuanto incluye de imperativo....

—¿Y qué es ello?

—La demanda octava de los procuradores de las ciudades y villas de mis reinos, que conservo impresa en la memoria entre otros pedidos á cual mas osados y decisivos.... En Francia, en Flandes, en la misma rústica Alemania, se me hubiese dicho—«la nacion que se envanece con vuestro régimen; la monarquía que favorece la Providencia con vuestro mando; los pueblos que cifran en vos sus faustos destinos, se atreven á esperar de vuestra benigna complacencia se apliquen á conocer su habla nativa, para la mejor expedición de los negocios públicos, y á fin de que....»

—Y bien ¿en Castilla?...

—En Castilla, señora (prosiguió el monarca) se afecta ignorar esas lisonjeras formas, que testifican las contemplaciones de un respeto, que estudia la mas cumplida insinuación de sus homenajes á la supremacia de poder. En Castilla

se hace gala de un laconismo indiferente con la propia magestad. En Castilla.... ¡Ira de Dios!... se formulan paladinamente las exigencias populares, y del procerazgo; tratando al rey de potencia á potencia.

—¡Cuanto han irritado tu orgullo, fogoso jóven! exclamó Juana, sobrecojida de miedo al notar la escitacion colérica de don Carlos.

—Vamos (repuso con la vivacidad de una ira hirviente el César electo) yo no hallo voces con que haceros una version de esa demanda, que os hago concebir su torpe irreverencia.... Aver si acierto.... Dicen mis buenos procuradores— *«Que sea servido hablar castellano, porque haciéndolo así sabrálo mas presto, y podrán entenderle mejor sus vasallos, y él á ellos.»*

—¡Asi os lo dijeron!

—Las córtes, Juana, son la humillacion de los príncipes de Castilla, y cuando las sesiones de ese poder del estado cesan, librando á los reyes de sus exigencias descomedidas, quedan las rivalidades eternas entre la aristocracia mas audaz del continente; las demasías continuas de un estado llano, encastillado en cartas de privilegio y exenciones, que hacen de cada ciudad, de cada villa, un señorío aparte, ó ya una república federal.... Toledo, Valladolid, Segorbe, Salamanca, Sigüenza, Segovia; cada capital de estos pueblos castellanos tienen su carta constituyente; su consejo de nobles; sus diputados de la plebe; sus cuerpos gremiales; sus tercios; su jurisdiccion mas ó menos privilegiada; sus franquicias; su industria privativa.... Aquí no teneis derecho de alojar vuestros soldados, ni exigir bagajes para el transporte de efectos y pertrechos de guerra. Allá violais las inmunidades de San Fernando ó de Alonso onceno entrando á perseguir un malhechor asilado en los muros. Acullá se rehusa recibir al mismo rey sino jura á las puertas de la ciudad las libertades y cédulas de franquías, que la necesidad de atraerse la adhesion de los pueblos inquietos ó dudosos arrancaron á imperantes débiles. Hasta existe poblacion, cuyo municí-

pio os espera á la entrada de su sala de sesiones; os hace descubrir, y estar de pié, mientras los concejales toman asiento, caladas las gorras, y os dicen—«Nos, que valemos tanto como vos, ó ayudados podemos mas que vos—»

—¡Es posible!

—Pero yo tengo en el pensamiento acabar con todas estas desigualdades, que obstan á la unidad de accion. Todas estas ruedas que girando en diversas direcciones se chocan, se embarazan, é introducen la confusion en el gobierno de la máquina politica, yo las haré rodar sobre sus ejes en el propio sentido; yo lograré uniformar las costumbres aniquilando las distinciones entre hijos de un mismo suelo patrio, y vasallos de un propio monarca: no llevaré mi empresa hasta pugnar por destruir las distancias que dialectos diferentes, hábitos distintos, condiciones opuestas, y sistemas diversos, establecen entre el navarro y el valenciano; entre el catalán y aragonés; pero en un rádio de treinta leguas no consentiré que una ciudad entre en la esfera comun de las monarquias, mientras una villa goza preeminencias de estado independiente; que los fueros de un pueblo se limiten á las necesidades de buen réjimen, en tanto que los de otro la ascienden á la esfera de emancipación de los cantones helvéticos....

—¡Cuánto habéis padecido en vuestra natural altivez!

—Demasiado, Juana: pero me consuela la expectativa de un grandioso porvenir que me promete un dia de gloria por cada minuto de amargura.

—¡Dios te conceda realizar tus grandiosos planes!

—Mira, sol de mi esperanza, (dijo el jóven César con amorosa confidencia) He preponderado contra todos mis rivales en la pretension de la corona imperial, y el despecho y las prevenciones apresuradas de mis contendientes me prueban que comprendén la importancia del poder, que la suerte pone á mi disposicion. Como rey de España soy rico hasta la maravilla; porque un mundo virjén abre los veneros de una riqueza inagotable para rellenar mi erario. Como príncipe

flamenco tengo un puesto avanzado al centro de Europa; verdadero nido de águila, desde el que paseo mis pupilas por la faz de nuestro territorio; roca en medio de esta sección del globo desde donde el águila de dos cabezas puede lanzarse con su hambrienta familia sobre la presa que señale su voracidad. Como emperador de Alemania presido al congreso régio, y sostengo en mi diestra la balanza de los destinos de todo el continente. El orgullo de la grandeza española; el consentimiento presuntuoso de los nobles, las pretensiones abusivas del pueblo, ponen á raya mi potestad como soberano español. La rebeldía y la escitacion de algunos emisarios del malévoló y envidioso Valois, perturban hoy mis tranquilos Países-Bajos. El desorden de una larga vacante de la soberanía suprema; las intrigas de no pocos príncipes avaros, y que medran á favor de los disturbios; las inteligencias de muchos perturbadores aventureros con los despechados émulos de mi fortuna, y la insolencia de una plebe, alentada por charlatanes y agitadores, revuelven á Viena y parte del imperio en motines y organizada facción.... las cuestiones relijiosas se complican, llegando á punto de ser inconjurable la ruptura, en cuyo caso la identidad de creencias, fundamento de las grandes asociaciones, sucumbirá al embate del cisma; privando al imperio de un elemento de fuerza, quizá el primero. ¿No es verdad que todo parece augurarme ruína? ¿No es verdad que todas estas coronas aglomeradas sobre mi cabeza amenazan hundirme á su peso abrumador?...

—Oh! pero tal vez....

—Pues no es así, Juana; lo futuro lo acreditará. Mi período de honor es llegado; la éra de supremacía, porque tanto suspiré, vá á inaugurarse.

—¡Bendita vuestra fé, señor! ¡mil veces bendita!

—Aun breves dias de prueba, y luego la gran obra. El mundo sabrá quien es el hijo de Felipe el hermoso. Mi estrella, eclipsada un momento, tornará á lucir con espléndidos fulgores. Yo nací sin esperanzas de heredar á mis cató-

licos abuelos; porque Miguel de la Paz, hijo de don Manuel de Lusitania y mi tía doña Isabel, era un niño bien conformado y robusto. Llegan á noticiar á mi escelsa abuela mi nacimiento en la fiesta del santo apóstol Matias, y esclama con súbita inspiracion=*Cedil sors super Mathiam*, Lorenzo Miniate, famoso astrólogo napolitano, me vaticina á la faz de Europa que seré el mayor capitan y el mas venturoso conquistador del siglo. Mi abuelo empieza á trabajar en mi favor, sintiendo cercano el término de sus dias, y avisándome de sus tareas para asegurarme la púrpura imperial me escribe=*Nada temais, mi buen hijo. Pedro Zanel, mi cabalista, no cesa de repetir que subireis al solio de Cárlo-Magno*= No hay adivino, zahori, ejipcio; desde el astrólogo de un rey hasta la quiromántica viandante que no me prediga igual brillante sino=*¡gloria y grandeza!*=

—Si el espíritu de los moribundos es atendible, Cárlos; si la voz del que confina con la tumba tiene algo de profética.....

—Juana.....

—Yo siento en mí una secreta convicción de tu prosperidad venidera. Yo veo mas allá del presente trabajoso en que luchas un horizonte sin límites de bonancible calma. Yo no puedo resistir al movimiento interior, que como una inspiracion de lo alto, me impulsa á repetirte las dos palabras, que simbolizan tu carrera en lo sucesivo. Yo obedezco á las sugestiones de mi conciencia, que lee tu horóscopo, reasumido en esas palabras=*¡Gloria y grandeza!*....

—Amor de mis amores, (replicó el bizarro mancebo) Un beso á tu frente, que oculta un tesoro de viva inteligencia! Un beso á tus labios, que profieren palabras tan halagüeñas!

La frente y los labios de la Cantadora recibieron dos ósculos apasionados del imperial jóven. Juana se estremeció de placer

—Encanto de mi vida, (continuó el nieto de los reyes Católicos en el extremo de su júbilo) para tí mi grandeza ¡para tí mi gloria!

—Un gesto de doloroso decaimiento reemplazó á la primera sensación de alegría que animó las facciones de la huérfana, cual la luz fugitiva del relámpago la oscuridad de un cémit envuelto en espesas nieblas.

—Cárlos embebido en sus pensamientos de dominacion y soberbia preponderancia no descubrió la breve duracion del alborozo, que produjera en el ánimo desfalleciente de su amada.

—Bien mio, (prósiguó don Cárlos cada vez mas espresivo en su entusiasta adoracion).

—Tengamos fé, y marchemos juntos á la felicidad.....

—Sigue tu relato, mi noble emperador.

La escitacion gozosa del adolescente espiró en su fisonomía, como en la de su manceba.

El recuerdo ingrato de sus reinos en discordia, y de las contrariedades, suscitadas á sus primeros pasos en la senda del poder, le arrancaron á la plácida ilusion de sus venturas en perspectiva encantadora; hundiéndole en las sombrías reflexiones de sus azares y angustiosa situacion.

El nieto de Maximiliano de Austria se tornó ceñudo, y al continuar la conversacion su tono recobró la dureza de las esplicaciones ingratas.

—Sigo la abandonada cuenta de mis humillaciones en Castilla, dijo suspirando hondamente.

—Si te cansa ó incomoda...

—No (apresuróse á contestar el César, no sin cierta irónica amargura), me conviene traer á mi recuerdo incessantemente los agravios, las lesiones á mi altivez, que he devorado en secreto en esos paises; tanto porque mantienen firme la resolucion de someter á un gobierno vigoroso y regulador implacable tantos elementos de contradiccion y disonancia; cuanto por justificar esa prevencion, que tachais de injusta...

—Yo no he dicho que...

—Déjame proseguir, idolo mio; déjame proseguir. No hubo fiesta ni regocijo, destinados á solemnizar mis dias de

buena recordacion, que no fuesen perturbados en su contento por circunstancias trágicas de mal augurio. Por Navidad se dispusieron divertimientos públicos en Valladolid, justas, torneos, pasos de caballería, y lidias de toros. La concurrencia de altos personajes; gente bien acondicionada de los pueblos comarcanos, y menuda plebe fue inmensa, teniéndose que espulsar de la ciudad un sobrante de poblacion que incomodaba al vecindario, y á los forasteros que ya se procuraron cabida. Vistasas estuvieron las lizas; curiosos los lances de las contiendas; lucimiento imponderable obtuvieron los señores que tomaron parte en los festejos: pero no habian trascurrido quince dias, no habian desalojado la egregia ciudad la mitad de los curiosos huéspedes, que atrajeran sus caballerescos ejercicios, cuando *la peste negra* invadió á Valladolid, haciendo horribles destrozos; habiendo familia de veinte individuos que estinguió en un solo dia...

—¡Qué desolacion tan espantosa!

—El catorce de marzo tornó á celebrarse justa real en Valladolid, y cuando por la suntuosidad de los aprestos, por la hidalguia de los justadores, y mi presencia como lidiador en el palenque, todo prometia orden, bizarría y alborozo, convirtiéronse tan bien fundadas esperanzas en tétricas realidades. Quedaron contusos muchos; fueron heridos de mas ó menos gravedad bastantes, y siete perecieron á botes de lanza.

—Pero esas catástrofes...

—Esas catástrofes no pueden ser castigadas, aunque haya lugar á la sospecha de que la venganza palió su golpe en los alardes belicosos de la liza cortesana, y por mas que en esta todo induzca á persuadirme que los cuatro flamencos, derribados sin vida, han sido víctimas de pasiones envidiosas; como los tres castellanos sucumbieron en espacion de aquellas derrotas á manos de los justadores de Flandes.

—¡Sangrienta colision!

—El vulgo no está lejos de semejante sospecha, y el de Castilla que reduce á cantares las honrosas efemérides, los

sucesos de alta importancia política, los acontecimientos de cuenta, repite:

Justa y zambra se preparan

allá por Valladolid,

donde Flandes y Castilla

sus fuerzas han de medir.

Madre, por Dios, non vayades;

no suceda por allí

lo del bando Abencerraje

contra del bando Zegri»

—Justadores vengativos, allí conocidos ¿No es esto?

—Abencerrajes y Zegries; bandos moros que escandalizaron á Granada con sus rivalidades: se dieron batalla cruenta en el palenque de los justadores, y perdieron el último reino musulman de Andalucía. Todas estas desgracias que turbaron mis jovialidades, y envenenaron mis satisfacciones, eran el anuncio de las repetidas pruebas á que iba á someterse mi sufrimiento. El infante don Fernando, que salió á recibirme á Valladolid, en vano pretendió disimular su despecho por la postergacion á que mi presencia le reducía. Acostumbrado á figurar como representante de la régia estirpe en todos los actos públicos, no podía resignarse á un rango secundario y satélite del astro nuevo, giraba desesperado en la órbita trazada en la esfera de la escelsitud para los inmediatos al trono. Mi madre, falta de juicio, seducida por... En fin, doña Juana no era muy afecta. Los embajadores del rey Francisco vinieron á demandarme la Navarra para Enrique de Albret, hijo del hereje don Juan: dejando traslucir las intenciones hostiles de su soberano. Dilaté la respuesta, y pude aplazar para mejor dia la contestacion á demanda tan imposible de satisfacer, como injusta despues del tratado de Noyon. Llegaron las córtes. Los procuradores se juntaron en San Pablo, y tornaron á resucitar la cuestion de si me habian de jurar por rey, en vida de doña Juana, mi madre y señora; de si admitido por rey, en encabezamiento conjunto de las reales provisiones el nom—

bre de mi madre y el mio, se me debia exigir jurase los Capítulos del rey católico en las còrtes de Burgos, año de 1511, antes de jurarme los reinos. Zumel, un doctor burgalés, hombre de condicion áspera y de ágrios humores, procurador de Burgos, propuso no fuesen recibidos extranjeros en el congreso, y se espresó en términos violentísimos contra los nobles de Flandes, tratándolos como á gentualla [de infimo valer, indigna de penetrar en el seno de la representacion pública.

—¡Y los flamencos sufrieron tal baldon!

—Y ¿qué habian de hacer? Los diputados son inviolables. Cualquiera clase de satisfaccion que tomaran del insulto, me esponian á un choque con la ciudad representada. Servidores leales, sacrificaron su honra al reposo de su rey. Pasaron cosas notables entre el obispo Mota, Garcia de Padilla, Croy, y Zumel; resultando que el doctor de Burgos no cedió el terreno ni á las amenazas ni á las promesas de acrecentamiento de fortuna; hasta que en mi presencia repitió su insolente proposicion—«*Jurad nuestros fueros, y los capitulos de las còrtes de Búrgos, y os juraremos de seguida*—».... ¡Rayo de Dios! De buena gana me hubiese despojado por un momento de la investidura real, para chocar de hombre á hombre con aquel osado hidalgo, para ahogarle entre mis brazos: para destrozár aquel pigmeo que ponía condiciones al ungió de Dios.

—Cárlos, esos anhelos....

—Son indignos de mí, por eso los sepulté apenas se manifestaron. Todos los procuradores me juraron á escepcion de Zumel; Mendoza, y Medrano, procurador de Granada, y el de Salamanca don Pedro de Acuña. Cuando fueron á jurar los grandes moviéronse altercados gravísimos sobre haberlo hecho antes los procuradores que la nobleza: no haberseles citado en forma, y no deber prestar sus homenajes sino en fiesta relijiosa de preminencia. Por fin convinieron en hacerlo el domingo siguiente. Verificada la jura, entraron las pretensiones, formuladas por mis reinos—Que mandase

guardar lo que á doña Juana se debía.... Que don Fernando no saliera de España.... Que no confiriése empleos, dignidades ni oficios á mis buenos vasallos, de Flandes.... Que Arévalo y Olmedo, dados en señorío á doña Germana de Foix, viuda de don Fernando de Aragon, tornasen á la corona.... Que permitiese testar á los clérigos para evitar que la curia romana se apoderase de sus bienes.... Que vedase las mandas á monasterios, hospitales, y cofradías, para evitar á el monstruoso enriquecimiento de los institutos pios.. Que repremiera los abusos de la inquisicion, y velase porque no causara agravios inmerecidos.... Que mandase cumplir el testamento del cardenal.... Que no permitiera la saca de moneda....

—¿Y terminó en paz el asunto?

—Terminó en paz (respondió don Carlos con sarcástica intencion) mudé por completo la servidumbre de doña Juana, y don Bernardo Sandoval y Rojas, marqués de Dénia recibió el encargo de rodear á su alteza, la viuda del archiduque Felipe el hermoso, de hechuras suyas en sustitucion de los desleales sirvientes, que hacian del palacio de Tordesillas un foco de insurrecciones contra la seguridad de mi gobierno.

—El infante....

—El infante confinado en Aranda de Dueró, y vijilado muy de cerca por mis allegados, se espresaba en términos que esplicaban harto vivamente el enojo de sus frustrados cálculos; obrando de una manera inconveniente y desatentada. En consecuencia salió de España con el pretesto de gobernar á Flándes y *minheer Beurren* mi mayordomo mayor se embarcó en su compañía, en espionaje celoso de sus actos, y con encargo de participarme el primer paso descomedido; el primer conato de desobediencia á mis preceptos. Verificóse el matrimonio de doña Leonor con don Manuel de Portugal. Continuos alardes de altiva dignidad de los próceres han mantenido en irritacion la profunda herida de mi régio orgullo. Celebrando capitulo de la órden del Toison concedi

la condecoracion borgoñona á los principales señores de Aragon y Castilla, y habiendo ofrecido el áureo vellocino al conde de Benavente, contestó que tenia en mas las órdenes y blasones de su patria que las honras extranjeras.

—¡Insolente respuesta!

—Las libertades que conducen á prestar un brillante testimonio á la verdad ó á la justicia, yo las comprendo; las admiro, y las he respetado en el conde de Nassan, cuya rudeza militar no le permitia consideraciones en sus consejos; pero esos descaros, fruto de la vanidosa jactancia, y de la osadia mas impudente, hacen estallar al hombre de paciencia acrisolada....

—¿Qué respondisteis?

—Reprimí mi primer ímpetu de indignacion, y aparentando la mayor sangre fria dije dirijiéndome al condestable Fernandez de Velasco y al duque de Alba—«Señores, Cárlos el Temerario, duque de Borgoña, mi bisabuelo, fundó esta órden: los héroes no legan su patrimonio de gloria mas que á los héroes—»

—Sereis grande, Cárlos de Austria. Vencereis á vuestros contendientes, porque sabeis venceros á vos mismo: el mas dificil de los triunfos.

—Murió Maximiliano primero, y aqui entra la historia de mis sacrificios, de mis impaciencias, de mis fatigas y laboriosas combinaciones. Aqui principia la crónica de los manejos torpes y reprobados con que se ha querido dejar burladas mis lejitimas aspiraciones. Aqui tienen demarcado su orijen los sufrimientos de mi espiritu; esos sufrimientos que han trocado la espresion benevolente de mi fisionomia en severidad y ceño: la sonrisa franca del archiduque en la sonrisa formularia y sin verdad del emperador, rey de romanos... sufrimientos disimulados, que han trazado una arruga en mi frente, símbolo de la meditacion penosa; huella del recóndito pesar.

—Sigue tu interesante relacion, mi noble y generoso Cárlos.

—Dejemos las germanadas de Valencia, revueltas plebeyas contra el tiránico despotismo de soberbios próceres; dejemos las reclamaciones poco respetuosas de las ciudades contra el arrendamiento de las rentas públicas; la resistencia de las iglesias á pagar el décimo de sus propiedades, que me fué concedido por el Sumo Pontifice; menospreciando la censura *cessatio á divinis* que por via de apremio las fué impuesta, y espresándose con una enerjia imponderable. En todas las conjuraciones, sorprendidas en España, ya disfrazados sus objetos con la invocacion del nombre de mi madre; ya con el de mi hermano; ora con el sosten de los fueros del comun; ora con los capitulos de las córtes de Burgos; en todas, figuraba como primer instigador al desórden y faustor de la rebeldia Francisco de Francia.

—¡Es posible! ¡Un rey!

—Un rey pérfido y malvado, que siguiendo las huellas del miserable Luis Onceno, favorece los complots facciosos en mis dominios, como el hipócrita devoto, deshonor del trono francés, atizaba la discordia en los estados de Carlos, el bravo, el leal borgoñon. Un rey que no se desdeña de contar como agentes de la insurreccion con la gente de peor ralea, y hasta les escribe, alentándoles en las turbulentas faenas. Juana, no seré feliz hasta el dia en que reduzca á Francisco de Valois á la mas amarga de las condiciones; hasta la hora en que pise los laureles de Marignan como un harapo; hasta el instante que á la faz de Europa humille á ese presuntuoso, que se reputa el hombre de su era; porque la fortuna le ha quitado del frente los únicos obstáculos de su ficticia brillantez.

—Don Carlos, exclamó la huerfana con meloso acento, tratando de templar la furia de su augusto amante.

—Pensando en la guerra, como medio de acrecentar mis reinos por conquista en las costas de Africa; como expediente para fijar la atencion pública, y desviar los ánimos de las agitaciones intestinas, y por amor á la nombradía belicosa, puse al mando del entendido almirante Hugo de Moncada sesenta navios y trece galeras equipadas con superabundancia,

con lucidísima gente de infantería y caballos para el desembarque en aquellas playas enemigas. Francisco frustró empresa tan bella, moviendo alborotos en Nápoles y en Sicilia, y haciendo maniobrar en amagos repetidos los tercios del traidor Pedro Navarro; forzándome á emplear en defensa de mis posesiones italianas las fuerzas destinadas á tomar la ofensiva en las costas de los Berberiscos.

—¡Poco generoso émulo!

—En cuanto adverso, me suceda anda recatada la mano fatal de ese perpetuo enemigo de mi reposo. No se da una voz sediciosa en mis provincias que no haya recibido la prévia instruccion de ese adversario, mañoso en ruines complicaciones. No hay suceso lamentable en el curso de mis cortos ensayos régios, que desentrañado deje de reconocer por orijen los emisarios secretos, los estímulos, la cooperacion, el oro corruptor de la Francia.

—¿Y estás seguro de esa mala obra? ¿Completamente seguro?

—¡Pardiez! (replicó el César) poseo las pruebas mas palmarias de proceder tan inicuos; correspondencias de Francisco con rebeldes de las últimas filas del populacho; instrucciones de su puño y letra, sorprendidas á misteriosos agitadores.

—¿Y esos documentos?

—No se les arrojó á la cara, acusándole ante Dios y el mundo de rey sin fé, caballero sin pundonor, y hombre sin decoro; porque necesito llegar al punto de donde debe partir mi fortuna militar y política, y para esto es menester la paz; aunque sea comprada con la resignacion á los mas duros desacatos; aunque tenga que cerrar los ojos á insultos manifiestos; aunque me imponga el deber de acallar los sentimientos de mi corazon... Pero todos estos sacrificios tienen su precio, y por la salvacion de mi alma, que han de costar muy caro á mi digno hermano, el de Valois.

—En vuestro dia de grandeza y gloria olvidareis todos esos rencores de hoy, como impropios de la supremacia que alcanzais.

—No; (repuso don Carlos con absoluta firmeza) porque mi día de grandeza y gloria será el día en que abata la soberbia de ese rival aborrecido y dome la insufrible arrogancia de mis rebeldes magnates. Hasta entonces no tendré mas que un cúmulo de escelsos títulos, sin verdadera preponderancia. Derechos sin hechos son bien poca cosa. Francisco será mi víctima, que inmolaré sin piedad á la satisfaccion de mi dignidad vulnerada; Francisco está destinado á ser el poro de Alejandro, el Pompeyo de César.... Esto lo veo al nivel de mi engrandecimiento futuro.

—¿Y no te es posible prescindir de lo pasado, y poner coto á las hostilidades de tu rival con el nuevo poderío que obtienes, sin necesidad de una lucha á muerte en que juguéis corona contra corona?

—Imposible Juana, imposible. Los términos de nuestro desacuerdo no son capaces de transacion. Francisco se empeña en que devuelvan la Navarra á Juan de Aburet y yo no debo consentir en la devolucion de un feudo, que con tan lejitima razon poseo en plena soberania: afeándome como una usurpacion la tenencia de Navarra retiene la Borgoña, que el infame Luis Onceno unió á sus estados contra toda ley divina y humana. El guarda el ducado de Milan sin investidura, negando el feudo al imperio; mientras se querella de la falacia de Fernando Quinto, que despojara á su predecesor de la corona de Nápoles, y en tanto que fomenta de callada las disensiones en mis dominios, sostiene públicamente al duque de Güeldres, enemigo capital, y hereditario de mi estirpe.

—¡Funesta animosidad que promete dar de sí los frutos mas acerbos!

—Juana, un instinto secreto me advierte que he de salir vencedor en la contienda: que he de complementar mi venganza.

—¡Tu venganza! En los santos libros he leído.... creo que en el eclesiástico.... *¿El hombre guarda la ira para el hombre; y busca su remedio en Dios?*

—Sí; pero tambien dicen esos santos libros—*«La ira real Carlos Quinto.»*

es rujido de leon»= El leon ruje antes de despedazar á su presa.

—Sin embargo....

—Juana (interrumpió Cárlos Quinto con imponente majestad) Ya que me citais los libros santos he de recordaros un proverbio de Salomon, que manifiesta la altura de los pensamientos reales sobre los pensamientos del comun de los hombres. «*Como la division de las aguas, asi el corazon de los reyes en las manos de Dios: á lo que quiera le inclinará*»= Dios coloca á ese hombre en mi camino; sin que yo pueda resistir á la necesidad de chocar con su insolencia: nos pone en antagonismo declarado: sus anhelos se encuentran con los míos; su ambicion la escitan los propios alicientes que á mi ambicion; sus prosperidades son mis desgracias; mis triunfos sus derrotas.

—Cúmplase los designios de la Providencia; exclamó la Cantadora suspirando fatigosamente.

—Seguid los pasos de ese hombre y por mi ley, que habeis de convenceros de mi proposicion anterior=¡*Dios lo quiere!* como decian los cruzados: Francisco y Cárlos no pueden vivir en paz; porque han nacido el uno contra el otro; como el espíritu del bien y del mal en la teolojia indiana.

—Es cierto.

—Durante el Periodo de mis humillaciones, Francisco ha gozado de las ventajas de una fortuna halagüeña: cuando menos ha coartado los planes de ensanche á los dominios de España. Aliado con Enrique VIII de Inglaterra, hoy árbitro de la suerte de Europa por sus recientes victorias, ha pretendido cortarme los vuelos y á no ser por la insaciable avaricia, y la hidrópica sed de honores de Wolsey, verdadero soberano de la Gran Bretaña, como dueño absoluto del ánimo de Enrique, me hubiera visto sumamente embarazado para contrarestar los fines de semejante alianza. Promesas pingües al cardenal-ministro y raudales de oro me cuesta la amistad de Francisco con Enrique; gracias á Dios, hasta ahora en nada han convenido en mi daño.

—Dios te protege visiblemente, Carlos.

—¡Pero si supieras los trabajos de ese hombre por arrancarme la corona imperial!... ¡Cuántas injurias han vomitado sus agentes *La Roche Vermeille* (su mandatario en Alemania) decia el arzobispo de Colonia—*«es forzoso probar al nieto de Maximiliano, que el imperio es electivo: que se confiere al mérito, no á la intriga: al principe mas digno, no al mas locamente ambicioso»*—

—Desecha esos punzadores recuerdos, bien de mi vida; aparta de tu memoria esas oposiciones sin resultado. Mañana te saluda Aix la Chapelle por unjido del Señor.

—Pero Castilla aperecibe sus fuerzas para luchar con mi autoridad en abierta rebeldía; Austria pulula en bandos civiles, y la rebelion religiosa mezcla sus primeros llamamientos á las proclamas incendiarias de la revolucion política; en Flandes arde la tea de la discordia, y Francisco entona el himno de su júbilo al resplandor del incendio, como Neron en la cima de la torre, desde la que veia consumirse entre llamas á la metrópoli del mundo.

—*La risa precede el llanto, y el sumo alborozo al dolor*, enseña la Escritura.

—Bien dicho, Juana (esclamó el César con exaltacion) la risa precede al llanto, y el sumo alborozo al dolor: esto ha de suceder bien pronto. Nos quedan dias dificiles; luego dias de encarnizados combates hasta rendir la rivalidad y la osadía; despues vendrán los dias de gloria y grandeza.

—Nuestro hijo participará de ellos. Yo los impetraré de la misericordia divina y me congratularé de vuestras mundanas prosperidades.

VI.

La corona de Carlos-Magno.

La suntuosa capilla imperial de Aix la Chapelle contiene en sus ámbitos espaciosos la flor de la grandeza cristiana.

Cardenales, arzobispos y obispos de todas naciones, presididos por el nuncio apostólico:

Embajadores de todas las potencias del continente.

— Altos representantes de las primeras razas feudales de Europa:

Las celebridades políticas, militares y científicas de primer rango:

Los patricios, doctores y principales hidalgos de la ciudad, en lucido cortejo del municipio:

Las justicias y autoridades gubernativas:

Diputados de todas las clases y gremios:

Una numerosa y bizarramente ataviada escolta, ó guardia de honor:

Un pueblo inmenso que suspende la respiración para no confundir en sus rumores las palabras de la ceremonia más augusta entre las solemnidades públicas del órbe católico. Innumerable muchedumbre, que se agolpa á la puerta de la capilla y pugnando por invadir su recinto, y estrellándose contra la concurrencia, que se estrecha en el vestibulo del templo, retrocede haciendo ajitarse impaciente la compacta multitud, que obstruye la gran plaza; dejando apenas espacio á los tercios, que forman cordones paralelos, abriendo calle á la procesion triunfal, tan ávidamente esperada.

Los más incomodados por la curiosidad del vulgo son sin duda alguna, los ocho guardias imperiales, que custodian el caballo del César, tenido del diestro por dos palafreneros, equipados costosamente.

—Mira que animal, Linda. De pura sangre árabe ¡qué cabeza! ¡qué recorte de formas! ¡qué ojo echando fuego!

—Compadre Baultrou, por vida de mi nombre, que la mantilla de ese troton vale un millon de florines, como estamos aquí.

—Compadre Fintzer, donde lo hay se luce. Su magestad imperial ha encontrado un mundo-nuevo, relleno de tesoros; y posee más joyas que los príncipes de todo el Universo.

—Comadre Epifania, mirad esas bordaduras.

—Madre, avancemos á examinar la granada de pedrería, que sostiene el penacho de ese brioso corcel.

—¡Jesus! ¡Cómo brilla!

—¡Adelante, vecino!

—¡A la carga! ¡Adelante!

Y la turbá se adelantaba rujiente, impetuosa, como la ola que bate la playa, y aunque, contenida al principio por respeto á la formacion militar, detuviese su pujante impulso cerca de los amostazados alabarderos, cada vez mas resuelta, retrogradaba para llegar en mayor empuje á romper las filas; hasta que conmovió la fuerza que servia de balladar á sus irrupciones, faltando poco para que derribase á los veteranos de la primera línea. Llenos de coraje los acometidos presentaron las puntas de sus alabardas á la agresiva plebe, y bastó su actitud amenazadora para dejar un claro anchuroso entre el cordon y el pueblo; poniendo en dispersion al tumultuoso tropel, harto audaz en sus exploraciones anteriores.

Era un espectáculo ostentoso el ofrecido por la lealtad del vecindario de Aix la Chapelle á la consideracion del mundo. Carlos IV, que señaló en su *Bula de oro* á tal ciudad para el ceremonial escelso de la consagracion imperatoria, correspondió á lo que debia esperarse de su patriotismo, y adhesion á los árbitros de los destinos del Occidente.

Aix ha cubierto sus paredes de tapices, paños de brocado, damasco, y alfombras orientales; ha tendido por la carrera que debe llevar la procesion una tela de lana, teñida de púrpura, y ribeteada con galon de oro; ha elevado tres arcos triunfales en la travesía de su César; ha coronado de laurel las fachadas de los edificios públicos; esparce flores en el camino del unjido en su iglesia soberana; entolda las calles que ha de recorrer, con la propia tela, que alfombra el pavimento, sembrandola de estrellas de plata, y congrega al paso de la comitiva Cesárea su poblacion entusiasta, que se dispone á saludar al nieto del bravo Maximiliano con aclamaciones estrepitosas.

En el interior de la capilla desplégase una magnificencia incomparable. Nada mas deslumbrador que el altar de oro macizo, elevado sobre el ára principal del santuario, de jaspe. Nada mas rico que el dosel de terciopelo, galoneado de oro, en medio de cuyos paños resalta espléndidamente bordada el águila de dos cabezas del Imperio. Candelabros de los metales mas preciosos; de cincelado prolijo; de calado esquisito; incrustados con imponderable habilidad, cuajados de piedras preciosas; sostienen bujias de cera aromatizada en prodijiosa profusion. Arañas de cristal de roca, laborado con insuperable maestría, contienen velas espermáticas, en cuya confeccion entran los mas raros perfumes. Atriles, cruz, candeleros, y pebeteros laterales del altar son piezas del servicio sacro, que habria reservado en el mejor lugar de su tesoro el sacerdocio del templo de Salomon; porque tanto por su mérito intrínseco, como por su trabajo maravilloso no hubiesen tenido rival entre los portentos de un culto tan pródigo en la fastuosidad y pompa como nos pintan el culto hebraico las Escrituras. El arzobispo de Alejandria Alberto, desempeñaba oficio de celebrante, segun las constituciones del Imperio, ayudándole como diácono el de Colonia, y el de Treveris de sub-diácono.

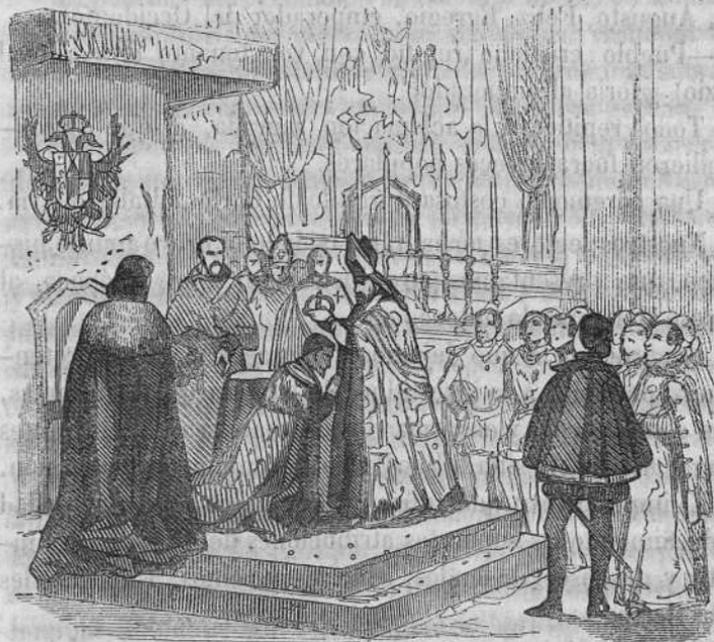
Luis, rey de Hungría y de Bohemia, Federico duque de Sajonia, Joaquin marques de Brandeburg, y el conde Palatino del Rhin, con las espadas desnudas, hacian custodia á izquierda y derecha del altar.

El legado pontificio, de pie á mano diestra del ára, tenia las palmas estendidas sobre la cabeza descubierta del emperador, prosternado ante el mandatario del poder supremo de la Iglesia. Dos obispos á un costado del nuncio presentaban uno el oleo Santo; otro el paño finisimo en que habia de limpiar sus dedos el representante del vicario de Cristo. Otros dos sucesores de los apóstoles sostenian un enorme azafate, cubierto por un paño de tela de plata, guardado de encajería del propio metal.

El enviado de Leon décimo hizo la señal de la cruz en la

frente de don Carlos con el aceite bendito, pronunciando las oraciones canónicas.

—Pueblo cristiano, (gritó desde el púlpito el cardenal Enciso de san Pedro) ¡Gloria y honor al unguido del señor de cielo y tierra!!



Un viva ensordecedor fue la respuesta del inúmero auditorio; viva, que repitió el pueblo en la plaza, como eco de la aclamación del santuario.

El legado presentó sus manos al monarca que las besó con profundo respeto. La dominación mundana pagaba este tributo de sumisión filial á la potestad divina. Los siete electores del imperio se adelantaron.

Los arzobispos impusieron las manos al unguido.

Este era el último signo de sus derechos electorales, que cesaban por la consagración del electo: la señal postrera de sus facultades constituyentes, que la sanción sacrosanta terminaba: el final acto de su alta comisión, que comenzando

por la designacion del jefe del congreso régio, concluia por la *percusion de espada*, simbolo del poder trasmitido, y el homenaje de vasallo en seguida.

Los electores estendieron las diestras sobre la cabeza del emperador, y pronunciaron la fórmula de la eleccion= «*Carolus, Augustus, Felix, Egregius, Imperator Occidentis*» (Cárol, Augusto, Feliz, Egregio, emperador del Occidente).

—Pueblo cristiano (repitió con voz tonante el cardenal Enzio) ¡gloria al emperador!

Todos repitieron la aclamacion sagrada, á que correspondieron fuera los ecos populares.

Una ceremonia costosa al orgullo de Cárlos faltaba todavía.

Nuestros lectores no habrán olvidado el breve apunte histórico, que presentamos para ilustracion sobre la época, al ingreso del capitulo antecedente.

Recordarán lo que dejamos dicho acerca de las pretensiones pontificias á la investidura de las gerarquías supremas, y las controversias y encarnizados combates á que semejantes prerrogativas de la silla de San Pedro dieron lamentable ocasion.

El imperio tuvo que sufrir en los azares de su autoridad en decaimiento las supuestas atribuciones del Papado para investir y desposeer de feudos, señoríos y reinos; a los grandes de la tierra.

Cuando la fortunase mostraba propicia á los emperadores entonces el vicario sumo tenia que someterse á las altiveces de los descendientes de Cárlo-Magno; perdiendo hasta la intervencion inmemorial y de meras ritualidades, en las ceremonias de su antagonista. De aquí datan los emperadores, penitentes humillados; despojado de su carácter primacial; deprecantes ante el trono pontificio; holladas las cervices por las sandalias del pescador de Galilea. De aquí descenden los padres de la cristiandad, muertos en la miseria del destierro; las violaciones de las inmunidades patriarcales en el malaventurado Bonifacio; las humillaciones de los anti-papas erijidos por los príncipes en contraposicion tenaz; las rebeldías religiosas.

Como unos emperadores habian sancionado el principio de la dependencia feudal del sumo sacerdocio, y unos papas habian reconocido la independencia de las potestades terrenas de la supremacia eclesiástica no existia derecho público en este punto tan vital é interesante.

El pontífice aprovechando su buena posicion, ó explotando la situacion *difícil* del electo para el imperio, resucitaba sus aspiraciones á la investidura, y añadia un caso mas á la nómina de sus intromisiones en los gobiernos temporales.

El emperador que á su ascenso al trono contaba con poder suficiente para coartar las miras ambiciosas del vicariato cristiano, y no tenia precision de plegarse á las condiciones humillantes del gefe de la Iglesia, rechazaba el pesado yugo, y alzabase sobre el sòlio de los Césares, desdeñando admitir la menor cooperacion del poder espiritual á las ceremonias de su inauguracion solemne.

Leon Décimo hostil á don Cárlos; apasionado á Enrique de Inglaterra, que paladin del dogma, atacado vigorosamente por Lutero, habia respondido al heresiarca con acritud; afecto á Francisco, luego que se convenció de la inutilidad de sus gestiones á favor de Enrique; y que al proclamar los electores al hijo de Felipe el hermoso no disimuló su contrariedad, era hombre de demasiado talento para no aprovechar la hora de acreditar su poder á costa del rango soberano del Occidente.

Así es que comprendiendo la posicion escepcional de don Cárlos, en pugna con Francisco; en la necesidad de captarse las simpatías de Wólsey, verdadero dominador en la Gran Bretaña; revueltos sus reinos, y agotados sus fondos, y precisando la paz para consolidar la multitud de potestades, que reunia, Leon, supuso con sobrado fundamento que el jóven César no estaba en aptitud de oponerse á sus pretensiones, y por el contrario, recibiria la ley durísima de los actos jurisdiccionales, con que el pontífice alardeara su debatida supremacia sobre el imperio, en las propias solemnidades de la consagracion.

Apenas se abocaron con Su Santidad los embajadores del rey católico el sucesor de los Gregorios y Alejandro hizo patentes sus intenciones: dictando un ritual, que ponía en relieve las prerogativas de la sede Romana; yugo á que nunca prestaron espontáneo holocausto los investidos con la púrpura.

Los enviados del príncipe flamencó, amenazaron con que su señor se daría por satisfecho con la proclamación en la iglesia de S. Pablo de Francfort sobre el Mein; sin consagrarse como Maximiliano, su abuelo, que fué rey de romanos con el mismo poder, que Federico III, aunque careciese de investidura, y rehusara las pompas de la excelcitud en su reconocimiento por el poder eclesiástico.

Bien se alcanzaba á Leon X que Carlos no podía seguir la misma línea de conducta que su antecesor; habiendo menester todos los elementos constitutivos de la legitimidad, quien sufrió tan duros y ostinados ataques, aun en pretension de la preeminente jerarquía.

Obstinóse, pues, y las cosas habían llegado á términos, que los comisionados de su Alteza Española hicieron entrar la subversion de Lutero en sus planes, reprendiendo la codiciosa ambición de la curia romana, con un estilo que recordaba las imprecaciones de las escuelas disidentes de Wittenberg.

Una circunstancia imprevista evitó el rompimiento inminente, atendidos los polos diversos de la cuestión suscitada. Selim, sultan de los turcos, amagó á la cristiandad con una irrupción terrible; que escogía por punto de ataque las costas italianas. Se ven precisados á impetrar el socorro de Carlos, tuvo que ceder de sus exigencias en obsequio de su seguridad amenazada, y por último, se convino en que la coronación del hijo de doña Juana, se verificaría bajo ciertas formas, que sin emancipar al imperio de todo reconocimiento de vasallaje á la iglesia, no acreditase á la Sede apostólica como inmediatamente superior á la dominación prelativa de Europa.

Esta ceremonia era la que sublevó el ánimo de don Carlos, al empezarse á cumplimentar por los electores.

El relámpago de ira que iluminó la mirada imperial no hirió la vista de los circunstantes; porque aquella mirada estaba fija en el suelo, en la postura humilde del César á los piés del nuncio.

Los electores se arrodillaron en torno del legado, detrás de su electo, y el arzobispo de Maguncia tomó la palabra en nombre de todos.

Aunque don Carlos había resistido aprender el idioma del Lacio no obstante las instancias de su preceptor Adriano del Trech, como en las estipulaciones entre el imperio y el papado se influyó la prez, que debía proferir el arzobispo maguntino, conocia el concepto por la traduccion, que de él se le hiciera.

Alberto de Maguncia, dijo así:

—«Los siete electores imperiales piden á su beatitud, mediante la preeminencia de la jerarquía y honor, que en la cristiandad le corresponde, dispense su sancion augusta al elegido; coronando su cabeza en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo.»

—El nuncio de Su Santidad, posó la mano sobre la cabeza del unjido, y con todo el énfasis de un poderío, triunfante y orgulloso de su triunfo, respondió segun las capitulaciones formadas por una potestad y otra, con las palabras mismas de la súplica:

—«Nos, en nombre de su beatitud, mediante la preeminencia de jerarquía y honor, que en la cristiandad le corresponde, dispensamos la sancion augusta al elegido, y coronaremos su cabeza en el nombre del Padre, del Hijo, y del Espíritu Santo!»

—«Amen, contestaron los electores levantándose»

Don Carlos olvidando en su interna cólera los ritos de la solemnidad suprema se alzó de los piés del nuncio, la frente altiva, pálido y mirando á los electores, y al legado apostólico, fray Tomás de Vio Cayetano, que con tanta perseverancia

éa conspiró contra sus intereses en la cuestion del vacante imperio; designado ahora para representar las pretensiones, diestramente acreditadas del Sumo Pontificado, sobre la dignidad cesárea.

Los electores sintieron pasar aquella mirada deslumbradora como el fulgor de un relámpago; pero no adivinaron la protesta para lo futuro que encerraba.

El enviado del Pontifice se estremeció involuntariamente al encontrarse sus ojos con los relucientes ojos del emperador: mas no leyó en ellos el juramento de venganza con que relegaba al porvenir la pena de aquella explotación de su embarazosa actualidad, para forzarle á reconocer derechos supremaciales, que el imperio consideró siempre como una usurpacion escandalosa.

Aquel mancebo que el nuncio y los electores, esto es, la soberanía eclesiástica, y la soberanía feudal; el principio de la investidura divina, y el principio de la investidura humana; tenian delante acabada de formular una muda apelacion, de entrambos poderes, que pusieron su paciencia á pruebas tan ásperas.

Aquel mancebo ofrecia en lo íntimo de su corazón lo que habia de cumplir en lo sucesivo, entre el pasmo y terror del Orbe.

Acabar con los poderes electivos del imperio que habito escandalizaron á la Europa con su avaricia, torpe venalidad, infidencia y reprobados tratos.

Escluir al Papa de toda intervencion fuera de la puramente espiritual en el imperio; cortando de una vez las disputas entre el supremo Sacerdocio y la primera jéarquia continental.

La Alemania veria entre los hierros de las prisiones imperiales á los mas eminentes de sus príncipes, y la emancipacion de algunas provincias de la comunión católica, habia de rematar la obra electiva, inaugurándose el imperio hereditario.

El Universo debia presenciar la conclusion del predo-

minio pontificio, en los asuntos y derechos feudales; término de las arrogancias y atribuciones del s61io de S. Pedro, que estaba destinado á marcar Clemente VII prisionero del emperador en el castillo de *Sant'-Angelo*.

—De rodillas se61or, repus61o con cierta ir61nica dulzura el legado.

Cárlos torn61o á prosternarse, someti61ndose á la necesidad de cumplir lo pactado con Leon X.

—Pueblo cristiano (grit61o el cardenal Eucio). ¡Atencion!

Un murmullo desasosegado del pueblo, indic61o la preparacion de escuchar y ver sin perder una silaba, ni un acto.

El cardenal Vio Cayetano, profiri61o las preces del ritual, elevadas las manos al cielo; alz61ndose su talla sobre los arrodillados grandes (que por su jerarquia se hallaban en el presbiterio, separados por barandas de oro, del resto de la comitiva y concurrencia) como signo de la jurisdiccion que representaba; tambien alz61ndose prepotente sobre las jurisdicciones y se61oríos de la tierra.

Terminadas las preces del nuncio, descubri61o el azafate, y tom61o la corona imperial dej61ndola suspendida sobre la cabeza del electo.

—Pueblo cristiano (eslam61o el cardenal Eucio). ¡De rodillas!

Los tambores y trompetas del primer tercio, situados á la puerta de la capilla, redoblaron y dieron al eco un sonido agudo; como aviso de la postrera ceremonia de la consagracion. A tal anuncio correspondieron todas las bandas de los tercios, que se estendian por la carrera.

La campana mayor, *Stella Maria*, de la iglesia metropolitana de Aix, lanz61o al espacio tres vibraciones acompasadas.

El ca61on retumb61o en un disparo solo; se61al preventiva, á las baterías encargadas de la salva, que salud61o al ungido de Dios, y coronado por la beatitud del Pontífice Romano.

—Pueblo cristiano (añadi61o el cardenal Eucio), ora por que el Se61or derrame sus bendiciones y tesoros de gracia

sobre Carlos, Augusto, Feliz, Egregio, emperador de Occidente.

Después de un breve intervalo de recojimiento y piadosa absorcion, un susurro impaciente vino á manifestar el anhelo general, por el fin de la excelsa ceremonia.

—*Carolus, Augustus, Felix, Egregius, accipe munera imperatoria, et coronam. Caroli-Magni imperatoris, Occidentis, de Pontificio auctoritate...*

—Carlos Augusto, Feliz, Egregio, recibe la investidura imperial y la corona de Carlo-Magno, emperador de Occidente, por la autoridad pontificia.

Fray Tomás ciñó las sienes de Carlos de Gante, con la diadema del hijo de Pepino; pero no bien hubo sentido el roce de la famosa corona en su frente y cabellos, Carlos de Austria se irguió con magestuosa gallardía, llevando la mano á ella y afirmándola con un movimiento de resolución.

Carlos estaba cubierto de una armadura resplandeciente como plata bruñida, fileteada de oro, y empayonada á listones oscuros, en los que lucian cincelados de un gusto sobresaliente.

Al resplandor de las luces del templo, brillaba el joven emperador con su soberbia armadura, regalo de Toledo, como las aguas de trasparente lago en que riel la argentada luna.

Desnudó el acero y le presentó al Ara, como homenaje á la fé de Cristo y se volvió con imperioso ademan á los arzobispos de Maguncia, Colonia y Tréveris, que debian cubrir sus hombros con el manto de terciopelo color de púrpura; armado; como reprendiéndoles su tardanza en revestirle de las insignias de su preclaro destino.

Llegáronse á él con premura los mitrados, y mientras el de Tréveris y el de Colonia le envolvian en los anchos pliegues del manto, el de Maguncia arreglaba á su cuello el armiño, mientras Luis de Hungría y Bohemia prendía el broche de oro, en figura de águila de cabeza doble, blason de la dinastia imperial.

Don Carlos se volvió al pueblo.

Un viva de frenético entusiasmo saludó al César.

Las bóvedas de la capilla retronaron con la aclamación.

La plaza retembló al corresponder el inmenso gentío á la proclamación asordadora de los asistentes al santuario.

Las capanas de la ciudad escojida, fueron ruidosamente echadas á vuelo.

Los cañones estallaron en salvas repetidas.

Las músicas militares y orquestas, colocadas de distancia en distancia por la carrera, sobre cadalsos alfombrados, y entre vistosas perspectivas, añadieron sus vibraciones al concierto festejador de la Magestad en todo su auge.

La ilustre sombra de Maximiliano I, vagaría por los espacios del Tabernáculo, gozando de la grandeza de su sucesor querido; si es que los que fueron son capaces de disfrutar con los sucesos mundanos.

Carlos estaba hermoso en aquellos instantes.

Los ojos animados por una expresión de dignidad ufana.

Las morenas mejillas coloradas por el carmin del alborozo.

Los labios entreabiertos para dejar escapar el suspiro de la jubilosa satisfacción.

La postura de la cabeza de una arrogancia, que inspiraba sobrecojimiento respetuoso.

La rizada barba, y el mostacho de un castaño oscuro, completaban los naturales rasgos de virilidad poderosa en aquella fisonomía tan noblemente expresiva, tan altivamente señorial.

Y esta cara de verdadero César, saliendo del círculo resplendente de la diadema de Carlo-Magno y resaltando entre el armiño, la púrpura y el oro del manto en que se envolvían sus formas parecía circuido de una fúlgida aureola; de tal modo el orgullo, la grandeza, y la felicidad, irradiaban en el semblante las vehementes impresiones del alma.

Dos pajes llegaron con el sillón de púrpura, y le colocaron de espaldas al Ara.

Don Cárlos entregó su espada al condestable, y tomó asiento con reposado continente. El nuncio apostólico bajó el segundo escalon del presbiterio; desaparecía el representante de la potestad pontificia en la ceremonia, quedando el embajador del Vicario de Cristo, acreditado cerca de la Majestad imperial.

Los emisarios de todos los príncipes europeos debían llegar por su turno á saludar al jefe de las dominaciones continentales.

Después entraban los grandes dignatarios del imperio.

Luego por su orden los miembros de la feudalidad germánica.

La pesada corona de Carlo-Magno, de la que dijo Federico III.—*«Pesa como cien quintales de plomo»*—apenas parecía á Cárlos de Austria comparable con su casco de acero toledano, de visera primorosamente calada, como la mas rica y vaporosa encajería flamenca; cimera de oro con la figura del águila de duplo cuello, adornada de largas y ricas plumas; pieza de la armadura cesárea que Guillermo de Croy, señor de Chievres, tenia en un azafate de plata de labor morisca, obra de los artífices cordobeses, herederos del caprichoso gusto y prolijidad de los artistas árabes.

Mientras se rinde pleito homenaje por las categorías del estado, al primer monarca de Europa en rango de honor, y que pronto habia de acreditarse el primero en la esfera de las conquistas, y las dominaciones positivas, mientras van ligándose por el juramento las clases del imperio al Teniente del poder central; en tanto que llegan y se humillan desde los electores hasta los diputados de la plebe, ante el que ciñó la corona de Cárlo-Magno, fijemos nuestra vista en esa corona; traigamos á mientes al hombre que primero la llevó, y hagamos resplandecer la era fecunda en grandiosas reminiscencias, que ascendió la mayordomía de Ostrasia á imperio de Occidente.

Los francos salieron de la Germania entre las mil bárbaros progénies, que Dios concitó contra la decaída Roma,

y por mas que Fredegario se esfuerce en derivar la dinastía Merovinjia de los héroes reales de Troya, la historia no concede á la raza advenediza mas antecedentes que el resto de las familias germánicas que saliendo de sus antros tenebrosos, aparecieron á disputarse el botin de la desfallciente señora del Universo.

Hlodovijio catequizado por la hermosa Clotilde, promete su conversion al cristianismo, si el Dios que se le invita á reconocer le dá la victoria contra los formidables alemanes, y alcanzada la victoria cumple su promesa, y con tres mil de sus mejores guerreros recibe el agua purificadora, abjurando del culto de Odin, el Marte del Alrunismo, ó religion escandinava.

La iglesia sufría una de las mas crueles pruebas, que habia de acrisolar el favorecimiento, de su divino institutor. La herejía de Arrio infestaba las tribus bárbaras, posesionadas de los despojos del imperio, y el César de Constantinopla era perseguidor implacable y verdugo cruento de cuantos sostenian la divinidad de Jesu-Cristo.

La iglesia se alió al poder de los francos y dándoles sus elementos de vitalidad, aceptó su pujanza para concluir con la dominacion herética, y someter las cien castas, dueñas del territorio europeo, á una sola comunión relijiosa, á una sola dependencia política.

Una á una fueron sucumbiendo las diferentes potestades, rivales del único reino ortodoxo del mundo. Los visigodos, los galos, y los borgoñones; los daneses, suevos, bábaros, turinjios, sajones, griegos, godos, lombardos, avaros y esclavones, reciben la ley del Franco vencedor, y ya como señores absolutos por derecho de conquista; ya imponiendo tributos á los pueblos menos fuertes; ya robusteciéndose con numerosas confederaciones, que les proporcionaban contingentes considerables, los francos preponderan, haciendo preponderar el dogma puro de la creencia cristiana....

La creencia cristiana, que Constantino erijió en ley moral del imperio, traspasándola á diferentes cantones de Ger-

mania, Helvecia, Recia y Nòvicum, la reaccion bárbara vino á susstituir; pero no pudo estirpar la generacion convertida; empresa que por otra parte tampoco acometieron los pueblos, que medraron con la ruina de Roma.

El indiferentismo minaba las creencias politeistas de familias peregrinas; engrosadas con la incorporacion de razas vagamundas; de hombres de toda especie y religion; del desecho de las mismas sociedades bárbaras que perdiendo toda afeccion de hogar, asociacion y rito, renunciaban con la pátria á la nacionalidad y sus consecuencias el espíritu de asimilacion en intereses morales y materiales; acostumbrándose á jurar por Odin, por Thor, por Irminsul y Cristo, como por las divinidades de su propia Teología.

La providencia en sus altos fines hizo al escepticismo bárbaro primer resorte de la fé, fuente de eterna gracia. Muchos normandos, segun el testimonio del monje de san Galo, acudian á bautizarse por codicia de las vestiduras y ricos presentes, que los padrinos donaban á los catecúmenos. Infinitos pueblos se convirtieron al cristianismo por gozar las exenciones, concedidas á los que dejaban el culto idólatra. El bautismo fué la condicion impuesta á los vencidos.

La iglesia no se congratulaba de estas adquisiciones por el presente ni se engreia con tales adelantos, suponiendo la conversion de todo punto espontánea. Solo pueden afirmarlo asi impugnadores poco versados en la historia de las conquistas católicas. La iglesia adivinaba el porvenir. Gregorio el grande decia á los misioneros:—*Las generaciones primeras valdrán poco:—las siguientes irán dando el fruto.*

Los esfuerzos aislados no conseguian el apetecido fruto: pero el Papa se encargó de la conversion de infieles y desde aquella fecha los mayordomos de Ostrasia impusieron á los pueblos diversos, dependientes de su poder, la adjuracion de sus principios religiosos, y la sumision á la iglesia apostólica. Los turinjios, trisios y sajones resistieron la conquista relijiosa-política con toda la impetuosidad de su feroz carácter, y mientras el medio-dia de Alemania recibia el bautis-

mo, los salvajes moradores del norte mataban á los misioneros; atacaban las iglesias de sus vecinos y llevaban á cabo la destruccion de los monumentos sagrados con toda la violencia del encono mas pertinaz.

Un espíritu de independencia ruda era la condicion característica de las razas del norte. Todas sus guerras con los ostrasianos tuvieron origen en su aversion á recibir la ley de un señor. Aliados y no vasallos, repugnaban constantemente cualquier acto, que tendiera á destruir la integridad de su territorio, ó su consideracion de confederados, y en tanto que las fuerzas de la generacion franca no llegaron á poderles abrumar con su inmensa muchedumbre, los germanos Norticos conservaron el culto de Irminsul, y sus horribles sacrificios; como sus *gáus* ó madrigueras selváticas; como sus libertades de toda prestacion forzosa á la mayordomía franca de la Ostrasia.

Para el norte de Alemania los misioneros no eran ministros de un nuevo culto; catequistas por servicio á la religion que venian predicando; sino embaucadores á sueldo de Ostrasia que minaban las creencias para destruir su unidad; dando cima á la obra de identificar su pais con el de los francos; principiando por los elementos sacros y terminando por la confusion de intereses. Era demasiado profundo el ódio entre las dos razas para que semejante idea dejara de ser fatalisima á los eclesiásticos que aventuraban sus predicaciones en aquellas comarcas. Lejos de desvanecer los francos este pensamiento respecto á los misionarios parecian empeñarse en acreditarlos cuantas veces les era fácil. Antes de sus diferentes guerras con turinjios, sajones y fricios predicantes de la *comunion franca* visitaban los recónditos breñales de aquellas gentes incultas. Despues de la lucha, del descalabro, de las dolorosas pérdidas, de las razas nórdicas venian los tributos, los rehenes, los pactos irritantes, y por complemento de su costosa humillacion llegaban los misioneros con orden de sus enemigos para hacerse escuchar y obedecer. Hé aqui como uniéndose al culto nuevo la idea

de la dependencia y la servidumbre se afianzaba al culto antiguo el espíritu de cohesión y de nacionalidad. Así era imposible subyugar religiosamente á los hijos del norte, á no abatir el principio de libertad, y para ello necesitábase cargar sobre aquellas indómitas provincias con toda la preponderancia militar de un grande hombre.

Carlo-Magno fué el emisario de la Providencia para complementar la obra de sumisión del continente á una misma ley religiosa y política, y dar el giro á la civilización fecunda que debía nacer de la unidad, manantial perenne de la grandeza.

Pepino de Heristal sujeta á los pueblos sustraídos á la obediencia de Ostrasia durante la decadente dominación merovingia. Carlos Martel, su bastardo, es un capitán émulo de aquellos héroes aventureros como Alarico y Atila que salen de un centro pequeño para recorrer el mundo avasallándole, y atando los gefes de los pueblos que resisten su dominación á su esplendoroso carro de victoria. Las orillas del Rin, Unstrut y Lipo, son testigos de las derrotas de alemanes bávaros, turinjos, sajones y frisios.

Los árabes atraviesan el océano, y los visigodos sucumben en las riberas del Guadalete, dejando la España esclava de la media luna. En nombre de los califas de Damasco los hijos de Ismael traspasan el Pirineo, vadeando el Ebro, y se lanzan á la Galia. Abderramen los capitanea, y los sectarios de Mahoma se adelantan hasta Tolosa llevando el esterminio como símbolo de su paso, y acreciendo el terror de su nombre al espanto de su formidable invasión. En Poitiers esperaba el aguerrido mayordomo de Ostrasia. En aquellos campos, extremo del occidente, se encontraron cara á cara árabes y germanos; creyentes en Jesucristo, y creyentes en Mahoma; la cruz y la luna; el espiritualismo y el materialismo; la civilización en su germen; la barbarie en su alarde más temible. La espada de Carlos Martel decidió tan importante contienda: trescientos setenta y cinco mil sarracenos presentan las crónicas tendidos sobre el campo de

batalla. La Europa contuvo el empuje formidable del Asia circunscribiendo el islamismo á un círculo en que atacado con perseverancia, y al cabo de esfuerzos heróicos, quedó estirpado de nuestro continente.

El Pontífice Gregorio III hostigado por los lombardos le pidió socorro por medio de dos nuncios, que vinieron á presentarle las llaves del sepulcro de san Pedro apóstol; pero la muerte impidió á Carlos favorecer al vicario de Cristo. De cualquier modo las bases de esta demanda de auxilio por parte del Papa, y la adhesion á su causa, manifestada por el bastardo de Pepino, sirvieron de procedencia á esa coalicion entre el sumo pontificado católico y el imperio occidental, que unidos debian dar una faz nueva á los destinos del universo.

Pepino, último mayordomo de Ostrasia, despues de hazañas felices consulta al supremo sacerdote Zacarias sobre si debe tomar la investidura régia, despojando de la dignidad á esos oscuros príncipes, en cuyo nombre gobernaba una familia de héroes: «—*Quien goza la potestad del rey, debe gozar su fuero*—» contesta el Papa y Pepino se corona segun el rito hebraico, consagrándose con el óleo bendito; marcando la portentosa correspondencia del sacerdocio y el imperio, que se adunan para ascender á la esfera, que en el porvenir histórico les tiene demarcado el dedo de Dios.

El obispo de Roma aspira á emanciparse del imperio constantinopolitano, que protege la herejía iconoclastica; necesita un aliado poderoso que haga retroceder la projenie lombarda, en perenne amago contra su diócesis.

El rey franco ha menester un signo de legitimidad que robustezca su imperio porque los hombres, quieren una sancion suprema para los poderes, que se ofrecen á su acatamiento, y lo mismo procura Alejandro; que los sacerdotes de Libia le proclamen hijo de Júpiter Amnon, y dueño futuro del mundo, que Pepino la uncion sagrada del patriarca del occidente, que Napoleon el ceremonial imperatorio al estilo antiguo.

Zacárias no era aun el representante único de Dios sobre la tierra; no elevaba á dogma su infalibilidad; ni sustentaba el principio de supremacía sobre el cuerpo apostólico; pero los ilustres obispos de España le concedian la preeminencia de honor y jurisdiccion, y él marchaba á los escelsos fines, reservados á la diócesis de San Pedro, tomando á su cargo la conversion de infieles, y rodeando de su sacrosanto prestigio al poder, con cuya alianza habia de inaugurarse la era maravillosa, punto de partida del mundo, emancipado del yugo de la barbarie.

Faltaba uno de esos genios, que perfeccionan la obra dificultosa de generaciones obedientes á la ley del progreso: uno de esos héroes, que imprimen el sello de la consumacion á los trabajos de una época..... Este génio, este héroe, fué Cárlo-Magno.

Cárlo-Magno halla al este y al sudeste á Irminsul y Mahoma en arma contra Cristo: á los sajones y á los sarracenos, que amenazan una doble irrupcion en sus dominios.

El norte de Alemania, antipático á la raza franca, se rebela contra las concesiones sucesivas que la derrota de sus fuerzas le impusiera á favor de sus eternos enemigos. Los hombres de la *tierra encarnada*, como se denominan los sajones, habituados á vivir desconocidos en sus *marcas*, repartidas caprichosamente por los profundos claros de un bosque, que abrazaba un circuito de siete leguas; odiando con pertinacia los *mansi* ó tierras limitadas de los francos; resistiendo obstinadamente el censo, los padronamientos de riqueza, divisiones de territorio y sistema tributario, rompen resueltamente con los misioneros; matan á unos, espulsan á otros, y reducen á cenizas la iglesia de Daventer.

Cárlo-Magno les declara la guerra, y desengañado de la imposibilidad de mantener fieles aquellos paises, mientras no se les haga entrar en la condicion de pueblos francos; despues de mil pactos violados, y estipulaciones eludidas, carga sobre ellos con un ejército formidable, y á pesar de la resistencia opuesta por Witikindo, organiza la Sajonia con

ayuda de los misioneros, y somete el este, mientras el sudeste árabe retrocede ante sus armas victoriosas. Pero si Cárlo-Magno como guerrero sojuzga la Sajonia; abate á los Esclavonés; castiga á los Avaros; destroza á los Wiltzos, y hace purgar sus osadías á los Daneses, como legislador, como político, y creador de un sistema social, es digno del alto renombre, que le señala á la admiracion de los pósteros.

El feudalismo le reconoce por fundador de sus bases; es feudalismo que el siglo XVI ha de ver sucumbir ante la potestad monárquica; pero que cuando la barbarie llamaba á los pueblos á las armas cada dia salvó á la Europa del caos, y sirvió de dique á la caprichosa inundacion de las hordas en las sociedades sujetas á régimen fijo.

La máquina política que Cárlo-Magno inventó tenía por agentes de la accion suprema los poderes militares gubernativos y civiles de duques, condes, vicarios, centenarios y *scabini*: al paso que los obispos reuniendo á su poder espiritual facultades de gobierno, ya de obra; ya de intervencion, ya de consejo meramente sujetaban á los pueblos á la disciplina *nemo canónica*; á la obediencia del pontifice y del emperador; al reconocimiento de vasallaje á los principios sagrado y público, marchando de consuno á la consolidacion de intereses, que instituyen una sociedad robusta, un porvenir para la civilizacion.

El feudalismo surge con los *missi dominici* por cuyo medio gobierna Cárlo-Magno á provincias distantes de su centro de accion; con los duques, que nombra á los pueblos asediados por enemigos de la paz, por vecinos de una fogosidad salvaje; con las gerarquías gubernamentales, con que asegura la expedicion de los asuntos del servicio público, y arregla las relaciones entre los estados que forman su dilatado imperio.

El feudalismo está destinado á mantener la integridad de las provincias aun cuando las circunstancias las desmembran del imperio; y si las complicaciones de los sucesos hacen pedazos la obra de la raza carlovinjia, cada pedazo se manten-

drá organizado, porque á falta del emperador, centro del poder militar, gubernativo y jurisdiccional, quedarán, duques, condes y barones, representaciones diminuta del coloso derribado; como globulillos de azogue á la presión del glóbulo que todos conservan materia y figura del glóbulo de que salieron.

— Cárlo-Magno jamás imaginó haber construido un imperio al abrigo de la desmembración; porque estando en la Gália Narbonense vió piratear unas barcas escandinavas dentro del mismo puerto, y llorando predijo á sus fieles las modificaciones que los restos de la barbarie habian de hacer en su obra; pero el sucesor de Pepino comprendió la importancia de sus trabajos para la suerte venidera de Europa, y perseveró en sus labores.....

— ¡Gloria y honor á Cárlo-Magno!

— La corona del héroe del siglo VIII, esa corona octógona de oro recamada de pedrería en cuya frente se alza una cruz sujeta por un aro de oro que de atrás viene á reunirse con ella sienta á maravilla á la frente radiante de noble inspiración del héroe del siglo XVI.

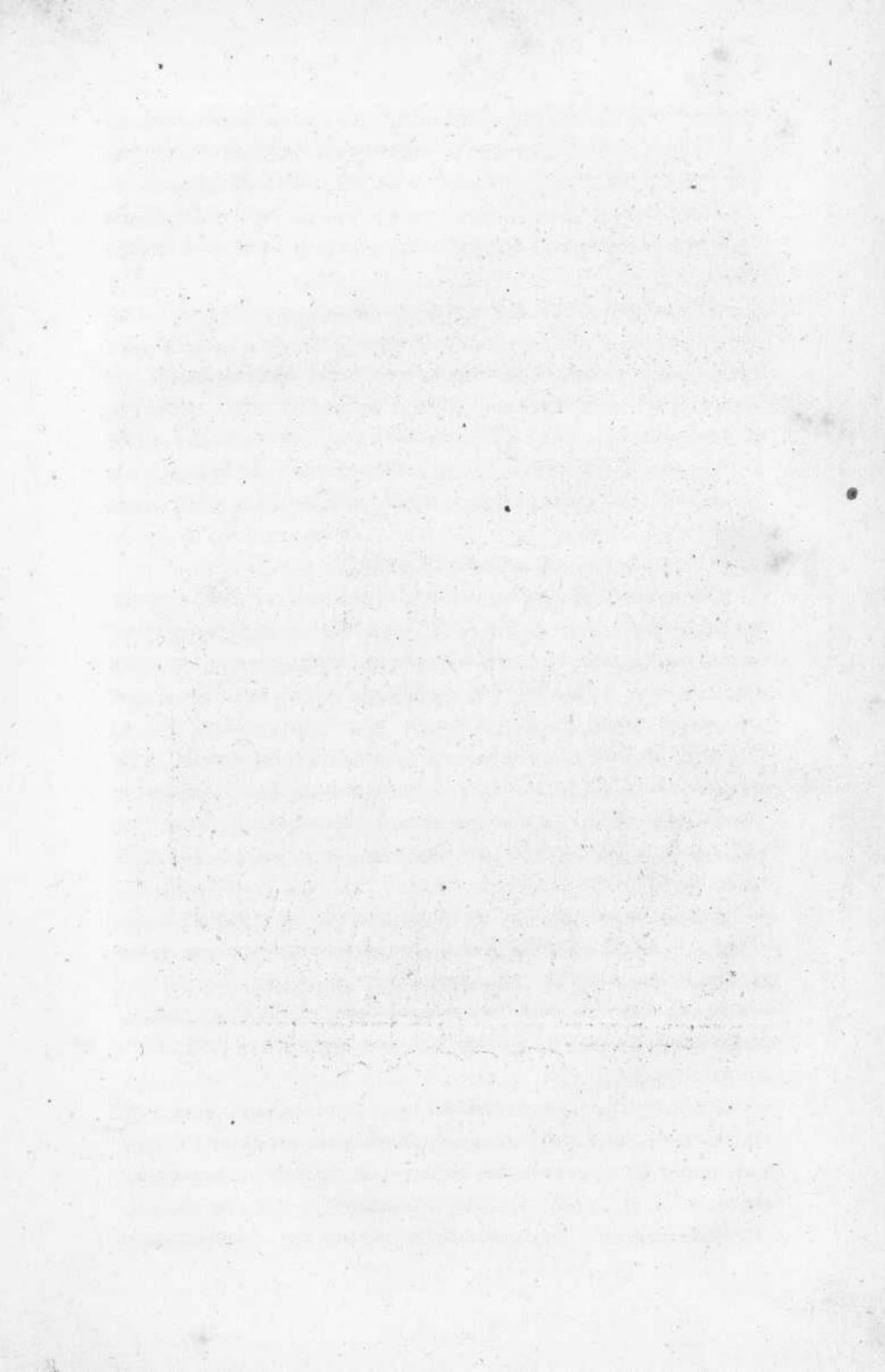
— Singular destino! Leon y Cárlos eran los nombres de Pontífice y Emperador que presidieron á la era de construcción social, llevada á tan noble término en 700: Leon y Cárlos son los nombres de Pontífice y Emperador en la época de reorganización social de 1500.

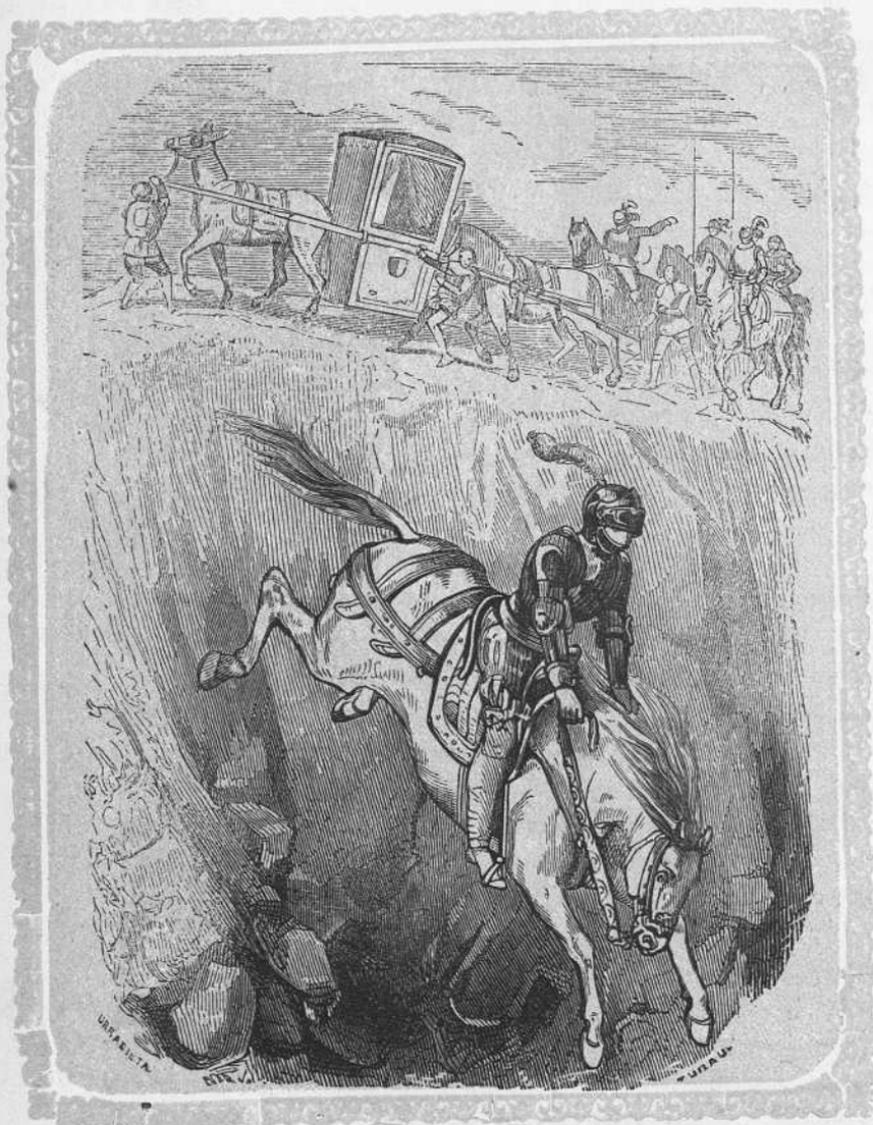
— Cárlos el grande salva á la Europa del caos por el feudalismo: Cárlos Quinto libra al continente de la anarquía por la unidad de poder que concluye con la feudalidad.

— Leon tercero somete á la Sajonia á la obediencia católica: Leon décimo pierde á la Sajonia, rebelada por el heresiarca de Wirttemberg.

— Volviendo al César, diremos que concluido el homenaje dió la señal para que se pusiera en marcha el triunfal cortejo que habia de recorrer las calles, para que el pueblo de Aix saludase al soberano señor de Alemania.

— Empezaron á desfilar por su orden los dignatarios, y





Carlos V.
lám. 6.^a

próceres del imperio.
Los grandes oficiales de la corona salieron de la capilla detras de la primera nobleza.

Quedaban en el templo los siete electores, el Nuncio Apostólico y el Emperador.

—Vamos, señor, dijo Fray Tomás á don Carlos con tono melifluo.

—Fray Tomás (repuso su Majestad césarea con dignidad severa), mañana sin falta salid de Alemania, y cuenta con que volvais á pisar mis dominios.

CAPITULO VII.

El último voto.

Guillermo de Croy, señor de Chievres, ayo de don Carlos, acaba de penetrar en la cámara de su magestad Césarea.

El sol ha desaparecido por completo, y la noche despliega su manto sombrío, envolviendo el horizonte en densa obscuridad. El aposento del monarca germánico está casi en tinieblas. Forrado de damasco negro; tapizado de una finísima bayeta, color de ceniza, bordada de lana gris; amueblado con sillería, banquetas, rinconeras, columnas y mesa de luciente ébano; la escasa luz que por dos ventanas entra en la habitacion, al través de los vidrios pintados, se debilita, falta de reflejo, en aquella lúgubre morada.

Guillermo se detuvo cerca de una ventana, y procuró á favor del ténue rayo luminico, que por ella ingresaba en la cámara imperial, descubrir el augusto príncipe en cuya busca venia.

Nada consiguió por este medio.

Aventuróse á dar algunos pasos en la tenebrosa estancia hasta aproximarse á la mesa de despacho, donde juzgaba se hallaria su escelso discípulo.

—¡Pardiez! (murmuró incómodo) Ese borracho de Blinter me ha engañado. ¡Diantre de hujier! Me dice que su ma-

Carlos Quinto.

gestad se encuentra solo en su gabinete, y es el gabinete el que se encuentra solo.

Guillermo se dirigió á la puerta con paso acelerado.

Apenas sonó el pestillo de la mampara acudió Blinter presuroso.

—Sois un estúpido, le dijo Chievres con acento duro.

—Gracioso señor....

—Su magestad ha salido.

—No hay mas salida que esta, gracioso señor, y á no ser qué....

—¿Hay cuarto secreto en ese gabinete?

—Sí, gracioso señor.

—¿Porqué no me lo habeis advertido?

—Porque juzgué que su gracia lo sabia.

Guillermo quedóse en extremo pensativo.

Blinter le miraba de hito en hito en la mayor ansiedad.

—¿Quién ha entrado aquí antes que yo?

—Su magestad entró despues de comer....

—A las cuatro y media....

—Justo. A la hora y minutos vino monseñor Alberto de Maguncia.

—¿Y salió pronto?

—A la media hora, gracioso señor....

—¿Y luego?

—Luego don Enrique de Laredo....

—¡Oh! (dijo para sí el de Croy) ¿Qué habrá venido á negociar el secretario de don Juan Manuel?

—Luego que salió don Enrique (continuó el hujier á una seña imperativa de Chievres) llegó Herman Stolk, montero decano de....

—Adelante.

—Cuando el montero evacuó la cámara me llamó su magestad para prevenirme que mientras hablaba con la persona que debia venir pronto, negase audiencia, y solo permitiese la entrada á Herman, en cuanto apareciera....

—¿Quién llegó pues?

—Su gracia el gran canciller, monseñor Mercurino Gatinara.

—¡Ira de Dios! exclamó Chievres sin poder reprimir su despecho á la noticia de haber merecido los favores de una entrevista sijilosa con el emperador su rival en privanza, su perpétuo antagonista en el valimiento del César.

—¿Y permanecen en sesion todavia su magestad y el gran canciller? Interrogó el duque de Sora y Arscot en el colmo de la inquietud.

—Ya sabe que no, su gracia.

—¡Cómo!

—Su gracia ha penetrado en la cámara, y si la audiencia del gran canciller no hubiese concluido, yo en cumplimiento de la orden de su magestad....

—Me habriais cerrado la puerta.... Comprendo, señor Blinter.

—Crea vuestra gracia que....

—Traed luces, interrumpió Guillermo distraido en sus íntimos pensamientos.

—Las haré traer, repuso Blinter recalcando la frase; picado de que se le tomara por un lacayo.

—¡Bien, pronto! añadió impaciente el disgustado valido.

Blinter saludó y dirijióse á cumplimentar el mandato, mientras el señor de Chievres tornaba á entrar en el gabinete imperial cerrando la mampara y paseándose con lentitud de una ventana á la otra.

—Vamos despacio (pensaba el favorito). Parece que mi estrella se eclipsa. La proverbial fortuna de la familia de Croy comienza á decaer visiblemente. Carlos se revela contra mi dominio, y mi antigua influencia va perdiendo terreno. Las escenas de España han producido una reaccion en su cariño hácia mí, que ya toca á un punto rayano de la indiferencia; que llegará al despecho; que se elevará hasta el desden; que concluirá por el hastio.... ¡Oh! Primero morir que tolerar ese tormento.... Y Chievres enjugó el sudor glacial de su frente.

—Nó (prosiguió mas alentado), es imposible que llegue á

tal extremo la ingratitud de ese ilustre jóven; que olvide mis buenos servicios; que pague con tan cruel desconocimiento mis afanes por su gloria; porque al fin yo he formado su alma; á mi se me deben esos bríos que le hacen el predestinado á la preponderancia en Europa; yo he presidido á todas las combinaciones en que han estribado sus planes; diplomático amigable en Noyon; agente celoso en Castilla; negociador hábil en Austria. No se pierde tan facil, ni tan pronto la costumbre de regirse por una voluntad superior... Veinte años no es la edad de emanciparse de un yugo tan diestramente impuesto, como el mio... Porque Carlos no es un don Juan segundo, ni yo un Alvaro de Luna... no es un pupilo reducido á obedecer á quien insulta sus atribuciones... Carlos manda; Carlos no es una sombra real, sino un rey; que reunido en consejo plantea las cuestiones, escucha los dictámenes, discute los pareceres, se decide, y lleva á término sus propósitos con perseverancia... Verdad es que le dirijo; pero no le dirijo ostensiblemente; de modo que él ni nadie se aperciba... Mis enemigos no pueden echarme en cara que esclavizo la voluntad réjia á mi voluntad; no pueden sugerirle la idea de sublevarse contra mi influjo, porque en nada rebajo su prestigio, en nada aparezco supeditando su alvedrio... Ellos conocen que reino en nombre suyo, y en vano indagan el secreto de mi poder... ¡Imbéciles! Si desde Séneca no se hubiese aprendido otro recurso de dominacion en el ánimo de los príncipes que el pedagógico, estábamos medrados. Los ayos gobiernan á los niños y á los jóvenes; no á los hombres. Neron se deshizo de Séneca y de Burrho; porque le incomodaban preceptores. Yo soy el padre de Carlos quinto ¡Necios! Por eso rijo en su nombre y rejiré mal que os pese.

El orgullo engrió el ánimo de Guillermo en la meditacion de su poder, oscureciendo el pensamiento penoso de su decrecencia.

—Si (continuó). Por mas que parezca bajar en su aprecio mientras permaneciere al lado de don Carlos mis influjos pre-

cederán á sus resoluciones; porque no es un embaucamiento vergonzoso, no una tutela opresora, en los que le retengo, y así no es de temer que estimulado el sentimiento de dignidad aborrezca á quien le prostituyó, á quien le rindiera á una dependencia ultrajante. Yo le hice gustar apasionadamente de la historia; y le identifiqué á mis sensaciones, estableciendo un lenguaje convencional en el juego de nuestras fisonomías, que pasa desapercibido por los demás; yo he formado su alma y poseo la clave de sus ideas, penetro el giro de sus pensamientos, y conozco los resortes que mueven su espíritu... Una cita histórica que parezca un rasgo de erudición suscita en su ánimo una lección política; recuérdale una de mis máximas; le trae á mientes uno de mis principios, que han formulado su sistema, y constituyen el caudal de sus conocimientos. Acostumbrado á respetarme desde sus mas tiernos años, involuntariamente consulta su mirada la expresión de mi semblante, que con una contracción apenas perceptible desaprueba y corta el hilo de un discurso en que contrarie mis instintos; como con una dilatación, que escapa á la observación mas atenta, estimula, y da ensanche al propósito conforme con mis reservadas miras. Carlos no experimenta sensación que yo no penetre; mis ojos leen en su corazón como los divinos. Una palabra mia envenena la herida de su orgullo: un monosílabo de mi boca templá su ira. Yo puedo decir en las tempestades el *quos ego* de Neptuno en la Eneida; porque á mi voz estallan y se comprimen las pasiones de ese adolescente, como á la voz del Dios marino las olas del proceloso mar.

Guillermo volvió á caer en el asunto de que partieran sus reflexiones.

—Pero es lo cierto (se dijo pesadoso), que don Carlos me trata desde que vinimos á la Germania de distinto modo que antes. No hay duda que escasea las pruebas de distinción, con que continuamente me manifestaba su preferencia. Rehúsa conferenciar conmigo. En las grandes ceremonias no dispone mi inmediata proximidad á su persona. Dos ó tres

veces ha combatido mi opinion en el consejo, y lo que es mas notable se ha decidido por el voto de Mercuriano Gatinara.... Algo se trama contra mí.... Los secuaces del archiduque don Felipe contra Fernando quinto, acaudillados por don Juan Manuel, se mueven en mi daño... Los flamencos prosélitos de Gatinara y de Beurren no desperdician ocasion...

Cuidado conmigo, señores conjurados! El puñal y el veneno de los españoles no han podido dar cuenta de mi vida, y si aprovecho un cuarto de hora del antiguo favor ¡mal para vosotros todos!

Blinter abrió la mampara.

Dos criados penetraron en el gabinete trayendo luces, que dejaron sobre la gran mesa del despacho.

Solo ya Guillermo prosiguió el curso de sus ideas.

—¿Habrán contado al monarca las especies con que los castellanos se vengan de mi poder, concitándole el descrédito?... Es probable: sí.... Le habrán dicho que á mí me llaman el *padre*, y el *hijo* á él; que otros me apodan con el nombre de *Midas*, porque convierto en oro cuanto mis manos tocan, segun ellos: que yo me vanaglorio de cuanto bueno se hace, descargando en el rey la culpa de lo malo: que vendo mitras, dignidades, oficios y mercedes; que ciertos doctorcillos me designan por *Catilina*; mientras una parte del populacho entona por las calles:

Doblon de á dos, norabuena estedes;
pués con vos no topó Ghievres;

—Si (añadió el de Croy en su mental monólogo con torvo gesto que indicaba el acerbo giro de sus meditaciones) Habrán tenido la osadía de decirle que yo absorví el oro de España; que por Barcelona salieron para Flandes setecientos cincuenta millones; novecientos cincuenta por la Coruña, y por otra parte ochocientos.... mas de dos millones y quinientos cuantos de oro; cifras mentidas con que el odio castellano denigra la dominacion flamenca; guarismos falaces con que los

señores españoles imbuyen á la gentecilla un encono de muerte contra mí.... ¡Ah; Bien mirado, yo me tengo merecido estas implacables acusaciones... He patrocinado á los flamencos mas allá de lo que debía. Bastaba el título de paisano mio para autorizar con menguadas condescendencias los desórdenes y los descaros. Borrebot y Lanoy traficaban con una desvergüenza inaudita y Salvajio ha traspasado los límites del decoro con las especulaciones mas impudentes... Bueno que cada cual utilizase sus inteligencias... esto pasa en todas las cortes de Europa... Es un precio de la privanza; una gabela de la pretension. Pero de ahí al escándalo media una distancia enorme, y yo sufriendo á los espoliadores he dejenerado en cómplice del espolio á la vista de los pueblos... tal vez á los ojos de la posteridad... ¡Vive Cristo!

Chievres cerró los puños convulsivamente, y movió la cabeza en ademan cólerico.

—Tienen razon los españoles en acusarme de protector de las demasías flamencas (siguió pensando el de Croy), tienen razon sobrada en ese punto. Unos han hecho gala de mercados de honores y destinos, ostentando sus tráficos, que en todas las Cortes se hacen con cierta discrecion; mucho mas donde son nuevos. Otros faltaron á sus promesas, autorizando á los pretendientes burlados á la publicacion de su perfidia, tras del pregon de su venalidad. Éstos han llamado *mis indios* á los orgullosos iberos. Esotros afectaron desprecio profundo á las costumbres españolas. Clérigos y seglares han echado el resto de su inmoralidad para mengua del pais de que venian. Seducciones, raptos, rapiñas, muertes, sacrilejos... ante nada se ha detenido esa turba de miserables... ¡y siempre impunes!... Mi propio sobrino, el disipado Guillermo, me ha comprometido de una manera lamentable; primero, con sus orgias tumultuosas, cuya noticia ha hecho llegar á España la malevolencia de mis enemigos y los suyos; segundo, con su obstinacion en permanecer en Flandes y en los brazos de la impura *Rossina*, nombrado ya para la primacia eclesiástica de España.... ¡Protector de la maldad flamenca!... Aciertan

en llamármelo; porque cuando no hice colgar por los pies de una horca á los torpes tudescos, que asesinaron en Valladolid á un plebeyo acojido de su furor en la Magdalena, soy merecedor de que me marquen la cara como al último vagamundo.

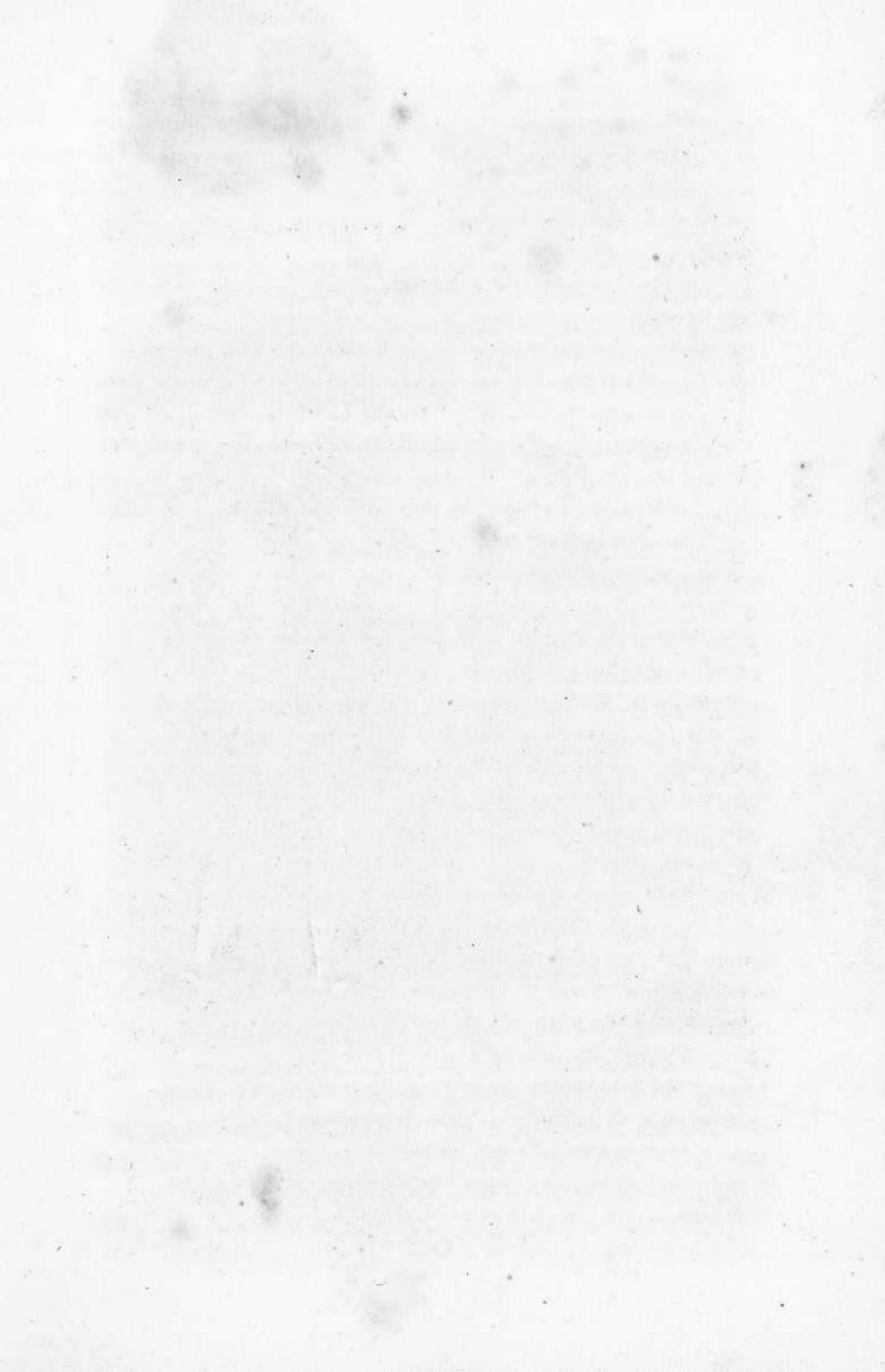
Un sordo rumor imterrompió la série de reflexiones de Guillermo.

Aplicó el oído con avidez; pero nada volvió á percibir.

—Es el rey que trabaja en el cuarto secreto (repuso para sí): esperemos á que termine sus labores. Provocaré con maña una esplicacion y sabré á qué atenerme... Recapitulemos las noticias de Blinter. Despues de Alberto de Maguncia vino don Enrique de Laredo, el secretario de don Juan Manuel, nombrado embajador de Roma... don Enrique, como su principal, es acérrimo adversario de mi política. Quizá su venida en nada me concierna: pero mucho recelo que... El personaje significativo para mí es Mercurino Gatnara... ese sí que me augura siniestras contrariedades con su entrevista recatada con don Cárlos. Hace dias que su insolencia acrece, afectando un aire de arrogancia conmigo, que por Dios vivo me irrita, como un agravio declarado... Salgamos de una vez de incertidumbres... Diré á su majestad que necesito visitar mis estados... Esto es, si me dijere que puedo hacerlo cuando guste, adversa señal. Si por el contrario... La puerta secreta jiró sobre sus goznes sijilosós y don Cárlos salió, con una bujía en la diestra, de la pared, como un fantasma filtrado á través de los muros. La palidez de su rostro; las ojeras amarotadas que circuian sus ojos hinchados y brillantes con una febril escitacion; el desorden que reinaba en su persona y traje, de ordinario sometidos á ese arreglo, que sin descender á las afeminaciones de la compustura prolija, revelan la esmerada policia; todo denunciaba en el jóven César una perturbacion de ánimo profundo.

don Cárlos pareció no haber reparado en su favorito.

Puso sobre una banqueta el legajo de papeles, que bajo el brazo traia. Encajó la puerta recatada en su disimulado





Cárlos y su Ayo.

marco, y á la presion de un microscópico botoncillo el gabinete misterioso quedó como la cueva de *Sésamo* de las mil y unas noches. Recojó los pliegos, por un momento abandonados, y dirigiéndose á la mesa se desembarazó del candelero, doblando el legajo, que guardó en su escarcela.

— Buenas noches, señor, dijo Guillermo.

Don Carlos estremeciése como quien sale de un pesado sopor. Miró fijamente al de Croy; suspiró con fatiga, y haciendo un penoso esfuerzo contestó— «buenas noches.»

— Parece aflijido vuestra magestad, insistió Chievres con dulzura.

— ¿Lo parezco? preguntó el monarca de España con amarga sonrisa.

— Sí por cierto.

— Pues lo estoy, replicó don Carlos con tono sombrío.

— *Reinar no es vivir*, como decia el bisabuelo de vuestra magestad Federico III.

— No es eso: *Vivir es morir*, duque.

— Molestaré poco la atencion de vuestra magestad.

— ¿Con negocios públicos? interrogó el emperador con acento que manifestaba una irritacion contenida.

— No señor; negocios míos puramente.

— ¡Ah! yá. Negocios vuestros, respondió el nieto de Maximiliano con marcada lentitud.

Guillermo calló sobrecojido.

— Veamos duque. Habladme de ello.

Chievres tomó una resolucion enérgica.

— Señor (dijo con gravedad imponente; con la gravedad terrible del que juega toda su fortuna á una carta), necesito me concedais licencia ilimitada para abandonar vuestro servicio.

El César que habia tomado asiento en el sillón de cuero odorífico, colocado ante la mesa, se volvió con ímpetu hácia su antiguo valido.

— ¡Licencia ilimitada! repitió con asombro.

— Si señor; repuso Chievres con firmeza.

- ¿Y adónde vais, señor de Croy?
- A Flandes.
- ¿Con qué objeto?
- Mi sobrina Beatriz padece y....
- Padece ha mucho tiempo, y nunca se os ha ocurrido el pensamiento de....
- Voy á ordenar lo conveniente para que marche á España, en compañía de su hermano el Arzobispo de Toledo. Mudando de aires quizás cure de su obstinada melancolía.
- ¿Y vais á enviarla á Toledo?
- Tal lo tengo pensado.
- ¿No sabéis que Toledo arde en el incendio de la guerra civil?
- Revueltas pasajeras, señor, contestó encogiéndose de hombros Guillermo.
- Revueltas pasajeras... ¡eh!
- Así lo creo.
- ¿No teneis noticia de lo que pasa en mis dominios de Iberia?
- Vuestra magestad sabe que nada se me alcanza de aquellos países, desde que el gran canciller Mercurino Gattinara quedó encargado de los asuntos españoles, pasando yo á la gobernacion austriaca.
- Es verdad.
- Pero dejando á un lado los negocios públicos, que vuestra magestad parecia esquivar al principio de nuestra conversacion, y con licencia de vuestra bondad augusta, reitero la demanda de permiso....
- No puedo concedértelo, Croy.
- Vuestra magestad me causa un vivo sentimiento.
- Me haces falta, duque.
- No mucha, replicó Chievres con creciente audacia.
- ¿Cómo!
- Vuestra magestad tiene de sobra ilustres consejeros que suplan mi ausencia, de modo que no se eche de ver mi falta.

Don Cárlos quedóse mirando con pertinencia á su favorito.

—Para los asuntos flamencos, Salvajio; es un hombre de tacto finísimo, para los negocios del imperio, Brandeburg es persona de indisputable aptitud; para los españoles sobra Mercurino Gatinara.

—¡Miserable! exclamó don Cárlos.

—Señor....

—¡Miserable Gatinara! El ha comprometido mi dignidad, haciéndome suscribir una carta vergonzosa, que solo por sorpresa hubiera llevado mi firma.

El júbilo dejó á Guillermo sin voz.

—Ha concluido su encargo, y vuelves tú á ocuparte de su negociado.

—Señor, reflexiónelo bien vuestra magestad.

—Lo está de sobra, Guillermo.

—Un error en los hombres públicos no prueba ineptitud. En politica no hay regla inmutable, principio seguro, y el mas ilustre ingenio, la mas recta intencion, fracasan en sus proyectos.

—¿Disculpas á Gatinara?

—Ignoro en qué consiste el error porque vuestra magestad le priva de su encargo; pero de cualquier manera me atrevo á salir garante de la lealtad de sus propósitos, y fiador de sus buenas intenciones.

—¡Pardiez! (exclamó admirado el César.) Eres un hombre singular.

—¿Por qué señor?

—¿Yo te hacia enemigo del canceiller?

—No soy de sus amigos.

—Mercurino ha conspirado contra tí.

—Lo sé.

—Me persuadió que los españoles reconcentraban en ti todo su odio.

—Es natural.

—Me convenció de que ciertos procederes tuyos habian envenenado en vez de templar las discordias; que tu empe-

ño en conocer las peticiones antes que me fuesen dirigidas contribuía á inculcar la idea de mi sumision á las voluntades; me hizo ver que aun inocente de todas las acusaciones que eras blanco en España, hacia yo mal en mantener al frente de los negocios de la Península ibérica un gobernante universalmente aborrecido.

—Todo eso lo sabia y de sobra.

—A las reiteradas sujestiones de Gatinara cedí por via de ensayo, y dándote el cargo de la gobernacion austriaca, consentí en confiar la direcion del régimen español á Mercurino siempre como prueba.

—Yo acepto cuantas ocasiones se ofrecen de hacer alarde de mi celo por el servicio de vuestra magestad. Lo mismo en Flandes, en Austria, que en España. Si el canciller creyó desairarme promoviendo mi remocion del gobierno hispano, mucho se ha equivocado.

—Gatinara me ha comprometido.

—¿De qué modo?

—En primer lugar, ocultándome las comunicaciones recibidas de España, que daban una exacta idea de la rebellion, y mostrándome las que desnaturalizando la índole de aquellos movimientos las presentaban como asonadas tumultuosas, que fácilmente se podrán reprimir.

Guillermo sonrió con una de aquellas sonrisas en que su discípulo avezado á leer en sus gestos la espresion de sus ideas, interpretó el desden de los hombres superiores á los manejos vulgares.

—En segundo lugar, haciéndome firmar como documento del despacho ordinario, una misiva á los sublevados de Valladolid y Toledo en que doy esplicaciones, hago promesas, y me humillo á los revoltosos.

—Señor. ¡Qué decis!

—¡Ira de Dios! La verdad... Tan verdad como tengo el corazon despedazado... Todo se conjura en contra mia, Guillermo. Apenas promete Viena entrar en razon, despues de los escándalos pasados, Sicilia, Cerdeña, Castilla, se levantan

tan concitadas por un vértigo de furiosa inobediencia... Y un suceso... un suceso sobre todo....

—¿Puedo saberlo, señor?

—No hagas caso de él (respondió el César pugnando por dominarse). En nada interesa al estado.

—Como plazca á vuestra magestad.

—En fin (dijo bruscamente don Carlos), necesito que tomes por tu cuenta los asuntos de España.

—Permitidme ligerisimas observaciones.

—Veamos, respondió con muestras de impaciencia el monarca.

—He menester partir para Bruselas.

—No partireis duque.

—Mi sobrina Beatriz...

—Ese es un pretexto.

—¿Podeis creerlo así!

—Lo creo.

—Me hace vuestra magestad un agravio notorio.

—Si, Guillermo. Yo he conocido desde que te hice variar de puesto en gobernacion que tu ánimo experimentaba un despecho reprimido. Altivo y digno como todo verdadero dignatario ni proferiste una queja: ni diste una señal de disgusto. Tal vez comprendias mi pensamiento: variar de personalidad en el réjimen para hacer la prueba de si los disturbios nacia de encono contra el ajente del poder, como afirmaba Gatinara, y te sometiste á los resultados, sacrificando á mi ilustracion tu herida delicadeza. Tal vez conociendo á Mercurino callaste en la esperanza de que sus desaciertos abriéndome los ojos te vengáran de tu detractor y sustituto.

—Juró á vuestra magestad que...

—Hoy toca el desengaño. Los españoles te odian porque temen tus talentos: te acusan porque anhelan desprestigiar al que con sus dotes de mando, tendria á raya sus espíritus de insubordinacion: representan contra tí porque desean remover el principal estorbo, que previen sus rebeldías ambiciosas.

—Gracias, señor.

—El iluso Gatinara, aminorando á sus propios ojos el riesgo, se congratuló de conjurale con medidas ordinarias; pero advertido de la inminencia de la situacion, y alarmado del vuelo prodijioso de esas subversiones, no ha encontrado medio mas llano de apaciguar los tumultos que sorprender mi confianza, y arrancarme un documento vergonzoso, que me presenta á la faz de Europa tratando de potencia á potencia con los revolucionarios.... ¡á mí Carlos de Austria, emperador de Occidente! ¡Oh! ¡Cómo habrá gozado Francisco de Valois, cuya mano enredadora anda en todo esto!

—Calmaos señor.

—Yo no puedo proclamar alto que se abusó de mí para arrancarme la firma de ese padron de infamia; porque es preciso que presente en una mano la protesta de mi carta á Valladolid y Toledo, y en la otra la cabeza del ministro, que aprovechando mis tristes preocupaciones, me arrancó la rúbrica que me prostituye ante los fautores de las revueltas de Castilla...

—Eso es en alto grado inconveniente.

—Así lo comprendo, duque. Dirian que Gatinara fué la victima de mis ímpetus iracundos; que como mónstruos coronados de Roma, desahogaba mis raptos de furor en la primera presa que se ofrecia á mi apetito de venganza. Tal vez llegarían hasta suponer que arrepentido de la bajeza de mis comunicaciones con los rebeldes, inmolaba á Mercurino á la enmienda de mi medrosa conducta.

—Volviendo á mis observaciones, señor; yo no debo aceptar el mando que vuestra magestad me propone, aun cuando otras circunstancias no me lo impidiesen; mientras crean personas ilustradas que soy la personificacion del ódio de los españoles.

—Por eso mismo, Guillermo.... ¡Guerra á muerte! Tu designacion para el gobierno de España equivale á una amenaza terrible: Te odian porque temen; porque ven en tu enerjia y en tus insignes dotes la rémora de sus propósitos

sediciosos; pues que te hallen opuesto á sus excesos; que te miren blandir la formidable espada de la ley; que sea tu mano la que fulmine el rayo de mi cólera.

—Señor; me haceis el culebron de la fábula de Esopo, que Júpiter dió por soberano á las ranas importunas.

—Concluyamos de una vez (dijo el César con ademan resuelto); no admito réplicas; es preciso que acepteis, duque.

—Señor (contestó el de Croy animado por una inspiracion osada), la primera condicion de un ministro, que estime su fama y crédito, es la confianza de quien le emplea; yo tengo fuertes motivos para dudar de la que parece dispensarme vuestra imperial magestad.

—Me parece haber dicho (replicó don Carlos con inflexion terminante) que si consentí en reemplazaros con Gatinara fue por via de prueba.

—Señor, harto he disimulado mis pensamientos, (esclamó Chievres continuando en su sistema de provocar una esplikacion decisiva y á todo trance) tiempo me parece de espontanear mis ideas, y decidido estoy á verificarlo, cueste lo que cueste.

—Adelante.

—Vuestra magestad relevándome de entender en los negocios españoles ha dado asenso á los cargos, que se me hacen por el encono de vasallos temerarios, y la malevolencia de enemigos tenaces....

—Franqueza por franqueza, mi querido ayo.

—Dios recompense á vuestra magestad el placer que me causa con tan bondadosa condescendencia.

—Tanto me dijeron que creí.

—¿Y qué pruebas?...

—Creí lo que te he dicho, duque: que la pertinacia de los rebelados nacia del perseverante encono hácia tí. Como indirecta concesion determiné tu remplazo, y Gatinara se me figuró un sustituto bastante aceptable por via de prueba.

—Vuestra magestad me ha dado pruebas ostensibles de despego en mas de una ocasion.

—Estais equivocado, señor de Chievres, respondió el emperador con resentimiento.

—Perdonad, señor, á un hombre que siempre mereciera vuestros envidiables testimonios de aprecio los penosos cálculos de una temerosa suspicacia. Es inherente á las grandes felicidades el continuo recelo de su pérdida y cuando las indicaciones de haber sufrido alteracion los grados del cariño que le envanecian se multiplican, no es extraño....

—Te equivocas Guillermo. Bien sabes que las ocupaciones continuas de esta pretension imperial, tan fatigosa como árdua, han absorbido mi atencion completamente haciéndome descuidar hasta obligaciones imperiosas....



—Al empezar á dirijiros la palabra esta misma noche advertí vuestro penoso embarazo, y hasta llegué á comprender en vuestros discursos cierto enojo... cierta sequedad...

—Guillermo (esclamó el rey con expansion dolorida), estoy á la expectativa de una crisis tremenda....

—No os dejéis abatir por las contrariedades políticas.

—No pertenece á la vida del soberano el azar que corre mi destino; sino á la vida del hombre. Respeta mis secretos, duque. No me preguntes sobre lo que me consterna.

—Me guardaré muy bien.

—Ten la seguridad de mi afecto, y confianza, y acepta el gobierno de los complicados asuntos de Castilla.

—La última observacion, señor....

—¡Mas aun!

—Gatinara estaba en el caso de representar la política conciliadora y virgen de juicios desfavorables; pero yo, señor, personifico un sistema resistente, y sin contemplaciones.

—Asi lo quiero, Croy.

—Con designarme para entender en las cosas de España decis, implicitamente, á los comuneros que no deben esperar otra cosa que guerra hasta rendir sus atentatorios brios.

—Justo.

—Y si mañana conviene ensayar las vias conciliatorias, y cuadra á vuestras miras contemporizar con las comunidades, mi nombramiento perjudica tales designios futuros.

—Antes que imponerme tan afrentosa humillacion haré pedazos la corona de Ataulfo.

—Hacéos cargo, señor, que repuesto en la plaza del consejo gubernativo en los negocios de Iberia mi deber se reduce á combatir sin descanso esas germadas insolentes; cifrando mis votos en vengar la magestad vulnerada ilesa de los escandalosos atrevimientos, con que una aristocracia ambiciosa y una plebe desenfrenada la pretenden allanar á sus caprichos....

—Guillermo (interrumpió don Cárlos chispeante la mirada, altivamente erguida la cabeza, estendido el brazo derecho en actitud de imperioso precepto) os mando aceptar el réjimen de España.

—Pero, señor....

—Lo mando, repitió el rey.

—Lo acepto; mas con dos cláusulas previas.

—¡Condiciones! exclamó el emperador con muestras de

irritacion vehemente.

—Dios me libre, señor, no son condiciones; sino meros deseos, demasiado conformes con la razon y la conveniencia para que vuestra magestad les niegue oídos ni les desapruébe despues de escuchados.

—Decid, duque.

—Hace poco tuvo vuestra magestad la dignacion de reconocer la diferencia de sentimientos entre Gatinará y yo...

—Cabalmente.

—Aunque me asistan sobrados motivos para creer que el señor Mercurion no ha perdonado resorte con el fin de malquistarme, me juzgo en la obligacion de hacer presente á mi benigno soberano que la primera muestra de su favor hácia mí confio será el perdon de la imprudencia lamentable, con que ha comprometido vuestro nombre, atrayéndose el desagrado de vuestra magestad.

—Otorgado (repuso el monarca). Bastante ha sufrido su orgullo en la sesion que tuvimos esta tarde.

—Vuestra magestad debe tratarle con dulzura para que no pueda acusarme de ponerle en mal lugar en vuestro ánimo; acusacion que sentiria infinito tuviera visos de verosimilitud.

—Lo haré como lo pides. Veamos la segunda cláusula prévia.

—Imitar la conducta de las germanias de Valencia del Cid.

—¡Cómo!

—Mis correspondientes en aquella ciudad me notician que advertidos los agermanados de que el virey don Diego de Mendoza se hallaba en Dénia, determinaron enviar gente que le diese caza, y espulsara del reino. Con esta resolucion Juan Caro y el pelaire Sorolla aprontaron mas de diez mil hombres....

El rey no alcanzó á reprimir un estremecimiento de furor.

—La clerecía valenciana (continuó Chievres pausadamente) salió en procesion devota con sus capirotos de luto, ha-

chas encendidas, y cruces en las manos, colocándose á la puerta del carrer de san Vicente.... ¡Pobres apóstoles de Paz! En vano al pasar los comuneros gritaban clérigos y religiosos «—*Señores, misericordia, misericordia!*» Ellos burlándose contestaban «—*Justicia, justicia, cuerpo de Dios!*»

—Comprendo, duque, (contestó don Cárlos complacido por esta proposicion amenazadora. El lema de tu política conviene con mis intenciones. Tu no sabes hasta qué punto llega la osadía de esa coalicion de canallas y descarados aventureros.

—Sucumbirán, señor. Sois emperador de Austria, y á punto de apaciguarse los disturbios del imperio; comprada la paz con las potencias de Europa á costa de esas concesiones, que á nada comprometen por de pronto; procediendo con tino en la controversia religiosa, de modo que al paso que os capteis la amistad del pontifice no rompáis del todo con los altos príncipes disidentes, cargareis con todas las fuerzas del Imperio y los Países-Bajos sobre las autoridades hordas de España, si es que no acontece que se devoren entre sí los comuneros, antes que tengamos que recurrir al remedio heroico.

—Podrá muy bien suceder que se destruyan por sí mismos.

—Sobran elementos para juzgarlo asi. Repasad la lista de los principales rebeldes y escuchad lo que sus mismos partidarios les imputan. A don Antonio de Acuña, obispo de Zamora, que se alzó por despecho de habersele escapado la mitra toledana: al conde de Salvatierra que se reveló por hacerse Merino; á Juan de Padilla por codicia del maestrazgo de Santiago; á don Pedro Laso por el señorío de Toledo: Quintanilla por mandar en Medina del Campo: el abad de Compludo por llegar á obispo de Zamora: el licenciado Bernardino por ascender á oidor de la chancilleria de Valladolid: Fernando de Ulloa por lanzar de Toro á su hermano: Fernando de Ávalos por satisfacer agravios personales: don Pedro Giron....

—Por el estado de Medina (se apresuró á interrumpir el

César exaltada la bilis); por el estado de Medina-Sidonia... El día en que don Pedro tuvo la torpeza de declarar ante nos, y Villena, Alburquerque, Haro, Benavente, Miranda, Castro, Palma y Brandeburg, que pues resistiamos hacerle justicia sabria tomársela por su mano, aquel día, Guillermo, hubiera sido acuerdo prudente hacerle cortar la cabeza.

—¿Pero vuestra magestad no reflexiona que en aquellas circunstancias?...

—Habia que resignarse á tolerarlo todo: aquel atrevimiento; la resolucion de Toledo en dirigirse á las demas ciudades para impedir mi partida; las predicaciones sediciosas de frailes tumultuarios; las alteraciones de Valladolid; los desacatos, las tropelias; el motin en que amenazaron tu vida:...

Chievres se encojió de hombros.

—Las insoportables pretensiones de Toledo, Sevilla, Córdoba, Salamanca, Zamora, Toro y Avila en las córtes de Santiago: el levantamiento de Toledo al influjo de los traidores Avalos y Padilla....

—¡A qué fatigar vuestra memoria, señor! Como lobos famélicos se devorarán entre si y cuando vayamos á descargarles el golpe de muerte ya estarán moribundas las comunidades.

—Duque, Dios te oiga.

—Al tiempo me remito.

—Nuestro amigo don Juan Manuel ha hecho el alto servicio de desempeñar mi ánimo remitiéndome su correspondencia con las personas mas fidedignas de España.

—Don Juan Manuel es un cumplido caballero.

—Un martir illustre de la fidelidad. Afecto á mi padre, que Dios tenga en su santo reino, y habiéndoles asistido en su lucha política contra don Fernando, partido que hubo el archiduque de este mundo al otro, fué rigurosamente aprisionado hasta el fallecimiento del vengativo aragonés.

—Y por conducto de don Enrique de Laredo sin duda....

—Me ha enviado los documentos, que atestiguan la gravedad de los sucesos en Castilla y la ocultacion de sus principales circunstancias, con que ha creído Gatinara poderme

entretener por algun tiempo.

—¡Pobre Mercurino!

—Si vieras, Guillermo, cuan confuso quedó el canciller al escuchar de mis labios la relacion de cuantas ocurrencias me habia cuidadosamente ocultado! Y luego oyó palabras duras... muy duras....

—Señor....

—Muy duras; lo conozco. Hay dias en que todo se vuelve desgracias, y hoy me encuentro en uno de esos dias. Reunido á mi desesperacion el enojo de esas súbitas revelaciones, y el despecho de advertirme si no engañado, imbuido en creencias inexactas al menos, mi lenguaje se resintió de la acritud de mis humores, y por mi fé, que estoy pesaroso de haber proferido algunas frases, que no convienen nunca en la boca de los hombres, porque hacen enemigos, y en la de los reyes crean traidores.

—Gatinara tendrá un lenitivo de su resentimiento en vuestras futuras bondades.

—Sí; le resaciremos de la sesion de hoy con alguna prueba de aprecio.

—Ya pensaremos en ella en su dia; por ahora....

—Por ahora atendamos á lo que urge.

Don Cárlos sacó de su escarcela los pliegos que por Laredo le fueran entregados, y alargándolos á Chièvres le dijo:

—Repasa esas noticias á tu despacio: entérate bien del contenido de esas cartas y mañana me darás tu parecer.

Guillermo sonrió.

—Guardad vuestras notas, hijo mio, (repuso con acento paternal) Yo tengo mi correspondencia que avanza á mas que la de don Juan Manuel, y estoy al corriente de los acaecimientos españoles mejor de lo que me pondrian esas líneas.

—Ola! (replicó el príncipe con resentimiento) ¿luego sabiais los pormenores de las sucesivas derrotas de mi autoridad?...

—Exactamente.

—¿Conociais los progresos de la rebelion?

—Punto por punto.

—¿Y se os alcanzó que Gatinara no me decía la verdad de aquellos trastornos?

—Tenia motivos de saberlo á ciencia cierta.

—Fidelisimo duque, (esclamó con amarga ironía el soberano) ¡y vos callado! y vos sufriendo que se me ocultára lo cierto! y vos resuelto á retiraros de la corte, con un pretexto especioso!

—¿Y qué podia yo hacer?

—Venir á mi con los fueros de ayo y maestro á descubrirme la conducta de mis consejeros, y los errores en que mantenian mi espíritu....

—Señor, ya los asuntos de España no eran de mi incumbencia, y como ministro nada sabia de ellos, aunque como particular estuviese minuciosamente informado.

—¡Y así por etiquetas!... Ah! naturaleza cortesana!

—Hubieran pensado y V. M. el primero, que mis revelaciones llevaban por fin derrocar á mi sustituto, y entre autorizar vuestro engaño con mi silencio, ó atraerme la nota de envidioso intrigante con descubrir á mi supuestorival, escogíste el recurso mas óbvio; pretestar negocios de familia y obteniendo licencia ilimitada de vuestra escelsitud, esperar en el recojimiento de la vida privada la ocasion de seros útil, ó vivir en plácido reposo, en la sabrosa calma del hogar tranquilo, si no me habian menester en la esfera de los supremos poderes.

—De cualquier modo tu silencio ha sido culpable.

—Ya se me ha impuesto la pena.

—¿Cuál?

—La desaprobacion del príncipe á quien há diez y seis años consagro mis desvelos, respondió el de Croy.

—No se hable mas de ello, duque.

—Gracias, señor.

—¿Y qué te parece lo de España?

—Una verdadera calamidad.

—Oh! venganza, duque! venganza de esos hombres que han roto la cadena que liga su condicion al centro del poder!

¡venganza de esos caudillos insolentes, que han sustituido, á mis gobernantes sus facciosos ajitadores! ¡venganza de esos capitanes improvisados que alzan los estandartes de ciudades rebeldes sobre el pendon real!

—Fé, don Cárlos.

—La tengo.

—Pues mostradla.

—¡Cómo!

—Los arrebatos prueban el despecho.

—Tienes razon, contestó el príncipe recobrándose algun tanto.

—Destruyamos sin misericordia las comunidades.

—Tal es mi voto mas férvido.

—La horca para los canallas insurjentes; el tajo para los nobles rebeldes.

—No merecen piedad.

—No merecen piedad (repitió Chievres con eco lúgubre) Ellos han castigado la obediencia al rey en los diputados de sus ciudades y villas. Tordesillas, Mota, y otros han perecido á manos del vil populacho, ya en persona, ya en efígie. Ellos han acabado con infinitos leales, sacrificando al inclito Jofre en Burgos; arrasando las casas de cuantos fieles cuenta la causa real. Ellos han concitado á Medina para que negara á Fonseca artillería con que sojuzgar á Segovia. Ellos han hecho armas contra Ronquillo. Ellos han inquietado á cuantos hidalgos disienten de sus alborotos; testigo Juan Arias de Avila, cuyo valor y denuedo ha premiado vuestra majestad con el titulo de conde de Puño en rostro. Ellos han puesto en armas tercios facciosos al mando de Padilla, Ayala, Bravo y Figueroa. Ellos sostienen por fautores de la sedicion y cabecillas del tumulto á Bobadilla el tundidor Medmense; al pellejero salamanquino Villoria; al tejedor segoviano Antonio Casado; Anton Cuchillero; y Bernal de Quijada en Burgos; y el tundidor de Avila Pinillos; ellos han esparcido por el reino unas profecias, que atribuyen á San Isidoro los unos, otros á Fray Juan de Rocacelsa; quiénes á Merlin, quié-

nes á San Juan Damasceno, en que se dice será cruel tirano, y devastador de las tierras de España un Cárlos á quien vencerá y echará de sus reinos un valiente y poderoso príncipe.....

—Francisco de Valois (esclamó don Cárlos en el último punto de furiosa escitacion) reconozco tus mezquinas inteligencias con esos miserables.

—Me resisto á dar asenso á tales perfidias en el rey cristianísimo, replicó prontamente Guillermo de Croy, amigo secreto del frances, y que decian pensionado por la corte de Francia, como por la de España Wolsey.

—Estoy seguro de ello (contestó violentamente el emperador) poseo los comprobantes de su infame cooperacion con mis vasallos rebeldes, y dudaré de la fidelidad de cuantos defiendan al digno sucesor de Luis Onceno.....

—Señor, repuso Chievres ofendido.

—Dudaré de su perspicacia, ya que no de sus intenciones, rectificó el heredero de Maximiliano.

—Sigamos con las comunidades, dijo el duque de Sora.

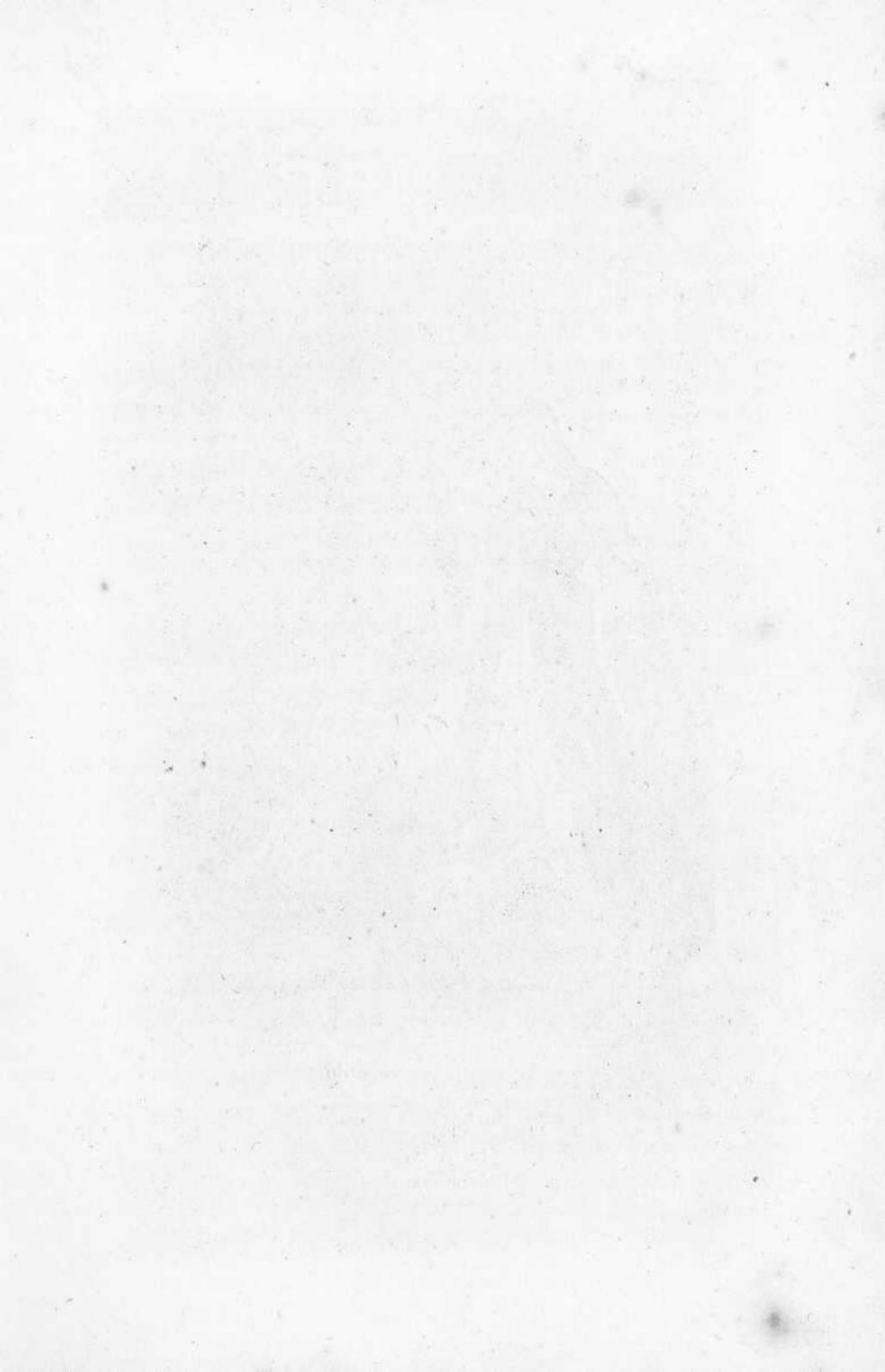
—Bien.

—Dos crímenes (continuó el de Croy) dos enormes crímenes hacen necesaria una espiacion tremenda. Nada de piedad despues de la victoria. Si bien estoy conforme con que al principio se hubiera debido contemporizar con las circunstancias, como sabiamente proponia don Alonso Tellez Giron, y no romper sin miramiento alguno como hizo Adriano, adherido al parecer de don Antonio de Rojas, hoy estamos en el caso de proceder con el rigor mas absoluto. Nada de procesos! Identificacion de persona, un sacerdote, el verdugo, y todo concluido.

—Apruebo el sistema.

—El primer crimen fue sustituir á V. M. prendiendo al consejo, reduciendo á los rejentés á la condicion de particulares, y llevando al gobierno intruso los libros de contaduría, el sello real.....

—Asi dice á don Juan Manuel un su particular ami-





La Reina
Doña Juana

go=*«Padilla ha emprendido tal y tanto que muchos principales comuneros le han espresado su disgusto»*—

—El segundo crimen (prosiguió Chievres) hace merecer á Padilla mil muertes si posible fuera....

—¿Cuál? preguntó don Cárlos con voz sorda.

—Porque sabed, señor, (añadió Guillermo bajando el tono y articulando sus palabras con intencion) que nuestro secreto, está enteramente á disposicion de Juan Padilla.

El emperador se puso lívido.

—Enteramente (repitió el de Croy); porque el consejo, tratando de robustecer su autoridad, por consejo de Gatínara, sacó á la reina, vuestra madre, de su reclusion.

—¡Ira del cielo!

—Sorprendieron al marques de Denia, y comenzaron á ocuparla de los asuntos públicos. Todas nuestras máquinas vinieron por tierra naturalmente, y doña Juana supo cuanto habíamos conseguido que ignorase: la muerte de su padre; vuestro nombramiento....

—¡Fatalidad!

—La reina se quejó de vos, y habló de mi con la mayor dureza=*Todos me han sido desleales, dijo furiosa.*—*El primero que me ha mentido es el marqués.*—Y entonces Denia; tuvo la debilidad de arrodillarse llorando, y respondió=*«verdad que os he mentido, Señora; pero lo hice por quitaros de algunas pasiones: y confieso que el rey, vuestro padre, es fallecido, y yo lo enterré»*—

—¡Menguado alcaide!

—Padilla supo esta escena, y al apoderarse de Tordesillas, tuvo buen cuidado de estimular la locuacidad de doña Juana; de modo que conoce todos nuestros trabajos, los engaños á cuyo favor hemos obtenido la aquiescencia de esa muger formidable; las creencias erróneas en que hemos mantenido su ánimo; las supuestas órdenes de don Fernando Quinto, por cuyo medio logramos mantener en la inaccion esa dama, cuyo carácter escéntrico nos ha valido el que se la crea demente. Tiene en su poder la última falsa misiva del difunto

Cárlos Quinto.

rey de Aragon; en que se aconsejaba á la prisionera la conformidad con su destino, sino queria promover una lucha horrible entre su hijo y su padre.....

—Maldicion. ¿Y á estas horas correrá por Castilla la nueva de que doña Juana la loca?...

—Por fortuna Juan de Padilla es hijo de noble familia, y arraigado en él la idea del acatamiento debido á las reales personas por mas que levante pendones rebeldes, resiste entregar al descrédito la alcurnia de sus naturales señores.

—¡Rayo del infierno! (esclamó don Cárlos) esa circunstancia redobra mi furor!

—Mi honra suspendida sobre el abismo de la infamia por la hidalguía de un enemigo! ¡Misera posicion! Humillante estado!

—Vuestra honra está tan segura como el cielo de los asaltos de Babel.

—Pero si Padilla se aprovecha de la irritacion de doña Juana y legaliza las declaraciones, que en su irritacion hace mi madre; si cunden por Castilla esos auténticos testimonios de mi ambicion y tu política.....

—En primer lugar que á doña Juana se la reputa loca con sobrado fundamento. Sus arrebatos; su amor delirante al finado archiduque; sus rasgos de una romancesca orijinalidad, han robustecido esta creencia, y justifican el concepto público, que con tanto tino hemos coadyuvado á formar. Los mismos comuneros, noticiosos del acta de la sesion de sus diputados con vuestra madre, juzgan supuestos los discursos razonados y juiciosos de que se les dió cuenta, y acusan de falsedad al notario en la redaccion de sus palabras.

—Pero si Padilla....

—Padilla está en el firme propósito de callar lo que ha sávido, y aun aconsejó á vuestra madre que guardára el mayor sijilo.....

—¡Es posible!

—Su secretario particular; el traidor navarro Pero Anselmo, me comunica cuanto concierne á este punto; y ved aquí

lo que me dice.

Chievres sacó de su limosnero una carta; buscó el párrafo que interesaba á la conversacion, y acercándose á uno de los candelabros para ver con mas comodidad sus menudos caractéres, leyó lo que sigue:

«Cuando Padilla tornó de palacio, le advertí sombrío. En vano le pregunté la causa de su triste distraccion: resistió contestarme y hasta se enojó por mi insistencia, reprendiendo mi curiosa importunidad. En esta disposicion se mantuvo todo el tiempo que pasamos en la mesa. Al final de la comida, pareció inclinarse á desahogar sus pesares en el seno de mi confianza...

—¡Esceleste confianza! interrumpió el emperador con profundo disgusto, antipático como toda naturaleza generosa á la perfidia y á la cobarde alevosía.

—«Aproveché la ocasion; (prosiguió Chievres en su lectura) y á las primeras tentativas obtuve el resultado apetecido. Don Juan suspiró penosamente, y me dijo—Pero Anselmo, soy dueño de un secreto real terrible; secreto que compromete al jóven rey, y á su torpe valido—«Truene el infierno, contesté yo; esparcidlo—Me guardaré muy bien (puso) no solo morirá conmigo, á fuer de hidalgo; sino que convencí á la reina, nuestra señora, á que nada diga para evitar el escándalo y las osadías de la bestia vil del vulgo, que pudiera aprovechar la mengua del regio decoro, para llevar las cosas mas lejos de lo que conviene.....»

—Respiro, exclamó el rey.

—Los caballeros se guardan de la plebe, y recelan descubrir cuanto puede suministrar pretestos á las demasías del insolente populacho. Este es un elemento de ruina para las comunidades, como vuestra majestad tiene lugar de notarlo en el periodo que sigue:

«Los caballeros amigos, y cómplices de don Juan; se lamentan de la necesidad que tienen de contemporizar con cabecillas de la ínfima clase, y no alcanzan á poner en olvido las humillaciones que por precision han soportado. Co-

«nocen que las pasiones populares que irritarán para producir la revolución, imponente al poder, no querrá detenerse en el punto adonde la nobleza rebelada trata de conducir las; que las cuadrillas organizadas, las rondas, los gefes de seccion plebeya no renunciarán á sus fueros cuando los directores del tumulto les digan—*todo se acabó*—:» que los feroces canallas, idólos de la multitud, se quejan de la nobleza, porque les arrebatan víctimas que se juzgan autorizados á devorar: reprimen sus impetus, y explotan su fuerza. Los hombres de alta clase se estremecen de los horrores, que preven para lo sucesivo, y llega el caso de echarse en cara los desórdenes irremediables, que se preparan. Se irritan tanto mas con los crímenes que en todas partes han inaugurado los alzamientos cuanto que se hallan en la imposibilidad de castigarlos, y por consecuencia aparecen solidariamente responsables de los atentados que deploran. Suelen preguntarse qué será de ellos en lucha con el poder real, y espuestos á las instrucciones de la peor.....

Blinter abrió la mampara.

—Soberano señor. (dijo inclinándose profundamente) El montero Herman.

El César que habia recobrado sus colores se puso estremadamente pálido.

—Entre al punto; dijo con sobresalto.

Chievres observó la alteracion del semblante de su discípulo.

Herman entró en la cámara. Todo indicaba desolacion en su fisonomía.

El emperador se levantó precipitadamente y salió á su encuentro.

—¿Qué ocurre? preguntó en voz baja y angustiada.

—Señor, (respondió el montero trémulo y acongojado) ¡qué desgracia!

—¿Ha muerto? volvió á preguntar el emperador, temblando como si el intenso frio de la Siberia helara sus miembros.

—No: pero se muere.

—¿Se muere!

—Acudid si quereis verla. El doctor no la da de vida un cuarto de hora.

—Corre Herman, (esclamó don Cárlos fuera de sí) busca á mi ayuda de cámara Laureano Sprentzel y ordénale de parte mia que apronte la litera de incógnito....

—Señor; ah! Señor, interrumpió Herman sollozando.

—Al momento..... corre..... no perdamos un minuto.

El anciano salió ocultando el rostro entre sus manos rugosas.

—Blinter, clamó el emperador con un esfuerzo de voz que hizo acudir al hujier con ansiosa premura.

—Señor.

—Avisad á mi gentil hombre de servicio, que pase á mi cuarto.... Si estuviere al paso Matías de Lebell, dadle á él la órden..... Con la celeridad del rayo, Blinter.

El hujier desapareció como por ensalmo.

Cuando el César se adelantó hácia Guillermo de Croy la espresion del semblante del regio mancebo traducía mortal angustia.

—¿Qué sucede á vuestra magestad? preguntó el privado con viva inquietud.

—Nada, respondió don Cárlos con ese anonadamiento, que sigue á las primeras punzadas de un agudo dolor.

—Me creo con derecho á vuestra confianza, hijo mio, repuso Chievres tomando la inflexion melancólicamente dulce, que recordaba al educando la autoridad paternal del que habia presidido á su vida de niño, púbero y adolescente.

—Volved mañana, dijo el soberano sin saber lo que decia.

—Volveré mañana, respondió con tristeza Guillermo.

—¡Mañana! (esclamó el monarca en súbita esplosion de amargura), mañana quizás habré perdido mi tesoro.

—Señor (insistió Croy con firmeza). Por Dios vivo, que no me hareis el agravio de callarme vuestros dolores....

—¿Qué os importan! contestó duramente el emperador.

—Cárlos (añadió el duque de Sora con las lágrimas brotando de sus párpados), como rey os sirvo, como hombre soy vuestro segundo padre, y tengo derecho á la alegría de vuestra alegría, y al pesar de vuestro pesar.

El acento del ministro era una veracidad conmovedora. Chievres el cortesano, hacia entrar al rey en los planes de su ambicion, y no escrupulizaba recurrir á las ficciones de la intriga palaciega: Chievres el ayo de don Cárlos, amaba á su interesante alumno con la mas esquisita ternura, y hubiera dado su sangre toda por ahorrar una gota de la de su discípulo.

El César se enterneció al sonido de aquella voz impregnada de sentimiento; al ver brotar el llanto de aquellos párpados.

—Guillermo, voy á perder la flor de mis primeros amores.

—¡Valor, hijo mio!

—La mujer que me amó sin conocer mi clase; por mi solo...

—¿Muy jóven?

—Mi edad próximamente... ¡oh! ¡Dios mio!

—No quiero deteneros, id, Cárlos; id á recojer sus últimas palabras; á recibir su último beso.

—¡Desgraciada Juana!... Escuchad, duque; yo la he dado el titulo de duquesa de Belle-Chasse; si perece, tu te encargarás de unos funerales soberbios... como los de una reina... como la señora del emperador de Occidente.

Don Cárlos parecia loco en fuerza de tanto sufrir.

—Bien, señor; bien (repitió el duque contemporizando con los raptos del espíritu ajitado del monarca), se hará como lo deseais.

—¡Miseró Cárlos! ¡miseró hijo mio!

—¿Teneis un hijo, señor!

—Un hijo que se vá á quedar sin madre.

—Un cardenal para la Iglesia.

—No (repitió el sucesor de Cárlo-Magno con ímpetu). No; sino un guerrero. Mi bastardo no sucumbirá á la dura ley

de la razón de estado.

—Pero reflexione vuestra Magestad...

—Yo no inmoló mi sangre á los intereses futuros. Capitán, político, marino... será lo que quiera... pero su madre, su triste madre.

—¿Es soltera, señor?

—Independiente, libre (se apresuró á replicar don Carlos con la viveza de las emociones fuertes). Mi amor no le mancha el adulterio. No hay crimen en él; sino falta, y yo borraré la huella de esa falta.

—¿Qué decis!

—Yo legitimaré el nacimiento de mi Carlos con un matrimonio *in extremis*.

—Señor (dijo Chievres.) Pensad que un paso de tal naturaleza compromete la paz de vuestros estados. No se necesita tanto para formular un pretexto de guerra durante vuestra vida, y despues una lucha horrible entre vuestros hijos... Esasé y Jacob disputándose la primojenitura... los hijos de Edipo...

—Guillermo, déjame deliberar. ¿No conoces que la pena me vuelve loco?

Blinter apareció en la puerta.

—Señor (dijo anhelante y entrecortada la respiracion), vuestra magestad está obedecido. Matías Lebell espera.

—Adios, duque (repuso don Carlos pasándose la mano por la frente, bañada en un copioso sudor calenturiento.) Adios, y creo inútil encargarte el sijilo. Las breves páginas de mi felicidad ignorada y de mi pesar secreto, no quiero que pasen de las crónicas contemporáneas á la posteridad histórica.

—Partid, tranquilo sobre ese punto.

El emperador salió con aceleramiento.

—¡Anda con Dios, brioso mancebo! (murmuró el duque de Sora siguiéndole con la vista.) Ruje, león pujante, al sentirte herido por la flecha punzadora... Un dia vendrá en que agotado el cáliz de la amargura sonreirás con desden

al recuerdo de esta libacion primera; hallando exajerado el ay que te arranca este tormento. Vamos á la tarea. Haré que avisen á don Enrique de Laredo que le aguardo mañana á comer. Importa apoyarse algun tanto en don Juan Manuel, ya que el viento parece soplar de su lado... El emperador le estima como un mártir de la fidelidad á la causa del finado archiduque; ha contribuido á la derrota de Gatinara, y será prudente hacerse amigo suyo, hasta donde un cortesano puede ser amigo de otro; mientras le necesite ó le tema.... ¡Ola señor canciller! Pronto se dió el vuelco. Ese Mercurino siempre fué un atolondrado, un hombre imprevisor, pagado de su sabiduría y creyendo una magnífica combinacion política cada golpe de aventurero temerario... ¡Qué bien dice el hijo de David!

—«*Vanidad de vanidades y todo vanidad.*»

Y sonriendo con esa sonrisa escarecedora del escepticismo, que en un hombre del temple de Croy no era el hastío, sino la burla de hiel, la mofa terrible del ambicioso, que ha ido tocando por grados con las grandezas las decepciones, salió de la cámara imperial con paso lento.

Blinter acudió á franquearle la puerta apenas sintió el rumor de sus pisadas.

—Dios nos conserve á su gracia, dijo con voz halagadora.

—Sois muy cumplido, amigo Blinter, replicó el de Croy con afable sonrisa.

El hugier correspondió á la bondad del duque con la mas rendida reverencia.

—¿Estais de servicio hasta muy tarde?

—Hasta las diez, gracioso señor.

—A las nueve, os traerá mi ayuda de cámara unos cincuenta escudos de los nuevamente acuñados con la efigie de nuestro glorioso amo, el emperador.

—Señor, tanta bondad me...

—Aun no han circulado, y son tan lindos que hareis saltar á su vista á vuestros chicuelos, como pollos en torno de la gallina que les trae en que picotear.

—Larga vida y gloria á vuestra gracia.

Guillermo de Croy se alejó diciendo entre sí.

—Habia tratado con demasiada dureza á ese pobre criado, y era justo resarcirle algun tanto... ¡Cuesta tan poco remediar una injusticia!

.....

Juana se muere.

Su naturaleza, minada por la accion de una dolencia de lentos progresos, descubre de repente la estincion de los gérmenes vitales, y una vez roto el equilibrio entre una propension á la consuncion gradual de su ser y la resistencia de la primera juventud; la hermosa y desgraciada duquesa declina con rapidez alarmante, y puede repetir aquella triste frase de Job—*«como la flor nace y se seca: desaparece cual la sombra.»*

Los doctores han declarado impotente el arte divino de Esculapio para salvarla. Juana conoce que su fin se acerca, y atiende á la seguridad de sus intereses. Herman; ha ido en busca de Cárlos, que alarmado por los sintomas desoladores de la última recaída, se hace informar cada tres horas del estado de su amante. La duquesa hizo traer á su hijo, ansiosa de consagrar á sus caricias alguna parte de su postrero tiempo. Un confesor, el reverendo padre *Hildebrand*, franciscano, aguarda el instante en que la huérfana, concluidas sus relaciones en el mundo, se entregue á los auxilios de la religion, que constituyen los peldaños de esa misteriosa escala que lleva de la tierra al cielo, vista en sueños por Jacob.

Juana ha desahogado en el seno del ministro de las misericordias el peso de sus culpas, y cercana al plazo supremo prepárase á garantizar la condicion del ser que deja huérfano con la sagrada influencia que adquiere el moribundo: dispónese á dar el último adios á la criatura, que ha merecido su amor ardiente, y libre de toda inquietud que per-

turbe su piadoso recojimiento, desimpresionada de toda afeccion terrena, trata de refugiarse al regazo de esa fé cristiana, que prodiga al ánimo desfalleciente los tesoros de la esperanza; las prevenciones tiernísimas de la caridad; el manantial de consuelos de su dogma; los inefables auxilios de su piadosa práctica.

Juana tiene á su hijo cerca de sí. El ama enjuga sus ojos con el delantal. Carlos duerme sosegado.

— ¡Hijo mio! esclama la duquesa de vez en cuando, y volviéndose con bastante fatiga hácia el fruto de sus amores estampa un beso en aquella rosada cara de ángel, que Murrillo hubiera colocado entre dos alas perdidas entre nubes, cerca de la Madre de Dios, arrebatada al empíreo.

— Juana brilla con esa belleza de las santas inspiraciones de una mártir, que aceptando su penoso destino, ofrece sus padecimientos en pago de sus faltas, al Dios, que redimió de la muerte por la muerte.

Juana sentia una opresion extrema, y suplicó á la nodriza de su hijo que la ayudara á incorporarse para probar si se encontraria menos incómoda variando de posicion.

— Ketty (dijo con voz lánguida, ya sentada en el lecho) ponmedme sobre las rodillas á mi pobre hijo.

La nodriza obedeció.

— Triste niño! (murmuró dolorosamente) ¡Qué sosegado sueño! ¡Qué descuidado reposa, mientras cruza una negra nube por el horizonte de su destino!

— Una lágrima, abrasadora como gota de lava hirviente, cayó de los párpados de la madre á la mejilla del hijo, y corrió por ella cual desprendida de aquellos cerrados ojos del infante.

Juana estrechó á Carlos contra su corazon con estremecimiento convulsivo.

— Una punzada aguda en el pecho hizola creer que la muerte se aproximaba y quiso exalar su postrimer aliento en un raptó de su ternura maternal.

— Dios mio! Señora, (esclamó Ketty) dejad que lleve de aquí á ese desgraciado niño: vais á despertarle.